«EL NUEVO GRISHAM» *THE TIMES*

MARK GIMENEZ

AUSENCIA DE CULPA

PRINCIPAL

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.

AUSENCIA DE CULPA

Mark Gimenez

Traducción de Vicky Vázquez

Contenido

Portada
Página de créditos
Sobre este libro

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Nota del autor
Notas de la traductora
Sobre el autor

Créditos

Ausencia de culpa

V.1: abril de 2020
Título original: *The Absence of Guilt*

© Mark Gimenez, 2016
© de la traducción, Vicky Vázquez, 2018
© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2020
Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente en Reino Unido en 2016 por Sphere, un sello de Little, Brown Book Group.
Esta edición en español se ha publicado mediante acuerdo con Little, Brown Book Group, Londres.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imagen de cubierta: fstockfoto/ Istockphoto - lapotnik/ depositphotos

Publicado por Principal de los Libros
C/ Aragó, 287, 2º 1ª
08009 Barcelona
info@principaldeloslibros.com
www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-97-3
THEMA: FHP
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

AUSENCIA DE CULPA

Una nueva intriga del maestro del *thriller* legal

Omar al Mustafá es uno de los hombres más peligrosos de Dallas, un carismático imán famoso por sus violentos discursos en contra de Estados Unidos en televisión e internet. Cuando el FBI descubre que el Estado Islámico tiene planeado detonar una bomba durante la Super Bowl, el partido de fútbol americano más importante del año, detienen a Mustafá. Pero hay un gran problema: no hay ninguna prueba en su contra.

El recién nombrado juez A. Scott Fenney tiene una tarea muy importante entre manos: averiguar quién es el verdadero culpable y evitar una masacre en tan solo tres semanas.

«Gimenez ha tomado el relevo de Grisham… Su trabajo es más rápido y fresco y sus personajes son más sólidos.»
Daily Mail

«*Ausencia de culpa* es una novela ambiciosa que te hará devorar sus páginas.»
The Independent

Para Charlie Rice. Descanse en paz.

Inocencia: la ausencia de culpa.
Diccionario de Derecho de Black, quinta edición.

«Infundiremos el terror en el corazón de los infieles».
Corán 3:151

Prólogo

Jueves, 14 de enero

Veinticuatro días antes de la Super Bowl

Los Dallas Cowboys no juegan en Dallas. Juegan en Arlington, en el estadio de los Cowboys; conocido oficialmente como AT&T Stadium en esta era del patrocinio empresarial del deporte. Se encuentra entre Dallas y Fort Worth, tiene un aforo de cien mil espectadores y cuenta con la pantalla de alta definición suspendida más grande del mundo. Se necesitaron 1 200 millones de dólares para construirlo. El techo es abovedado, pero tiene dos paneles que se repliegan para formar un agujero de 61 400 metros cuadrados que deja el campo de juego a cielo abierto; al parecer para que Dios vea jugar a su equipo. El equipo de Dios no ha estado jugando muy bien últimamente —los Cowboys no se dejan ver por la Super Bowl desde hace veinte años—, pero su estadio celebraría la siguiente Super Bowl en veinticuatro días. La impresionante estructura de cristal y acero de casi trescientos mil metros cuadrados es del tamaño de Texas —casi tan larga como el Empire State hasta la cima y lo bastante alta como para albergar la Estatua de la Libertad dentro, con la antorcha en alto y todo— y de aspecto futurista; se alza sobre las mesetas tejanas como si fuera un escenario de una película de Spielberg.

Aabdar Haddad observó, a través de las ventanas delanteras de su apartamento, el estadio plateado y blanco que resplandecía en la noche. Se quedó sin aliento, como le ocurría cada vez que lo contemplaba. Vivía justo al otro lado de la calle; desde donde el estadio se cernía sobre su cabeza. Era como vivir a la sombra de la Gran Pirámide. Había elegido aquel apartamento por las vistas. Veía el estadio a primera hora de la mañana cuando descorría las cortinas y era lo último que veía cada noche cuando las corría. El estadio era su vecino, su punto de referencia, su sueño y su destino.

Era su plan de grandeza.

Apartó la mirada del recinto para fijarla en los planos arquitectónicos que tenía desplegados en el escritorio, delante de

él. El estadio de los Cowboys era la hazaña arquitectónica e ingenieril de un genio. Otros estadios abovedados utilizan pilares que, colocados de forma estratégica, soportan el peso del techo; como los muros de carga de una vivienda. Es esencial contar con un apoyo apropiado de la cubierta, ya sea una casa o un estadio de fútbol. Pero, así como nadie se sienta en el sillón de su casa para ver la tele a través de un muro de carga, los espectadores no pueden sentarse en las gradas y ver el partido a través de un pilar. No en su estadio. Los arquitectos tendrían que encontrar otra forma de soportar el peso del techo.

La solución: arcos. Dos arcos de acero —los arcos estructurales interiores más largos del planeta, con un tamaño de 393 000 metros— abarcarían el estadio y darían apoyo al techo y todo lo que estuviera unido al él. La carga que tendrían que soportar los arcos no era baladí: además del techo en sí, estaban los dos paneles replegables, cada uno de 762 035 kilos de peso; la televisión de alta definición, cuya pantalla pesa 500 000 kilos, y las dos puertas correderas de cristal más grandes del mundo al final de cada zona de anotación. También estaba la gravedad, que empujaba el techo y requería que los arcos transfirieran treinta y seis mil kilos de peso hacia el suelo. Los arquitectos habían elegido acero de grado 65, el acero más fuerte creado por el hombre, y habían colocado anclas de cemento de diez pisos de altura en cada uno de los extremos, que se hundían veintiún metros en la tierra y se alejaban del estadio a lo largo de otros cincuenta metros. Los arcos eran los muros de soporte del estadio. El estadio de los Cowboys permanecería en pie o caería con los arcos.

Esos eran los pensamientos que ocupaban la mente de Aabdar Haddad esa noche.

¿Qué pasaría si uno de los arcos sufriese una fractura? O los dos. ¿Seguiría en pie el estadio? ¿Podría derrumbarse? Si el World Trade Center pudo derrumbarse, cualquier cosa lo haría. Tres mil personas murieron el 11-S cuando cayeron las Torres Gemelas un día laborable. ¿Cuántos morirían si el estadio se viniera abajo durante un partido? Durante la Super Bowl. En un ataque terrorista.

Si los arcos fallaban y el estadio cayese.

Aabdar volvió a dirigir su vista hacia el estadio a través de las ventanas. Su mente representó una escena que parecía tan real como si fuera un testigo directo: una bomba gigantesca explota en el primer piso, donde se juntan los arcos con los soportes de cemento… los arcos se desploman… el techo abovedado se

descuelga… y cae… toda la estructura colapsa… el estadio se derrumba… cien mil personas mueren. La explosión ha cavado también las tumbas; el campo de juego se hunde cinco pisos por debajo del nivel del suelo. Los espectadores descansarían allí por toda la eternidad, como los pasajeros del USS *Arizona* de Pearl Harbor, víctimas de otro ataque sorpresa que Estados Unidos no había previsto. Pero antes de que su mente pudiera asimilar la pérdida de las vidas que acarrearía un ataque terrorista semejante, la puerta de su apartamento salió volando por los aires. Las dos últimas visiones que tuvo Aabdar Haddad en su vida fueron el estadio de los Cowboys aún en pie y su sangre y su cerebro salpicando los planos arquitectónicos.

Capítulo 1

Sábado, 16 de enero

Veintidós días antes de la Super Bowl

—Conocí al honorable A. Scott Fenney cuando aún no era tan honorable.

El público, compuesto por abogados, rio entre dientes.

—Cuando pertenecíamos a la misma fraternidad de la Universidad Metodista del Sur y todavía era Scotty Fenney, el número veintidós, el que marcaba tantos cuando jugábamos al fútbol los sábados por la tarde, y también con las chicas de la hermandad los sábados por la noche.

Esta vez los abogados se rieron con ganas. La típica presentación del orador invitado a las comidas de Educación Jurídica Continua que se celebraban cada viernes consistía en una lectura de los hitos más destacados de su carrera: el mejor de la clase de la Facultad de Derecho, redactor jefe del boletín jurídico, socio de un importante bufete de abogados de Dallas, ganador de los principales casos comerciales para clientes corporativos, ese tipo de cosas. Pero el hombre que estaba haciendo la presentación, Franklin Turner, conocido abogado demandante, siempre se había salido de lo corriente, dentro y fuera de un juzgado. Scott se preparó para lo peor.

—Que veinte años más tarde esté aquí sentado como juez federal es algo que nunca imaginé. Habría apostado a que sería actor —tenía el físico— o quizás una estrella de la Liga Nacional de Fútbol convertido en locutor —se me daba bien el fútbol—. Pero una operación de rodilla se llevó esa carrera.

Dos operaciones de rodilla.

—Así que fue a la Facultad de Derecho. Todos fuimos a la Facultad de Derecho. Joder, no teníamos opción: ninguno de nosotros era lo bastante listo como para ir a la Facultad de Medicina.

Más risas de los otros abogados que tampoco eran lo suficientemente listos como para entrar en la Facultad de

Medicina. Por eso, para contar con una Licencia de Abogacía respetable, tenían que hacer quince horas de créditos de EJC cada año, incluyendo tres horas de ética, lo que para ellos era tan agradable como comerse el brócoli que Scott había dejado intacto en el plato. Durante esa comida lograrían una hora de créditos de ética escuchando el tema del día: la profesionalidad en el tribunal federal.

—Scotty y yo nos graduamos a la vez. Bueno, yo me gradué. Scotty se graduó como el número uno de nuestra clase. Hay una gran diferencia, como bien sabemos. Me contrataron en el despacho del fiscal del distrito. En ese momento no sabía que el derecho penal no da para vivir; joder, mandé a dos asesinos al corredor de la muerte y lo único que conseguí fue una palmadita en la espalda, así que cambié a lesiones personales, y Scotty empezó a trabajar con Ford Stevens. Se convirtió en socio en un tiempo récord. Representaba a clientes ricos y famosos, se casó con *miss* Universidad Metodista del Sur, se mudó a una mansión de Highland Park, se compró un Ferrari rojo…

Frank sonrió y sacudió la cabeza.

—Veía a Scotty recorrer el pueblo a toda leche en ese cohete rojo. Aquel coche era la leche. Scotty era un abogado de la hostia y ganaba un montón de dinero…, pero no tanto como yo, porque para entonces ya estaba demandando a vuestros clientes por daños tóxicos, pero él se estaba sacando un montón de billetes. Lo cual quiere decir que tenía una vida perfecta.

Su sonrisa empezó a desvanecerse.

—Pero entonces la vida de Scotty cambió. Esas cosas pasan, ¿verdad? ¿Cuántos abogados conocemos cuyas vidas han cambiado por un golpe de mala suerte? Por enfermedad: una sentencia de muerte llamada cáncer o la muerte de una esposa o un hijo. O por malos actos. Todos hemos oído hablar de abogados que se pasearon por la ilegalidad y pagaron el precio. Pero la vida de Scotty cambió, no porque hiciera algo incorrecto, sino por hacer lo correcto. Porque defendió a una persona inocente: una prostituta negra del sur de Dallas acusada de asesinar a un hombre blanco del norte de la ciudad. Y no cualquier hombre, sino el hijo de un poderoso senador de Estados Unidos con ambiciones de llegar a la Casa Blanca. No hay nada peor para un abogado.

Se hizo un silencio absoluto, algo difícil cuando el público lo forman doscientos abogados. Pero Franklin Turner lo logró; podía dominar una sala. Era desgarbado y un poco torpe, pero tenía presencia. Y tenía esa voz. Y algo más, una capacidad

indescriptible de conectar con la gente, sobre todo con un jurado. Frank Turner era capaz de, como se suele decir, vender hielo a los esquimales.

—Todos hemos leído en el periódico sobre el caso y la vida de Scotty. Todos sabemos lo que le pasó a esa prostituta: fue absuelta y murió de una sobredosis de heroína dos meses después; y lo que le pasó a él, lo perdió todo: su trabajo, su mansión, su Ferrari… y su mujer. Ella se largó con el mejor jugador de golf del club de campo.

Los abogados miraban sus platos de un modo solemne, como si estuvieran rezando para que aquella introducción acabase pronto. Pero Frank solo estaba calentando.

—Pero esperad. La cosa se pone peor. Dos años después, acusan a su exmujer de asesinar al jugador de golf, que a la postre es Trey Rawlins, el próximo Tiger. Un cuchillo carnicero clavado en el pecho de él. Ella cubierta de sangre. Sus huellas en el cuchillo. Lo que en la fiscalía llamamos hacer un mate. Pero ella se declara inocente. ¿Y a quién llama? ¡Sí, a Scotty! A ver, tengo que ser sincero… Bueno, soy abogado defensor, así que no, no tengo que ser sincero, pero lo seré… Creo que no sería capaz de representar a mi exmujer —la misma que, recordemos, me había dejado por el semental del club de golf—, aunque el tipo me hubiera enseñado a corregir mi *swing*. Pero Scotty lo hizo. Fue a Galveston a probar que era inocente, no para volver a conquistarla, sino para liberarla. Así es él.

Franklin Turner, conocido abogado demandante, se volvió hacia Scott. Sus miradas se encontraron. Frank asintió y volvió a dirigirse al público.

—Os diré una cosa sobre Scotty. Es mejor atleta de lo que yo hubiera soñado ser jamás. ¡Qué coño, yo tocaba la tuba en la banda de música de la facultad! Es mejor abogado de lo que yo jamás hubiera esperado ser. No más rico, solo mejor. Y es mejor hombre de lo que yo nunca seré: adoptó a la hija de la prostituta. Sí, me va bien, realmente bien. Gano mucho más dinero que él, y tengo un jet privado…, pero él está haciendo el bien, como abogado y como hombre. Y si alguna vez me desvío hacia la ilegalidad y me atrapan, si un hombre tiene que juzgar mi vida, rezo para que ese hombre sea Scotty Fenney. Damas y caballeros, me enorgullece presentar al muy honorable A. Scott Fenney, juez de distrito de Estados Unidos.

Dos horas más tarde, el juez de distrito de Estados Unidos, A.

Scott Fenney, estaba juzgando la vida de otro hombre. No es fácil decidir si un hombre se merece libertad o cárcel, clemencia o miseria, de dos a cinco o de cinco a diez años. Se planta delante de ti, con la cara llena de miedo, sino arrepentimiento, el cuerpo tembloroso ante la idea de recibir una larga condena en prisión y su madre agarrada a él como si se estuviera muriendo de cáncer.

Como si sus crímenes solo fueran un gran malentendido.

No lo eran. El gobierno había probado su culpa más allá de toda duda razonable. Las pruebas en su contra eran contundentes. Era culpable. Cuando el jurado lo condenó, no le quedó más opción que acogerse a la clemencia del juez.

Pero no lo hizo.

Su madre había suplicado clemencia. «Es un buen chico, juez», había dicho. «Por favor, apiádese de él. Por favor, no me arrebate a mi hijo».

Los testigos de conducta habían suplicado clemencia. Sus profesores del Instituto de Tecnología de Massachusetts habían hablado de su genialidad, su brillantez, su potencial para salvar el mundo con un invento, un proceso, o tal vez la cura del cáncer. Todos decían que era un buen chico que se había desviado del camino.

Pero él no había suplicado clemencia.

—Mi padre dio cuarenta años de su vida a esa compañía, ¿y qué obtuvo a cambio? Un despido. Le quitaron la pensión, su seguro de vida y su propia vitalidad. Enfermó y murió de cáncer. Ellos se hicieron ricos, pero él solo consiguió el Obamacare. El director ejecutivo se llevó a casa cincuenta millones de dólares el año pasado. ¿Es correcto? Es legal, ¿pero es correcto? Yo voy a ir a prisión, y ese capullo se va a la playa, a una de sus cinco mansiones. ¿Que si lo siento? Solo siento que me atraparan antes de que pudiera destruirlo a él y a su empresa. Seis meses más, y habría acabado viviendo en la calle.

Denny Macklin tenía veinticuatro años y era el típico bicho raro. Brillante, arrogante, y tan engreído como una estrella de la NBA. Se parecía a los estudiantes de la Universidad Metodista del Sur que Scott había visto vagueando alrededor de la facultad de Matemáticas cuando iba de paso al estadio de fútbol. Se había ganado una reputación en el mundo de los juegos en línea; no desarrollándolos, sino como jugador. Era el mejor entre los mejores, un experto en su universo. Pero cuando la compañía despidió a su padre, él utilizó su genio contra ellos. Una de las empresas más importantes en las listas de la revista *Fortune* había destrozado la vida de su padre, de modo que él destrozó la

empresa. Casi. Había hackeado los ordenadores de la compañía, alterado las ventas y los envíos, robado dinero y arruinado la clasificación de sus créditos. La compañía bajó del número 378 de la revista *Fortune* al número 8 456. Había tumbado una empresa pública con un portátil, conexión a internet y un cociente intelectual de 187. Y le había destrozado la vida a lo diez mil empleados que echaron a la calle. No había pensado en esa consecuencia de sus actos. En su ira y deseo de venganza, se había olvidado de la gente que era como su padre.

El FBI lo investigó, pero él hizo que parecieran unos ineptos. Era demasiado listo y siempre estaba dos pasos por delante. Nunca lo habrían pillado. Podría haberse librado de pagar por sus delitos. Libre de Scott. Pero como todos los que buscan venganza, Denny le dijo a su objetivo, el director ejecutivo, que había sido él quien había traído la desgracia a la compañía, tal y como ella se la había traído a su padre. El director ejecutivo debía saber que Denny había vengado a su padre.

Una vez lo supo el director, el FBI no tardó en enterarse.

Ahora estaba frente al juez A. Scott Fenney y entre sus dos abogados. Un abogado penalista de primera de Houston, famoso por ganar en juzgados de Texas, y un abogado mercantil de primera de Dallas que dirigía uno de los bufetes más ricos del estado.

Dan Ford.

Tres años y medio antes, Scott estaba de pie justo donde ahora estaba Dan, delante de un juez federal y al lado de una clienta que estaba a punto de conocer su destino. El caso le había costado todo lo que apreciaba, todo salvo su hija. Cuando se negó a traicionar a su clienta para conservar las ambiciones del senador Mack McCall de llegar a la Casa Blanca, Dan lo despidió. No había mostrado compasión.

Dan sí pidió clemencia por su cliente ese día.

Lo hizo ante un juez federal que estaba sentado en el estrado porque otro juez más mayor había muerto. Antes de que Sam Buford sucumbiera ante el cáncer, designó a Scott como sustituto. Este pensó que el senador impediría su nominación, pero el propio senador había muerto de cáncer de próstata. Así que Scott ganó la confirmación del senado por unanimidad, sin que nadie se opusiera. Ahora, el juez federal A. Scott Fenney estaba sentado delante de un hombre, juzgando su vida. La sentencia estipulada para estos casos era de veinte años, pero las directrices solo son recomendaciones, datos sobre un papel. La verdadera sentencia a otro ser humano la decidía un juez.

—Señor Macklin, ha sido acusado de ciento veintiséis delitos tipificados por la ley federal. No ha mostrado arrepentimiento, sino al contrario: ha afirmado que habría continuado con su actividad criminal hasta llevar a la bancarrota a la compañía y a su director ejecutivo. Se enorgullece de sus actos porque los considera honrados. Se cree inocente. Pero no sentir culpa no es lo mismo que ser inocente. Solo puedo sentir desprecio por el modo en que la compañía trató a su padre, pero eso no justifica sus acciones, que han destrozado las vidas de diez mil personas inocentes. Pero el hecho de que fuese posible no lo legitima a usted para ejecutar su venganza personal. Tiene un gran don: una inteligencia que poca gente posee. Puede utilizar ese poder como lo haría un niño o como lo haría un hombre. Hasta ahora lo ha usado de un modo infantil, y así se ha presentado aquí hoy. Cuando entré en esta sala, no estaba seguro de cuál sería su sentencia. Su declaración de hoy me ha demostrado que necesita tiempo para pensar sobre su poder, tiempo para pensar en su futuro, tiempo para convertirse en el hombre que haría a su padre sentirse orgulloso. Denny Macklin, lo condeno a dos años de cárcel en una prisión federal de mínima seguridad.

—Su padre era un buen hombre. Fuimos juntos a la universidad; pertenecíamos a la misma hermandad. Él hizo un máster en Administración de Empresas y yo escogí la abogacía. Mantuvimos el contacto; hablábamos una o dos veces al año. Su empresa le hacía viajar por todo el mundo. Le preocupaba Denny, que no tuviera amigos ni raíces. Se sintió muy orgulloso cuando el chico entró en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Esto le habría roto el corazón.

Dan Ford sacudió la cabeza. Había solicitado una reunión en la cámara después de oír la sentencia. El antiguo superior de Scott tenía ahora sesenta y cuatro años; parecía mayor.

—¿Cómo estás, Dan?

—¿Yo? —Se encogió de hombros—. Soy rico.

—Un hombre feliz.

—¿Lo eres tú? ¿Con un salario? ¿Cuánto ganas, ciento noventa?

—Doscientos. Más beneficios.

Dan hizo una mueca.

—¡Uy! —dijo como si le doliera—. Yo gano en un mes lo que tú en un año. Más beneficios.

Un juez federal tenía un buen salario: 201 100 dólares. No

para los abogados —Scott llegó a ganar 750 000 en Ford Stevens cuando Dan lo despidió— sino para la gente normal. Además, su salario estaba garantizado de por vida, una seguridad que la gente normal no solía disfrutar. Ser juez federal es un cargo vitalicio, así que disfrutaría esa seguridad financiera de por vida. A. Scott Fenney ya no era el pobre abogado del bloque de oficinas en un suburbio cualquiera, pero tampoco había vuelto a ser un abogado rico. No era el abogado de clase alta que había sido en el bufete, ni el de clase baja que había sido después. Era un hombre de leyes de clase media. Un juez federal que se dedicaba a hacer el bien en lugar de tener éxito. Vivía de forma estable. Tenía una buena vida, sin fama ni fortuna, pero con seguro dental. Podía costearle la ortodoncia a Pajamae. Sus dientes parecerían perlas.

—¿Has hecho las paces contigo mismo?

—Sí.

—Si alguna vez cambias de opinión, ya sabes cuál es mi número.

—¿Despacho propio?

—Salario. Un millón al año. Tu nombre en la puerta.

—Es bueno tener opciones.

Lo que para la mayoría de gente era un dilema moral —tener éxito en lugar de hacer el bien— era una simple cuestión financiera para un profesional del derecho. Su nombramiento como juez federal era de por vida, pero siempre podía cambiar de opinión. Siempre podía elegir el dinero.

—La oferta se mantiene. Lo único que tienes que hacer es decir que sí.

—Lo tendré en cuenta.

—Hazlo.

Dan Ford lo miro de un modo paternal, con una expresión de preocupación por el hijo pródigo. Lo cual le recordó algo a Scott:

—Siento lo de tu hijo, Dan.

Su hijo había muerto de sida después de la última vez que se vieron.

—Tú eras más como un hijo para mí que él. Pero él tenía mi sangre. Espero que esté en un lugar mejor. —Desvió la mirada un momento y añadió—: ¿Y Rebecca? ¿Está en un lugar mejor?

—Mejor que la cárcel.

—¿Dónde?

—En algún lugar con un hombre.

Dan soltó un gruñido.

—Las exmujeres son así. Pero ese juicio fue una pasada. Muy entretenido.

—Me alegra que lo disfrutaras.

—Estaba seguro de que era culpable.

—Yo también.

—¿Has encontrado una sustituta?

—¿Cómo clienta?

—Como esposa.

—No existen las páginas de citas para jueces federales.

—Supongo que eso es un problema. Como salir con un inspector de hacienda.

Dan sonrió con desgana y metió la mano en el bolsillo de su abrigo. Sacó unas entradas que tenían grabada en relieve una estrella plateada bastante familiar. Le dio las entradas a Scott.

—Lleva a las chicas al partido de los Cowboys este domingo.

Scott cogió las entradas. Se puso las gafas —tenía hipermetropía— y retrocedió al ver el precio.

—Dan, estas entradas cuestan trescientos cuarenta dólares. Y el billete de aparcamiento setenta y cinco. Ocho entradas…, ¿cuánto es eso? ¡Casi tres mil dólares! No puedo aceptarlas.

Dan desestimó sus inquietudes morales con un ademán de la mano, como hacía a menudo cuando trabajaban juntos en el bufete.

—Son los asientos baratos. Le di el palco al gobernador. Joder, no te estoy sobornando. Ya has sentenciado a mi cliente con pena de cárcel. De un padre a otro, Scotty. Yo habría llevado a mi hijo a los partidos. A cenar. A cualquier parte. Debería haber pasado tanto tiempo con él como con los directores ejecutivos de las empresas que represento. Ahora que no está, no me quedan más que remordimientos. No te lo recomiendo. —Hizo una pausa, tomó aire y exhaló—. Lleva a tus chicas al partido. Y búscales una madre.

Dan Ford miró fijamente a su antiguo pupilo y sentenció:

—Scotty, un hombre no puede criar mujeres.

Capítulo 2

El bufete de abogados Ford Stevens tenía una cafetería mucho más fina que todo lo que pudiera ofrecer Starbucks, aunque el camarero servía café de Starbucks. *Latte, espresso, cappuccino…* cualquier cosa que calmara la adicción a la cafeína de los abogados y mantuviese su mente despierta y a la altura hasta altas horas de la noche. En cambio, el edificio federal Earle Cabell se conformaba con una sala de personal que incluía una máquina expendedora y el café a granel más barato del mismo proveedor que llevaba los almuerzos a las escuelas públicas, es decir: un contratista del gobierno que había hecho la oferta más baja.

Eran las cuatro de la tarde del viernes. El juez A. Scott Fenney estaba sentado en su despacho, con los pies encima del escritorio. Bebía una taza de café barato con una dosis nada saludable de nata, comía caramelos de mantequilla con sal, y preparaba la semana próxima con su personal. Un juez federal necesitaba gente en quien confiar, y él la tenía: Bobby Herrin, su juez magistrado, estaba sentado frente a él; Karen Douglas, que era su abogada asistente,* secretaria del juzgado, coordinadora de la lista de casos y madre de alquiler de sus hijas, estaba junto a Bobby. Completaban el equipo Carlos Hernández, un exdelincuente de treinta años (nunca condenado) que hacía de asistente legal y traductor de español y estaba sentado en el sofá del fondo, y Louis Wright, su alguacil, un estudiante de treinta y dos años, dos metros de altura y ciento cincuenta kilos, que estaba al lado de Carlos. Parecían dos fanáticos del béisbol sentados en las gradas más alejadas del campo. Bobby y Karen estaban casados; Louis y Carlos podrían haberlo estado, a juzgar por la forma en la que discutían por todo.

—Voy a quitar a Romo de mi equipo de fútbol *Fantasy* cuando acabe la temporada —dijo Carlos a Louis—. ¿Me lo cambias?

—¿Por *cuálo?* —preguntó Louis.

—Cuál —corrigió Karen.

Karen también hacía de profesora particular de gramática y literatura de Louis. Ese año se enfrentaban a Shakespeare.

—¿En qué equipo juega? —dijo Carlos.

—¿Quién? —preguntó Louis.

—Cuál. El jugador que ha dicho la señora Douglas.

—Eso no es… —Miró a Karen—. Eso no es un jugador. Es un pronombre.

—Correcto, Louis —dijo Karen—. Un pronombre interrogativo. En este caso, acompañado de una preposición. *Por* sería la preposición, y *cuál* el pronombre.

Carlos miró a Karen, luego a Louis y de nuevo a Karen totalmente confundido.

—¿De qué coño está hablando? ¿Quieres a Romo o no?

—No.

—¿*Cuálo* quieres?

Louis miró a Karen arqueando las cejas, como si estuviera preguntando «¿Lo ha dicho bien?» Karen negó con la cabeza. Louis se volvió hacia Carlos:

—Cuál.

—Aclárate. Pensaba que no querías a Cuál.

—Y no lo quiero. ¿Y por qué quitas a Romo? Ganará los siguientes dos partidos. Los Cowboys juegan en la Super Bowl.

—Entonces deberías quererlo tú.

—Yo quiero a Joe Namath. Cuando era joven.

—¿Quién es Joe Namath?

Bobby se giró en el asiento para mirar a Carlos.

—¿No sabes quién es Joe Namath? ¿O era?

—No.

—¿Broadway Joe?

—No.

—¿Dónde coño has estado toda tu vida?

—En México.

Bobby soltó un gruñido. Scott cogió otro caramelo del cuenco que Karen estaba rellenando. A punto de metérselo en la boca visualizó a Louis y lanzó el caramelo al otro lado del despacho. Louis completó el pase y Scott levantó las manos como si hubiera hecho un *touchdown;* después volvió a meter la mano en el cuenco. Había sido una semana larga.

—¿Estás bien? —preguntó Bobby.

—Unos cuantos caramelos más y lo estaré.

—¿Después de la sentencia?

—¡Jum! —Scott observó el dulce y volvió a dejarlo en el

cuenco—. Es difícil mandar a un hombre a la cárcel. Y es aún más difícil cuando ese hombre solo es un niño.

—Tal vez se haga un hombre en la cárcel, como dijiste.

—Tal vez.

El despacho forrado de madera, el salario de por vida, la seguridad financiera, el seguro dental… todo a cambio de un alto precio. Debía sentarse a juzgar las vidas de otras personas. ¿Cómo le iría a él si juzgaran su vida? Si juzgaran su carrera como abogado. Durante once años había sido un gran abogado y un hombre detestable; en los últimos cuatro había procurado dar un vuelco a su vida. Al contrario que Denny Macklin, tenía que intentarlo fuera de la prisión. La atmósfera del despacho se tornó sombría, así que Bobby cambió de tema.

—¿Qué quería Dan Ford?

—¡Ah, es verdad! —Scott sacó las entradas—. ¿Quién quiere ir al partido de los Cowboys el domingo?

Carlos dio un salto.

—¿Tienes entradas? ¿Para el campeonato?

—Me las ha dado Dan.

—¿Qué quería a cambio? —preguntó Bobby.

—Nada.

—Sería la primera vez.

—¿Todos queréis venir al partido?

Todos querían.

—Empieza a las tres. Nos veremos en casa al mediodía. Iremos juntos en coche. Solo tengo un billete de aparcamiento.

—Yo voy de copiloto —dijo Carlos, pero cuando miró a Louis, supo que no sería él quien fuera en el asiento del copiloto el domingo.

—¿Y cómo fue la comida de hoy? —preguntó Bobby.

—Frank Turner me presentó.

—¿En serio? ¿Qué contó?

—Les hizo a los abogados un resumen de mi vida. Me dejó la hostia de deprimido.

—¿Mencionó los juicios?

—Sí.

Bobby suspiró.

—¡Qué tiempos aquellos!

Tras un momento de silencio en el que reflexionaron sobre los viejos y buenos tiempos, Scott dijo:

—¿Qué tenemos en la lista de casos para el lunes?

—¿Algún juicio por asesinato? —inquirió Carlos.

—Ya te gustaría —dijo Bobby.

Su semana empezaba los lunes a las nueve de la mañana, con una reunión de personal, y acababa los viernes a las cuatro de la tarde de la misma manera. Terminaban casos antiguos, trabajaban en los actuales y asignaban los responsables de los nuevos. Los casos se multiplicaban sin piedad. Bobby echó un vistazo a la lista.

—Un chiflado ha demandado a los federales para que publiquen todos los documentos sobre el asesinato de Kennedy. Está convencido de que están ocultando un asesinato de la CIA.

—¿De Kennedy?

—Sí.

—La CIA no mató a Kennedy —dijo Louis—. Lo hizo Oswald.

—¿Quién es Oswald? —preguntó Carlos.

Esta vez todos lo miraron.

—¿No sabes quién es Lee Harvey Oswald? —dijo Bobby.

—¿Debería?

—Se le atribuyó el asesinato del presidente Kennedy.

—¿Lo condenaron?

—Lo mataron.

—¿Lo mató el verdadero asesino para encubrirse?

—No, el dueño de un club de striptease llamado Jack Ruby.

—¿El que en realidad mató a Kennedy?

—No. Solo era un pirado.

—Entonces, ¿quién mató a Kennedy?

—Esa es la pregunta —respondió Bobby.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Este pirado cree que fue la CIA.

—Bueno, sería un caso interesante —afirmó Carlos.

—Pero no es nuestro. Está asignado al juez Jackson. El gobierno solicitó una moción de desestimación.

—¿Qué más? —dijo Scott.

Bobby volvió a hojear los casos.

—Un grupo de activistas negros también ha demandado al FBI. Alegan que el gobierno federal se ha sacado de la manga condenas discriminatorias por posesión de *crack* y cocaína con las que ha encarcelado a jóvenes negros. Según los activistas, el objetivo era disminuir la población negra. Dicen que ha

funcionado. Y ahora la población latina ha superado a la población negra y está disfrutando del poder político que deberían tener los negros.

—Es verdad —dijo Louis—. Todos los pandilleros con los que crecí están ahora en la cárcel por culpa del *crack*. Cuando un chico blanco del norte de Dallas esnifaba cocaína, le daban la libertad condicional. Pero si los chicos negros del sur de Dallas fumaban crack, les caían veinte años. No es que *haigan*… —Miró a Karen e hizo una mueca—. No es que haya muchos bebés en el sur de Dallas.

Karen le ofreció una sonrisa de aprobación.

—Pero la Corte Suprema dijo que es discriminatorio condenar de un modo tan dispar la tenencia de *crack* y cocaína —dijo Scott.

—Ha presentado una demanda por los últimos veinte años —dijo Bobby—. La desestimarán.

—¿*Pudría* leer el informe? —dijo Louis.

—Podría leer el informe —corrigió Karen.

Bobby la miró confundido y preguntó:

—¿Por qué quieres leer el informe?

—No quiero. Estaba corrigiendo la gramática de Louis.

—¿Podría leer el informe? —dijo Louis. Bobby se volvió hacia él.

—No.

—¿Por qué no?

—Tampoco es nuestro caso. Se lo han asignado al juez Porter.

—¿Qué más? —preguntó Scott.

—La orden ejecutiva del presidente. Exige al ministro de seguridad que deje de deportar mexicanos que residan aquí ilegalmente si no tienen antecedentes penales.

—Eso me excluye —comentó Carlos.

—Básicamente, garantiza la amnistía a doce millones de inmigrantes ilegales. —Bobby se encogió de hombros—. Se acercan las elecciones. Veintiséis estados lo han demandado. Sostienen que el decreto ejecutivo es inconstitucional y que tendrán que incurrir en miles de millones de gastos adicionales en educación, asistencia sanitaria y cuerpos de seguridad. El demandante principal es el estado de Texas.

—Es un caso difícil —dijo Karen—. Decida lo que decida la jueza, la mitad de los estadounidenses van a odiarla.

Solo había una jueza federal en el distrito.

—¿Garza tiene el caso?

—Sí —respondió Karen—. Hablé con su recepcionista. Está recibiendo bastantes palos de los activistas latinos.

—No la envidio —comentó Scott—. Tomar decisiones difíciles ya es bastante duro como para que encima tu propia gente te presione.

—A eso se le llama ser juez federal —dijo Bobby.

—Cierto.

—Entonces ¿no tenemos *ningún* de esos casos? —preguntó Carlos.

Carlos no daba clases de gramática con Karen.

—No —respondió Bobby. Carlos refunfuñó.

—Los jueces veteranos cogen todos los casos buenos y nosotros solo tenemos mociones, mociones, mociones… Estoy harto.

—Déjame reformular la pregunta —dijo Scott—. ¿Qué tenemos en nuestra lista?

—Mociones.

Esta vez refunfuñaron todos. Las mociones —peticiones para posponer un juicio, desestimar un caso u obligar a alguien a presentar pruebas, entre otros requerimientos— inundaban la corte federal de papeles y dejaban a los jueces inmersos en un combate de boxeo; pero en lugar de lanzarse puñetazos unos a otros, los abogados se sacudían mociones. Bobby hojeó las páginas.

—Moción para prorrogar… Moción para desestimar… Moción por requerimiento… Moción por juicio sumario… Respuesta a moción por juicio sumario… Respuesta a respuesta de moción por juicio sumario… Moción de apremio…

—¿Otra disputa por un descubrimiento de pruebas?

—Eso me temo. Parece que el abogado defensor, Sid Greenberg, quizá lo recuerdas, hizo la petición de descubrimiento de pruebas para el demandante.

Sid Greenberg estuvo a cargo de Scott en Ford Stevens. Scott le había enseñado todo lo que sabía.

—Trescientos mil documentos.

—¿Y el único documento que puede causar daños está escondido en alguna parte, si es que el demandante puede encontrarlo? —dijo Scott.

—Sí. —Bobby miró la lista de casos y dijo—: Me pregunto quién le enseñó a Sid ese pequeño truco.

Scott sacudió la cabeza.

—Dios, fui un abogado muy sucio.

—Fuiste un abogado rico.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Qué nos decías siempre? —preguntó Karen. Ella también había sido socia de Scott en Ford Stevens—. Si quieres elegir el azar, vete a Las Vegas. Si quieres tener la oportunidad de hacerte asquerosamente rico a los cuarenta, trabaja en Ford Stevens.

Louis y Carlos se echaron a reír.

—Es una buena cita, juez —comentó Carlos.

—Tienes cuarenta años y no eres rico —dijo Bobby—. Supongo que deberías haberte ido a Las Vegas.

Más risas.

—Bobby, dile a Sid que olvide todo lo que le enseñé. Y luego dile que sancionaré a su cliente por cada hora facturable que pierdan los abogados del demandante al revisar esos documentos. Así quizás quiera pensar mejor lo que sea que pretenda con el descubrimiento de pruebas.

Bobby sonrió y volvió a hojear la lista de casos.

—Y tenemos el tema de las órdenes de programación de audiencias en el caso Davis.

—Diles que es su caso y que establezcan su propio acuerdo. No me necesitan hasta el juicio. Déjales claro que no vamos a evaluar el caso y que más les vale estar de acuerdo.

—Y tenemos nuestra ración semanal de mociones: una orden de restricción en el caso de la patente.

Otro resoplido en la sala.

—Dios, odio los casos de patentes —dijo Carlos—. Son patentemente aburridos.

Eso hizo reír a Louis.

—Esa es tuya, Bobby —dijo Scott.

Por 185 012 dólares al año, los jueces magistrados se ocupaban de todo lo que los jueces de distrito no querían ocuparse.

—Y más mociones de juicio sumario en los casos Robinson y Simpson. Ambos ocupan más de doscientas páginas, incluidos apéndices.

—Tendremos quinientos casos civiles en la lista este año, y los abogados presentarán mociones de juicio sumario conflictivas en todos ellos. ¿Es mala praxis si no lo hacen?

—Debe de serlo.

—Se emplea mucho tiempo en revisar estas mociones. Es más práctico litigar el caso sin más.

—Sí, pero a los abogados les pagan mil dólares la hora.

—Vale, Karen, esos son nuestros. Escoge uno y dame el otro.

—¿Nada de asesinatos, nada de tumultos, nada de nada? —dijo Carlos—. Joder, va a ser una semana aburrida. Como esta semana. Fraude fiscal, fraude bancario, fraude bursátil, violación de derechos de autor... delitos de guante blanco aburridos perpetrados por tipos blancos aburridos.

—¿Quieres emoción o seguridad financiera? —preguntó Scott.

—Seguridad financiera —dijo Karen.

—Hablas como una madre.

—Está bien tener un sueldo fijo, juez —comentó Carlos—. Pero, qué coño, necesito un chute de adrenalina.

—¿Louis?

—Coincido.

—¿Con *cuálo*… cuál de los dos? —Vio a Karen sonreír—. ¿Karen o Carlos?

—Ambos.

—¿Bobby?

Bobby miró a Louis, luego a Carlos y finalmente a Karen. De alguacil a asistente jurídico y después a esposa. Siendo el hombre sabio que era, eligió a su mujer.

—Nunca había tenido un sueldo fijo, lo cual está bien. Pero mis clientes de la calle me proporcionaban más emociones. Como Carlos.

Carlos sonrió.

—Hombre, llevaba una vida emocionante entonces. Robar a mano armada una tienda con una pistola de juguete es un buen chute de adrenalina.

—¿Por qué una pistola de juguete? —preguntó Karen.

—Mi madre no me dejaba tener una pistola de verdad. Le preocupaba que me disparase a mí mismo.

—¿Y no que disparases a otra persona? —inquirió Bobby.

Scott suspiró. Cuando era un pez gordo en Ford Stevens, disfrutaba de una carrera cargada de adrenalina pero de ética cuestionable. En su vida nunca había faltado la emoción. Cuando sentía que el aburrimiento empezaba a instalarse, solo tenía que darse una vuelta con el Ferrari por la autopista de peaje del norte de Dallas. Era maravilloso. Se había acostumbrado a lo

maravilloso; ahora todo era mundano. Sam Buford dijo que había salvado a seis acusados inocentes de una sentencia errónea. Seis vidas en treinta y dos años. Ahora Scott sabía lo que había hecho el juez Buford el resto del tiempo: sufrir de aburrimiento. Scott no había hecho mucho bien, al menos durante su primer año de magistratura. Tan solo se dedicó a mover casos por la maquinaria del poder judicial federal. No había saldado vidas; clasificaba el dinero de las corporaciones. Pareciera que la razón de ser del sistema legal fuera repartir miles de millones de dólares entre los conglomerados multinacionales. Ese año sentenciaría a cien acusados. Se aseguraría de que todos fueran culpables. Pero la mayor parte del tiempo se lo pasaría arbitrando demandas presentadas por una corporación en contra de otra, ficciones legales peleándose por dinero real como una manada de leones sobre un cadáver. Había un lugar para esa lucha en una sociedad civilizada, y ese lugar era una corte de justicia.

¿Pero era ese su lugar?

Estaba instalado en una vida ética pero insulsa como juez federal. Estaba orgulloso de su ética laboral como hombre de leyes y agradecido de la seguridad financiera que le permitía cuidar de sus hijas; pero, tenía que confesarlo, un poco de emoción sería de agradecer. Se levantó y se guardó un puñado de caramelos en el bolsillo.

—Tal vez Pajamae nos dé un poco de emoción en el partido.

Pajamae Jones-Fenney medía un metro sesenta y cinco. Lucía su suave pelo castaño cortado al estilo bob, lo cual hacía que se pareciera aún más a su madre. Su piel bronceada brillaba con el sudor, y los apliques dentales relucían. Tenía trece años y estaba en el séptimo curso. Era la mejor jugadora en la cancha y la única chica negra. Era la estrella del equipo de baloncesto de la escuela de secundaria Highland Park. Su dorsal era el número veintitrés, el mismo que Michael Jordan.

—¡Vamos, Pajamae!

Bárbara Boo Fenney, sentada junto a su padre, animaba a su hermana, que corría por la cancha con la pelota. Una jugadora defensiva le cortó el paso, Pajamae amagó un giro a la izquierda, hizo un ajuste rápido y giró de forma brusca a la derecha. La otra jugadora intentó equilibrarse, pero no pudo y se cayó al suelo. El público gritó: «¡Ooh!».

—¡Rompetobillos! —exclamó Boo.

Pajamae hizo un tiro bajo aro sin esfuerzo justo cuando el

timbre sonó para anunciar el intermedio. Las demás jugadores le chocaron la mano. Louis y Carlos intentaron iniciar una ola en el público, pero, aparte de su grupo, nadie se unió.

—¿Qué coño le pasa a la gente blanca? —dijo Carlos.

Las chicas de Highland Park ganaban, 35 a 16. Pajamae había marcado veintiocho puntos. Fue al banquillo dando saltitos y levantó la vista para mirar a su familia, que estaba en las gradas rodeada de gente blanca y rica. Les dirigió una gran sonrisa y los saludó con la mano. Cuando la ortodoncia terminara de hacer su trabajo, tendría unos dientes como perlas, tal y como le había prometido su padre.

—La chica tiene garra —comentó Louis.

—A. Scott, ¿podemos ir a comer *pizza* después del partido? —preguntó Boo.

—Claro.

Los fines de semana, salían a comer *pizza* y veían películas en casa. O salían a ver una película y comían *pizza* en casa. Pero nunca hacían las dos cosas fuera.

—¿Queréis algo del puesto de comida?

—Iré yo, juez —dijo Louis.

—Yo me encargo —dijo Scott.

—Pues yo quiero una zarzaparrilla.

—Dos —dijo Carlos.

—Café con leche —respondió Karen—. Y mira a ver si tienen comida de bebé orgánica, al ser posible puré de ciruelas.

Llevaba en brazos a su hijo de dieciocho meses, Scott Carlos Louis Herrin. Lo llamaban Little Scotty.

—¿Puré de ciruelas? —dijo Carlos—. Dale al niño comida de verdad, como enchiladas y tacos. Mi madre me alimentó con eso desde el día en que nací.

—Y todavía lo hace —comentó Bobby.

Carlos vivía con su madre. Él le quitó importancia.

—Oye, los hombres mexicanos no sabemos cocinar, así que vivimos con nuestra madre hasta que encontramos una esposa que cocine.

—Puede que vivas con tu madre mucho tiempo —replicó Louis.

Bobby le dio un golpecito con el puño y luego le dijo a Scott:

—Cerveza.

—¿En una escuela secundaria?

—Zarzaparrilla.

Scott no bebía en público, ni siquiera una cerveza. Un juez federal no podía arriesgarse a conducir bajo los efectos del alcohol o a que lo acusaran de ir borracho en público. Además, estaba ese pequeño detalle de ser un modelo de conducta.

—Vamos, Boo, necesito que me ayudes.

Padre e hija bajaron por las gradas entre miradas curiosas y susurros, a los que ya estaban acostumbrados. Así eran las cosas cuando eras un juez federal con una vida como la de Scott. Parecía que la mayor parte de Highland Park se había dividido en dos bandos en lo referente a A. Scott Fenney: o bien creían que era un hombre que había redimido su alma al defender a la madre de Pajamae contra un cargo de asesinato y había ganado; o un auténtico necio que había renunciado a la vida de lujo de Highland Park para salvar a una prostituta negra de la pena de muerte solo para verla morir de una sobredosis dos meses después. Nadie sabía qué pensar sobre su defensa a su exmujer, acusada de asesinar al experto en golf con el que se había ido; la opinión general parecía coincidir en que no estaba en posesión de sus facultades mentales.

—Hola, Scott. Hola, Boo.

Justo cuando llegaron abajo, apareció Kim Dawson. Había sido la profesora de cuarto curso de las chicas en la escuela primaria. Se la habían presentado a Scott hacía unos años.

—Hola, señorita Dawson —dijo Boo.

—¿Cómo estás, Kim? —preguntó Scott.

—Estoy bien. Te… Te echo de menos, Scott. ¿O ahora tengo que llamarte juez?

Habían salido juntos unas cuantas veces antes de que él se hiciera juez. Era inteligente y dulce, pero él no había sentido ninguna chispa.

—Scott está bien.

Ella sonrió y estuvo a punto de acercarse, pero se lo pensó mejor.

—Llámame, Scott. Cuando sea.

Kim se alejó. Scott la siguió con la mirada. Era una mujer muy guapa. Vestía unos vaqueros apretados que marcaban y resaltaban su redondo trasero. Scott se excitó. Tal vez debería intentarlo otra vez con Kim… Pero solo la utilizaría para tener sexo, y no podía hacerle eso. Era una buena chica, y él ya no era un universitario. Era juez federal. Suspiró. Nada de alcohol, nada de sexo, nada de diversión. Esas eran las responsabilidades de ser juez. Apartó la vista del trasero de Kim y la posó en la cara de su

hija, que lo miraba con sus ojos verdes y el ceño fruncido. Boo señaló con el pulgar a la señorita Dawson y dijo:

—¿Y no quieres salir con ella?

Dando a entender que le parecía un gran misterio, Boo sacudió su pelo corto y pelirrojo y reanudó la marcha hasta el puesto de comida.

—Cinco zarzaparrillas, un café con leche y puré de ciruelas orgánico.

Estaban de pie junto al puesto de comida, rodeados de chicas adolescentes que cuchicheaban y reían. Scott, que tenía cuarenta años, no sabía nada de chicas adolescentes. Por supuesto, tampoco sabía nada de ellas cuando él mismo fue un adolescente. El destino del hombre.

—Hola, Scott.

Su perfume llegó antes que ella. Él se giró y se encontró con una mujer joven, de pelo negro azabache y labios rojos y carnosos, que vestía unas mallas de yoga, que parecían estar pintadas sobre la delgada parte inferior de su cuerpo, y una camiseta apretada con un escote bañera que dejaba poco a la imaginación, además de mostrar su torso. Penny Birnbaum. Después de que Rebecca se fugase con el golfista, Scott había vendido su ropa en un mercadillo y la mansión de Beverly Drive a Penny y su marido.

—Ah, ey, hola, Penny. ¿Dónde está, eh…?

—¿Jeffrey? Nos hemos divorciado.

—¿Tan pronto?

Ella asintió con indiferencia.

—No podía satisfacerme. Tengo una pensión alimenticia y la casa. Tu vieja casa. Deberías pasar por allí una mañana que salgas a correr. —Se acercó y bajó la voz—. Estaré desnuda.

—Penny, ahora soy juez federal.

—Puedes esposarme.

Penny disfrutaba de una pensión alimenticia y de la casa; Jeffrey se había alejado de ella. En derecho, eso se considera un acuerdo en el que todos ganan. Le echó a Scott un vistazo que le hizo sentir desnudo.

—Tienes un aspecto delicioso —dijo—. Han pasado casi cuatro años, pero aún me acuerdo de aquel día en la ducha.

Scott les había enseñado la mansión a Penny y Jeffrey. Mientras Jeffrey comprobaba el sonido *Dolby Surround* en el

sótano, Penny le daba un repaso a Scott en la enorme ducha del baño. Lo había pillado en un momento de debilidad, pero él tenía que confesar que tampoco había olvidado aquel momento.

—¿Sabes?, Scott, podemos ser solo amigos.

—¿Amigos?

Ella se acercó y le susurró al oído:

—*Follamigos.*

Se apartó de él y le guiñó un ojo de forma seductora. Era joven, sexy y quería que la usaran para el sexo. Él suspiró. Le ofrecía sexo sin ataduras. Ser amigos con derecho a roce. *Follamigos* en lengua vernácula. Para un hombre que no había tenido sexo desde… —¿fue aquella ocasión en la ducha la última vez?—, era una oferta tentadora. Pero un acuerdo así no parecía apropiado para un juez federal. O para el padre de dos adolescentes.

—No tienes hijos, ¿verdad? —dijo Scott—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque sabía que tú estarías aquí. Para ver a tu hija.

—¿Me estás acosando?

Le dirigió una mirada ladina.

—Ay, esto no es acosar, Scott.

Se dio media vuelta y se alejó caminando de forma sinuosa. Todos los hombres con los que se cruzó se pararon a mirarla. Así era Penny.

—¿Qué has dicho?

Era la voz de Boo detrás de él. Se giró hacia ella, pero no le hablaba a él, sino a un grupo de chicas que parecían haber salido de una revista de moda. Boo, no; tenía puesta una sudadera, vaqueros corrientes y unas zapatillas retro. Sus puños se apoyaban en sus caderas. Ese gesto no solía significar nada bueno. Sobre todo, para la otra chica.

—¿Estás hablando de mi hermana?

Dio un paso al frente y se encaró con una chica rubia.

—Tranquila, Boo —dijo Scott.

—Ha dicho algo sobre Pajamae —dijo Boo, y se dirigió a la chica para añadir—: ¿Qué? ¿No te gusta que niñas negras vayan a tu escuela?

La chica rubia se puso roja como un tomate.

—Mi hermana solía marcar todos los puntos, y ahora lo hace tu hermana.

—Porque mi hermana es mucho mejor que la tuya.

—Porque es más negra que mi hermana.

Boo levantó un puño.

—¿Te apetece una ración de nudillos, zorra estirada?

—A palabras necias, oídos sordos, Boo —dijo Scott.

—A palabras necias, puños y codos, A. Scott.

—Adelante, pégame —dijo la rubia—. Volverán a expulsarte.

Ese no era el primer altercado de Boo. La habían expulsado media docena de veces por defender a su hermana.

—Boo, vamos a llevar las bebidas a los asientos.

—Sí, Boo —respondió la rubia—. Vuelve a tu asiento con el perdedor de tu padre.

«¿El perdedor de tu padre?», Boo no podía creer lo que oía.

—¿Ahora estás hablando de mi padre?

—Mi padre dice que el tuyo es un liberal enamorado del presidente.

—A. Scott, ¿puedo pegarle?

—Sí… es decir, ¡no!

Pero ya era demasiado tarde. Boo tumbó a la rubia de un golpe, un puñetazo directo a la nariz. La chica aterrizó sobre su trasero y Boo aprovechó para abalanzarse sobre ella. La miró con expresión severa y, apuntándola con el dedo, dijo:

—Como vuelvas a llamar a mi padre liberal, te rompo los dientes.

—A. Scott —dijo Boo—, deberías salir con la señorita Dawson. Esa Penny me acojona.

—A mí también. Y deja de decir palabrotas.

Boo frunció el ceño sin levantar la vista del libro. Scott les había leído libros a las chicas hasta que cumplieron los diez años; ahora leían ellas juntas.

—¿Qué estáis leyendo?

Todas las noches leían en la cama. Ellas compartían una habitación, y Scott tenía la otra. La casa tenía dos dormitorios, dos baños, y mil cuatrocientos metros cuadrados útiles. La habían construido en 1935, cuando las mansiones de Highland Park se construían para los magnates petroleros, no para abogados, médicos o vicepresidentes de la propiedad industrial. Y desde luego, no para los jueces. Ochenta años después, las cosas no habían cambiado para los jueces.

—*Cincuenta sombras de Grey* —dijo Boo sin levantar la vista.

—¿Qué?

—*Los juegos del hambre.*

Scott suspiró.

—Vas a provocarme un ataque al corazón.

Boo lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—A. Scott, no bromees con eso.

—Ay, lo siento, cariño. Harás que me salgan canas.

—El pelo rubio no se vuelve blanco.

—Conseguirás que me quede calvo, entonces.

Pajamae soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Scott.

—De imaginarte sin pelo. Si los chicos negros se afeitan la cabeza, les queda bien, como a Michael. Pero a los blancos no les queda bien tener la cabeza sin pelo.

—Lo tendré en cuenta.

—Considérelo, juez Fenney —dijo Pajamae.

—¿Juez Fenney?

—Me gusta cómo suena. Mi padre, el juez.

—Papá sonaría incluso mejor.

La rutina nocturna de Scott todavía incluía arropar a las chicas a la hora de dormir. Tenían trece años, quizá creían que eran demasiado mayores para ese tipo de cosas, pero él tenía cuarenta y no se lo parecía. Se inclinó para darle un beso a Pajamae en la frente. Olía a fresas; dedujo que habría cambiado de champú.

—Has hecho un gran partido, pequeña.

Ella se encogió de hombros.

—El nivel de competición no es muy alto. A ver, en serio, ¿las *hockadaisies?*

El equipo de Highland Park había jugado contra el equipo de Hockaday, una escuela de élite privada para chicas en Dallas. Eran las *daisies.*

—Bueno, pero has jugado genial. Has sido la mejor jugadora en la cancha. Siempre lo eres.

—Porque las demás jugadoras son blancas. Tengo que jugar contra chicas negras si es que quiero llegar a ser lo suficientemente buena como para jugar en la universidad y luego hacerme profesional.

—Solo tienes trece años. Hay tiempo.

—Solo soy la chica negra designada de la escuela.

—¿La chica negra designada?

—Como el conductor designado.

—¿Siguen metiéndose contigo?

Pajamae bajó la vista, así que Boo respondió por ella.

—Las chicas malas, como la rubia, que se llama Bitzy, cuelgan cosas mezquinas sobre ella en Twitter.

—¿Cómo lo sabes?

Las chicas no tenían Facebook ni cuenta en Twitter, ni Snapchat ni Instagram; no se habían perforado las orejas ni tenían televisión por cable, tampoco tatuajes. Tenían libros.

—Me lo enseñaron otras chicas.

—¿Y qué dicen?

—No, Boo —dijo Pajamae.

—Tiene que saberlo.

—Así es, Pajamae.

—Dicen que es fea porque es negra. Y publicaron: «Tu madre era una puta, así que tú también lo serás». Y «Si mi madre fuera puta, me suicidaría. ¿Por qué no lo haces tú?».

Pajamae se echó a llorar. Boo la abrazó.

—Pajamae —dijo—. Voy a darles una patada en el culo.

Scott se recostó. En el instituto también se metieron con él, pero en aquel entonces el acoso escolar consistía en que los chicos mayores empujaban a los pequeños en el pasillo. No eran *tweets* malintencionados en Twitter. Habían tenido problemas con el acoso desde que Pajamae empezó a ir a la escuela en Highland Park. Scott había ido al despacho del director varias veces; pensaba que las cosas habían mejorado, pero al parecer habían ido a peor.

—Cariño, eres preciosa, igual que tu madre. Ella cuidó de ti de la única manera que sabía. Porque te quería mucho.

—Lo sé, juez Fenney.

—Y a tus compañeras de equipo les gustas. Te chocaron la mano.

—Les gusto en la cancha porque gano los partidos. Pero fuera de ella me ignoran, se comportan como si ni siquiera estuviera en el mismo lugar. Como si fuera invisible. En el pasillo digo «hola» y ellas ni me responden.

Parecía tan pequeña. Frunció el ceño y lo miró con sus ojos marrones llenos de lágrimas.

—Juez Fenney, ¿qué problema tengo?

Necesitaba consuelo, pero ¿cómo iba a consolarla? ¿Qué

debía decir un padre en un momento así? Se sentía completamente inútil, de modo que dijo las únicas palabras que sabía decir:

—No tienes ningún problema. Todo está bien. Te quiero, muñeca.

—Lo sé.

Entonces se acordó. Rebuscó en su bolsillo.

—¿Un caramelo?

Eso les hizo sonreír a las dos. Ellas también estaban enganchadas a esos caramelos.

—Cariño, podemos irnos de Highland Park.

—No, señor. Este es mi hogar. Os tengo a ti, a Boo y el baloncesto. Nadie puede ignorarme en una cancha de baloncesto, así como nadie ignoraba a Jackie Robinson en un campo de béisbol.

—Buena chica. Pero volveré a hablar con el director.

—No, por favor. Eso solo empeorará las cosas. Seré como Jackie y pondré la otra mejilla.

—Yo seré como Alí y les daré un puñetazo —dijo Boo.

—Boo, no puedes ir por ahí dando puñetazos.

—Claro que puedo.

—Volverán a expulsarte. Seguramente lo hagan por lo de esta noche.

—Valió la pena.

Eso hizo sonreír a su hermana.

—¡Dios, ojalá hubiera podido ver a Bitzy en el suelo!

—Fue genial —dijo Boo.

Scott tenía que admitir —en privado— que, en realidad, lo fue.

—Si yo fuera una futbolista estrella —dijo Pajamae—, esas chicas me tratarían como a una diosa, me suplicarían que les diera un autógrafo. Pero solo soy una chica negra que juega al baloncesto. Juez Fenney, nadie me ha pedido nunca un autógrafo.

—Y que nuestro padre sea juez federal hace que se metan aún más con nosotras —comentó Boo.

Los demás jueces federales eran más mayores y tenían hijos de mayor edad y nietos. Él era el único juez con hijas jóvenes.

—¿Por qué?

—Charlene ha dicho que su padre dice que eres un liberal que defiende al presidente, sea lo que sea eso. Odia al presidente.

Pajamae interrumpió.

—Y entonces dije: «Tu padre odia al presidente porque es negro». Pero ella dijo: «No, lo odia porque es un musulmán liberal que ni siquiera nació en Estados Unidos». —Pajamae frunció el ceño—. ¿El presidente es musulmán?

—No.

—¿Nació en Estados Unidos?

—Sí.

—¿Y si no hubiera nacido en Estados Unidos?

—La Constitución ordena que los presidentes sean «ciudadanos naturales por nacimiento», lo que significa que tienen que ser ciudadanos desde el momento en que nacen, y eso se logra viniendo al mundo en Estados Unidos o en cualquier otro lugar, pero de padre o madre estadounidenses.

Aquel chismorreo de la ley constitucional impresionó a las chicas.

—Mirad, chicas, las niñas oyen a sus padres y repiten lo que oyen. Solo quieren molestaros. Ignoradlas.

—Pero ¿por qué se meten con nosotras por tu trabajo? —preguntó Pajamae.

—Cuando la gente se junta para crear comunidades, necesita normas, como el límite de velocidad y las leyes antirrobos. De lo contrario, la vida sería un caos. Pero la gente no siempre está de acuerdo con lo que las normas implican. En algunos países, cuando las personas están en desacuerdo, se disparan entre sí. Nosotros pensamos que esa es la peor forma de resolver las diferencias, así que creamos los tribunales. Quien no esté de acuerdo con la forma de actuar de alguien más puede venir al tribunal y pedirle a un juez que decida quién tiene razón. Pero las dos partes siempre creen tener razón, y quieren que el juez les dé la razón a ellos y se la quite a los otros. Si no es así, se enfadan. En Estados Unidos no empezamos una guerra si un juez dicta una sentencia contra nosotros, pero algunos aún se enfadan cuando ocurre. Son los gajes del oficio de juez. Algunos se enfadarán.

Las chicas lo miraron con expresión reflexiva. A Scott le encantaban esos momentos en los que podía enseñar y compartir sus experiencias con ellas, prepararlas para la vida. Estaba bastante seguro de que otros padres no hablaban con sus hijas adolescentes sobre la ley constitucional y la teoría judicial. Pero a las suyas les encantaba aprender sobre esos temas. Eran tan inteligentes. Pajamae levantó un dedo como si estuviera comprobando la dirección del viento. A menudo hacían preguntas profundas después de una explicación, lo que hacía que Scott se sintiera orgulloso y un buen padre.

—¿Sí, cariño?

—¿Crees que debería hacerme trencitas africanas otra vez?

Boo abrió mucho los ojos.

—Si tú lo haces, yo también. Y podemos hacernos tatuajes. Justo encima del culo.

—Lo haré si tú también lo haces.

Y las lágrimas desaparecieron. Por el momento. Pero volverían, al igual que el acoso escolar.

—Nada de tatuajes, ni por encima del culo ni en ninguna parte —dijo Scott—. Podéis haceros trencitas, pero no tatuajes.

—Ni tatuajes, ni pendientes en la oreja, ni televisión por cable… Tenemos más canales en español que en inglés.

Pajamae se encogió de hombros.

—Nuestro español ha mejorado.

—A. Scott, los demás niños tienen todas esas cosas.

—Os he dado un móvil para que lo compartáis. ¿Es Facebook el problema?

—¿Facebook? Los niños no tienen Facebook, solo sus madres. Es porque queremos convertirnos en chicas independientes.

—¿Con tatuajes? Boo, me da miedo enviarte a la universidad. Volverás con los brazos cubiertos de tatuajes.

—No, solo me haré un par donde nadie pueda verlos.

—Ah, bueno…

Sus hijas adolescentes no tenían tatuajes (aún) y ya no llevaban trencitas. El día que Pajamae le hizo trencitas a Boo la primera vez, cuando vino a vivir con la familia Fenney, Rebecca se puso hecha una fiera. Boo miró a su padre.

—Mamá se hizo un tatuaje cuando se fue.

—Otra buena razón para no hacerte uno.

—Me dijo que nunca debía depender de un hombre. Excepto de ti. Decía que siempre podría depender de ti.

Había pasado un año y medio desde la última vez que Scott vio a su mujer, en Galveston, después de la absolución de los cargos de asesinato.

—También me dijo que la vida de una mujer es complicada. ¿Pajamae y yo tendremos vidas complicadas?

—Solo si os hacéis tatuajes.

Pajamae soltó una risita y Boo puso los ojos en blanco.

—A. Scott, ¿tú has tenido una vida complicada?

—La tuve, cuando me casé con tu madre.

Boo frunció el ceño, lo que solo podía significar que estaba reflexionando sobre el concepto de vida complicada. Luego suavizó la expresión.

—Creo que quiero una vida sencilla.

Su hija era una chica de trece años atrapada en el cuerpo de una mujer de treinta. Scott llevaba años diciéndolo, y cada vez que lo hacía solo tenía que actualizar la edad biológica de Boo.

—Me pregunto dónde está. Mamá.

Por la expresión de la cara de su padre, Boo entendió que A. Scott estaba pensando en Rebecca. Otra vez. Nunca se libraría de ella, así que Boo tampoco lo haría. La madre de Pajamae estaba muerta. Su madre podría estarlo también. Necesitaban pasar página, como se suele decir. Pero no podían. A. Scott le había dicho que había adquirido un voto el día que se casaron: «Hasta que la muerte nos separe». Lo había adquirido él, pero los dos lo estaban viviendo.

—Búscales una madre —había dicho Dan Ford esa tarde—. Un hombre no puede criar mujeres.

Pero este hombre tenía un buen trabajo, un buen sueldo y grandes beneficios. Una casa. Dos hijas maravillosas. Buena salud. Pero ellas no tenían madre y él no tenía a nadie. No había ninguna mujer en su vida. Dios creó a Adán y Eva, no a Adán o Eva. Un hombre necesita una mujer, incluso si ese hombre es un juez federal. Eran las diez y media un viernes por la noche, y A. Scott Fenney estaba tumbado en la cama. Solo.

Odiaba dormir solo.

Pero lo hacía.

Tenía que hacerlo.

Lo haría.

¿Para siempre?

Capítulo 3

—¡FBI! ¡Estás detenido!

El equipo SWAT entró con chalecos antibalas y armas de asalto, como si estuvieran irrumpiendo en una fortaleza en lugar de una mezquita. El agente especial, Eric Beckeman, siguió al equipo de asalto hacia el interior de la mezquita Masjid al Mustafá de Dallas donde, Aabdar Haddad había rezado a Alá. Haddad no había sido un lobo solitario; formaba parte de una conspiración más grande, cuyo líder era el imán de la mezquita.

Omar al Mustafá era el hombre más peligroso de Dallas.

La principal misión del FBI después del 11-S era evitar otro ataque terrorista en Estados Unidos. La Super Bowl es el mayor evento del país cada año. Cien mil espectadores ven el juego en el estadio; mil millones de personas en todo el mundo siguen el partido por televisión. Cada yihadista islámico practicante soñaba con que mil millones de personas vieran morir a cien mil estadounidenses en directo. La misión de Beckeman era matar o capturar a los yihadistas antes de que eso ocurriera. Tres semanas antes de la Super Bowl, su cuerpo especial había hecho exactamente eso: matar a un tipo malo y capturar al resto.

Los agentes del FBI sacaron a los hombres esposados del interior de la mezquita y los dirigieron hacia las furgonetas que los llevarían a las celdas del juzgado federal. Beckeman había ordenado la redada durante los rezos de la tarde, cuando sabía que el imán y sus cómplices estarían en el templo. El agente Stryker salió acompañado de un hombre menudo de mediana edad que llevaba el atuendo musulmán tradicional —una quipa negra y una toga larga y blanca abotonada hasta el cuello— y se lo entregó esposado a Beckeman. Tenía el pelo blanco y barba y ojos oscuros y malvados: el mismo aspecto que todos los fanáticos islamistas que había matado o capturado.

—Mira a quién he encontrado, capitán —dijo Stryker.

Beckeman miró al hombre con desprecio.

—Omar al Mustafá, queda detenido. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a un

abogado y a tener uno presente cuando sea interrogado. Si no puede contratar a un abogado, le será designado uno para que le represente durante el interrogatorio.

—¿Por qué?

—Porque es su derecho constitucional. Vive en Estados Unidos, así que tiene un abogado.

—No. ¿Por qué estoy detenido?

—Terrorismo doméstico.

—¿Puede ser más específico?

—Por conspirar para hacer detonar una bomba en el estadio de los Cowboys durante la Super Bowl.

—¿Por qué iba a hacer yo algo así?

Beckeman se colocó cara a cara frente a Mustafá.

—No lo sé. Quizá porque es un puto cabrón yihadista islámico. —Se dirigió a Stryker—: Quítalo de mi vista.

Beckeman se sentía como si acabara de arrestar a Osama bin Laden tres semanas antes del 11-S.

Capítulo 4

Sábado, 16 de enero

Veintidós días antes de la Super Bowl

Scott se despertó a la mañana siguiente a las seis y media de la mañana. Había dormido como un bebé: es decir, se había despertado cada dos horas. No dormía bien cuando estaba solo.

Y seguía solo.

Se incorporó. Nunca se quedaba tumbado en la cama si estaba despierto. ¿Para qué? Sus pensamientos siempre volvían a los días que pasaba con Rebecca, cuando el sexo matutino era tan bueno. Cuando quería sexo matutino con él. Cuando lo quería a él. Echaba de menos despertarse con una mujer que lo quería. Y a quien él quería.

Quería a sus hijas, pero echaba de menos estar enamorado.

Se frotó la cara y, a trompicones, salvó los cinco pasos que lo separaban del baño. Se dedicó a fondo a su rutina de aseo y luego miró más allá de las puertas francesas que conducían al patio, para comprobar la temperatura en el termómetro instalado en el muro exterior. Cero grados y sol; esa tarde llegarían a los diez grados. En Dallas podías freír huevos en la acera en verano, pero también podías jugar al golf por Año Nuevo. Esa era la compensación en Texas. Se puso una camiseta interior térmica negra de la marca Under Armour, pantalones de chándal de nylon negros de Nike, un gorro negro de punto, guantes para correr de Adidas y zapatillas para correr rojas de Brooks Cascadia. Parecía un piloto de NASCAR en su día libre.

Avanzó por el pasillo, echó un vistazo a la habitación de las chicas —solo vio un bulto grande debajo del edredón— y luego cerró la puerta trasera de la casa después de salir. No le preocupaba dejarlas solas durante una hora; no había crímenes en Highland Park. Inhaló el aire frío de la mañana y se sintió vigorizado. El momento del día que destinaba exclusivamente para él era precisamente cuando salía a correr por la mañana; el momento de pensar en su vida, del pasado y el presente, y planear su futuro, hoy y mañana. Rara vez miraba más allá de su

próxima lista de casos.

Scott siempre iba a correr al oeste de Lovers Lane hasta adentrarse en el corazón de Highland Park; nunca iba hacia el este, en dirección a Dallas. Corría ocho kilómetros cada mañana. El mismo tiempo, la misma ruta, el mismo resultado. El invierno en Dallas no era como el invierno de Nueva York, pero aun así todo era estéril y apagado como el cemento. No había tráfico los sábados a primera hora de la mañana, así que ocupó su mente con pensamientos que no tenían nada que ver con su seguridad personal y…

«¡Mierda!», pensó.

Un coche había girado en la esquina a toda velocidad y estuvo a punto de atropellarlo. ¡Y el conductor le pitó! Por puro instinto, Scott levantó la mano derecha enguantada con la intención de hacerle un corte de mangas a aquel tipo, pero se lo pensó mejor. Con la suerte que tenía, alguien haría una foto, con el teléfono móvil, del juez federal A. Scott Fenney haciéndole un corte de mangas a un conductor de Highland Park. Saldría en el periódico del domingo. Así que contuvo las ganas y siguió corriendo.

Pero aquella experiencia cercana a la muerte, le hizo reflexionar sobre su propia mortalidad otra vez. Tenía dos hijas que dependían de él. Si moría, ¿quién se haría cargo de ellas? Bobby y Karen eran los tutores que había nombrado en su testamento, pero ahora tenían su propio hijo. ¿Cómo podrían mantener a tres? Scott tenía un seguro de vida de 500 000 dólares que se ingresaría en un fondo para que lo disfrutaran las chicas. La casa se vendería por más dinero de lo que costaba la hipoteca, pero no mucho más; era una casa de mil cuatrocientos metros cuadrados que en Highland Park se consideraba una suite real, no un hogar. Habría beneficios por fallecimiento gracias al Sistema Anual de Supervivientes Judiciales que pagaría a las chicas hasta que cumplieran los dieciocho. Pero no tenía acciones, bonos ni bienes inmuebles. Nada de inversiones. Nada de activos. Nada de ahorros. La herencia de A. Scott Fenney consistía únicamente en un seguro de vida y beneficios federales por fallecimiento.

Ese pensamiento lo deprimió muchísimo .

Tenía cuarenta años, era la época en la que más dinero podía ganar, pero solo ganaba una fracción de su potencial. Las decisiones que tomaba en su carrera afectaba la vida y futuro de sus hijas. En muchas partes del mundo, la clase de los padres determinaba el futuro de los hijos; en Estados Unidos, era el dinero el que lo hacía. El dinero determinaba la salud, la

educación, las oportunidades, la carrera, el estatus socioeconómico y la longevidad. La gente rica vivía más que la gente pobre. Era democrático, pero no resultaba muy reconfortante para alguien cuyos padres no tenían dinero. Con él, sus hijas compartían cama y habitación y aspiraban a compartir habitación en una universidad pública; sin él, compartirían un seguro de vida y una habitación en una universidad de la Ivy League. Su futuro pintaban mejor con su dinero que con él. Tenían trece años; a Scott le quedaban cinco años para demostrar que estaban mejor si él vivía. En la siguiente intersección, miró a ambos lados por si venían vehículos.

Una hora más tarde, Scott entró por la puerta trasera de su casa. Lo recibió el olor glorioso del beicon cocinándose y Consuelo de la Rosa-García en la cocina. Esteban, su marido, la traía todas las mañanas de camino al trabajo; él trabajaba seis días a la semana, así que ella trabajaba los mismos días. Lo cierto es que tanto ella como su hija eran parte de la familia Fenney también. Consuelo tenía treinta y dos años, y María casi tres. Estaba sentada en una silla alta y Boo, en la mesa, tenía los ojos somnolientos y un tensiómetro. Un estetoscopio colgaba de su cuello. Le ofreció una botella de agua amarilla a Scott.

—¿Qué es esto? —preguntó. Boo se encogió de hombros inocentemente.

—Agua.

—¿Qué lleva el agua?

—Emergen-C.

—¿Qué es eso?

—Un agua mineral con sabor que contiene veinticuatro nutrientes y siete vitaminas B además de antioxidantes y electrolitos.

—Suenas como un anuncio.

—Venga, pruébalo. —Le dirigió una sonrisa falsa—. Sabe a mandarina.

Scott cogió la botella, la olisqueó y la probó.

—No está mal.

—¿Lo ves? ¿Te llevaría yo por mal camino?

Scott se bebió el Emergen-C y luego se sentó. Empezó a darle de comer a María con la mano derecha mientras extendía el brazo izquierdo hacia Boo. Ella le colocó el tensiómetro en la parte superior del brazo y lo infló. Colocó el estetoscopio sobre la parte

inferior del codo y dejó escapar la presión.

—Diez, siete. No está mal.

Le quitó el tensiómetro y anotó los resultados en la libreta. Le había regalado el kit de tensión arterial el día que cumplió cuarenta años. Él esperaba una corbata. «A tu edad», le dijo, «tienes que tomarte la tensión cada día». Él no lo hacía, así que se encargaba ella. Los niños aprendían cualquier cosa en internet.

—Boo, no me moriré y te dejaré sola.

—Bien. Porque si lo hicieras tendría que matarte.

Ella vigilaba la salud de Scott como un hipocondríaco controlaba su provisión de pastillas. Le había recetado estatina, pero su médico no se lo había mandado. Todavía conservaba el peso de sus tiempos de jugador, ochenta y tres kilos, perfecto para su metro ochenta y siete. A sus cuarenta años, todavía estaba en forma. No fumaba, no bebía y no se drogaba. Comía bien. Hacía ejercicio. Hacía todo lo que podía hacerse para mantenerse saludable. Salvo tener sexo. Un tratamiento que Boo no dejaba de recomendarle.

—A. Scott, necesitas hacer algo para liberar el estrés. ¿Por qué no llamas a la señorita Dawson y sales esta noche? Tenemos trece años. Puedes dejarnos solas en casa. En Highland Park no pasan cosas malas.

Elevó las cejas y lo miró con picardía. Las chicas sabían demasiado de sexo. Él sabía cada día menos.

—Vuelve a la cama.

Se levantó y le dio un beso en la mejilla. Se giró para marcharse, pero se volvió hacia él con expresión seria.

—Sabes, A. Scott, ahora somos mayores. Podrías invitar a la señorita Dawson a dormir si quisieras. Pajamae y yo lo hemos hablado. Nos parece bien.

—Vete a la cama.

Se encogió de hombros y se alejó lentamente con su pijama de cuerpo entero. Scott apuró el agua y se levantó. No podía volver a la cama. ¿Qué sentido tiene dormir si duermes solo? Cogió un trozo de beicon y se fue a la ducha. Un trozo de beicon no lo mataría.

—Hace seis meses, el FBI destapó una trama para detonar una bomba en el estadio de los Cowboys durante la Super Bowl. Nuestra investigación nos condujo a un ciudadano estadounidense de veintidós años llamado Aabdar Haddad. El señor Haddad vivía

en Arlington, al lado del estadio. Nuestra investigación culminó con una redada en su apartamento, un jueves por la noche, para ejecutar una orden de arresto. El señor Haddad se resistió y murió de un tiro.

Scott escuchaba atónito. Se había duchado, afeitado y puesto cómodo al vestirse con más ropa de Under Armour. Llevaba traje seis días a la semana; los sábados eran informales. Incluso un juez federal necesita un respiro de la corbata. Estaba sentado a la mesa de la cocina, comiendo huevos revueltos (sin beicon), tostada de trigo con mantequilla de cacahuete y café con leche, su único vicio dietético habitual (además de los caramelos de mantequilla). Había puesto las noticias de la mañana para ver los deportes, pero en su lugar encontró terrorismo. Un hombre blanco de mediana edad y barbilla cuadrada, con los laterales de la cabeza rapados, traje oscuro y una expresión adusta estaba de pie, muy erguido, en un podio ante una colección de micrófonos y una multitud de periodistas. En la parte superior de la pantalla estaba escrito en rojo: «Noticias de última hora: EL ESTADO ISLÁMICO EN DALLAS». Debajo ponía: «Agente especial del FBI, Eric Beckeman, Grupo de Lucha Contra el Terrorismo, sede central del FBI, Dallas, Texas.

—Veinticuatro individuos, incluyendo a Haddad, han sido acusados, por un gran jurado federal secreto, de conspirar para detonar una arma de destrucción masiva. Anoche, el FBI hizo una redada en la mezquita Masjid al Mustafá de Dallas y arrestó a los cómplices de Haddad, incluyendo al imán, Omar al Mustafá. El señor Mustafá es muy conocido por sus opiniones radicales a favor del Estado Islámico de Irak y Siria, también conocido como Dáesh, cuyas opiniones han atraído a muchos jóvenes musulmanes a Dallas. Todo apunta a que al menos una docena de jóvenes de la mezquita han viajado a Siria para unirse a las fuerzas del Dáesh. En nuestra opinión, esta trama ha sido creada y coordinada por el Estado Islámico. Creemos que Mustafá radicalizó a Haddad, así como al resto de colaboradores. Estamos convencidos de que el imán ha sido el cerebro que estaba detrás de la trama del estadio. Si él y sus colaboradores hubieran tenido éxito, decenas de miles de fans podrían haber muerto durante la Super Bowl. Pero la trama fue descubierta y desbaratada gracias al duro trabajo y la determinación de los dedicados agentes del FBI y de la seguridad nacional. Después del 11-S se creó el Grupo de Lucha contra el Terrorismo para facilitar la cooperación, en lugar de la competición, entre las agencias del orden público. Hoy ha dado sus frutos. Los sospechosos serán procesados en el tribunal federal el lunes por la mañana. ¿Preguntas?

Los periodistas levantaron la mano rápidamente; el agente

señaló a uno de ellos.

—¿El Dáesh en Dallas?

—En Estados Unidos están por todas partes.

—¿Habrá seguridad en la Super Bowl?

—Ahora sí.

—¿Han capturado a todos los cómplices?

—Estamos seguros de que hemos detenido a todos los participantes de la trama.

—¿Pueden asegurarle al pueblo estadounidense que está a salvo?

—¿En la Super Bowl?

—En el día a día.

—Claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque hay otros yihadistas islámicos planeando matar a estadounidenses cada día; conspirando para llevar a cabo lo que acaban de hacer en París. Eso es lo que hacen. Pero cada día luchamos para mantener al pueblo estadounidense a salvo. Es lo que hacemos nosotros. Esta vez hemos ganado, pero aún no hemos ganado la guerra contra el terrorismo.

Más manos en el aire; Beckeman hizo un gesto a un reportero.

—¿Cómo de avanzada estaba la trama? —preguntó el periodista—. ¿Habían fabricado ya una bomba?

—No hemos encontrado ninguna bomba, pero aún estamos investigando varias pistas.

—¿Qué pruebas se han encontrado en el apartamento de Haddad?

—No tenemos permiso para divulgar todas las pruebas por ahora, pero recuperamos planos arquitectónicos del estadio.

Señaló a otro periodista.

—¿Por qué no hemos tenido noticias de la redada a Haddad y su muerte hasta ahora?

—No queríamos publicar la noticia de la redada a Haddad hasta que hubiésemos efectuado la redada en la mezquita. No queríamos que ninguno de los sospechosos se enterara y huyera.

Otro periodista inquirió:

—¿Qué les condujo hasta Haddad?

—Una pista anónima en nuestra línea directa contra el terrorismo.

—¿Sabían ya de la existencia de Haddad?

—No. No estaba en nuestro radar ni en la base de datos. No había nada en Twitter ni Facebook que nos alertara de su existencia. De no haber recibido esta pista, esta historia podría haber tenido un final diferente.

—¿Suelen recibir muchas pistas anónimas sobre tramas relacionadas con bombas?

—Sí. Cientos en lo que llevamos de año.

—¿Cuántas han terminado con un sospechoso muerto?

—Una.

—¿Omar al Mustafá es el hombre más peligroso de Dallas?

—No mientras esté en prisión.

Scott bebía café mientras leía la moción del juicio sumario sobre el caso Robinson. Dos corporaciones afirmaban que la otra había transgredido una aplicación de móvil patentada que hacía más fácil pedir una *pizza* mientras se conducía. Sonaba ridículo frente a una trama terrorista para matar a cien mil personas, como si le estuvieran pidiendo que juzgara una pelea en el patio de un colegio. Claro que no era tan ridículo como que le pidieran a un juez federal que decidiera si un mariscal de campo había desinflado un balón para agarrarlo mejor en un juego sucio, pero aun así… Esto era un tribunal federal, no un tribunal de primera instancia. Un caso federal debería ser importante. Debería significar algo. Se levantó de la silla; necesitaba otra taza de café para mantenerse despierto. Si pudiera embotellar mociones archivadas en el tribunal federal, tendría una cura definitiva para el insomnio. Fue a coger la cafetera, pero le sonó el teléfono. Era Bobby. Estaba en el juzgado, tratando los temas del fin de semana.

—¿Te lo puedes creer? ¿El Estado Islámico en Dallas? ¿Tramando volar la Super Bowl? Da miedo pensar que están en las celdas de abajo.

—Mejor que en la calle.

—Amén.

—¿Qué pasa?

—Garza se ha recusado a sí misma del caso de inmigración.

—¿Por qué?

—Conflicto de intereses.

—¿Que son…?

—Su marido está aquí ilegalmente.

—Eso sí que es un conflicto.

—No te envidiará.

—¿Por qué?

—El caso es tuyo.

—¿Estás de broma?

—¿Tengo pinta de estar de broma?

—Estás al otro lado del teléfono.

—No, no estoy de broma. —Scott podía oír cómo Bobby pasaba las páginas—. Este es el estado del caso: Se han estipulado todos los hechos para que consten, de modo que no se precisa de una audiencia probatoria. El caso se entregará en informes escritos y declaraciones orales. Ya se han archivado los informes; te los envío por correo electrónico. Las declaraciones se han programado para el miércoles.

—Qué rápido.

—Ambas partes quieren acelerar el proceso. El perdedor va a apelar a la Corte Suprema, así que quieren que se tome rápido una decisión y que el caso juegue un papel en las elecciones de otoño.

En noviembre se celebrarían elecciones presidenciales. El presidente democrático actual quería volver a salir elegido. Su orden ejecutiva se convertiría en una campaña candente con el voto de los hispanos en juego. Por esta razón, la mayoría de los comentaristas pensaban que el orden ejecutivo tenía motivos políticos. Claro que, ¿qué no tenía motivos políticos en Estados Unidos esos días?

—La constitucionalidad del orden ejecutivo será irrelevante —dijo Bobby.

—Salvo para el juez presidente.

A las nueve, Pajamae entró dando brincos en la cocina, perfectamente arreglada como de costumbre. Llevaba un chándal azul de nailon, calcetines y zapatillas también de color azul, y el pelo limpio y cepillado. Se había puesto un toque de perfume. Boo venía detrás de ella, dando trompicones, con una sudadera de Willie Nelson, unos vaqueros anchos, calcetines blancos y unas zapatillas retro. Daba la impresión de que había perdido el cepillo del pelo. Tampoco se había puesto perfume. Scott se tocó la mejilla con el dedo índice y las dos obedecieron y le dieron un beso. Era una tontería, sí, pero le gustaba que las niñas besaran a su padre por la mañana, aunque tuvieran trece años. Apagó el televisor con el mando. Normalmente veían *Today Show* mientras

desayunaban, pero el tema del día era «El Dáesh en Dallas» en todos los canales que no eran por cable, y ellos no tenían cable. Estaba decidido a dejar que disfrutaran de su inocencia todo el tiempo que les fuera posible, que siguieran siendo las niñas que le dan un beso a su padre para darle los buenos días.

—A. Scott, ¿qué es exactamente el sexo oral?

Se atragantó con el café. Consuelo dio un chillido ante los fogones y se tapó la cara con el delantal. Boo y Pajamae lo miraron con expresión de inocencia absoluta.

—¿Es como hablar de sexo?

—Esto, eh… ¿por qué lo preguntas?

—Algunas chicas de la escuela hablaban de eso. Decían que no era sexo realmente, así que pensé que lo de oral era porque es solo hablar y no hacer nada.

—No, sí que se hace.

—Explica.

—¿Tengo que hacerlo?

—¿Es una de esas preguntas asquerosas?

—Lo es. Sobre todo, en el desayuno.

—¿Se lo preguntamos a Karen?

—Sí.

Las chicas deberían hacer ese tipo de preguntas a su madre, pero no tenían madre, así que su padre había hecho lo único que se le ocurrió: pasarle las preguntas a Karen, tal y como le pasaba los casos de derecho familiar a otros abogados cuando estaba en Ford Stevens. Les había dicho a las chicas que podían hablar con él de cualquier cosa y preguntarle lo que quisieran, que él siempre les diría la verdad y nunca se enfadaría; pero había algunos temas que no se sentía preparado para manejar, entre ellos el divorcio y el sexo oral.

—Vale.

Scott suspiró. Se sentía aliviado y decepcionado consigo mismo. No podía huir siempre de esas preguntas. Era padre soltero, lo que significaba que también era su madre. Karen era como una tía intentando hacer de madre. Con ella habían aprendido sobre la pubertad, la menstruación y cómo comprar un sujetador; de él habían aprendido la definición de una falta en ataque, los pasos que hay que dar para cambiar un neumático, y cómo juzgar un caso en el tribunal federal. Cuando tenían diez años, él se sentía como un padre; ahora que tenían trece, se sentía como un fracaso. Dan Ford tenía razón: un hombre no puede criar mujeres.

—Vamos —dijo Boo.

—¿A preguntarle a Karen por el sexo oral?

—No —respondió Pajamae—. A comprar comida.

De acuerdo con su rutina sabatina, la familia Fenney compraría comida esa mañana; luego harían hamburguesas y verían una película por la noche. Habría zarzaparrillas frías, batidos de malta caseros o cucuruchos de helado —las noches de pelis de los sábados incluían algún tipo de helado en la casa de los Fenney—, pero no habría citas esa noche para ninguno de ellos. Ellas eran demasiado jóvenes para salir con nadie, y él era demasiado juez. Lo más cerca que estarían del romance sería uno de los clásicos británicos que tanto gustaba a las chicas: *Jane Eyre. Emma. Sentido y sensibilidad. Persuasión.*

—Señor juez, María está resfriada, así que nos quedaremos en casa, ¿sí? —dijo Consuelo—. Pero he hecho una lista.

Confió su lista de la compra a las chicas como si fuera una escritura del patrimonio familiar. Boo frunció el ceño.

—Está en español.

—Sí.

—Vemos mucho la televisión en español, podemos entenderla —dijo Pajamae—. Vamos.

A Pajamae le encantaba comprar los sábados. No había Whole Foods en el sur de Dallas, donde vivía con su madre, en los barrios bajos. De hecho, no había tiendas de comestibles. Llevaba casi cuatro años viviendo en Highland Park, y todavía le hacía ilusión ir a comprar comida.

—Vámonos —dijo Scott.

Salieron por la parte de atrás y se subieron al Expedition. Scott había cambiado el Jetta después de recibir la confirmación del Senado. Necesitaban más espacio para los viajes que hacían en coche, sus únicas vacaciones. Le gustaba la sensación de conducir una furgoneta; claro que no tenía la aceleración de cero a sesenta ni el volante de un Ferrari, pero podían vivir en ella si lo necesitaban. Las chicas se sentaron atrás.

—Poneos el cinturón.

Scott salió de Highland Park por el norte y condujo hasta Dallas. El Whole Foods más cercano estaba en Preston Road y Forest Lane. Por lo tanto, cada sábado, la gente de Highland Park salía de la Burbuja —como se conocía localmente a Highland Park — y se internaba en Dallas. Highland Park era un pequeño pueblo de ocho mil personas; Dallas era una gran ciudad de un millón. Había una atmósfera diferente en Dallas, como en todas las

ciudades grandes de Texas. Cada una tenía su atmósfera particular: ir en coche hasta San Antonio y despertaba las ganas de comer comida mexicana y cantar *La Bamba;* Austin, barbacoas y bailar música *country* como de película del oeste; ir a Houston, implicará querer salir de inmediato; y en Dallas, se agudizaban las ganas de hacer rápidamente un montón de dinero. Lo cual era un prerrequisito a la hora de comprar en Whole Foods.

—¡Dios, mira sus tatuajes! —dijo Boo.

Las chicas entraron corriendo en la tienda, pero Boo derrapó para pararse en seco nada más entrar y quedarse allí plantada con la boca abierta. Le llamó la atención una empleada de Whole Foods de la sección de productos agrícolas, que estaba atareada justo delante de ellas. Tendría unos veinte años y, a juzgar por los brazos y el cuello, tenía el cuerpo entero tatuado. Tenía una cara agradable y un aro en la nariz. Boo la contempló asombrada.

—Es preciosa.

Lo único que se interponía entre Barbara Boo Fenney y un cuerpo tatuado era su miedo mortal a las agujas. Scott rezaba para que nunca superase ese miedo. Había aprendido que, para un padre soltero, el miedo era la segunda figura paterna.

—¡Mirad! —exclamó Pajamae—. ¡Muestras gratuitas!

Pajamae nunca dejaba escapar una muestra gratuita en Whole Foods. Queso, panecillos, galletas, fruta, pescado; lo probaba todo. Disfrutaba de ese sencillo placer. Le dio una cesta a Scott y cogió otra para ellas. Después rompió la lista de Consuelo por la mitad y le alargó a Scott la parte inferior. Consuelo conocía bien la disposición de la tienda; así que escribía la lista iba en función de la distribución de los productos en la tienda. Scott se dirigió al fondo del supermercado, y ellas empezaron por las frutas y las verduras. Consuelo les había enseñado a escoger las mejores frutas y verduras. Él fue a por la carne.

—Chicas, nos vemos en la cola —dijo Scott—. Buscad los productos de oferta.

Boo hizo un pequeño gesto con la mano que significaba: «sabemos cómo comprar». Así era. Él había aprendido a comprar con un presupuesto bajo, y les había enseñado a ellas cómo hacerlo con tres palabras sencillas: «Mirad los precios».

Cuando llegó a la carnicería, Scott se puso las gafas y miró la lista de Consuelo: «Dos *pollo».*

—Dos pollos enteros —pidió al carnicero.

La tienda era un hervidero, todo el mundo hablaba de la trama de la Super Bowl. No hacía mucho, Dallas había sido nombrada la ciudad menos saludable de Estados Unidos. No le sorprendió a nadie; al fin y al cabo en la feria agrícola anual, que se celebraba en Fair Park, se vendía mantequilla frita, helado frito, Twinkies fritos y tarta de calabaza frita. Pero Dallas había sido el objetivo de un gran ataque terrorista, y eso había conmocionado mucho a la ciudad.

—¿Te puedes creer lo de esos malditos musulmanes?

Scott se giró para encontrarse con George Delaney. George era abogado, de la generación de Dan Ford, en otro importante bufete de Dallas; vestía un chaleco rojo encima de una camisa azul cuidadosamente almidonada y abotonada, pantalones chinos y mocasines. Se habían conocido hacía años, pero George nunca le había prestado atención a Scott. Sin embargo, cuando se hizo juez, al parecer se convirtieron en mejores amigos, como dirían las chicas. Se estrecharon la mano y George hizo su pedido a otro carnicero.

—Gracias a Dios que los hemos atrapado antes de que pudieran consumar semejante matanza. Joder, tengo entradas para la Super Bowl. Espero que no te asignen el caso.

—Se encargará un juez decano.

—No estoy seguro de si querría al hombre más peligroso de Dallas en mi sala. Si lo condenan, es capaz de enviar a sus asesinos a encargarse del juez.

George se frotó el cuello.

—¿Cómo se le corta a alguien la cabeza?

—Porque te dejan en la sección de cosméticos y no te dicen a dónde van.

Ambos se giraron hacia la segunda… no, tercera esposa de George y la contemplaron del mismo modo en que los hombres habían contemplado a Rebecca. Era un maniquí enfundado en unas mallas de yoga: en forma, tonificada y rubia, perfecta de un modo demasiado perfecto, como si la hubieran retocado. Al lado de George, parecía tan joven como para ser su hija. Lo cual quería decir que era una esposa trofeo en Highland Park.

—Eso es un por qué, no un cómo —dijo George.

Su esposa puso los ojos en blanco y luego miró a Scott de arriba abajo, del mismo modo en que miraría al nuevo encargado de la piscina.

—Cariño, este es el juez A. Scott Fenney.

—¿Tribunal Estatal? —preguntó.

—Federal.

—Ay —exclamó como si estuviera impresionada.

En ese sentido también era igual que Rebecca; entendía la diferencia entre los jueces estatales y federales. Los grandes bufetes como el de su marido dominaban a los jueces estatales, pero temían a los federales. En momentos así, Scott disfrutaba mucho de ser juez federal. La joven señora Delaney frunció el ceño sin que se formara ninguna arruga.

—¿Fenney? ¿Eres pariente de Rebecca Fenney?

—Ya no. Nos divorciamos hace tres años.

—Era tan preciosa y tan atlética. La conocía del club. Le encantaba el golf y… ay, sí, ya me acuerdo. —De repente le vino todo a la mente—. Huyó… eh, se mudó, ¿verdad?

George se puso lívido y buscó desesperadamente un plan de escape.

—Vaya, juez, tu hija jugó genial anoche. Mi nieta es una Daisy. Tiffany. ¿Cómo se llama? ¿Pajama?

—A Galveston, ¿verdad? —siguió hablando la señora Delaney —. ¿Y hubo un asesinato? ¿O algo así?

—Pajamae, *Pa-shu-may* —dijo dirigiéndose a George, después se giró hacia ella y añadió—: Algo así. Era inocente.

—Ah, bien —exclamó la señora Delaney como si Scott hubiera dicho que ganó el concurso a la mejor tarta en la escuela.

—¿Pajamae? —George frunció el ceño—. ¿Qué es eso, francés?

—Negro.

—Ah.

—¿Y dónde está? —preguntó la señora Delaney.

—En la sección de frutas y verduras.

—¿Rebecca está aquí?

—No, Pajamae está en la sección de frutas y verduras.

—¿Dónde está Rebecca?

—En alguna parte con un hombre.

La mueca de George evidenciaba su conflicto interno: los trofeos estaban solo para exhibirlos; no debían hablar a destiempo. O mejor aún: nunca. Tomó su carne y su trofeo y se los llevó, pero antes hizo un gesto con la mano por encima del hombro.

—Me alegro de verte, juez.

Scott tuvo su trofeo una vez, a Rebecca. La había exhibido.

Se había sentido orgulloso de que lo vieran con ella. La había considerado en cierto modo algo de su propiedad. Como si fuera su dueño. Como si la hubiera comprado. Pero los trofeos se parecen mucho a los políticos: rara vez permanecen comprados. Su trofeo desde luego no.

Metió los pollos en la cesta y se marchó.

Scott se encontró con las chicas en la cola de la caja. Su cesta contenía los pollos, bisonte picado, leche, nata, yogur, huevos, beicon canadiense, avena, muesli, pan integral, mantequilla de cacahuete, jamón, queso, pepinillos para Pajamae y condimentos para las enchiladas de Consuelo. La cesta de ellas estaba llena de lechuga y otros vegetales (que él temió que acabasen en sus batidos matutinos), tomates, aguacates, plátanos, pepinos, fresas, arándanos, helado y media sección de vitaminas y suplementos.

—¿Qué es todo eso?

Boo colocó un recipiente de plástico en la cinta.

—Aceite de pescado con Omega 3. Aceite de peces de agua fría, como el salmón. Se ha demostrado que protege el corazón.

—¿Y esto?

Puso otro recipiente en la cinta.

—Resveratrol. Extracto de las pieles de la uva. Obtienes los beneficios del vino tinto sin emborracharte.

Colocó más recipientes en la cinta. Scott los comprobó todos.

—¿Coenzima Q-10?

—Hay estudios prometedores que afirman que reduce el colesterol. Como no quieres tomar estatina…

—¿Vitamina D?

—No te da mucho el sol en el juzgado.

—¿Lisina?

—Estimula el sistema inmunológico y reduce el estrés, ya que no tienes sexo…

—¿Es seguro?

—No con la tal Penny.

Ella y Pajamae se rieron y chocaron sus puños.

—La lisina —dijo Scott.

—A menos que estés embarazado o dando el pecho.

Scott refunfuñó y cogió el siguiente recipiente.

—Palma enana americana.

—Se supone que es bueno para la próstata, sea lo que sea

eso.

Pajamae miró a Scott y se encogió de hombros como diciendo «Vete tú a saber». Y el último recipiente.

—Melatonina.

—Para ayudarte a dormir. Sé que te cuesta.

—¿Cómo lo sabes?

—Te oigo.

Volvió a refunfuñar e hizo unos cálculos rápidos.

—Boo, esto suma más de cien dólares.

—La buena salud no tiene precio.

—No con un salario de juez.

—¿Es juez? —preguntó la cajera. También tenía los brazos tatuados y *piercings* en el cuerpo—. A lo mejor puede ayudarme. Me arrestaron por posesión de marihuana.

—Soy juez federal. Solo te veré si eres capo de la droga.

—Qué lata.

—A veces. —Se giró hacia su hija—. Devuelve la mitad de estas cosas.

Miró a su hermana alzando las manos.

—Es como pedirle peras al olmo.

Pajamae se encogió de hombros. Boo dejó cuatro frascos en la cinta y se marchó con otros tres refunfuñando en voz baja.

Scott empujó el carro lleno de bolsas de la compra (reutilizadas a partir de productos reciclados) hacia la salida. La puerta automática se abrió de golpe, y aparecieron un viento frío y una cara familiar. La de Sid Greenberg.

—¡Scott! ¿Cómo estás?

—Sid.

Se estrecharon la mano. Sid le presentó a su mujer y luego le dijo a ella que se reunirían en la tienda. Ella entró justo cuando salían las chicas. Ellas reconocían a un abogado en cuanto lo veían.

—Bobby me ha contado lo que dijiste.

Todos querían hablar de la trama de la Super Bowl; pero Sid quería hablar de su caso pendiente. Scott le había enseñado al chico a concentrarse.

—Sid, no podemos tener una reunión *ex parte* en Whole Foods. Pero lo dije en serio.

—Tú lo hiciste.

—Fue un error.

—No puedes sancionarme.

—Puedo y lo haré. Puedes apelar a mi orden, pero yo puedo dictarla.

—Scott…

—Si insistes en hablar de trabajo, llámame juez.

—Juez, si no hago este tipo de cosas, no representaré a mi cliente fervorosamente, tal y como requieren nuestras normas éticas.

Tenía razón. Un poco. Las normas éticas parecían requerir unas maniobras legales así.

—La corte federal espera de sus abogados que se adhieran a un estándar de conducta ética más elevado.

—Me enseñaste todo lo que sé.

—Y tú te quedaste con mi despacho, mi secretaria y mi coche. —Scott hizo un gesto hacia el aparcamiento—. ¿Está ahí el Ferrari?

Sid asintió.

—Disfrútalo.

—Lo hago.

Scott salió y se encontró el Ferrari aparcado junto al Expedition. Todos los recuerdos lo invadieron, como cuando alguien se reencuentra con un antiguo amor que lo dejó por un hombre más joven.

—¿Cuánto habrá costado el trayecto? —preguntó Pajamae.

Eran casi las cinco. Se habían pasado el resto del día en casa. Esteban había recogido a Consuelo y a María a la una. Pajamae había estado viendo el baloncesto en la tele, Boo había leído *Los juegos del hambre* y Scott había leído el informe del estado en el caso de inmigración. Pertenecía al tribunal federal.

—Es el coche más largo que he visto nunca —dijo Boo.

Las chicas estaban de pie frente a la ventana. Scott se acercó para mirar. Al otro lado de la calle había una limusina blanca. Una chica salió de la casa con un vestido corto de fiesta y tacones.

—Esa es Brittany —dijo Pajamae.

—Su padre es rico —añadió Boo.

—¿De veras?

Boo asintió.

—Es un abogado famoso. Tiene su propia valla publicitaria

en la autopista.

—¡Guau!

—Va a estudiar fuera el año que viene.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En Nueva York.

—¡Cómo mola!

Las chicas contemplaron la escena durante un momento. Se abrió la puerta del conductor y salió un hombre vestido con un traje de cuero negro.

—¿Ese es Carlos? —preguntó Boo.

El conductor las miró, sonrió y las saludó con la mano. Era Carlos.

—Debe ser pluriempleado —comentó Scott.

—*¿Pluviempleado?* ¿Qué tiene que ver la lluvia con conducir una limusina? —preguntó Pajamae—. Y Carlos odia los funerales.

—¿Los funerales?

Pajamae señaló con el dedo.

—Es una limusina blanca, debe de ser un funeral.

—¿Por qué?

—En los funerales de negros del sur de Dallas siempre hay limusinas blancas.

A Boo pareció impresionarle la noticia.

—No es un funeral. Es el baile de promoción del instituto Hockaday. Brittany estudia ahí. Tiene dieciséis años.

La madre de Brittany, desde el otro lado de la calle, hizo algunas fotos a las tres jóvenes parejas que estaban junto a la limusina. Los chicos vestían trajes oscuros, y las chicas lucían faldas cortas y tacones de aguja.

—El vestido apenas le tapa el culo. Las faldas de mamá eran más largas. Cuando se siente en la limusina, los chicos van a verle la ropa interior.

—Si es que lleva —comentó Boo.

—¿Sin ropa interior? ¿Ni siquiera tanga?

—¿Tanga? —intervino Scott.

—Todas las chicas llevan tanga —explicó Boo—. Salvo nosotras.

Sexo oral y tangas, como si ambas cosas fueran de la mano. Quizá era así. Un hombre no puede criar mujeres. Scott desvió la mirada. No quería pensar en chicas de dieciséis años que usaran tanga o no llevaran nada debajo del vestido corto. A sus hijas solo les quedaban tres años para cumplir los dieciséis. ¿Cómo se educa

a unas niñas de trece años en la era de *Cincuenta sombras de Grey?* ¿Cómo les dices que sean mujeres fuertes e independientes cuando el mundo les está diciendo que sean objetos sexuales?

—Seguro que habrá sexo oral en esa limusina —dijo Pajamae —. Hablarán, hablarán y hablarán.

—Con esos tacones va tambaleándose —dijo Boo—. ¿Cómo va a bailar?

Pajamae agarró a su hermana de la cintura.

—Vamos a bailar.

Las chicas se apartaron de la ventana y empezaron a dar saltos. Scott las observó.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—Estamos bailando.

—Eso no es bailar.

—Sí que lo es.

—No, no lo es. Esto es bailar.

Extendió las manos hacia Pajamae. Ella las miró como si fueran una cosa extraña.

—¿Qué?

—Coge mis manos.

—¿Por qué?

—Para que podamos bailar.

—¿Se baila cogidos de las manos?

—Sí.

—¡Mentira!

—Es un tipo de *swing country*. El chico y la chica se cogen de las manos.

Le cogió las manos y él la atrajo hacia sí. Dio un paso doble, luego la alejó y la hizo girar bajo su brazo. Le enseñó unos cuantos pasos de *swing*.

—¿Así es como baila la gente vieja?

—Así es.

Boo puso música *country* en el teléfono y se unió a ellos de un salto. Scott les enseñó todos los pasos que podía recordar. Las chicas reían de felicidad. Él adoraba ese sonido.

—¡Me encanta! A. Scott, no tenía ni idea de que sabías bailar.

Sabía.

A. Scott Fenney era muy conservador a la hora de bailar y cocinar

a la parrilla. Tenía experiencia. El carbón de leña era sencillo, anticuado, inocente. El gas era moderno y sofisticado. El carbón era arte: medir el calor a partir del color de las cenizas. El gas era ciencia: doscientos grados según marcaba el termómetro. Cualquiera podía hacer eso. No se precisaba ninguna habilidad. El carbón se remontaba a los tiempos antiguos. A una era y un lugar más sencillos. Cuando la vida era más lenta. Menos cara. Menos complicada. A una era en que las niñas de trece años no llevaban tangas y la gente no tramaba volar estadios de fútbol.

A menudo echaba de menos esos tiempos.

Lo cual le hacía sentir como si fuera su padre. Echando de menos los viejos tiempos. Tal vez no los buenos tiempos a los que se remontaba la generación de su padre —los años cincuenta y sesenta no fueron tan buenos para las minorías y las mujeres— sino los buenos tiempos antes de que te cachearan y te hicieran desnudarte para volar en avión o antes de que pusieran detectores de metal a la entrada de los colegios o, desde luego, antes del 11-S.

Esa tarde la temperatura no solo había superado los diez grados, sino los quince. Había sido un sábado glorioso. Scott estaba sentado en el patio trasero, bebiéndose su cerveza semanal, contemplando el atardecer y esperando a que las cenizas de la barbacoa se pusieran blancas. En su vida anterior tuvo un patio trasero con una parrilla integrada que parecía sacada de una revista tipo «hogares de ricos y famosos». A menudo se sentaba en el patio a beberse una cerveza y observar la piscina a medida y la extensión de césped bien cortado por unos mexicanos; allí podía recorrer treinta y seis metros desde el patio hasta la valla trasera. Pero esta piscina que veía ahora era más pequeña que la enorme bañera de la mansión de Beverly Drive; él mismo cortaba el césped, y podía escupir por encima de la valla trasera desde donde estaba sentado en ese momento. Observó el paisaje durante un rato, y pensó que quizá en primavera plantaría mirtos a lo largo de la valla trasera. Mirtos con flores amarillas.

—Me encanta el capitán —dijo Boo.

Scott estaba sentado en medio del sofá, y las chicas a ambos lados. Estaban comiendo hamburguesas y alubias al estilo inglés y boniatos fritos sobre unas bandejas plegables mientras veían *Persuasión* en el pequeño televisor. Él y Rebecca nunca habían visto películas con Boo los sábados por la noche. Los sábados por la noche Rebecca trabajaba, siempre subiendo diligentemente en

la escala social. Ahora a Scott le gustaban las dos pequeñas mujeres de su vida. Había perdido una esposa y ganado una hija.

—¿Las demás chicas de vuestra edad ven películas con sus padres los sábados por la noche?

—No —dijo Boo—. Van a fiestas.

—¿Vosotras queréis ir a fiestas?

—¿Con ellas? No.

—¿Os alegráis de estar en casa conmigo?

—Sí.

Pajamae asintió y dijo:

—¿Podemos tomar batido de malta ya?

—Podemos.

Boo pausó la película. Llevaron los platos a la cocina. Las chicas enjuagaron los platos y los metieron en el lavaplatos mientras Scott preparaba los batidos. Mezcló en la batidora helado de vainilla, batido de chocolate, extracto de vainilla y malta. El batido de chocolate en lugar del sirope de chocolate era la clave para conseguir un buen batido de malta y chocolate. Pajamae probó el resultado con una cuchara.

—Más helado, creo —dijo.

Scott añadió más helado y les dio a probar de nuevo. Le dieron su aprobación. Sirvió el batido y volvieron al sofá. Boo volvió a poner la película. El amor no correspondido no tardó en ser correspondido.

—Mira cómo corre esa chica —dijo Pajamae—. Esta vez no va a perder a su hombre.

—«He recibido vuestra proposición» —citó Boo—. ¡Dios, qué romántico!

Ver una película romántica y beber batidos de malta; eso también era sencillo e inocente y anticuado. Como hacer una barbacoa con carbón vegetal y bailar *swing country*. Así era como debía ser la vida. La película acabó; felices para siempre.

¿Acabaría así su vida?

Tal vez ya había acabado así y él no lo sabía. Quizás tenía todo lo que podía esperar un hombre. Era probable que tuviese todo lo que necesitaba en la vida. Scott había arropado a las chicas, y ahora estaba tumbado en la cama, solo. Se había tomado la melatonina.

—Dios, por favor, ayúdame a criar a mis niñas sin una

madre. Ahora son mi vida. Gracias por otorgármelas.

Capítulo 5

Domingo, 17 de enero

Veintiún días antes de la Super Bowl

—Gracias, Dios, por permitir que el Grupo de Lucha Contra el Terrorismo mantuviera la Super Bowl a salvo de los yihadistas islamistas radicales. Y, por favor, ayuda a este presidente liberal a entender que admitir refugiados sirios es un grave error que pone en peligro la nación.

Scott había salido a correr y al volver a casa le esperaban Boo, con el tensiómetro a punto, y un batido verde de col rizada, pepino, espinaca y germinado de trigo elaborado por ella misma. Luego se duchó, se afeitó y llevó a las chicas a la iglesia.

Allí es donde estaban sentados ahora.

Echó un vistazo a la congregación. Parecía fijar la mirada en otros padres y sus familias, y siempre sentía una punzada de celos. Nunca había sido celoso en su vida, ¿y por qué debería? La suerte siempre lo había acompañado. Había tenido todo lo que quería.

Ahora solo quería amar y ser amado.

A veces veía algunas madres solteras, pero rara vez veía un padre soltero. Cuando había un divorcio, los niños se los quedaba la madre. La mayoría de los padres divorciados vivían sin sus hijos. De modo que se sentía afortunado de que las suyas vivieran con él. «Tú la necesitas más de lo que me necesita ella a mí», había dicho Rebecca refiriéndose a Boo cuando lo dejó. Viviría con sus hijas, pero nunca con otra mujer; se había resignado a ese duro hecho. ¿Qué mujer quería criar a los hijos de otra mujer, o en su caso, a las hijas de dos mujeres y, para colmo, una niña negra?

No existía una mujer así.

Pocos jueces federales eran padres solteros; la mayoría eran abuelos. Sus parientes lejanos les facilitaban el santuario que el juzgado no podía ofrecerles. La vida como magistrado federal implica una existencia legal solitaria. Otros abogados ofrecían

fidelidad, pero no amistad. Los otros padres de la escuela no podían ser amigos de un juez federal, de un padre que podía darles entre cinco y diez años de tiempo muerto. Algo similar a ser colega de un inspector de Hacienda, como había dicho Dan. Dejan de invitarte a jugar al golf; es un deporte de cuatro horas durante las cuales un hombre puede bajar la guardia, hablar abiertamente con sus colegas, incluso tal vez fanfarronear sobre la última gran exención tributaria que le ha ahorrado decenas de miles de dólares en impuestos. Está claro que no es algo que les gustaría que oyera un juez federal. Jugar al golf con un juez del Tribunal Estatal es diferente: no tiene jurisdicción sobre las exenciones tributarias y necesita el dinero del abogado para su próxima campaña. Lo cual quiere decir que un juez del Tribunal Estatal archivará esa información en un lugar en el que no verá el sol. ¿Pero un juez federal? ¿Por qué arriesgarse? Era mejor formar un cuarteto con un abogado demandante. Así que Scott ya no jugaba al golf porque Bobby, Louis y Carlos no jugaban al golf. Además, tenían sus propias vidas. Bobby y Karen criaban al pequeño Scotty; Louis estudiaba a William Shakespeare; Carlos tenía el gimnasio y un carnet de conducir de clase C.

Scott tenía a sus hijas.

Al menos, durante los próximos cinco años. Luego lo abandonarían, se irían a la universidad y empezarían sus propias vidas. ¿Dónde estaría él entonces? Estaría solo. No tendría a nadie. Sería un solterón de cuarenta y cinco años. Boo le cogió la mano derecha y Pajamae la izquierda. Las dos apretaron fuerte, como si hubieran oído sus pensamientos.

«Gracias, Dios, por otorgármelas», pensó.

Escogería a sus hijas por encima de cualquier mujer. Ya había hecho esa elección. Ellas eran su vida, él daría su vida por sus hijas. Sentado en la iglesia, aquella mañana de domingo, no podía saber que pronto la vida le daría esa oportunidad.

—¿Qué tiene de cuero?

—Balones de fútbol.

Carlos miró al dependiente con el ceño fruncido. Scott sonrió y buscó a las chicas con la mirada. La primera parada obligatoria al entrar en el estadio de los Cowboys —después de que lo cachearan en la puerta— era la tienda especializada de mil seiscientos metros cuadrados. Encontró a Boo y a Pajamae probándose camisetas.

—Me quedo con Dez —dijo Pajamae.

Llevaba una camiseta del número ochenta y ocho que ponía «Bryant» en la parte de atrás. Boo llevaba el número once con el nombre de «Beasley».

—¿Quién es Beasley? —preguntó Pajamae.

—No lo sé —respondió Boo.

—¿Entonces por qué quieres su camiseta?

—Si tú no sabes quién es, entonces nadie lo conoce.

—¿Y?

—Pues que nadie compra su camiseta. Es un poco deprimente para él. Si compro una yo, se sentirá mejor.

Pajamae pestañeó con fuerza.

—¿Hablas en serio?

—Creo que sí.

Scott les había dado un presupuesto cerrado a las chicas: cien dólares cada una. Estimó que sería la única oportunidad que tendrían de visitar la tienda durante al menos un año. Las camisetas costaban cien dólares.

—Sí, señor, en la línea de mediocampo —dijo Carlos—. Los Cowboys contra los Gigantes por el título de la división.

Él y Louis chocaron sus manos. Un asiento en la línea de mediocampo, la sección más cercana al campo, costaba trescientos cuarenta dólares. Pero Ford Stevens había tenido que pagar 300 000 dólares por la licencia que daba acceso a los ocho asientos, un pago anticipado por el derecho de comprar entradas para esos asientos. Scott quería llevar a las chicas a un partido, pero las únicas entradas disponibles las vendían los corredores de bolsa a 1 500 dólares cada una como mínimo. Ese precio le hizo cambiar de opinión, pero por lo visto no disuadió a muchos otros fans de los Cowboys. Los asientos que los rodeaban se llenaron rápidamente de fans que llevaban gorras y camisetas de los Cowboys y cervezas de 8 dólares. Scott se sentó entre Carlos y Louis, que estaban a su izquierda.

—Hombretón, ¿qué hiciste ayer?

—Leer a Shakespeare. ¿Qué hiciste tú?

—Beber Coronas y levantar hierros en el gimnasio.

—Querrás decir que levantaste hierros y luego bebiste Coronas.

—No, tío. Bebo cerveza antes de entrenar. Se llama carga de carbohidratos.

Louis refunfuñó.

—¿Por qué entrenas tanto?

—Quiero unos músculos más grandes.

—Ya tienes músculos grandes.

—Gracias, hombretón. Pero las señoritas siempre los quieren más grandes.

Bobby estaba sentado a su derecha; le señaló la enorme pantalla cuádruple.

—Los técnicos se sientan en una cabina en medio de esa cosa durante el partido, a nueve pisos de altura. Sería una larga caída.

Las chicas estaban sentadas a ambos lados de Karen para ayudarla con el bebé. El pequeño Scotty miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, como el gran Scott. Las animadoras bailaban en el campo una música estruendosa; los cañones disparaban papelillos con los colores del equipo local; las luces de colores brillaban por doquier; la enorme pantalla reproducía vídeos de partidos anteriores, anuncios brillantes de cerveza y coches; los fans gritaban y daban voces; era una sobrecarga sensorial. Cuando estudiaba en la universidad, Scott había jugado varias veces en el estadio de Texas, el antiguo estadio de los Cowboys. Tenía un diseño funcional, un marco de acero con asientos y un campo de juego, sin florituras; era fútbol puro y duro. Pero este estadio parecía concebido para un espectáculo más que para el fútbol, más Barnum & Bailey que Vince Lombardi, más mercadotecnia y cerveza que la emoción de la victoria y la agonía de la derrota. Jerry Jones, el dueño de los Dallas Cowboys, había hecho del fútbol un entretenimiento; al estadio se le conocía coloquialmente como «Jerrylandia».

—Necesito una Corona —dijo Carlos.

—Te acompaño —dijo Louis.

Se levantaron. Louis llevaba un pantalón de vestir y una camisa de manga larga; parecía un luchador profesional fuera de servicio. Carlos llevaba botas negras de cuero y pantalones, una camiseta negra estrecha que le marcaba su cuerpo musculoso y revelaba sus tatuajes, y el pelo negro peinado hacia atrás. Remataba el *look* con una pulsera ancha de plata en cada muñeca. Parecía un torero mexicano.

—Vamos al puesto de comida —dijo Carlos—. ¿Queréis algo? Invita Louis.

—Cerveza —dijo Bobby.

—Zarzaparrilla —dijo Scott.

—Café con leche —dijo Karen.

—Margarita —dijo Boo.

—Muy graciosa —respondió Carlos.

—Queremos conocimientos —dijo Boo. Pajamae asintió. Carlos se rio.

—¿En un partido de fútbol?

Boo puso los ojos en blanco y se volvió hacia la única persona de la fila que podía ofrecerle ese conocimiento.

—Karen, ¿qué es el sexo oral?

Scott y Bobby saltaron del asiento.

—Os acompañamos —dijo Bobby.

—Desde luego —añadió Scott.

Karen sacudió la cabeza.

—Cobardes.

Los hombres salieron rápidamente y subieron los escalones, pero una vez fuera de peligro, Scott se giró para ver a las chicas vestidas con sus camisetas de los Dallas Cowboys alrededor de Karen; de pronto, Pajamae se irguió con expresión de incredulidad.

—¡No es verdad!

Boo la siguió.

—Voy a vomitar.

Bobby le dio una palmadita a Scott en el hombro.

—Salvados por un pelo.

—Joder con las niñas —dijo Carlos—, no avisan ni nada. Lo sueltan sin más.

Tony Romo lanzó un pase largo para ganar ventaja contra los Gigantes. Los Dallas Cowboys no jugaban en Dallas, y los Gigantes de Nueva York no jugaban en Nueva York. Pero ese día ambos equipos jugaban donde había vivido gente antaño. Pobre gente. La ciudad de Arlington había condenado y derribado noventa hogares para dejar espacio para el estadio. La ciudad de Dallas había tenido la oportunidad de traer a los Cowboys a casa; no habían jugado un partido en Dallas desde 1971, cuando cambiaron el Cotton Bowl por el Estadio de Texas, en Irving. El Cotton Bowl iba a derruirse para construir el estadio de los Cowboys en su lugar. Era una oportunidad única para remodelar el sur de Dallas, para traer gente, dinero y negocios. Pero la política se metió por medio, de modo que Arlington consiguió los Cowboys, y a los pobres los pusieron de patitas en la calle. Era

perfectamente legal. Scott lo sabía, porque una vez había condenado los hogares de gente pobre para construir el hotel de Tom Dibrell.

El techo estaba abierto. Dios podía ver a su equipo jugar —los Cowboys contaban con mucha ventaja y aún no habían llegado al intermedio, con lo cual, Dios estaba contento ese día— y Scott podía ver el cielo azul. Pero las luces estaban todavía encendidas. Bobby hizo un ademán con la mano.

—Leí en el *Wall Street Journal* que el estadio consume más electricidad durante un único partido que toda la capacidad eléctrica que genera Liberia.

—No me gustaría ver la factura.

—Si los Cowboys ganan un partido más, dentro de tres semanas jugarán la Super Bowl justo aquí. Será divertido traer a las chicas y al pequeño Scotty.

—El precio de las entradas supera con creces nuestro nivel salarial. Y no estoy seguro de si me gustaría estar cerca de aquí ese día.

—Los tipos malos están en la cárcel. La Super Bowl está a salvo.

Tres semanas después, jugarían la Super Bowl en ese estadio, en ese campo. Scott observó otra vez el enorme estadio, desde las altas puertas de cristal de la entrada, más allá de cada zona de anotación, hasta el campo de juego, y luego los treinta pisos hasta el agujero del techo. No parecía posible haber construido aquel lugar, y parecía aún menos posible derribarlo con una bomba. Pero, al parecer, querían intentarlo.

—Este lugar será un zoo.

—¿Y no lo es ya?

Kelly Clarkson cantaba en un escenario que se había colocado en la línea de mediocampo; la enorme pantalla ampliaba su cara. Los fans bailaban en los pasillos y cantaban al unísono. Hawkers ofrecía cerveza, perritos calientes, algodón de azúcar y cerveza; el aroma de las palomitas y los nachos inundaba el aire. Pajamae daba saltos delante de su asiento. Boo jugaba con el pequeño Scotty. Karen se tomaba su café. Carlos y Louis apuntaban con los binoculares a las animadoras. Bobby sonreía como un hombre en paz con el mundo, hasta que Karen le colocó al pequeño Scotty en el regazo.

—Te toca —dijo.

—Joder.

Scott retrocedió al olerlo. Bobby no se alteró; todavía estaba acostumbrado a la caca de bebé.

—Sabes, Scotty, puede que nuestras vidas en el juzgado sean aburridas, pero son unas buenas vidas. Es una vida mejor que la que podría haber soñado. Para ser dos arrendatarios de Highland Park, nuestras vidas son la leche.

—Sí que lo son, Bobby.

Scott sonreía como un hombre en paz con el mundo. Chocó su puño con el del pequeño Scotty justo cuando el bolsillo de Bobby empezó a cantar *Sweet Home Alabama.*

—¿Qué es eso?

—Mi teléfono.

Descolgó. Escuchó. Colgó. Se recostó en el asiento.

—¡Mierda!

—Dale al chico un pañal limpio.

—No, no es el pequeño Scotty. Es la llamada.

—¿Quién era?

—El magistrado de Porter.

El juez Porter era el juez decano del distrito.

—¿Y?

Bobby dejó escapar un largo suspiro.

—La lectura de cargos es a las diez.

—¿Qué lectura de cargos?

—Omar al Mustafá y sus veinte colaboradores.

—¿Necesita tu ayuda?

Bobby negó con la cabeza.

—La necesitas tú.

—¿Por qué?

Miró a Scott.

—Porque tú eres el juez presidente, Scotty.

Capítulo 6

Lunes, 18 de enero

Veinte días antes de la Super Bowl

El sol empezaba a asomarse por encima del horizonte mientras Scott subía Preston Road en dirección al norte, dejando atrás las propiedades valladas de Tom Dibrell, el antiguo cliente rico de Scott, Jean McCall, la viuda del senador, y Jerry Jones. Un Lincoln Town negro salió por las puertas justo delante de Scott; el conductor era el propio Jerry. Le dedicó una sonrisa a Scott y se alejó en el coche; ese día era un hombre feliz, y con razón. Según la revista *Forbes,* su equipo de fútbol era la franquicia deportiva más valiosa del mundo con cuatro mil millones de dólares. Por si no fuera poco, si su equipo ganaba un partido más, jugaría en la Super Bowl por primera vez en veinte años. En otra época, esa habría sido la mayor noticia en Dallas, pero esta no era como otras épocas.

El Estado Islámico había desembarcado en Dallas.

Scott había presidido, quizás, unos cien casos criminales en el último año; la mayoría habían acabado rápido con un acuerdo conciliatorio. La mayor parte de los acusados eran culpables. Un caso criminal en la corte federal seguía un procedimiento fijo, ya fuera un caso de fraude fiscal o terrorismo: formulación de cargos, arresto, lectura de cargos, audiencia de detención, vista previa al juicio, veredicto y sentencia condenatoria o puesta en libertad. Existía una rutina prefijada para los casos criminales. Un caso de terrorismo no sería rutinario, pero ese día —lectura de cargos y detención— lo sería: los abogados harían una comparecencia o serían asignados, se leerían los derechos constitucionales y cargos penales, se harían declaraciones y se establecerían unas condiciones para salvaguardar el derecho de solicitar libertad condicional mientras el juicio estuviera pendiente; o bien el gobierno pediría la presión preventiva, celebrarían una audiencia de detención y se decidiría si los acusados se quedaban en la cárcel o salían bajo libertad condicional. Un gran jurado federal había imputado a los

acusados por conspirar para usar un arma de destrucción masiva; sin duda, las pruebas contra ellos eran contundentes. A Scott no dudaba de que permanecerían en prisión hasta el veredicto.

Siguió conduciendo en dirección norte por Preston Road y luego giró al este. Su ruta diaria le hacía pasar por delante de su antigua casa. No estaba seguro de por qué. Aminoró la marcha al llegar a la mansión, en el número 4000 de Beverly Drive. Dos pisos y medio, setecientos metros cuadrados, seis habitaciones, seis baños, un garaje de cuatro plazas, piscina de hidromasaje y cabaña, todo en cuatro mil metros cuadrados en el corazón de Highland Park. Y esa ducha en el baño de la habitación principal. Percibió movimiento en una ventaja del segundo piso; era Penny, de pie y desnuda, como había prometido. Scott casi chocó contra un árbol.

Esquivó el árbol, desvió la mirada y aceleró.

Hacía casi cuatro años que un caso federal le había arrebatado la mansión de 3,5 millones de dólares. A cambio, había conseguido una hija. Era lo que se llamaba en el negocio inmobiliario un robo. Ahora se enfrentaba a otro caso federal. Pero esta vez él era el juez. En tres horas, el hombre más peligroso de Dallas y veintidós de sus colaboradores se presentarían ante él, acusados de planear el asesinato de cien mil personas durante la Super Bowl. No era un caso de pacotilla; esto era terrorismo. Este caso pertenecía a la corte federal.

Su vida judicial dejaría de ser aburrida.

Conducía por los seguros alrededores de Highland Park aquella mañana soleada sin tener ni idea de que su vida estaba a punto de cambiar otra vez. Sin saber que este caso federal cambiaría algo más que su vida judicial. Que le cambiaría la vida. Y la vida de sus hijas. Así como Estados Unidos no había vuelto a ser el mismo después del 11-S, ellos nunca serían los mismos después de este caso. Pero él no lo sabía todavía.

Scott hizo girar el Expedition por la calle Commerce y se detuvo. Justo delante de él estaba el juzgado federal. Delante del edificio había aparcadas una docena de furgonetas de televisión por cable provistas de antenas satelitales que se extendían hacia el cielo azul. La atención del mundo entero estaba de nuevo centrada en Dallas, igual que el 22 de noviembre de 1963. El equipo SWAT del FBI llevaba la indumentaria de combate y armas de estilo militar; permanecía en guardia detrás de las barricadas temporales. Cientos de manifestantes y otro tanto de periodistas

se encontraban en el lado seguro de las barricadas. Los primeros canturreaban: *«Allahu Akbar, Allahu Akbar, Allahu Akbar…»* y ondeaban carteles que decían: «ASESINO» —con la foto de Aabdar Haddad—, «PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN ESTADOS UNIDOS» Y «NO TODOS LOS MUSULMANES SON TERRORISTAS». La prensa recogía entrevistas y la indignación de los protestantes para las noticias de la noche. Scott se había enfrentado antes a un juicio con la presencia de la prensa, pero nunca con el equipo SWAT. Maniobró para entrar en el garaje y se encontró con cuatro miembros del equipo SWAT. Bajó las ventanillas.

—Identificación, por favor —dijo el agente.

Scott le mostró su identificación oficial. Mientras el agente la examinaba y comparaba la foto con su cara, los demás agentes abrieron las puertas traseras y registraron el interior con perros detectores de explosivos y la parte inferior del coche con espejos, en busca de alguna bomba que estuviera enganchada a la estructura. El agente devolvió la identificación a Scott e hizo un gesto para que avanzase.

—Buena suerte, juez —dijo como si supiera algo que Scott desconociese.

El hombre más peligroso de Dallas tenía aspecto de abuelo. Lo era; tenía siete hijos y seis nietos. Estaba de pie con las manos entrelazadas delante de él. No medía más de un metro sesenta y cinco. Tenía el pelo crespo y canoso y una barba gris bien recortada, ojos y piel oscuros, y una mirada firme por encima de unas gafas de leer de montura metálica. Llevaba el mono federal de detención, un gorro negro y esposas, pero su conducta era tranquila, casi espiritual. No parecía escandalizado por el arresto; era como si ya lo esperase, como cuando se espera que pasen cosas malas en la vida.

Si el gobierno de Estados Unidos se salía con la suya, le pasarían cosas malas al hombrecillo que estaba frente al juez A. Scott Fenney.

El estrado estaba bastante alto; Scott se sentó detrás. Contempló la sala abarrotada de agentes del FBI —hombres y mujeres—, miembros de la prensa, el público y los veintidós colaboradores que estaban de pie esposados detrás del imán Omar al Mustafá. Parecían soldados detrás de su general, tenían la expresión fiera de los luchadores o de los hombres sedientos de lucha.

El juez magistrado Robert Herrin estaba sentado a la

izquierda de Scott. Por lo general, el juez magistrado presidía lecturas de cargos, pero este caso no era típico. Que hubiera veintitrés codemandados en un juicio conjunto era una señal clara de que no iba a ser un caso habitual. La naturaleza del crimen —una conspiración para volar el estadio de los Cowboys durante la Super Bowl— era de todo menos típica. Este crimen no consistía en un intento de distribuir dos kilos de cocaína o de conseguir unos beneficios generosos a partir del uso de información privilegiada; era una conspiración para cometer un asesinato en masa. Por lo tanto, todos los ojos de la sala estaban fijos en el presunto cerebro de la operación, y no en el juez.

Karen y Carlos estaban sentados al lado de Scott. Louis estaba de pie a un lado con el uniforme de alguacil, preparado para sofocar cualquier estallido que se pudiera producir en la sala. En el estrado de la sala se encontraba una joven menuda —¿y asustada?— junto al imán. A unos metros había un hombre de mediana edad; él no estaba asustado.

—Comparecencias, por favor —dijo Scott.

El hombre que no estaba asustado habló.

—Mike Donahue, abogado representante del gobierno.

Donahue tenía la cara y el cuerpo de un boxeador irlandés; había luchado en la Universidad de Boston. La cara no podía ocultarla, pero el cuerpo intentaba esconderlo debajo de un traje abotonado por completo. Sin embargo, daba la sensación de que el cuerpo estaba intentando abrirse paso a puñetazos. Había sido fiscal de delitos de primer grado en el despacho de abogados del distrito de Dallas durante veinte años. Cuando un demócrata ganaba la Casa Blanca, los demócratas reemplazaban a los fiscales federales republicanos de todo el país. Mike Donahue era demócrata. Los fiscales federales eran candidatos políticos del partido en el poder, pero la mayoría eran fiscales experimentados. Los defensores públicos no eran ninguna de las dos cosas. La joven asustada habló casi en un susurro.

—Marcy Meyers, abogada de oficio asistente federal, en representación de los acusados.

Era una estudiante de segundo año en su primera aparición ante un tribunal.

—¿Todos los acusados cumplen los requisitos para que se les asigne un abogado?

—No lo sé, señoría. Fui al bufete esta mañana y me enviaron aquí para la lectura de cargos. Mi jefe me dijo simplemente que los declarase «no culpables».

—¿De veras?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo empezó a trabajar como defensora pública?

—El lunes pasado.

—Lleva una semana.

—Sí, señor.

—¿Por qué no han enviado un defensor público más experimentado?

—Me tocaba el siguiente caso.

—Ha dicho que su jefe habló con usted.

—Por teléfono. Está fuera. Me llamó.

—¿Qué ha hecho durante su primera semana?

—He ayudado a otros acusados a preparar declaraciones financieras juradas para que nuestro bufete pudiera representarlos.

—Bueno, señorita Meyers, ¿por qué no ayuda a estos acusados con las declaraciones juradas después de la lectura de cargos?

—Sí, señor.

Scott se dirigió a los acusados:

—Caballeros, cada uno de ustedes ha sido nombrado en una formulación de cargos federal y en la orden de arresto por la que han sido detenidos. Si alguno de ustedes afirma que no es el individuo cuyo nombre aparece en la orden judicial, es decir, que el gobierno ha arrestado a la persona equivocada, por favor, que dé un paso al frente ahora para poder verificar su identidad.

Ninguno de los acusados se movió.

—Por favor, levanten la mano si hablan y entienden el inglés.

Todos los acusados levantaron las manos tan alto como se lo permitieron las esposas.

—Bien. Tengo que informarles de sus derechos constitucionales. —Se puso las gafas y leyó sus derechos—. Tienen derecho a permanecer en silencio. No se precisa que hagan ninguna declaración. Si ya han hecho una declaración, no necesitan añadir nada más. Si empiezan a declarar, pueden parar en cualquier momento. Tienen derecho a un abogado. Se les asignará un abogado para que los represente si no pueden permitirse contratar a su propio abogado. La señorita Meyers ha sido elegida para representarlos en la lectura de cargos, pero cada uno de ustedes tiene que completar una declaración financiera jurada para que se les pueda asignar un abogado. La señorita Meyers los asistirá después de la audiencia. Tengan en cuenta que

están bajo juramento, por lo tanto, unas declaraciones falsas supondrían que se les acuse de perjurio. Necesito que cada uno de ustedes confirme que entiende sus derechos. El juez Herrin pasará lista. Por favor, den un paso al frente y contesten en voz alta para el informe judicial.

Bobby pronunció el nombre de cada uno de los acusados, y todos respondieron.

—Caballeros, se les ha acusado de conspirar para utilizar un arma de destrucción masiva. En concreto, que todos los codemandados tramaban detonar una bomba en el estadio de los Cowboys durante la Super Bowl. Esta ofensa conlleva la pena máxima reglamentaria de cadena perpetua, y unos cargos menores que implican sanciones menores. Se trata de delitos graves que ha denunciado el gobierno estadounidense. De ser declarados culpables, podrían pasar el resto de su vida en prisión. Señorita Meyers, ¿ha recibido una copia de la formulación de los cargos?

—Sí, señor. La he leído en el ascensor.

—¿Y todos los acusados han recibido una copia?

—He solicitado copias.

Scott se volvió hacia el fiscal federal.

—Señor Donahue, tiene veintitrés acusados. Debería haber entregado veintitrés copias a la señorita Meyers.

—Ha sido un error por mi parte, señoría.

—Los acusados no han tenido tiempo de leer los cargos o hablar con su abogada, con lo cual, no aceptaré declaraciones de culpabilidad esta mañana. Tampoco es que esperase hacerlo, ya que el jefe de la señorita Meyers le ha indicado que los declare no culpables.

La señorita Meyers sonrió.

—Juez, ¿quiere que lea la formulación de cargos? —dijo el señor Donahue.

Había una copia del documento en el escritorio, delante de Scott. La numeración indicaba que ocupaba 203 páginas.

—Señorita Meyers —dijo Scott—, ¿renuncian los acusados a la lectura de la formulación de cargos?

—Eh… ¿deberían?

—Podríamos estar aquí un buen rato si no lo hacen.

—Los acusados renuncian a la lectura de la formulación de cargos.

—Muy bien.

—El gobierno protesta —dijo el señor Donahue.

—No. —Scott volvió a dirigirse a los acusados—. Caballeros, ¿entienden los cargos que se les han impuesto? Necesito que respondan en voz alta para que conste en acta. Y cada uno de ustedes debe formular una declaración en respuesta a los cargos. Pueden declararse culpables, no culpables o *nolo contendere,* aunque la única declaración que aceptaré hoy es no culpable. Si después de leer la formulación de cargos y consultar con su abogado quieren declararse culpables, nos reuniremos de nuevo para cambiar la declaración. Cuando el juez Herrin lea sus nombres, por favor, den un paso al frente, digan «sí» si entienden los cargos o «no» si no los entienden, y hagan una declaración.

Bobby leyó cada nombre de nuevo.

—Muamar Rahaim.

Un joven con aspecto desafiante levantó las manos esposadas y habló. Con tono desafiante:

—Sí. Entiendo los cargos de los cuales el gobierno de los Estados Unidos me acusa a mí y al islam. Ambos nos declaramos no culpables.

—Syed Aboud.

—Sí. No culpable.

—Adwan Farhat.

—Sí. No culpable.

Diecinueve acusados más se declararon no culpables. Entonces llegó el turno del último acusado. Scott se dirigió a él.

—Omar al Mustafá, ¿entiende los cargos de los cuales le acusa el gobierno de los Estados Unidos?

—No.

—¿Qué no entiende?

—Por qué se me acusa.

—Se le acusa porque un gran jurado federal ha determinado que hay pruebas suficientes que incitan a creer que ha cometido las presuntas ofensas. Que sea culpable o no se determinará en el juicio, donde lo representará un abogado elegido por el gobierno si no puede permitirse contratar a un abogado.

Mustafá se volvió hacia la señorita Meyers y la miró de arriba abajo. Se giró de nuevo hacia Scott con una expresión desconcertada.

—¿Esta chiquilla tan mona? ¿Ella es mi abogada? Debería estar en casa pariendo un montón de hijos musulmanes.

—No estoy casada ni soy musulmana —replicó la señorita

Meyers.

—Podrías convertirte.

—Soy judía.

—Lo siento.

—Señor Mustafá —dijo Scott—, la cuestión es si entiende que le han acusado de delitos graves que pueden provocar su encarcelamiento durante largo tiempo.

—Lo entiendo.

—Bien. ¿Cómo se declara ante tales cargos?

—No culpable.

—Que conste en acta la declaración de no culpabilidad de todos los acusados. De acuerdo con el Acta de Juicio sin Demora, un acusado de la corte federal tiene derecho a que se celebre un juicio dentro de los setenta días posteriores a la lectura de cargos. De modo que el juicio se celebrará…

Scott esperó a que Karen consultara la lista de casos de la corte.

—El 7 de marzo —dijo.

—El 7 de marzo a las nueve de la mañana —dijo Scott—. La defensa puede solicitar una prórroga. El caso está previsto actualmente como un juicio conjunto de todos los acusados. Si cualquiera de los acusados no desea proseguir conjuntamente con el resto, puede solicitar una moción para que se celebre un juicio por separado. Cada acusado puede solicitar un abogado distinto. Ese es su derecho. Los acusados que elijan que se les represente conjuntamente deberán firmar una renuncia a su derecho de tener un abogado distinto. Después de la lectura de cargos, el juez magistrado llevará a cabo el procedimiento de renuncia con cada uno de los acusados aquí, en el juzgado. El juez magistrado enviará un formulario a ambos abogados en unos días. Último punto: libertad condicional de los acusados mientras el juicio está pendiente.

—Señoría —dijo el señor Donahue—, el gobierno solicita detención preventiva para todos los acusados y solicita una audiencia de detención basada en que, de acuerdo a la Ley de Reforma de Fianzas, sección treinta y una, cuarenta y dos, efe, dos; que, primero, los acusados plantean el grave riesgo de que huirán de la jurisdicción antes del juicio; segundo, que obstaculizarán o intentarán obstaculizar la justicia y amenazarán, dañarán o intimidarán, o intentarán amenazar, dañar o intimidar a un futuro testigo del jurado, y tercero, que bajo la sección treinta y una, cuarenta y dos, efe, una del acta, ya han sido

acusados por una ofensa que figura en la sección dieciocho, veintitrés, treinta y dos, b de la legislación norteamericana, en concreto, el uso de armas de destrucción masiva. Y se aplica la presunción bajo la treinta y uno, cuarenta y dos, e, tres, B.

—¿Señorita Meyers?

Observaba boquiabierta y con los ojos como platos al fiscal federal como si fuera una estudiante de Literatura que estuviera escuchando a un genio informático disertar sobre algoritmos.

—¿Señorita Meyers?

Se giró hacia Scott con los ojos muy abiertos.

—¿Sí, señor?

Scott suspiró. Se había visto en su misma posición una vez, una situación que le quedaba demasiado grande, ahogado en la complejidad de la ley. Sin tener ni idea de nada. Cuando necesitaba de forma desesperada que le enseñaran algo.

—Señorita Meyers, estoy seguro de que aprendió en la facultad de Derecho que, bajo nuestra constitución, los acusados tienen derecho a la libertad condicional, a menos que presenten riesgo de fuga o peligro para la comunidad. Esas son las únicas razones por las que se les puede detener antes del juicio. La Ley de Reforma de Fianzas describe las normas sobre la puesta en libertad y la detención en la corte federal, normas que debo seguir. El acta estipula que puedo liberar a los acusados bajo libertad provisional sin fianza, pero debo imponer las condiciones menos restrictivas a su liberación que asegurarán su aparición en el juicio e invalidarán cualquier peligro para la comunidad. No está permitido fijar una fianza que los acusados no puedan permitirse pagar, solo para poder efectuar su detención. Si determino, después de una audiencia de detención, que no hay condiciones que aseguren la aparición de los acusados en el juicio y la seguridad de la comunidad, entonces podré solicitar que los acusados sean detenidos antes del juicio.

La señorita Meyers tomó nota por escrito de todo.

—El acta estipula, además, que si hay causa probable que haga creer que los acusados han cometido ciertas ofensas prescritas, habrá una presunción refutable de que no existen esas condiciones; es decir, habrá una presunción de detención previamente al juicio. Una de esas ofensas es conspirar para utilizar armas de destrucción masiva. En este caso, se ha establecido causa probable a través de la formulación de cargos; una formulación de cargos significa que un gran jurado ha hallado causas fundadas para creer que los acusados han cometido el crimen. Lo cual, señorita Meyers, significa que los

acusados estarán detenidos antes del juicio a menos que usted, como su abogada representante, refute la presunción en la audiencia de detención.

—¿Y cómo hago eso?

—Debe presentar alguna prueba en la audiencia de detención que contradiga la aseveración del gobierno de que los acusados presentan riesgo de fuga o peligro para la comunidad. No tiene que probar la inocencia de los acusados con respecto a los cargos; solo tiene que presentar pruebas de que no existe riesgo de fuga o peligro para la comunidad. Puede interrogar a los testigos del gobierno y puede presentar sus propias pruebas y testigos. Y, ya que el gobierno ha invocado la presunción, puede citar testigos cuyo testimonio esté vinculado de forma directa con la contindencia de las pruebas contra los acusados, uno de los factores que el tribunal debe considerar en la audiencia.

Levantó las manos en el aire.

—¿Como quién?

—No lo sé.

—¿Y cuándo es la audiencia de detención?

—Señoría —dijo el señor Donahue—, el gobierno solicita que la audiencia de detención se celebre ahora.

—¿Ahora? —replicó la señorita Meyers.

—Señorita Meyers —dijo Scott—, si necesita tiempo para prepararse para la audiencia de detención, puede solicitar una prolongación.

—La solicito.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Un año.

—¿Y qué tal cinco días? Es todo el tiempo que puedo darle de acuerdo con el acta.

—Lo acepto.

—Eso pensaba. Se programa la audiencia de detención para…

—El viernes a las nueve —dijo Karen.

—El viernes a las nueve.

—Señoría —dijo el señor Donahue—, el gobierno solicita que sea usted quien presida la audiencia de detención en lugar del juez magistrado.

—Pensaba hacerlo, pero ¿por qué?

—Cuestión de tiempo. Solo quedan veinte días para la Super Bowl. Si el juez magistrado dicta una detención, la parte vencida

solicitará que el juez del distrito, es decir usted, celebre una audiencia *de novo,* y volveremos a empezar desde el principio. No tenemos tiempo para eso.

—Bien pensado. Debido al número de acusados, creo que el juez Herrin y yo trabajaremos en este caso juntos.

—Buena decisión, señoría.

—Gracias. —Se dirigió a los acusados—: Caballeros, un oficial de servicios previos al juicio hablará con cada uno de ustedes antes de la audiencia de detención para preparar una declaración de puesta en libertad. Este o, mejor dicho, esta oficial trabaja para el tribunal… la señorita O'Brien. Su trabajo no es obtener una confesión, pruebas ni información relacionada con su culpabilidad o inocencia de los crímenes de los cuales se les acusa. Su único trabajo es obtener información sobre ustedes para determinar si presentan riesgo de fuga, es decir, si huirán de la jurisdicción para evitar el juicio, o si presentan un peligro para la comunidad. Les solicitará información sobre su familia, antecedentes penales, empleo y demás historial. Por favor, permítanle a la oficial ayudarles. Una vez más, la audiencia de detención es su única oportunidad de evitar la cárcel antes del juicio.

Scott se reclinó en el asiento y observó la sala. Como dijo el rey, en *El señor de los anillos,* «comienza la batalla». Las chicas adoraban esas películas, así que habían visto la trilogía más de una vez. El bien vencía sobre el mal en el campo de batalla de Mordor. ¿Vencería el bien en un juzgado de los Estados Unidos de Estados Unidos?

—Los acusados permanecerán bajo custodia antes de la audiencia de detención. El juez magistrado se encargará del asunto de la defensa conjunta con los acusados. Veré a los abogados en el despacho. Se levanta la sesión.

—Eres juez federal. Eso significa que siempre habrá alguien enfadado contigo. Se te juntan todos los temas del día (el aborto, los derechos de los homosexuales, el control de armas, el Obamacare, la inmigración) y tú tienes que decidir quién gana y quién pierde. No quieres, pero tienes que hacerlo. Es tu trabajo.

El hombre que hablaba tenía aspecto distinguido con pelo canoso y ondulado era un demócrata, pero parecía un republicano. Estaba sentado frente al escritorio de Scott, como si hubiera organizado él la reunión. Era comprensible, J. Hamilton McReynolds III era uno de los hombres más poderosos del mundo.

Presidía el Departamento de Justicia, la Oficina Federal de Investigación, la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, la Agencia Antidrogas de Estados Unidos y la Agencia Federal de Prisiones. Era el fiscal general de los Estados Unidos, el agente jefe del orden público en Estados Unidos; solo rendía cuentas al presidente, el hombre más poderoso del mundo. A su lado estaba sentado un asistente del fiscal general del Estado y, al otro lado, el fiscal federal; ambos sabían que tenían que mantener la boca cerrada delante del jefe. Beckeman, el agente del FBI que había visto Scott en las noticias, estaba de pie, firme, junto a las ventanas; no parecía el tipo de hombre que mantenía la boca cerrada. La abogada de oficio estaba sentada en el sofá como una niña en una reunión de adultos. Scott cogió el cuenco.

—¿Caramelos de mantequilla?

—Se lo agradezco.

Scott le lanzó un caramelo al fiscal general. Los otros rehusaron, pero el agente del FBI tendió la mano abierta. Scott completó un *strike*.

—Es increíble lo que espera la gente de los jueces federales, ¿verdad? —comentó el fiscal general—. Dios no eligió hacer que la vida fuera justa, pero de algún modo, nosotros tenemos esa obligación. Si pudiéramos. Yo no podría. —Soltó un gruñido—. Están buenos.

Scott movió el cuenco hacia el lado del escritorio donde estaba sentado el fiscal general.

—Coja más. —Le obedeció—. ¿Fue juez federal?

Asintió.

—En Filadelfia. Me designaron de por vida a pasarme la vida decepcionando a la gente. Así que salté como un resorte cuando el presidente me ofreció este puesto. Fiscal general. Ni siquiera tengo que pensar en lo que es justo.

—¿En qué piensa?

—En terrorismo.

El fiscal general había volado hasta Dallas para la lectura de cargos de Omar al Mustafá – y una oportunidad fotográfica para asegurar a otros posibles yihadistas en Estados Unidos que el Grupo de Lucha Contra el Terrorismo les daría caza y los llevaría ante la justicia. Suspiró como si el peso del mundo —o al menos la seguridad de Estados Unidos— descansase sobre sus hombros. Así era.

—Bueno, juez, ¿puedo contar con usted?

—¿Para qué?

—Para que haga lo correcto.

—¿Que es…?

—Detener a Mustafá y al resto de los acusados antes de la Super Bowl.

—¿Se refiere a antes del juicio?

—No, me refiero a la Super Bowl. Ese juego supone el mayor riesgo a la seguridad del país al que nos enfrentamos cada año. Es el evento deportivo más grande del mundo. Les encantaría atacarnos ahí justo en ese momento, durante la celebración del estilo de vida estadounidense.

—Es un partido de fútbol.

—Es Estados Unidos. Es una expresión de nuestra libertad y patriotismo. Nuestra prosperidad. Nuestro lugar en el mundo.

Tal vez tenía razón. A menudo la Super Bowl parecía tratar de todo menos del juego. Cien mil espectadores en el estadio, mil millones más desde sus televisores por todo el mundo, anuncios que generan 150 000 dólares por cada segundo de emisión, Beyoncé o Springsteen como entretenimiento en los intermedios… la Super Bowl había trascendido el fútbol. Era un evento cultural estadounidense único.

—La audiencia de detención del viernes responderá esa pregunta.

—Necesito una respuesta ahora. Y tiene que ser sí.

—¿Qué pruebas hay de que presentan un peligro para la comunidad?

—Voy a decírselo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. —Se inclinó ligeramente—. Son un peligro para la comunidad. Le doy mi palabra.

—¿Esas son sus pruebas? Señor McReynolds…

—Llámeme Mac.

—La Constitución requiere algo más que su palabra, aunque sea el fiscal general del Estado.

El fiscal se reclinó en la silla y dejó escapar un suspiro. No había obtenido la respuesta que buscaba. Cogió otro caramelo.

—¿Puedo llamarle Scott?

—Aquí sí. Fuera no.

—Scott, no eres tan inocente.

—Tal vez lo soy.

—Tal vez quieres serlo. La inocencia es para los inocentes, Scott. Para los niños, no para los adultos. Los niños pueden

desconocer el mundo real que los rodea; mis nietos creen en Papá Noel, y así debe ser, pero nosotros no podemos. No podemos permitirnos ignorar el mundo real. Porque cuando eso pasa, los tipos malos estrellan aviones en los rascacielos. Y la gente muere. Hombres, mujeres y niños. La inocencia mata, Scott.

—¿Y si Mustafá es inocente?

—¿Y si no lo es? ¿Qué vas a hacer el domingo de la Super Bowl si el estadio se viene abajo?

—Señor McReynolds… Mac… un gran jurado ha acusado a Mustafá de conspirar para usar armas de destrucción masiva. Sin duda, tienes pruebas suficientes de que supone un peligro para la comunidad.

El fiscal general suspiró.

—¿Extraoficialmente?

Scott miró a la señorita Meyers, que estaba en el sofá con la cabeza gacha. Estaba repasando la acusación como una estudiante confundida que empollaba a última hora antes de un examen final. Estaba perdida y distraída.

Scott asintió mirando al fiscal general.

El fiscal general se inclinó de nuevo hacia delante; esta vez le hizo un gesto a Scott para que se acercase también. Las cabezas de los dos hombres casi se tocaron por encima del escritorio; estaban tan cerca que Scott podía oler el caramelo en su aliento. El fiscal general susurró.

—No tenemos nada.

—¿Qué quieres decir?

Scott también susurraba.

—Quiero decir que no tenemos nada. Ninguna prueba.

—¿Cómo conseguisteis que el gran jurado levantara cargos? Sin pruebas, no hay motivos fundados. Sin motivos fundados, no hay cargos.

El fiscal general se encogió de hombros.

—¿Qué gran jurado quiere emitir un *no ha lugar* cuando se trata de los próximos perpetradores del 11-S?

—¿Quién le dijo al gran jurado que Mustafá y sus colaboradores eran los siguientes perpetradores del 11-S?

—Yo.

Los dos hombres de leyes se reclinaron. Scott consideró las implicaciones legales y éticas de que un presunto terrorista se enfrentase a una detención federal a pesar de que las alegaciones presentadas contra él no estuvieran respaldadas por ninguna

prueba, y de que el fiscal general de los Estados Unidos admitiera ante el juez presidente que se había acusado a un ciudadano estadounidense sin ningún tipo de fundamento fáctico. Notó que tenía las axilas húmedas. Cogió un caramelo.

—¿Registrasteis su casa y la mezquita?

El fiscal general asintió.

—Nada.

Beckeman, el agente del FBI, dejó escapar una risita.

—Debería ver su casa. Preston Hollow, tiene seis habitaciones y seis baños, una piscina la hostia de grande y una casa de invitados en la parte trasera. ¿Quién necesita un hogar así?

Scott mordió el caramelo y volvió a girarse hacia el fiscal general.

—¿Pinchasteis el teléfono?

—Tampoco encontramos nada.

—¿Transferencias bancarias?

—No.

—¿Ningún correo electrónico o mensaje que lo inculpe?

—No.

—Leí que el Estado Islámico se comunica con su gente por internet, Twitter y Facebook.

—Así es. Envían comunicados de prensa por Twitter, pero planean ataques en el lado oscuro de la red, la parte de internet que no encuentras en Google. Ahí es donde viven los tipos malos: traficantes de droga, traficantes de personas, pedófilos y terroristas islámicos. Y utilizan un software que envía sus mensajes por todo el mundo antes de que lleguen a su verdadero destino para ocultar su localización, y codificaciones continuas para evitar a los espías de la Agencia de Seguridad Nacional. Mustafá debe de comunicarse con el Dáesh cada día.

—O tal vez no.

—Eso es verdad. Creemos que lo hace, pero no podemos probarlo. No en un tribunal. Todavía no.

—¿Unos cuantos terroristas en el desierto de Siria son más sofisticados con la tecnología que el FBI?

—No. Pero el Dáesh es la organización terrorista más rica de la historia del mundo. Se estima que tienen algo menos de mil millones de dólares en efectivo. Ese tipo de dinero contrata a los mejores cerebros informáticos del mundo.

—¿De dónde sacan el dinero?

—Rescates, venta de petróleo en el mercado negro, venta de

antigüedades robadas, donaciones de nuestros amigos en Arabia Saudí.

Scott suspiró.

—¿Qué voy a hacer?

—Cooperar.

—¿Con la fiscalía? Pensaba que un juez federal debía proteger los derechos del individuo y ratificar la Constitución.

—No desde que pasó lo del 11-S. Todo cambió en cuanto esos aviones chocaron con las torres; cuando vimos a estadounidenses saltar por las ventanas y fuimos testigos de cómo se derrumbaban los edificios. El mundo cambió entonces. Nosotros cambiamos. Antes de ese día, nos preocupaban los tarados como Koresh en Waco, y nuestro trabajo era investigar crímenes después de perpetrarse. Tras ese día, la única prioridad de los cuerpos de seguridad ha sido el terrorismo islámico. Ahora nuestro trabajo es evitar ataques terroristas en Estados Unidos. Hemos tenido que cambiar nuestras tácticas desde el 11-S, y más aún desde que el Dáesh empezó a organizar ataques de lobos solitarios en Occidente. Ya no podemos esperar a que un sospechoso actúe; tenemos que actuar antes de que lo hagan ellos. Investigamos amenazas, no crímenes. Intenciones, no acciones. Nuestro trabajo es la prevención, no la reacción. Tenemos que matarlos antes de que nos maten ellos a nosotros. —Señaló con el pulgar al agente Beckeman, que estaba junto a la ventana—. Nuestros Grupos de Lucha Contra el Terrorismo, liderados por tipos como Beckeman, han demostrado ser muy eficientes. Investigadores, analistas, lingüistas, equipos SWAT y otros especialistas de nuestros cuerpos de seguridad y agencias de inteligencia que cooperan entre ellos para evitar los ataques terroristas. Todos bien entrenados, originarios de la zona y entregados al cien por cien.

—Suena como un anuncio de reclutamiento.

El fiscal general sonrió.

—Lo es. Lo escribí yo. La Ley Patriótica nos dio los poderes que necesitábamos para invalidar estos peligros: podemos analizar correos electrónicos y capturar conversaciones telefónicas, podemos registrar hogares y empresas sin que lo sepan… —Una orden de registro de ese tipo permitía al gobierno efectuar un registro sin informar primero al sospechoso—. Y podemos llevar a cabo escuchas itinerantes para que no puedan evadir nuestra vigilancia a través de los teléfonos móviles.

—¿Qué más necesitáis?

—Jueces cooperativos.

—Es decir, jueces que miren a otro lado.

—Es decir, jueces que miren a los terroristas como Mustafá y vean lo que hay que ver.

—¿Incluso si es inocente de los cargos?

El fiscal general se echó a reír.

—¿Inocente? No, no, Scott, la inocencia no es la cuestión. La cuestión son las pruebas. Es culpable, y nosotros solo tenemos que demostrarlo. Y lo haremos.

—¿Cuándo?

—En el juicio.

—¿Pero quieres que lo mantenga en esa celda hasta entonces?

—No. Solo hasta que acabe la Super Bowl.

—¿No tienes ninguna prueba de su participación en esta trama y, por tanto, ninguna prueba de que supone un peligro para la comunidad, pero quieres que lo detenga igualmente?

—Sí.

—¿Conseguiste que el gran jurado estipulara que existía prueba suficiente para acusarlo cuando no la había, y ahora quieres que lo detenga en base a esa acusación incorrecta?

—Quiero que protejas al pueblo estadounidense.

—Esto no es la Bahía de Guantánamo.

—Debería serlo, al menos para los tipos como Mustafá —respondió el agente Beckeman—. Algunos de los musulmanes que el presidente ha liberado de Guantánamo son los mismos tipos que están decapitando a estadounidenses en esos vídeos del Dáesh.

—La Constitución estipula que no podemos encarcelar a la gente sin pruebas —dijo Scott.

—¡Y los cabrones adoradores de Alá no pueden estrellar aviones en unos putos edificios de oficinas!

El fiscal general miró al agente con una expresión de desaprobación y luego se dirigió a Scott serenamente.

—Scott, en mi trabajo, proteger la nación estadounidense, si se trata de terrorismo, tengo que adoptar una visión más amplia de la justicia criminal. Con tus criminales comunes y corrientes, asesinos, narcotraficantes y cosas así, la Constitución funciona. El acusado comete el delito, lo acusamos, lo arrestamos y probamos que es culpable de ese delito en concreto. Los anteriores son irrelevantes. El hecho de que haya asesinado a otras dos personas antes no significa que haya asesinado a esta víctima. Sus crímenes anteriores solo son relevantes en la sentencia una vez declarado culpable. Como O. J. Simpson. Se libró del cargo de doble

asesinato, pero diez años después lo atrapamos por un robo a mano armada. El juez lo castigó con todo el rigor de la ley porque todos sabemos que había matado a esas dos personas diez años antes. Ahora morirá en prisión.

—Pero a Simpson lo declararon culpable de la segunda ofensa, la ofensa por la que había sido sentenciado. Eso es diferente a condenar a alguien por un crimen que no ha cometido aunque hubiera delinquido antes.

—Sí, así es. Pero ¿y si pudiéramos hacerlo? Por ejemplo, ¿y si sospechamos que un capo de la droga ha cometido un asesinato, pero no podemos probarlo? Sabemos que ha matado a otras personas, y que volverá a matar. Si se presenta la oportunidad de acusarlo de un asesinato que puede que no haya cometido, ¿deberíamos hacerlo y mandarlo a prisión o dejarlo marchar? ¿Deberíamos esperar a que vuelva a matar o deberíamos meterlo en la cárcel y evitar futuros asesinatos?

—Los Padres Fundadores respondieron esa pregunta cuando escribieron la Constitución.

—Así es. Pero en aquel entonces no había terroristas islámicos que mataban a miles de personas a la vez. Por lo tanto, ¿no deberíamos mirar la Constitución con otro enfoque cuando se trata de terrorismo? Yo creo que sí. Lo llamo «justicia acumulativa». Yo tengo en cuenta toda la obra de un terrorista, no solo la trama de la que se le acusa. Scott, ¿y si hubiéramos podido condenar a Osama bin Laden antes del 11-S y mandarlo a la cárcel?

—Se habrían salvado tres mil vidas.

—Exacto. Y todas las vidas perdidas en Irak y Afganistán persiguiendo a ese hijo de puta. Pero, ¿y si lo hubiéramos acusado de un crimen de terrorismo del que era inocente, o no hubiéramos podido probar que era culpable?

—Entonces no habría sido condenado.

El fiscal general sonrió.

—Qué inocente. Claro que habría sido condenado en un tribunal estadounidense a manos de un jurado al que le aterra el terrorismo en Estados Unidos. Era un tipo malo antes del 11-S, eso lo sabíamos. Pero no pudimos sacarlo de la calle hasta que estuvo en Afganistán. Pero Mustafá está aquí mismo, en Dallas. Está en el piso de abajo, en una celda. Lo sacamos de la circulación antes de que pudiera cometer su acto de terrorismo, no después del acto, sino antes. Y con el miedo al terrorismo, un jurado lo condenará y lo sentenciará a cadena perpetua por esta trama.

—Pero no tienes pruebas de que sea culpable.

—No importa. Aunque no lo haya tramado él, créeme, sí lo ha hecho; ha realizado otras cosas malas, o va a hacerlas. Así que, encerrémoslo ahora que podemos. Antes de que lo haga. Evitemos el crimen. Debemos condenarlo y mandarlo a prisión antes de que mate a gente inocente.

—Ya sabes, como en *Minority Report,* sin los precognitivos —dijo Beckeman.

Scott se volvió hacia el agente del FBI.

—¿Sin los qué?

—Beckeman es un cinéfilo —explicó el fiscal general.

—Si hay algo que conozco mejor que las películas son los yihadistas islámicos —dijo Beckeman.

Scott se giró hacia el fiscal general.

—¿Cómo sabes que Mustafá quiere matar gente?

—Hace años que está en nuestro radar, y más en YouTube —explicó el fiscal—. Ha publicado cientos de vídeos y ha concedido cientos de entrevistas. Cada vez que las noticias nacionales necesitan que un «clérigo musulmán radical» —el fiscal entrecomilló con los dedos las tres últimas palabras— escupa la mierda yihadista en televisión, lo llaman a él. Es carismático, elocuente y listo; nunca muerde el anzuelo. Le encanta ser el centro de atención. Nos parecían episodios de mucho ruido y pocas nueces, como cuando los republicanos dicen en las noticias de la Fox que quieren recortar el gobierno federal. Pero hace seis meses recibimos una pista anónima que nos puso en alerta sobre el tal Haddad y la trama de volar el estadio. Le pusimos vigilancia las veinticuatro horas. Se hacía pasar por un estudiante de Arquitectura en la Universidad de Texas, en Arlington. Una tapadera perfecta. Su apartamento estaba junto al estadio. El gerente dijo que pidió esas vistas expresamente, como si los secuestradores del 11-S hubieran conseguido un apartamento con vistas al World Trade Center. Haddad nos llevó hasta Mustafá. Rezaba en su mezquita. Todos sus muchachos son radicales islamistas comprometidos. Recuperamos cintas y revistas del Estado Islámico y su guía del terror.

El fiscal general tendió una mano hacia el asistente del fiscal general, que dejó caer un libro sobre su mano como si fuese un enfermero colocando un bisturí en la mano del cirujano. El fiscal general puso el libro en el escritorio, delante de Scott. Él se puso las gafas y leyó el título: *La gestión del salvajismo.* El fiscal general sacudió la cabeza.

—Nosotros leemos Cincuenta sombras de Grey para aprender

a tener mejor sexo a través del bondage. Esta gente lee libros para aprender a decapitar infieles con el objetivo de conmocionar a la gente al máximo. —Puso las palmas hacia arriba—. ¿Cómo vamos a vivir en paz con los salvajes?

El fiscal general miró por la ventana. Su expresión era la de un hombre que había dejado de comprender el mundo y estuviera buscando comprensión al otro lado de la ventana. Al cabo de un momento, volvió a fijar la vista en el libro. Lo levantó y lo observó.

—Es una cultura extraña.

—Solo hay tres letras de diferencia entre cultura y culto —comentó el agente Beckeman.

El fiscal general tendió el libro hacia el asistente y suspiró.

—Mustafá ha estado operando su propia franquicia del Dáesh justo aquí, en Dallas.

—No pasaba desapercibido precisamente —dijo Scott.

—Estaba escondido a plena vista.

—Me gustaría hacerle el submarino a ese hijo de puta —dijo Beckeman.

El fiscal general suspiró como si fuera el padre de un niño pequeño que hubiera hablado cuando no debía delante de los adultos. Sin tan siquiera girarse para mirarlo, dijo:

—Beckeman, ahora eres un agente del FBI de Estados Unidos, no un marine en Afganistán. Intenta recordarlo.

—Pero no tiene antecedentes penales, ¿no? —comentó Scott.

—No.

—Entonces tenéis pruebas de que es simpatizante del Dáesh —dijo Scott—, pero ninguna prueba que lo conecte con la trama del estadio. ¿Cómo sabéis que quiere matar estadounidenses?

—Son sus propias palabras. Odia Estados Unidos. Quiere que Estados Unidos se derrumbe.

—¿Dónde nació? ¿En Irak? ¿Afganistán? ¿Siria?

—Chicago.

—¿Es estadounidense?

—Tanto como la tarta de manzana. Omar Mansour, nacido el tres de mayo de mil novecientos cincuenta y uno. Los padres eran inmigrantes jordanos. El padre, médico y la madre, profesora de teología islámica, la teoría convencional. Omar era un alumno brillante, fue a la Universidad de Jordania en Amman para seguir los pasos de su madre. Vivió allí durante catorce años, se doctoró en la ley de la Sharia, pero empezó a relacionarse con los

salafistas yihadistas. Pensamos que cayó bajo la influencia de Abu Musab al Zarqawi, el fundador del Estado Islámico, y Sheikh Abu Muhammad al Maqdisi, su mentor espiritual, en Jordán. Creen que cualquier gobierno que no siga la estricta ley islámica como la practica el mismo Muhammad (es decir, no las prácticas convencionales) es un régimen infiel que debería ser derrocado violentamente. Consideran que su deber sagrado es llevar a cabo la yihad para que el mundo esté gobernado bajo la ley Sharia. —El fiscal general se encogió de hombros—. No son exactamente del tipo «vive y deja vivir». En fin, volvió a casa el año noventa y cinco, abrió una tienda en Dallas y adoptó el *nom de guerre* Omar al Mustafá. Debe de haber visto esa película.

—¿Qué película? —inquirió Scott.

—*El rey león* —respondió Beckeman—. Todos estos yihadistas adoptan nombres de los lugares en los que han vivido, donde nacieron, de personajes históricos que admiran… yo sería Eric Abu al Callahan. —El agente se echó a reír—. Harry el Sucio. Su apellido era Callahan.

Scott resopló. ¿Qué otra cosa podía responder?

—Sí, supongo que Omar se enamoró de *El rey león* y adoptó el nombre de Mustafá.

Todos se rieron. Scott no. Estaba confundido. Había visto la película con las niñas hacía unos pocos sábados.

—¿Te refieres a *Mufasa?* Ese era el nombre del rey león. No *Mustafá.*

—¿En serio?

El fiscal general se volvió hacia el agente Beckeman.

—¿Te equivocaste de nombre? Entonces ya no tiene gracia.

Beckeman se encogió de hombros levemente; el fiscal sacudió la cabeza y volvió a girarse hacia Scott.

—Osama era un elitista culto de una rica familia árabe. Los fundadores del Dáesh eran matones jordanos. Durante la guerra, fueron la franquicia de al Qaeda en Irak, pero se separaron y se volvieron tan violentos que al Qaeda renegó de ellos en 2014. Imagina. De todas formas, ser unos matones callejeros estaba bien al principio, pero ahora necesitan el respaldo de la religión para su barbarismo. Y ahí entra en juego Mustafá. Es uno de los clérigos islámicos más prominentes en la exégesis apocalíptica.

—Que es…

—El fin de los días. Esa es la base religiosa del Dáesh, que el apocalipsis es inminente. El mesías, al que llaman El Mahdi, volverá pronto a la tierra y purificará el mundo de los infieles.

—Que son…

—Nosotros.

—Quieren una confrontación apocalíptica con Estados Unidos —dijo Beckeman—. En el desierto de Siria, en un pueblo llamado Dabiq. Creen que las profecías lo han predicho; la batalla final, como dicen ellos, matar a los *kuffars*.

—Suena a locura, lo sé —dijo el fiscal—, pero la mayoría de los musulmanes en Oriente Medio creen en esa mierda del fin de los días. Quién sabe cuántos lo creerán aquí en Estados Unidos. Esa creencia atrae a la mezquita de Mustafá a muchos musulmanes jóvenes. Él es su padre espiritual.

—Es como ese monje viejo y ciego de *Kung Fu* —dijo Beckeman—. Y ellos son sus saltamontes. Los radicaliza, les lava el cerebro y los envía a su muerte en Siria mientras él manda a sus propios hijos a las universidades de la Ivy League.

—La radicalización de los jóvenes musulmanes a manos de clérigos veteranos es un gran problema —comentó el fiscal—. Aquí mismo, en Estados Unidos, las mezquitas son fábricas de yihadistas.

—Ya viste sus caras en el juzgado —dijo Beckeman—. Te cortarían la garganta con solo mirarte. Como Haddad. Hace dos años solo era un universitario. Hoy conspira para hacer volar un estadio de fútbol. O lo hacía.

—Tal vez solo era un universitario.

—Era un terrorista.

—¿Estás seguro?

—Bastante seguro.

—Ahora está muerto.

El agente Beckeman se encogió de hombros.

—Más vale prevenir que curar.

—¿Cuál era la causa probable?

—Era musulmán.

—Era un ciudadano estadounidense.

—Scott…

—Puedes llamarme juez.

El agente Beckeman soltó una risita.

—Juez, tratándose de esos tipos, ser musulmán va antes que ser estadounidense.

—Ahora es un difunto estadounidense musulmán.

Beckeman casi se echó a reír.

—¿Un estadounidense musulmán? Yo no digo que soy un

estadounidense católico. Solo soy estadounidense, y me basta con eso.

Se hizo un largo silencio incómodo que rompió finalmente el jefe de Beckeman.

—¿Te sientes mejor ahora?

—La verdad es que sí. —El agente volvió a girarse hacia Scott —. La fuente decía que iba armado hasta los dientes y que su apartamento estaba lleno de explosivos. No podíamos arriesgarnos. Cuando fue a coger su arma…

—¿Encontrasteis un arma?

—No. Pero yo lo vi moverse para coger un arma.

—¿Le disparaste tú?

Beckeman asintió.

—Tres veces en la cabeza.

—Eres un tipo duro, agente Beckeman.

—Por eso dirijo el Grupo de Lucha. Mira esos vídeos del Dáesh. Esos tipos que les cortan la cabeza a los civiles con machetes también son tipos duros.

—¿Encontrasteis material para hacer bombas en el apartamento de Haddad?

—No. Pero encontramos planos arquitectónicos del estadio. ¿Por qué estaría estudiando los planos? Porque Mustafá quiere derribar el estadio. Si lo hace, será un grande entre los musulmanes.

—No todos los musulmanes son así.

—¡Anda que no! Hay tres tipos de musulmanes: yihadistas, aspirantes a yihadistas y simpatizantes de los yihadistas. ¿Por qué no nos llaman los supuestos musulmanes convencionales y nos dan la identidad de los tipos malos? ¿Tú conocías a los matones de tu barrio? Conocen a los yihadistas de sus mezquitas. Pero los musulmanes no delatan a otros musulmanes porque dicen que el Corán lo prohíbe. Porque simpatizan con ellos en secreto. Porque el islam extremista es el islam convencional hoy en día. Después de los ataques de París, hubo un minuto de silencio por las víctimas en un partido de fútbol nacional en Turquía. Los fans, musulmanes, abuchearon y canturrearon *«Allahu Akbar»*. ¿Esos cincuenta mil fans eran musulmanes convencionales? No queremos enfrentarnos a la verdad: nos enfrentamos a una guerra religiosa. Ellos la están librando. Porque quieren que sea así. Occidente contra el islam. Porque eso concuerda con su narrativa sobre el fin de los días. Todos los musulmanes son leales a Muhammad, no a sus países; no a Estados Unidos, Gran Bretaña o

Francia, como vimos en París. Si se vieran obligados a elegir entre Estados Unidos y Muhammad, escogerían a Muhammad.

—¡Agente! Esos comentarios son inapropiados.

El exmarine, ahora agente del FBI, dio dos pasos rápidos hacia su jefe como si fuera a golpearle. Sin embargo, cogió un caramelo y con él apuntó a su jefe.

—Eres político, Mac, igual que el presidente. Él ni siquiera los llama yihadistas islámicos, se refiere a ellos como yihadistas, de forma genérica. Como si hubiera yihadistas evangélicos por ahí. Está jugando a la política. Teme ofender a los musulmanes. Yo no. Mi trabajo es pararlos. Y eso es lo que pretendo hacer. —Apuntó a Scott con el caramelo—. Y usted, juez, tiene que subirse al carro. Tiene que entender quién es esta gente, quién es Mustafá, antes de que la gente muera. Nos odian, juez, y todavía no han acabado con nosotros.

—¿Cuándo acabarán con nosotros?

—Cuando estemos todos muertos.

—Un poco dramático, ¿no crees?

—Es la cruda verdad, juez. Mire la crisis de inmigrantes sirios. Un millón de musulmanes entrando en Alemania, Austria, Eslovenia… nunca serán alemanes, austríacos ni eslovenos. Nunca se integrarán. Siempre serán musulmanes. Y un día se alzarán contra los germanos y los austríacos y los eslovenos. Un día los matarán.

—¿Cómo sabes que ocurrirá eso?

—París. Francia deja entrar a los musulmanes y los musulmanes matan a los franceses. ¿Por qué? Porque el país en el que nacieron bombardeó a los musulmanes del Estado Islámico en Siria.

—Esto es Dallas. El cinturón bíblico. Seguramente has arrestado a la mitad de los musulmanes que viven aquí.

—Para nada. En Dallas viven ciento cincuenta mil musulmanes.

—¿En serio?

—En serio.

—Aun así, París, Londres, Nueva York… ¿pero Dallas? No es muy sexy.

—Para esta gente, matar es mejor que el sexo. Joder, perpetran atentados suicidas para poder tener sexo con vírgenes en el paraíso.

El fiscal general asintió.

—Así es. Setenta y dos vírgenes.

—¿Qué es lo que quieren?

El agente empezó a contar con los dedos.

—Uno, que los cristianos y los judíos estén fuera de Oriente Medio. Dos, que el mundo esté gobernado bajo la ley islámica estricta. Tres, que vuelvan los días gloriosos del Imperio otomano, cuando importaban los musulmanes.

El fiscal general hizo una mueca de dolor.

—Scott, por favor, no cites al agente Beckeman. La prensa liberal nos mataría.

—Tú eres un demócrata liberal.

—No. No soy republicano. Hay una diferencia.

—Esta reunión es confidencial.

—Gracias.

El agente Beckeman se miró los dedos y luego señaló a Scott con el índice.

—Hay una cosa más que sé, juez. Están aquí. Viviendo entre nosotros. Conspirando en nuestra contra. Esperando instrucciones para ponerse en marcha. Como esa otra película de Cruise.

—*¿Jerry Maguire?*

—*¿Jerry Maguire?* No. *La guerra de los mundos.*

—¿Estás seguro de que has acertado con la película esta vez? —dijo el fiscal.

Guiñó el ojo a Scott; Beckeman ignoró al fiscal. Adoptó un tono fúnebre.

—Y eso es exactamente lo que es esto, juez. Una guerra entre mundos. Su mundo contra el nuestro. Su modo de vida o el nuestro. No hay tregua, no hay paz con honor, no hay coexistencia pacífica en este planeta. No hay manera de ganarse su corazón y su mente. Solo hay muerte o vida. Ellos o nosotros.

Scott se reclinó en la silla y miró a la abogada de oficio que estaba escondida en el sofá. Se había olvidado de ella.

—¿Señorita Meyers…?

Parecía una niña perdida.

—¿Sí, señor?

—¿Tiene algo que añadir?

—Eh… ¿no, señor?

Scott suspiró. La Sexta Enmienda de la Constitución les garantizaba al imán y al resto de los acusados el derecho a un abogado defensor competente. Puede que la señorita Meyers fuera esa abogada algún día, pero no ese momento.

—Señorita Meyers, estoy pensando en designar a un abogado

privado con experiencia para la audiencia de detención. ¿Qué le parecería?

—Sería un alivio.

Se volvió hacia los fiscales generales.

—¿Algo más, caballeros?

—Tenemos que hablar de su seguridad —dijo el agente Beckeman.

—En Estados Unidos no matamos a los jueces.

—Tampoco estrellamos aviones comerciales contra unos edificios de oficinas. Pero ellos sí lo hacen.

—No me preocupa mi seguridad.

—Una palabra suya, y le asignaremos un escolta las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

El fiscal general cogió un caramelo y se levantó. Se dirigió a la puerta, pero entonces se giró hacia Scott con expresión sombría.

—Tenemos una oportunidad para salvar vidas, Scott. Vidas estadounidenses, aquí en nuestro hogar. Tenemos que vencerlos aquí, porque nunca ganaremos allí.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos matar civiles.

—Así que tenemos un caso de terrorismo real aquí mismo, en Dallas.

A seis kilómetros al norte del tribunal federal, el profesor Ken Johnson daba su clase de derecho constitucional en la Facultad de Derecho de la Universidad Metodista del Sur.

—Yo estaba en el juzgado esta mañana durante la lectura de cargos y, según mis amigos en la prensa, que hablaron con sus fuentes del FBI, la única prueba que tiene el gobierno contra el imán son sus declaraciones antiestadounidenses y a favor del Dáesh. Podríamos asumir que hay alguna prueba que lo conecte directamente a la presunta trama porque ha sido acusado por un gran jurado federal. Pero todos sabemos que los grandes jurados imputan y los juicios por jurado exculpan. De modo que el hecho de que haya sido acusado no significa que sea culpable o incluso que haya causa probable de que haya cometido un crimen.

—Es un clérigo islamista radical —dijo el señor Edwards desde la tercera fila—. ¿Ha visto sus vídeos en YouTube?

—Los he visto. Todo entra dentro de la libertad de expresión. Nunca incita o aboga por la violencia. ¿Y quién decide qué es

radical y qué es convencional? ¿El gobierno federal? A los Padres Fundadores los consideraron unos radicales cuando crearon este país, al menos a ojos del rey de Inglaterra. ¿Y si el imán y otros musulmanes se están rebelando contra los dictadores de Oriente Medio que nosotros llevamos y mantuvimos en el poder? ¿Quizá quieren vivir su vida a su manera?

—¿Matando judíos? Un tipo llamado Hitler también quería vivir su vida a su manera.

—Nos estamos saliendo del tema. En estos momentos, el imán se enfrenta a la posibilidad de permanecer en una celda antes del juicio porque ejerció su derecho a la libertad de expresión. Dijo cosas que al gobierno no le gusta oír y que a muchos de nosotros tampoco; cosas que a mí no me gusta oír, sinceramente. Pero tiene derecho a decir cosas que no nos gustan, ¿no? ¿El 11-S cambió la Carta de Derechos? La Ley Patriótica dice que sí. Es un mundo nuevo de terrorismo, con lo cual, la Constitución debe interpretarse de acuerdo al mundo en el que vivimos ahora, no al mundo en que vivían los Padres Fundadores. Irónicamente, esa ha sido siempre la filosofía judicial de los liberales, yo incluido: que la Constitución debería interpretarse teniendo en cuenta el mundo actual. Los conservadores siempre han abogado por la intención original. Ahora los roles se han invertido. Los liberales abogan por una visión moderna, al menos en lo referente a los derechos a la privacidad y la libertad de expresión. ¿Señorita Oliver?

Señaló a una joven que estaba en primera fila.

—Tiene libertad de expresión para decir esas cosas, aunque a nosotros nos parezcan repugnantes. La libertad de expresión no prueba que haya cometido un crimen. Si yo digo que ojalá estuviera usted muerto, algo que no le deseo, eso no me hace culpable de conspirar para asesinarlo.

—¿Pero y si él quería que el estadio se viniera abajo?

—¿Y si yo espero que usted muera? Que yo quiera que pase no significa que vaya a intentar hacerlo. El gobierno debe presentar pruebas de ese hecho, de que está involucrado en la trama, para establecer que realmente supone un peligro para la comunidad y para impedir su liberación.

—¿Alguien está en desacuerdo?

El señor Graber, también en primera fila, levantó la mano. El profesor Johnson le hizo un gesto con la cabeza.

—El imán no debería ser puesto en libertad. Esto no es un caso como el del *New York Times* y su intento de imprimir los Papeles del Pentágono. Ese es un caso fácil. Esto es más como

gritar «fuego» en un cine abarrotado. El emisor sabe que es probable que la gente pase a la acción y que otros salgan perjudicados. Aquí tenemos a un clérigo musulmán cuyas palabras animan, sino incitan, a la violencia. Alguien que el FBI cree que es el cerebro que se esconde detrás de una trama para matar a cien mil personas en la Super Bowl. ¿Cuánto importa su derecho a la libertad antes del veredicto frente al derecho de esas cien mil personas a seguir vivas? ¿Y si el FBI tiene razón?

—¿Y si se equivoca? ¿El hecho de que el imán ejerza sus derechos de la Primera Enmienda lo convierte en un peligro para la comunidad? ¿Ejercer su derecho a la libertad de expresión provoca que pierda sus derechos de la Quinta Enmienda? ¿Y los de la Sexta Enmienda? ¿Le negamos un abogado competente porque no nos gusta lo que dice? ¿Es que el juez va a tenerlo bajo custodia hasta después de la Super Bowl, por si acaso? ¿Es eso correcto?

—Se lo hicimos a los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Pensábamos que eran un peligro para Estados Unidos, de modo que los reunimos y los metimos en campos de concentración hasta que terminó la guerra. Y la Corte Suprema dijo que eso estaba bien.

—Así fue. Pero no eran japoneses. Eran ciudadanos estadounidenses de origen japonés. El imán también es un ciudadano estadounidense. ¿Por qué no lo enviamos a Guantánamo sin más?

—¿Por qué? Profesor, toda esta teoría sobre la ley está muy bien, pero el domingo de la Super Bowl no habrá teorías en ese estadio. Habrá gente real que podría morir. Tengo una idea mejor: vamos a destruir Oriente Medio con armas nucleares. Vamos a bombear a esos yihadistas islámicos y a enviarlos a la Edad de Piedra donde quieren que vivamos.

—Señor Graber, esta es una clase de derecho constitucional, no *The O'Reilly Factor*. Espero un poco de civismo.

—Esos musulmanes decapitan gente inocente. ¿Eso es cívico? ¿Por qué deberíamos ser cívicos con ellos? Viven entre nosotros y urden planes contra nosotros.

Lanzó una mirada amenazadora a dos alumnos que estaban sentados en la última fila con la cabeza inclinada.

Abdul Jabaar y Sadam Siddiqui se miraron de reojo y supieron de inmediato que estaban pensando lo mismo. Los mismos miedos. Eran hermanos, eran musulmanes y estaban nerviosos. Conocían a

Aabdar Haddad. Rezaban en la misma mezquita. Les impactó enterarse de su muerte. También conocían al imán. Y él los conocía a ellos. ¿Guiaría al FBI hasta ellos? ¿Se derrumbaría en prisión y señalaría a otros musulmanes para salvarse a sí mismo? ¿Levantaría un dedo acusador contra los hermanos Siddiqui? Conocían a todos los jóvenes musulmanes que habían sido arrestados con el imán. ¿Serían ellos los siguientes? ¿Aparecería el equipo SWAT del FBI en su casa en mitad de la noche o en la Facultad de Derecho mientras daban clase para arrestarlos? Habían estado inquietos desde que oyeron la noticia el sábado. Su ansiedad creció exponencialmente cuando llegaron a la facultad esa mañana y recibieron miradas recelosas de los demás estudiantes, miradas a las que se habían acostumbrado desde el 11-S. La sospecha era algo intrínseco a ser musulmán en Estados Unidos durante la era de Al Qaeda, Al Shabab, Ansar al Shariah, Boko Haram y el Estado Islámico. Eso lo entendían. De modo que intentaban pasar desapercibidos. No hacían nada que llamase la atención. No exhibían su religión en la facultad. Se vestían como los demás estudiantes de Derecho. Se comportaban como ellos. Se mezclaban con los demás universitarios. Parecían estudiantes de Derecho.

No parecían terroristas.

—A la abogada que representa a Mustafá… —dijo Mike Donahue — le patearemos ese bonito culito el viernes.

Mac asintió. Viajaban en un Suburban negro, junto al agente Beckeman, de vuelta a la sede central del FBI. El segundo al mando, un agente llamado Stryker, conducía el vehículo. Cuatro agentes del FBI en un coche, una escena sacada de un anuncio de loción para después del afeitado.

—Más te vale. Mustafá se quedará en esa celda hasta después de la Super Bowl. Son órdenes directas del presidente.

—Entonces será mejor que el presidente llame al juez —dijo Beckeman. Suspiró y sacudió la cabeza, asqueado—. Joder, es igual que mi hermana.

—¿Es jueza?

—Monja. Cree que todos los hombres son buenos. Yo le digo que nunca ha conocido a un yihadista islámico.

—Las reuniones familiares en tu casa tienen que ser divertidas —comentó Donahue.

—¿Y si el juez solicita un abogado privado? —preguntó Mac.

—Ningún abogado defensor de Dallas querría llevar el caso.

Así que el viernes se presentará esa niñita en el tribunal para defender a Mustafá.

—¿Qué estrategia tienes pensada?

—Hacerme a un lado y dejar que ella pierda la audiencia. —Se echó a reír—. No necesitaremos pruebas para vencerla.

—No te la juegues —respondió Mac—. No con Fenney. —Señaló a Beckeman con el dedo—. Busca pruebas para el viernes.

Ninguno de los otros jueces federales quería presidir el caso del imán. Tampoco los abogados defensores criminales a los que había llamado Scott querían defender al hombre más peligroso de Dallas. La idea de que tu cliente pueda enfadarse contigo si le condenan es intrínseca a la defensa de cualquier criminal; del mismo modo, que tu cliente pueda cortarte la cabeza si le condenan es un temor intrínseco a la defensa de un terrorista islámico.

—De ningún modo, juez.

—¿El dinero no es suficiente?

—Demasiado peligroso. Esta gente, juez, no es como nosotros. Le cortan la cabeza a la gente y lo cuelgan en YouTube.

—Tienen el derecho constitucional a una defensa competente.

—Y yo tengo el derecho de Dios a mantener a mi familia a salvo.

—Podría designarle.

—Por favor, no lo haga.

Scott había sido asignado a un caso federal por un juez que se había sentado previamente en su silla. El caso había cambiado su vida. Para mejor. Pasó de ser un abogado de un bufete importante que ganaba 750 000 dólares al año y conducía un Ferrari a ser un juez federal que ganaba 201 100 y conducía un Ford. Antes le iba bien, y ahora hacía el bien. Pero no podía hacerle eso a otro abogado. Cada abogado tenía que tomar su propia decisión en ese aspecto. Scott tenía el poder, pero no la inclinación. Colgó el teléfono.

—¿No acepta el caso? —preguntó Bobby.

Scott negó con la cabeza.

—Todos los acusados han accedido a recibir una defensa conjunta. La abogada de oficio no puede lidiar con eso.

—Lo sé.

—¿Y qué vas a hacer?

—Buscarles un abogado competente. O enseñarle a la señorita Meyers cómo juzgar un caso.

Abdul Jabbar detuvo el coche en la entrada del jardín islámico del cementerio Restland de Dallas. Los hermanos acudían al funeral de Aabdar Haddad. Su amigo. Su compañero musulmán. Su hermano en Alá.

—¿Qué pasa, hermano?

—Mira.

Abdul señaló la entrada del cementerio. Había diez coches delante de ellos.

—¿Qué?

—Las cámaras.

—Sí, las noticias han venido a grabar el funeral de Aabdar.

—Y también el FBI.

Había varios puntos de observación alrededor del perímetro abarrotado; unos hombres trajeados manejaban cámaras de vídeo.

—Quieren grabar nuestras caras —dijo Abdul— para poder utilizar un software de reconocimiento que nos identifique. No podemos entrar, hermanito. No podemos estar en la base de datos del FBI. No podemos estar bajo vigilancia.

Abdul no seguía a los yihadistas conocidos en Twitter ni los agregaba en Facebook. El FBI pone a los amigos y a los seguidores en listas de observación. Él no quería estar en esas listas.

—Pero Aabdar era nuestro amigo.

—Sí, pero ahora está con Alá. Los estadounidenses lo asesinaron igual que asesinaron a papá. ¿Y qué nos dan a cambio? Una disculpa. «Hicimos estallar a vuestro padre. Lo siento. Que tengáis un buen día».

—Nos dejaron entrar en Estados Unidos. Nos dieron la nacionalidad. Nosotros también somos estadounidenses.

—¿Pero somos estadounidenses de verdad? ¿Acaso el FBI graba en vídeo funerales cristianos y judíos? No, solo funerales musulmanes. Porque todos los musulmanes son terroristas.

—Pero nosotros…

—Nunca seremos estadounidenses. Siempre seremos musulmanes. Eso es lo que nos persigue y eso es lo que nos sostiene. Nuestra religión. No nuestro país.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a ir a Oklahoma a comprar fertilizante.

Abdul hizo girar el coche y se alejó.

Scott nunca se había percatado de cuántos musulmanes vivían en Dallas. Nunca había representado a un musulmán como abogado ni presidido un caso relacionado con los musulmanes como juez, ni había vivido entre musulmanes en Highland Park. Nunca se había fijado en ellos. Pero allí estaban. El periodista explicaba que había setenta y siete mezquitas y quince escuelas islámicas en Dallas. Texas era la hebilla de acero del cinturón bíblico de Estados Unidos. Hogar de los valientes y tierra de los baptistas. Pero al parecer el estado era más diverso de lo que parecía. O nunca había prestado la atención necesaria. Vio el funeral en directo en la televisión, desde su despacho. En la pantalla había un periodista entrevistando a un hombre musulmán.

—Este chico no había hecho nada, pero el gobierno estadounidense lo ha asesinado. Porque Estados Unidos odia a los musulmanes.

—¿Cuándo llegasteis al país? —preguntó el periodista.

—Nací aquí.

—¿Eres estadounidense pero crees que Estados Unidos te odia?

—Sí. Estados Unidos odia el islam. Por lo tanto, Estados Unidos me odia a mí. —Miró a la cámara directamente—. El fin de los días se cierne sobre nosotros. El fin de Estados Unidos se cierne sobre vosotros.

La cámara completó una panorámica para enfocar al periodista.

—Vale…

El programa conectó con otra periodista que estaba entrevistando a una joven blanca.

—Parecía un tipo agradable. No puedo creer que fuera un terrorista.

—Presunto terrorista —corrigió la periodista.

—Lo que sea.

A continuación, la periodista entrevistó a un hombre blanco más mayor.

—¿Usted da clases en la Universidad de Texas de Arlington, donde estudiaba Aabdar Haddad?

—Sí. Iba a mi clase de arquitectura. Estábamos estudiando el estadio. Era un caso práctico, no una trama. Aabdar quería construir estadios de fútbol. Le encantaban el fútbol y el béisbol.

El FBI mató al tipo equivocado. Y si hay una conspiración para hacer volar el estadio el domingo de la Super Bowl, los verdaderos criminales siguen ahí fuera.

—¡Y una mierda! —Beckeman señaló el televisor con el mando a distancia como si fuera a dispararle—. Un puto profesor universitario.

El fiscal general iba camino del aeropuerto para volar a Washington en su jet privado; el fiscal federal estaba de vuelta en su despacho; Beckeman había vuelto al trabajo. No había tiempo libre en la guerra contra el terrorismo. Lo cierto es que estaba casado con la agencia, del mismo modo que había estado casado con el Cuerpo de Marines. Tenía cuarenta y siete años. Solo sabía ser soldado, pero se le daba muy bien. Su padre a menudo compartía con él su filosofía para el éxito: «Haz una cosa muy bien. Hazla una y otra vez». Eric Beckeman sabía cómo matar terroristas musulmanes. Los había matado en Irak y Afganistán; esas guerras habían vencido a al Qaeda, pero habían creado al Estado Islámico. Eso había supuesto un punto de inflexión. Eran islámicos, eran bárbaros y venían a Estados Unidos. No podían matarlos en Siria por la mala prensa de los daños colaterales —matar a dos civiles con un misil suponía que La Haya enjuiciara a los responsables como criminales— así que había que matarlos en casa. El FBI necesitaba alguien con la suficiente destreza, experiencia y determinación para hacer eso. Para Beckeman el salto de los Marines al Grupo de Lucha Contra el Terrorismo no había supuesto un cambio en la descripción del trabajo, sino tan solo en el uniforme. El objetivo operacional era el mismo: matar o capturar a todos los yihadistas islámicos del mundo. No era un trabajo. Era una misión. Su misión en la vida.

—No sé nada sobre ninguna trama para hacer volar el estadio. Lo único que sé es que Aabdar no tenía nada que ver. Era un buen chico.

Era la voz de la mujer que aparecía en la pantalla, estaba identificada como «la madre de Aabdar Haddad».

—Las madres siempre son las últimas en saberlo —dijo Beckeman.

Pulsó el botón de pausa; la imagen quedó congelada y mostró la cara de la madre de Aabdar Haddad. Se giró hacia su cuerpo especial, que estaba reunido en la sala de operaciones.

—Quiero que identifiquéis e investiguéis todas las caras que se han visto en el funeral —dijo Beckeman—. Haddad era

peligroso. Ellos eran amigos de Haddad. Por lo tanto, también son peligrosos. ¿Alguna pregunta?

Tres agentes levantaron la mano.

—Walker.

El agente Walker sacudió una hoja de papel.

—¿Los tacos del desayuno llevan cebolla? Mi estómago no soporta la cebolla.

Beckeman dirigió una larga mirada al agente Walker e hizo un gesto con las manos a la agente Peña.

—No llevan cebolla —dijo.

—Maxwell.

—¿Las tortillas son de harina o de maíz?

Beckeman dejó caer la cabeza.

—Puedes elegir —dijo Peña.

—Carson —dijo Beckeman sin levantar la vista.

—¿Puedo pedir huevos, queso y judías?

—Sí —respondió la agente Peña.

Desde que les llegó la pista sobre Haddad, los últimos seis meses habían sido intensos y frenéticos para la unidad, hasta la redada en la mezquita el viernes por la noche. Una vez detenidos los sospechosos, el equipo se había comportado como si ya hubieran ganado la partida. Llegaron el lunes por la mañana como una panda de universitarios, bromeando, riéndose y haciendo el payaso, más preocupados por los tacos del desayuno que por los terroristas. No habían servido en Afganistán e Irak; no entendían que nunca podían relajarse.

—¿Alguna otra pregunta? —Otros dos agentes levantaron la mano—. Sobre los tacos del desayuno no.

Dejaron caer las manos. La agente Peña levantó la suya.

—¿Sí? —dijo Beckeman.

—Creí que había dicho que habíamos atrapado a todos los tipos malos.

Beckeman miró a la joven agente. Tenía un cuerpo estupendo, eso seguro, y su madre vendía los mejores tacos de Dallas para los desayunos del equipo; pero por mucha ventaja estratégica que implicara eso, su boca lo arruinaba todo. Tenía una bocaza enorme, y no sabía cuándo mantenerla cerrada. Como ahora. Él no la quería en la unidad, pero le habían obligado a incluirla por una cuestión de corrección política. Así que la incluyó del mismo modo que a los agentes negros, asiáticos e incluso musulmanes. Durante la Segunda Guerra Mundial, el

gobierno metió a estadounidenses japoneses en campamentos para prisioneros de guerra por miedo a que cometieran espionaje durante la lucha contra los nipones. Ahora el gobierno ponía a musulmanes al mando en la lucha contra los musulmanes. Él luchaba contra los terroristas; la agencia jugaba a la política.

—Esta vez hemos atrapado a los tipos malos, pero nunca atraparemos a todos los tipos malos. Por cada terrorista que matamos, ellos crean más. Pero estos están en un centro de detención federal, y tenemos que mantenerlos allí.

—¿El juez va a soltar a Mustafá?

—El presidente ha dicho que se quedará en esa celda hasta que acabe la Super Bowl. Y eso es exactamente lo que va a suceder. Porque vamos a encontrar pruebas para mantenerlo ahí. —Señaló la pantalla—. Esos musulmanes pueden conducirnos hasta ellas. Encontrad las pruebas. Tenemos a los tipos malos. Solo nos falta encontrar las pruebas que lo demuestren.

Y por esta razón, Beckeman prefería evitar el tema de las pruebas y disparar sin más a los tipos malos.

—Joder, Scotty, ¿te acuerdas del caso Dibrell? ¿Acoso sexual? ¿Cómo se llamaba mi clienta?

—No me acuerdo.

—¿Qué hace Tom últimamente?

—No lo sé.

Scott había llamado a su último recurso, Franklin Turner, un famoso abogado demandante.

—Frank, necesito un favor.

—¿Quieres que te preste el jet?

—Eh, no. Es más bien un tema de trabajo.

—¿Quieres un trabajo?

—No. Tengo un trabajo para ti.

—¿Qué clase de trabajo? ¿Algún caso de daños por sustancias tóxicas?

—Es algo tóxico, sí.

—¿Amianto? ¿Formaldehído?

—Musulmán.

—¿Musulmán?

—Quiero que defiendas a Mustafá.

Frank se echó a reír.

—Muy buena, Scotty.

Scott no se rio.

—¿Tienes el caso?

—Sí.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Por qué yo? Estoy especializado en casos de lesiones personales; no soy abogado penalista.

—Fuiste fiscal, y muy bueno. Puedes lidiar con un caso de gran repercusión, no te da miedo la presión pública, te encanta la polémica, eres el mejor abogado litigante que conozco…

—¿Y todos los abogados defensores del pueblo te han rechazado?

—Sí.

—¿Qué me llevo yo?

—La oportunidad de hacer el bien.

—¿Defendiendo al hombre más peligroso de Dallas?

—Defendiendo la Constitución.

Frank no respondió.

—Estoy entre la espada y la pared, Frank. La audiencia de detención es el viernes a las nueve. La abogada de oficio no está preparada. Frank, no lo olvidaría.

Frank suspiró contra el auricular.

—Necesitaré personal.

—Hay una abogada de oficio en el caso. Marcy Meyers. Acaba de salir de la universidad.

—¿Joven?

—Mucho.

—¿Guapa?

Frank se había casado y divorciado tres veces. Tenía ojo para las damas.

—Bastante. Puedes quedártela… profesionalmente.

Frank refunfuñó. Estaba sopesando los pros y los contras. Los contras eran elevados, los pros, pequeños. Pero había pros.

—La prensa está muy interesada en este caso, Frank. Serías el abogado más famoso de Estados Unidos.

—No me importaría.

—Eso pensaba.

A Frank le encantaban las cámaras. Solía decirse que el lugar más peligroso de Dallas estaba entre Frank Turner y una cámara de televisión. Habría muchos focos y objetivos apuntando a este

caso. En cuestión de publicidad, era un caso único en la vida.

—Y sería un cambio de rutina —dijo Frank.

—¿Criminal en vez de civil?

—Participar en un caso cuyo juez no he comprado con donaciones para la campaña.

Franklin Turner, conocido abogado demandante, aceptó el caso.

Capítulo 7

Martes, 19 de enero

Diecinueve días antes de la Super Bowl

—¿Quién es Frank Turner?

—El mejor abogado de Dallas —dijo Mike Donahue—. Tal vez del país.

—Pensaba que el mejor eras tú —respondió el agente Beckeman.

—Yo soy el segundo mejor.

—Nunca había oído hablar de él.

—Es abogado demandante.

—¿Por qué iba a aceptar un caso criminal?

—Por la publicidad, sin duda. Le encantan las cámaras.

—Puedes patearle el culo.

—No es como esa bonita abogada de oficio. Frank fue fiscal, y muy bueno. Sabe lo que hace.

—Lo cual significa…

—Que no puedo dar por hecho que vaya a perder. Tengo que ganarme a la audiencia. Y no puedo ganar sin pruebas, no con Fenney como juez. Encuéntrame pruebas, Beckeman. No quiero entrar en el juzgado el viernes por la mañana con las manos en las pelotas.

—Si liberamos a Mustafá el viernes, el presidente nos va a castrar a los dos.

Karen dejó caer los informes en el escritorio de Scott.

—He estudiado la ley, he añadido notas en los márgenes. Ambas partes defienden muy bien visiones opuestas, pero creo que deberíamos conseguir un *amicus curiae* de un profesor de Derecho.

—Tú eres más inteligente que cualquier profesor de Derecho que conozca.

Karen Douglas aún no había cumplido los treinta, pero era la abogada más inteligente del juzgado. En eso todos estaban de acuerdo (al igual que estaban de acuerdo en que Bobby era el abogado más afortunado por ser su marido). Había sido la primera de su clase en Rice al terminar la licenciatura en Literatura y la primera, también, en la Universidad de Tennessee al licenciarse en Derecho. Los demás jueces siempre intentaban tomarla prestada, pero Scott se negaba. También intentaban contratarla para que trabajase con ellos, pero ella se negaba. Miraba a Scott con una sonrisa. Sabía que él tenía razón.

—Necesitamos una visión objetiva de alguien que no tenga intereses políticos —dijo.

—Eso descarta a los profesores de Harvard.

—Cierto.

—¿A quién tenías en mente?

—Bookman, de la Universidad de Tennessee. Asistí a sus clases. Es el último *jeffersoniano* practicante conocido en Estados Unidos. Al menos, eso es lo que dice él. Por lo tanto, no nos ofrecerá ni la visión democrática ni la republicana.

—Solo la visión *jeffersoniana*.

—No es una mala visión, y es conocido. Su opinión tiene peso… puede procurarte cierta protección, independientemente de lo que dictes.

Karen siempre cubría las espaldas de su juez. Ella era así. Scott la había contratado en Ford Stevens nada más terminar la carrera de Derecho e intentó enseñarle el negocio de la abogacía. No funcionó. Después de que Dan Ford lo despidiera, ella renunció y se unió al equipo de defensa de Shawanda Jones. Conoció a Bobby; fue amor a primera vista. Bobby consiguió un buen partido y nunca lo olvidó. Las voces de los manifestantes apostados fuera del juzgado volvieron a alzarse. A las protestas de los musulmanes que exigían la puesta en libertad de Mustafá se habían unido las de los mexicanos que exigían la ciudadanía.

—Creo que no hay protección en ningún caso —dijo Scott.

Karen adoptó una expresión sombría, casi triste. Cogió el periódico local de la pila de documentos y lo puso en la mesa. «¡El Dáesh en Dallas!», gritaba el titular. Scott se vio a sí mismo en la portada. Otra vez.

—Bueno, al menos el caso de terrorismo ha sacado el de inmigración de la portada —comentó.

En cualquier otra circunstancia, un caso con la inmigración como protagonista estaría en primera plana en Texas, pero el

terrorismo había invadido la portada. El caso anterior pasaría desapercibido; el último no. Karen se sentó al otro lado del escritorio, frente a él, y se miró las manos. Finalmente, habló en voz baja.

—Scott, en el último año este juzgado ha tenido una vida de ermitaño, a salvo del mundo que está ahí fuera. Nos encargamos de casos que no importaban a nadie. Pero estos dos casos le importan al mundo. Nos están sacando ahí fuera otra vez. Sacándote a ti, haciéndote famoso de nuevo. —Levantó la vista—. Eso no acabó muy bien la última vez.

—¡Somos famosos! —dijo Boo—. Todo el mundo en la escuela hablaba de ti porque eres el juez asignado a ese caso, al de los terroristas que han intentado hacer volar el estadio de los Cowboys. ¡A. Scott, dicen que eres un héroe!

—Considérelo, juez Fenney —añadió Pajamae.

En la escuela secundaria, la semana anterior Scott era un liberal chiflado; esta era un héroe local. Así era la vida de un juez federal. Besó a las niñas en la frente. Acababa de entrar por la puerta trasera de la casa después de un largo día en el juzgado. Las niñas habían vuelto caminando del colegio. Los menores podían hacer eso en Highland Park. Ahora estaban sentadas alrededor de la mesa de la cocina, haciendo los deberes y viendo las noticias. Su inocencia —sobre el terrorismo, no sobre el sexo oral, o eso esperaba— había acabado ese día en el colegio. Al menos hasta cierto punto. No parecían comprender la gravedad del asunto, un intento de asesinar a cien mil personas. Era la infamia de su participación lo que había llamado su atención.

—No soy un héroe. Solo soy el juez asignado al caso.

Consuelo se enjuagó las lágrimas de emoción con el delantal y se acercó a él con los brazos extendidos. Enterró la cabeza en su pecho y lo rodeó con los brazos. Su cuerpo redondo temblaba a cada sollozo.

—Señor juez, es mi héroe.

Él dio unos golpecitos en la suave espalda de ella e inhaló el aroma de la cena: enchiladas.

—Dicen que es el caso legal más grande que ha habido en Dallas desde «¿Quién disparó a J. R.?» —dijo Boo.

—¡Hala, qué emocionante! —exclamó Pajamae—. ¿Quién es J. R.?

Boo se encogió de hombros.

—No lo sé. —Señaló el televisor—. ¡A. Scott, vuelves a salir en la tele!

El juez miró la pantalla y se devolvió a sí mismo la mirada. Había degustado la fama por primera vez en la universidad, cuando había corrido 176 metros contra Texas; la Universidad Metodista del Sur había perdido el partido igualmente, pero él había sido la estrella. En el estado de Texas, una actuación asombrosa en el campo de fútbol ya fuera a favor o contra la Universidad de Texas suponía un salto a la fama de inmediato. Y no solo durante quince minutos, sino que duraba años, quizá para siempre; una fama sobre la cual se podía construir una vida, que podía traer fortuna a un hombre si jugaba bien sus cartas.

Scott Fenney lo había hecho.

Los equipos profesionales no lo ficharon por las operaciones de rodilla, de modo que se hizo un profesional en el campo de la abogacía. Era inteligente, pero sabía que la inteligencia no era suficiente en el negocio de las leyes. Había cientos de abogados listos carentes de clientes ricos. En realidad, había más abogados listos en el mundo que clientes ricos. Se había criado en la pobreza, pero no quería acabar pobre; necesitaba un cliente rico. Así que jugó la carta de la fama y atrajo un cliente rico a su cuenta: Thomas J. Dibrell, exalumno de la Universidad Metodista del Sur, seguidor rabioso de fútbol y constructor, a quien se le daba bien meterse entre las grietas de la legalidad. Gracias a los costosos servicios legales de su abogado se libró de un buen embrollo. La vida de A. Scott Fenney iba bien y cada vez, mejor.

Entonces llamó el juez Buford.

Su llamada volvió a hacer famoso a Scott, pero esa vez no le trajo fortuna. En aquel entonces, la fama le costó su fortuna. El juez Buford lo designó para que representara a Shawanda Jones, madre de Pajamae y presunta asesina de Clark McCall, el hijo irresponsable del senador estadounidense Mack McCall, candidato presidencial y el miembro más poderoso del Senado. Scott la defendió y ganó su absolución, pero su cliente rico y su fortuna no tardaron en desaparecer. Al igual que su mujer.

Ahora su cara volvía a salir en la portada del periódico de Dallas y hablaban de su vida en las noticias. Parecía que estuviese asistiendo a un *remake* en la tele; y no era mejor la tercera vez que se veía la misma historia. La fama había vuelto a entrar en su vida. ¿Qué sería esta vez, una promesa o una amenaza? ¿Qué le traería, buena o mala fortuna? No había fortuna ni esposa que pudiera llevarse; no tenía nada que la fama pudiera arrebatarle. Había aprendido por las malas todo lo que debía conocer sobre la

fama y la fortuna; la fortuna podía ser un cambio agradable en la vida, pero la fama no traía nada bueno.

—¡Mira, sales en las noticias! ¡En todos los canales! —Boo señaló con el mando a distancia y empezó a pasar los canales—. ABC, CBS, NBC, la Fox… ¡A. Scott a todas horas!

Las noticias nacionales emitieron fotos de Scott Fenney, jugador de fútbol, abogado preeminente, defensor de prostitutas y exmujeres, y juez federal. Los medios de comunicación habían llamado a su oficina esa mañana para solicitar entrevistas. Él las había rechazado todas; no era muy profesional que un juez federal concediera una entrevista sobre un caso pendiente. De modo que el periodista había unido las piezas de la historia a partir de las publicaciones de periódicos antiguos: sus días de gloria en la universidad, su caída y descenso como abogado superestrella, las defensas exitosas de Shawanda Jones y Rebecca Fenney, su nombramiento como juez federal…

—El juez Fenney ha demostrado ser un hombre de leyes comprometido con la justicia, un hecho que debería aliviar tanto al pueblo estadounidense como a los acusados.

—Hala, qué guay, A. Scott, te están dando mucho protagonismo.

—No tanto.

Por norma general, los jueces federales que están por debajo del Tribunal Supremo no reciben mucha atención. Lo cual es bueno. Así es como debe ser. Al sistema judicial federal no le interesa que los jueces sean famosos ni políticos. Deben ser aplicados y serios, justos y juiciosos, equitativos e imparciales. El sistema no desea que los jueces federales se pongan a parlotear en *The Late Show* como si fueran candidatos presenciales, que propugnen ni legislen; su misión es decidir. Juzgar.

Deben evitar la fama.

La mayor parte del tiempo, lo consiguen. Pero de vez en cuando aparece un caso muy emotivo e intenso que atrae la atención de la gente y la prensa —en los décadas de los sesenta y setenta fueron la integración racial y el transporte escolar, en los últimos cuarenta años había sido el aborto, y ahora el Obamacare y la inmigración— y un juez federal recibe la atención indiscriminada de la prensa e incluso el desprecio del público. En el juzgado siempre hay alguien que pierde, por lo tanto, siempre hay alguien que resulta perjudicado. Los inconformes lo pagan con la única persona disponible: el juez. Y cualquier juez que se haya planteado dejar de serlo e iniciar una carrera política, no tarda en darse cuenta de lo equivocado de la decisión.

—Probaremos más allá de toda duda que Mustafá fue el cerebro detrás de la trama para bombardear el estadio de los Cowboys el domingo durante la Super Bowl —dijo Mike Donahue en la televisión.

Lo dijo con la confianza del fiscal que cuenta con pruebas contundentes, en lugar de hacerlo con la duda de no tener pruebas en lo absoluto. Pero no estaba testificando bajo juramento. El titular de la pantalla rezaba: «El Estado Islámico en Dallas». La imagen cambió y mostró a Frank Turner sentado en una silla alta, en su elegante despacho, el tipo de despacho que solo podía permitirse un abogado penalista exitoso. Parecía un lord. El lord de la ley.

—Mira, todo el mundo se alegra de que desbaratasen la trama y que no vayan a volar el estadio. ¡Qué coño, tengo asientos en el mediocampo! Pero todavía tenemos que condenar a los culpables. Si el imán es culpable, debería pasar el resto de su vida en prisión. Pero al parecer, no hay pruebas de que lo sea. Le he pedido al fiscal que me traiga pruebas, cualquier tipo de prueba, que conecte al imán con la trama del estadio. Hasta ahora no me ha traído nada. Nada de nada. Así que, este viernes en la audiencia de detención, voy a pedirle al gobierno que haga lo que manda la Constitución: presentar pruebas creíbles de que el imán tramaba volar el estadio de los Cowboys, de que hay riesgo de fuga antes del juicio o que suponga un peligro para la comunidad; en caso contrario, pediré al juez que libere al imán antes del juicio.

—¿Se ha reunido con Mustafá?

—Voy a ver a mi cliente en cuanto acabe esta entrevista. —Sonrió—. Lo primero es lo primero.

Scott pensó que iba a ser una reunión interesante entre abogado y cliente. Le hizo recordar su primer encuentro con la madre de Pajamae, en el mismo centro de detención. Estaba más preocupado de que ella vomitara en su traje de 2 000 dólares que de si era inocente. Un abogado tarda un poco en sentir simpatía por un cliente de cuya culpabilidad está convencido.

—Venga, chicas, lavaos las manos para cenar.

Las mandó al pasillo, temeroso de lo que podrían ver a continuación. Las noticias mostraron al presidente en la sala de prensa de la Casa Blanca, de pie, delante de una sala llena de periodistas.

—Hoy celebramos una gran victoria. Gracias a los esfuerzos heroicos del Grupo de Lucha Contra el Terrorismo, hemos impedido otro ataque terrorista en la nación. Hemos atrapado a

los terroristas. La Super Bowl está a salvo. Se jugará el partido. El pueblo estadounidense debería saber que su gobierno está trabajando sin parar, y nunca lo hará, con la intención de descubrir y frustrar planes terroristas.

La imagen volvió a cambiar para mostrar el estadio de los Cowboys y a los alcaldes de Dallas, Fort Worth y Arlington, al comisario de la Liga Nacional de Fútbol y a Jerry Jones sobre un podio improvisado en el mediocampo, flanqueados por dos animadoras rubias y exuberantes de los Dallas Cowboys que llevaban unos pantalones minúsculos. El alcalde de Dallas fue el primero en hablar.

—Es un gran día en Dallas, aunque estemos en Arlington. La conmoción que ha generado esta vil trama ha disminuido y ha sido sustituida por la emoción de la victoria: ¡hemos vencido a los terroristas! Gracias al FBI, la gente del área metropolitana del norte de Texas disfrutará del impacto económico de los quinientos millones de dólares que supondrá acoger la Super Bowl. Será una bonanza económica.

El comisario de la Liga Nacional de Fútbol dio un paso al frente.

—Estamos muy orgullosos del personal de nuestros cuerpos de seguridad. Ellos son los verdaderos campeones de la Super Bowl. Gracias a ellos, se jugará el partido el siete de febrero en este gran estadio.

Un periodista gritó:

—Comisario, ¿tenía conocimiento de la amenaza?

—No, pero sé que el FBI protege la Super Bowl. Nos han mantenido informados en todo momento y nos han asegurado que el partido será seguro. Nuestros fans se alegrarán.

Unos fans alborotados en un Hooters de la zona fue la siguiente escena del reportaje. El periodista gritó por encima del ruido:

—Los fans están contentos en Hooters.

La cámara completó una panorámica sobre una multitud de chicos que estaban bebiendo cerveza y chicas que vestían shorts y camisetas ceñidas y escotadas de color naranja. Scott vio dos caras familiares en la mesa del fondo: Carlos y Louis. Era difícil no ver a Louis.

—En Big D sabemos festejar —dijo el periodista—. ¡Y ahora la Super Bowl promete ser la fiesta más grande que se haya celebrado!

De nuevo, la imagen cambió y se vio la sede central del FBI

en Dallas.

—Todos nos quedamos aturdidos el sábado por la mañana —dijo el periodista a la cámara— cuando el FBI anunció la detención de los terroristas y su trama para hacer volar el estadio de los Cowboys. La ciudad entera ha permanecido conmocionada durante los últimos días. Estábamos asustados. Necesitábamos información, que respondieran nuestras inquietudes: ¿Quiénes son esos tipos? ¿Había atrapado el FBI a todos los terroristas? ¿Estaremos a salvo en la Super Bowl? Pero ahora la conmoción se ha desvanecido, nos hemos dado cuenta de que hemos ganado. El FBI ha salvado la Super Bowl. Hemos vencido a los terroristas.

Scott tuvo una sensación parecida a un *déjà vu,* recordó la escena de George W. Bush en aquel portaaviones desde el que declaró: «Misión cumplida». La cámara retrocedió para mostrar la sala de prensa al completo. La atmósfera era bulliciosa, como un vestuario después de una gran victoria; lo único que faltaba eran los tapones de corcho saliendo disparados de las botellas de champán. Habían vencido; los terroristas habían sido arrestados; la trama había sido desbaratada. El bien había prevalecido y el mal había sido derrotado, salvo por un pequeño problema: no había pruebas contra Mustafá y el resto de los acusados. Eran inocentes hasta que se demostrase lo contrario, y no había pruebas incriminatorias. Al menos por el momento. El fiscal general y el gran jurado habían pasado por alto ese pequeño detalle, y el jurado —doce ciudadanos cuyo interés principal es sentirse a salvo— también lo haría. Solo el juez se interpondría.

¿Lo haría?

¿Se interpondría?

¿Sería fiel a la Constitución y liberaría a los presuntos terroristas?

¿O tenía razón el fiscal general? ¿Acaso era la justicia acumulativa el nuevo patrón para los terroristas? ¿Debería actuar hoy para prevenir los crímenes del mañana?

—Y el héroe del día es el agente del FBI Eric Beckeman, líder del Grupo de Lucha Contra el Terrorismo aquí en Dallas —dijo el periodista—. Aunque al parecer nadie le avisó de que estamos celebrando la victoria.

Era el final de otro largo día infructuoso. Mustafá era un terrorista, Beckeman lo sabía, pero no podía demostrarlo. Estaba desanimado, como Billy Hope en *Redención,* una película de boxeo muy buena. Billy pierde su Bentley, su mansión y a su hijo

después de que asesinaran a su mujer. Claro que Beckeman no tenía un Bentley, hijo ni mujer. Había tenido una mujer hacía al menos un año. Pero a ella no le gustaba ser la amante.

—Siempre estaré casado con el Cuerpo —le había dicho él.

—Entonces ve a follarte al Cuerpo el sábado por la noche —respondió ella.

A la semana siguiente, le pidió el divorcio.

—Agente Beckeman —dijo un periodista colocándole un micrófono en la cara—, ha atrapado a los terroristas, pero no parece contento.

—No lo estoy.

—¿Por qué no?

—Porque ya están planeando el siguiente ataque.

—¿Los musulmanes que ha arrestado?

—Otros musulmanes radicales.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque eso es lo que hacen. Es lo único que hacen. La gente normal se levanta, prepara el almuerzo de los niños, los deja en el colegio y se va a trabajar. Esta gente se levanta, mata a alguien, planea matar a alguien o celebra haber matado a alguien. Su trabajo es matar. Es lo que hacen. Y es lo que harán hasta que los matemos nosotros. A todos y cada uno de ellos. Y sus hijos. Y los hijos de sus hijos. Nunca acabará.

El bullicio fue reemplazado por el silencio.

—¿Cómo sabe eso?

—He visto el futuro.

—¿Dónde?

—En las caras de los jóvenes musulmanes que hemos arrestado.

—¿Y qué ha visto?

—Muerte.

—¿Has conspirado para matar a cien mil personas en la Super Bowl?

—No. Pongo a Alá por testigo.

—Bueno, según mi experiencia, citar a Dios a declarar como testigo en un juicio es un poco complicado.

Frank Turner, conocido abogado demandante, sonrió. Omar al Mustafá, el hombre más peligroso de Dallas, ni siquiera movió un músculo de su rostro. Estaban sentados en unas sillas de metal

en una celda desnuda del juzgado federal. Todo estaba en silencio; no era como la cárcel del condado a altas horas de la noche, cuando las celdas están ocupadas por borrachos, drogadictos y prostitutas. Esas celdas federales solo alojaban terroristas islámicos. Mustafá tenía un pequeño libro en el regazo.

—¿Pero conocías a Aabdar Haddad?

—Sí.

—¿Era alumno tuyo?

—Así es.

—¿Sabes que estaba planeando bombardear el estadio?

—No es verdad.

—El FBI lo afirma. Dicen que se dispuso a empuñar un arma, de modo que lo mataron.

—Y Bush dijo que había armas de destrucción masiva en Irak, y por eso invadió el país.

—Vale, Omar, vamos a intentar centrarnos. La idea es conseguir tu libertad.

—Nunca seré libre.

—Si ganamos el viernes, lo serás. Al menos hasta el juicio.

—Soy musulmán. Nunca seré libre.

—Vives en Estados Unidos. Eres libre… bueno, estás en la cárcel ahora mismo, pero…

—Mis hermanos en Oriente Medio no son libres, no cuando hay drones estadounidenses armados con misiles sobrevolando la zona. ¿Cómo se sentirían los estadounidenses si Rusia enviase drones a California?

—La mayoría de los estadounidenses se alegraría si se cargasen a unos cuantos de esos liberales locos.

Seguía sin esbozar ni una mínima mueca. Frank se enorgullecía de conectar con seres humanos de cualquier procedencia, sobre todo si eran miembros de un jurado que podían procurarle a su cliente millones de dólares en concepto de daños. Pero le estaba costando encontrar una conexión con ese tipo.

—Mira, Omar, no podemos resolver los problemas del mundo hoy, ¿vale? Vamos a centrarnos en la audiencia de detención del viernes. Los federales no tienen nada salvo tus textos y tus discursos. Dame los apuntes de lo que has dicho y escrito.

Mustafá se encogió de hombros.

—Yo solo enseño el islam.

—¿Y qué enseñas?

—La verdad.

—Que es…

—Los musulmanes están librando otra cruzada, una batalla épica entre el bien y el mal.

—Déjame adivinarlo, ¿vosotros sois los buenos?

—Sí.

—¿Y nosotros los malos?

—Eso me temo.

—¿Quién decidió eso?

—Alá.

—¿Cómo lo sabes?

Mustafá levantó el libro.

—Está escrito en el Corán.

—Y el Corán es…

—La palabra de Dios. —Abrió el libro y pasó la mano por las páginas como si estuvieran hechas de oro—. Estas son las palabras exactas del mensaje que el mismísimo Dios transmitió a Mahoma.

—¿Por correo electrónico, mensaje, cómo?

—Señor abogado, está muy cerca de deshonrar al profeta, y el castigo por esa ofensa es la muerte.

Frank se echó a reír.

—¿Me estás amenazando? Omar, he ganado diez mil millones de dólares en veredictos contra corporaciones multinacionales. No me asustas.

—¿Llevaban espadas?

Frank observó a aquel pequeño hombre. ¿Iba en serio?

—¿Y cómo se comunicaba Dios con Mahoma?

—A través de visiones.

Frank soltó un gruñido.

—Una vez tuve visiones. Un consejo: mantente alejado del tequila.

—Realmente no quieres llegar a viejo, ¿verdad?

Se acabó. Frank desistió de su intento de establecer una buena relación entre abogado y cliente.

—¿Entonces crees que nuestra guerra contra el terrorismo es una guerra contra el islam?

—Lo es.

—Y si odiamos tanto a los musulmanes, ¿por qué estamos acogiendo a sesenta y cinco mil refugiados musulmanes de Siria?

—Porque sois unos necios.

—¿Necios? ¿Por qué no? ¿No van a integrarse, a convertirse en estadounidenses?

—¿Por qué iban a convertirse los musulmanes en estadounidenses? —Pasó unas páginas del libro y leyó—: Dios dijo: «Llegará el día en que aquellos que no creen desearán ser musulmanes». Ya ve, señor abogado, son los estadounidenses quienes deben convertirse en musulmanes.

—¿Y si no lo hacemos?

—Entonces un día esos musulmanes os matarán. Nos hemos expandido por el planeta, y pronto la *ummah,* la comunidad global musulmana, se alzará y conquistará a los infieles.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dice el Corán. Lo dice Dios.

—¿Y te gustaría que eso pasara?

—Lo que me gustaría a mí es irrelevante. Lo que va a pasar es que sucederá.

Frank se inclinó hacia Mustafá, parecían unos niños que estuvieran contándose secretos en clase; miró a su alrededor y luego habló en voz baja.

—Omar, compañero, dime, ¿eres uno de esos terroristas?

Mustafá también se inclinó y habló en voz baja:

—¿Es usted mi abogado?

—Sí.

—¿Todo lo que le diga es confidencial?

—Sí.

—¿Y no puede contarle a nadie lo que le diga?

—No. Es el privilegio de la relación entre abogado y cliente.

—¿Incluso si le torturan?

—¿Es una broma?

—No.

—Incluso si me torturan.

—Si defender el islam es terrorismo, entonces soy un terrorista.

—¿Alguna vez has decapitado a alguien?

—Aún no.

—¿Por qué no?

—Siempre he querido que la primera cabeza que cortase fuera la de un abogado.

Frank se echó hacia atrás.

—Qué gracioso. ¿Por qué eres un terrorista?

—Yo prefiero yihadista.

—¿Por qué eres un yihadista?

—Yihad significa defender el islam.

—¿Qué significa «defender el islam»?

—Significa participar en la guerra santa para imponer la ley islámica a toda la población de la Tierra.

—Ah. Eso suena razonable. El problema es, Omar, que cada país tiene su propia ley.

—No reconocemos fronteras nacionales.

—Tampoco lo hacía Hitler.

Frank sintió que le subía la tensión; se estaba adentrando en un debate con su cliente, una mala idea para un abogado… Sobre todo, cuando su cliente está loco y afirma:

—Para concretar, ya que cristianos y judíos quieren controlar a los musulmanes, su tierra y el petróleo, la yihad es una resistencia armada contra las conspiraciones de Occidente e Israel. —Levantó el libro—. Alá nos dice que defendamos nuestra patria del mismo modo que el ejército estadounidense está defendiendo la vuestra. Claro que nosotros no os hemos invadido. Fuisteis vosotros quienes nos invadisteis.

¿Cómo debates con un loco? ¿Por qué estaba debatiendo con un loco? Era el abogado en él; quería ganar todas las discusiones interpersonales. Sabía que no debía, pero siguió insistiendo.

—¿Nosotros? Eres estadounidense.

—Nací aquí y vivo aquí, pero mi corazón está con mis hermanos en Siria. —Pasó las páginas del libro—. Dios dijo: «Los creyentes son una alianza de hermanos».

—Puede ser, pero eres un ciudadano estadounidense. Vives aquí, trabajas aquí, pagas impuestos aquí.

—No pago impuestos aquí.

—¿No? ¿Dónde los pagas?

—En ninguna parte.

—¿Cuánto ganas?

—En el último año natural, unos diecisiete millones.

—No está mal. Yo hice casi sesenta millones.

—¿Cuánto pagó en impuestos?

—Treinta millones.

—Yo pagué cero.

—¿Exenciones tributarias?

—La mezquita. Gestiono todo el dinero a través de la mezquita. Es una organización caritativa. No he pagado impuestos desde que volví de Jordania.

—¿Fue entonces cuando te hiciste radical?

—Lo que hice fue informarme. Conocí a al Maqdisi y a al Zarqawi allí. Viajé a Palestina y presencié personalmente las atrocidades cometidas por los cristianos y los judíos contra los musulmanes. Así que, cuando volví, mi primer acto de la yihad fue dejar de pagar impuestos. ¿Por qué debería pagar impuestos un musulmán en Estados Unidos para que el ejército estadounidense lleve la guerra al islam? ¿Pagaría usted impuestos a su enemigo? Estoy librando una yihad financiera.

—¿Yihad financiera? —Frank soltó una risita—. He oído muchas razones para evadir impuestos, pero esa es nueva.

Frank odiaba que la mitad de su sueldo fuera para pagar impuestos. Pero al escuchar a aquel tipo, de pronto quería pagar más impuestos, pero al ejército estadounidense.

—A todos los inmigrantes musulmanes se los anima a buscar beneficios sociales y otros beneficios del gobierno para llevar a la ruina a los infieles. Eso también es una yihad financiera.

—Evadir impuestos y gorronear a la sociedad. Os estáis integrando mejor de lo que pensáis. —Frank suspiró—. Bueno, nos estamos desviando mucho del tema. ¿De qué estábamos hablando?

—Invasiones.

—Ah, sí. Algunos consideran el 11-S una invasión.

—Un ataque. No una invasión. No era un ejército de musulmanes ocupando Nueva York…

—¿Has estado en Nueva York últimamente? —interrumpió Frank.

—Como sí ocuparon Bagdad los cristianos. Vuestra invasión probó nuestros miedos, que Estados Unidos quiere controlar la nación musulmana.

—Os invadimos porque sois terroristas.

—Nos invadisteis porque queréis nuestro petróleo. Porque queréis que los judíos ocupen nuestra nación. Así que estamos luchando por nuestra libertad con todos los medios que tenemos al alcance. No tenemos drones, pero sí cuchillos.

—Que utilizáis para decapitar a la gente. ¡Claváis cabezas sobre unas picas como si estuviéramos en la jodida serie de *Juego de Tronos!*

—Las decapitaciones tenían como objetivo inspirar miedo.

Funcionó. Los ejércitos de Irak y Siria bajaron las armas y huyeron cuando vieron la bandera negra del Estado Islámico, porque sabían cuál sería su destino si luchaban y perdían.

—Cortar cabezas es una salvajada.

—¿Y los misiles no lo son? Invadisteis Afganistán e Irak, matasteis a cientos de miles de musulmanes con bombas y balas. ¿Por qué es eso más civilizado que cortar cabezas? La gente muere igual. Si vosotros podéis matar, ¿por qué nosotros no? Vosotros matáis por el petróleo. Nosotros matamos por el islam. Y los estadounidenses deben recordar eso: Matamos por el islam. Moriremos por el islam. Y como bien dijo Sheikh Osama: «Nos encanta la muerte tanto como a vosotros la vida».

—Esa es una máxima a seguir en la vida.

—Es una máxima a seguir hasta la muerte.

—¿Qué esperáis conseguir con todo este terrorismo?

—Purificar la Península arábiga de cristianos y judíos.

—¿Queréis que nos vayamos?

—Sí.

—¿Y los judíos, cómo saldrán de Israel?

Se encogió de hombros.

—Aviones, trenes, autobuses… nos da igual.

—¿Pero tienen que irse?

—Sí. Nos arrebataron nuestra tierra para crear su estado. Tienen que devolvérnosla.

—¿Algo más?

—La caída de Estados Unidos. La civilización occidental entera sería mejor, pero nos conformamos con la destrucción de Estados Unidos.

—Eso no ocurrirá nunca.

—Ya está ocurriendo.

Frank refunfuñó.

—Ah, sí, el final de los días. ¿A qué vienen esas tonterías?

Mustafá lo miró por encima de sus gafas para leer.

—¿Tonterías, señor abogado?

—Punto de vista.

—Mejor. He estudiado las profecías que hablan del fin de los días. El anticristo está aquí. El fin de los días se cierne sobre nosotros.

—¿El anticristo está aquí?

—Sí.

—¿Es Putin? Siempre he pensado que es un puto loco.

—Ah, en su ignorancia, ha dado con la pregunta correcta, señor abogado, como una ardilla ciega que encuentra una nuez de vez en cuando. Pero el anticristo no es un quién, es un qué.

—¿Qué?

—Estados Unidos.

—¿Estados Unidos? ¿Estados Unidos es el anticristo?

—Si prefiere una persona, entonces diría que es el presidente, el hombre más poderoso del planeta. ¿No dijo que Estados Unidos tiene el derecho de matar a cualquiera, en cualquier parte, en cualquier momento? ¿Qué es eso sino las palabras del anticristo? Y los estadounidenses lo aclamaron. Por lo tanto, sí, señor abogado, Estados Unidos es la personificación del anticristo. Por eso los otros nunca han visto su llegada. Estaban buscando a un quién en lugar de un qué. Mire a los políticos estadounidenses: egoístas, avariciosos y megalómanos. Mire la política extranjera estadounidense: agresiva e imperialista, y como único superpoder en la Tierra, ahora controla este mundo. ¿Eso no es el anticristo?

—¿Te han ingresado en algún hospital psiquiátrico alguna vez? Podríamos alegar demencia.

—Tenga cuidado, señor abogado.

—Si crees que el fin de los días se cierne sobre nosotros, ¿por qué envías a tus hijos a Princeton y Harvard?

—Podría equivocarme.

—El gobierno cree que eres un tipo peligroso. Ya veo por qué.

—Su gobierno cree que todos los musulmanes son peligrosos porque está librando la batalla contra el islam. Por lo tanto, todos los musulmanes son malos. Cuando luchabais en la Segunda Guerra Mundial, ¿había alemanes o japoneses buenos? Los estadounidenses decían: «El único japonés bueno es el japonés muerto». «El único cabeza cuadrada bueno es el cabeza cuadrada muerto».

—Dicen que eres el clérigo del Dáesh. ¿Es verdad?

—Yo enseño el islam. Los combatientes por la libertad del Dáesh desean conocer la verdad y vivir vidas devotas de acuerdo con el Corán.

A Frank se le disparó la tensión.

—¿Combatientes por la libertad? Son unos putos terroristas.

Frank luchó por contener sus emociones. Era abogado. Aquel capullo era su cliente. Había tenido clientes capullos antes, pero nunca había querido estrangular a un cliente.

—Lo que para un hombre es un terrorista, para otro es un combatiente por la libertad. ¿No era terrorismo para los afganos cuando Estados Unidos invadió su país en busca de Osama? ¿Y para los iraquíes cuando Estados Unidos los invadió para destituir a Huseín?

—El Dáesh fija como objetivo a civiles. Nosotros no.

—¿Cuántos civiles murieron en Hiroshima y Nagasaki cuando Estados Unidos soltó las bombas atómicas? ¿Y en Vietnam cuando Estados Unidos soltó el napalm? ¿Y cuando conmocionó y aterrorizó Irak? Señor abogado, cuando Estados Unidos mata civiles, lo llamáis daños colaterales. Cuando lo hacen los musulmanes, lo llamáis terrorismo. Porque controláis los medios. Controláis el mensaje que oyen los estadounidenses.

Frank había renunciado a establecer una conexión con su cliente. Lo que quería hacer en realidad era golpear a aquel hijo de puta contra el suelo de cemento. Pero constituiría un conflicto de intereses. De modo que utilizó la estrategia común de la que hacía uso en los juicios: la mejor defensa era una ofensa. Atacó.

—¿Sabes cuál es tu problema, Omar? ¿Aparte de ser un puto demente?

—¿Cuál, señor abogado?

—Eres irrelevante. Ansías que vuelvan los días gloriosos de los musulmanes, cuando erais relevantes en el mundo. Hoy sois 1,6 mil millones de personas la hostia de irrelevantes. Vivís en la Edad de Piedra, y queréis que nosotros vivamos ahí con vosotros. No construís cosas, ni inventáis, ni producís ni hacéis nada. Solo destruís cosas.

—Fuimos relevantes durante el 11-S. Fuimos relevantes en París y San Bernardino. Somos relevantes en la política presidencial.

—Solo porque matáis. Si no cometierais actos de terrorismo, ni vosotros ni vuestra religión le importarían una mierda a nadie. Sois como un niño pequeño teniendo una rabieta para llamar la atención.

—Y el mundo está atento, ¿no?

—Sí. El mundo debe vigilar a los capullos que cometen crímenes contra la humanidad. El mundo tuvo que vigilar a Hitler. Nosotros os vigilaremos.

—Mientras tanto, señor abogado, ¿puede sacarme de aquí?

—¿Para que puedas ejecutar la trama del estadio?

—No. Para poder celebrar cuando el estadio se derrumbe, igual que celebré cuando se produjeron los ataques de París.

—¿Celebraste que muriera gente inocente?

—Francia nos atacó en Siria, así que nosotros hemos atacado en París. Estados Unidos nos ataca, y atacaremos a Estados Unidos.

—¿En la Super Bowl?

—Eso sería glorioso.

Frank se levantó y lo miró.

—¿Glorioso? ¿Que mueran cien mil personas sería glorioso? Joder, eres un cabrón enfermizo.

—Cuidado, señor abogado. No pierda la cabeza.

Frank miró al imán a los ojos.

—¿Eso es una amenaza?

—Un consejo.

—El abogado soy yo. Yo te doy consejos a ti.

—Yo soy el imán. Yo te doy vida a ti.

Frank fue hasta el otro extremo de la celda. Necesitaba alejarse de aquel capullo para respirar.

—Debo testificar.

Frank se giró hacia Mustafá.

—¿Con lo que acabas de contarme? Ni de coña.

—Los medios estarán presentes. Puedo dirigirme directamente al pueblo estadounidense. Oirán nuestro mensaje. Saldrá en las noticias.

—¿Piensas que quieren oír tus chorradas?

—No. Pero escucharán.

—¿Por qué?

—Por miedo.

—No vas a testificar.

—No estoy pidiéndole permiso, señor abogado. Le estoy informando.

—Vas a mentir.

—No voy a confesar.

—Eso es perjurio.

—Nuestro pequeño secreto.

—No puedo permanecer a un lado mientras cometes perjurio. Tengo el deber de informar al tribunal.

—Privilegio entre abogado y cliente, señor abogado. El castigo por violarlo es severo.

—Inhabilitación.

—Decapitación.

Cuando trabajaba para el fiscal del distrito, Frank había procesado a un asesino despiadado llamado Benjie Boatwright. Trabajaba para el mayor narcotraficante del sur de Dallas. Si alguien cabreaba a su jefe, moría. Pero Benjie no mataba disparando una bala en la cabeza. Esa muerte era demasiado sencilla. Su *modus operandi* consistía en cortar a la víctima en trocitos, abrirla en canal y dejar que se desangrara. Despacio. Con mucho dolor. Benjie Boatwright disfrutaba torturando a otros seres humanos. Cuando el jurado lo condenó a muerte, Benjie juró que se escaparía y que mataría a todos los miembros del jurado, al juez y a Frank. Benjie murió en prisión antes de que el estado pudiera ejecutarlo. Otros reclusos lo apuñalaron hasta matarlo en el patio de la cárcel. Cuando Frank supo de la muerte de Benjie, rezó una oración de agradecimiento. Nunca había vuelto a desear la muerte de un hombre. Hasta ese momento.

Quería a este hijo de puta muerto.

Cien mil personas morirían si una bomba derrumbase el estadio de los Cowboys durante la Super Bowl.

¿Era posible algo así?

Nadie pensó que fuera posible derribar el World Trade Center, pero tampoco se creía posible que unos terroristas pudieran secuestrar cuatro aviones comerciales de forma simultánea para estrellarlos en unos edificios de oficinas y el Pentágono y, por la gracia de Dios, la Casa Blanca o el Capitolio. El 11-S, lo imposible se había hecho realidad.

¿Y si una bomba derrumbase el estadio?

En Estados Unidos no había atentados. Los estadounidenses no hacían ese tipo de cosa. Eran inocentes… hasta el 19 de abril de 1995. Oklahoma City. Timothy McVeigh y Terry Nichols, dos exsoldados convertidos en unos fracasados antisistema, estaban encolerizados con el gobierno federal por el altercado de Waco con David Koresh y sus seguidores como protagonistas. La intervención del gobierno culminó con la muerte de 76 davidianos, niños incluidos. Decidieron ejecutar su venganza.

Compraron más de doscientos litros de fertilizante con nitrato de amonio, nitrometano, gasóleo y Tovex, un explosivo similar la dinamita. El coste total de los materiales no llegó a los 5 000 dólares. Mezclaron el fertilizante y el nitrometano en noventa barriles de doscientos litros y el fertilizante y el gasóleo en cuatro barriles más. Añadieron cilindros de acetileno para avivar el fuego de la explosión. La bomba pesaba tres mil kilos.

Colocaron los barriles en la parte trasera de un camión de alquiler. En el segundo aniversario de Waco, McVeigh condujo el camión hasta el Edificio Federal Alfred P. Murrah, en el centro de Oklahoma. Aparcó el camión justo delante del edificio, inició la secuencia detonadora y se alejó. La bomba explotó. Destruyó el edificio de nueve pisos y provocó daños en otros trescientos, mató a ciento sesenta y ocho personas, incluyendo diecinueve niños, y dejó ochocientos heridos más.

Estados Unidos perdió la inocencia aquel día.

El FBI siempre había sido una organización tradicional. No les pagaban para que se salieran de lo convencional. El pasado estaba dentro de lo convencional; el futuro, fuera. El FBI investigaba después de los hechos; no los impedía. No se anticipaba. Su labor era reactiva en lugar de proactiva. Siempre estaba un paso por detrás. Por lo tanto, el bombardeo de Oklahoma conmocionó el país y sorprendió al FBI. El gobierno federal defraudó a la gente. Seis años más tarde, el 11 de septiembre de 2001, volvió a hacerlo.

La agente especial del FBI Catalina Peña no iba a fallar a la gente esta vez. Ella se saldría de lo convencional. Sería proactiva. Se anticiparía. Iría un paso por delante, y no por detrás. Trabajaría las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, los trescientos sesenta y cinco días del año. No malgastaría el tiempo leyendo los periódicos o mirando la tele, ni siquiera *The Walking Dead*. No sería amiga en Facebook ni seguidora en Twitter. Comería, dormiría y trabajaría, y haría las dos primeras cosas solo cuando fuera necesario. Cuando durmiera, lo haría sola. No tenía a nadie que la esperase; así que, ¿para qué ir a casa? Tenía a sus padres, pero no había ningún hombre. Es difícil conservar un hombre cuando llevas un arma y puedes patearle el culo la próxima semana. A los hombres no les gustan las mujeres fuertes, sobre todo las mujeres armadas.

Así que se había quedado trabajando hasta muy tarde.

Otra vez.

Una bomba fertilizante de tres mil kilos había derribado un edificio de nueve pisos; ¿podría derribar un estadio de fútbol? ¿Se necesitaría una bomba más grande? ¿Dos veces más grande? ¡O incluso más! Pero ¿cómo iban a transportar una bomba tan masiva hasta el estadio?

¿Era posible?

¿Y si el arma no era una bomba explosiva sino de otro tipo? ¿Una bomba radioactiva? ¿O gas? Buscó en Google «gas nervioso», lo cual la llevó al agente nervioso VX y al gas

sarín. Buscó «gas sarín». Encontró veintiocho millones de resultados. El gas sarín es un líquido incoloro e inodoro que se evapora rápidamente y se vuelve gaseoso al entrar en contacto con el aire. Es más pesado que este, por lo tanto, se hunde en el suelo. Si alguien lo inhala, morirá en menos de diez minutos, normalmente a causa de una parálisis en el sistema respiratorio. La víctima se ahoga. El gas sarín fue desarrollado en un inicio como pesticida por unos científicos alemanes en los años treinta, y los nazis lo emplearon como arma. Es quinientas veces más mortífero que el cianuro. Los nazis temían tanto el gas sarín que no lo utilizaron en la Segunda Guerra Mundial. Pero Sadam Huseín lo hizo en 1988; lo utilizó para matar a cinco mil kurdos. Los anarquistas mataron a una docena de personas con él en el metro de Tokio, en 1995. En 1997, las Naciones Unidas ilegalizaron su producción y uso, pero eso no impidió que Siria lo utilizase, en el año 2013 durante su guerra civil, para matar a cientos de personas en Damasco. Leyó todo esto. Y después encontró lo siguiente: En febrero, el Dáesh se hizo con una gran provisión de gas sarín en Libia.

—¿Qué estás haciendo, Peña?

El agente Beckeman se inclinó sobre ella con las manos en las caderas. El agente Stryker estaba a su lado, era el segundo al mando en el comando. También era el doble de Beckeman y exmarine. Había servido a Beckeman durante toda su vida adulta. Beckeman dictaba órdenes y Stryker las ponía en marcha. Todavía llamaba a Beckeman capitán.

—Investigando sobre el gas sarín.

—¿Por qué?

—He estado pensando.

—Tu primer error.

Ignoró su comentario, una técnica de supervivencia en el FBI.

—¿Sabes lo grande que era la bomba de Oklahoma? —dijo.

—Pesaba tres mil kilos.

—Entonces podrás deducir que necesitarán una bomba cinco veces más grande para derribar el estadio.

—Ocho veces. Casi. Veintidós mil kilos, más o menos.

—¿Cómo podrían meter una bomba de ese tamaño en el estadio?

—Con dificultad.

—Exacto. Por lo tanto, ¿y si la bomba no es realmente una bomba? ¿Y si es otra cosa?

—¿Como qué?

—Como gas sarín. El Estado Islámico tiene gas sarín. ¿Y si los terroristas echaran gas sarín en el sistema de ventilación del estadio? El techo estará cerrado para la Super Bowl y el campo está por debajo del nivel del suelo. Es un blanco perfecto para un ataque con gas. Podrían matar a mucha gente.

Beckeman suspiró como si fuera un profesor y ella una estudiante que no lograba entender una lección sencilla. La estudiante quería darle un puñetazo al profesor.

—Primero, tenemos a los terroristas. Están en la cárcel. Segundo, la pista hablaba de forma específica de una bomba, no gas sarín. Y tercero, para utilizar el gas sarín como arma se necesita un laboratorio de última generación y pericia con sustancias químicas. Si unos aficionados intentasen mezclar los químicos, las únicas personas que morirían serían ellos mismos.

—¿Algo más? —dijo Peña.

—Apúntame para desayunar dos tacos, huevos, queso y judías.

—Lo mismo para mí —dijo Stryker.

Se giraron para marcharse. Peña les hizo un corte de mangas mientras se alejaban. Beckeman gritó por encima del hombro:

—¡Y cuarto, es del todo imposible pasar gas sarín de contrabando en este país!

Seiscientos kilómetros al sur, Jorge Romero conducía su lancha de goma motorizada por el río Grande. Esa noche el río apestaba más de lo normal, ¿o quizá eran los dos gauchos que lo acompañaban? Jorge era uno de los lugartenientes del cártel de Chihuahua. Su jefe era Héctor Calderón. El cártel había sido fundado en Chihuahua, pero ahora tenía la base en Nuevo Laredo. Por supuesto, Héctor pasaba la mayor parte del tiempo en Cancún, al menos en el último año. Había conocido allí a una mujer a la que le gustaba la playa. De modo que mientras Jorge trabajaba esa noche en aquel río apestoso, Héctor estaba disfrutando del sexo con una hermosa señorita sobre la playa de arena blanca de Cancún, como los gringos. Pero Jorge no se quejaba. Seguía las órdenes del jefe sin cuestionarlas ni comentar nada. Esa noche, las órdenes consistían en transportar el cargamento por el río a Estados Unidos, y luego llevarlo en coche hasta Dallas. Así que Jorge estaba en esa puta lancha a las once y media, una noche fría de enero.

El trayecto por el río era corto; podría lanzar a un niño pequeño al otro lado del río Grande. Cruzarían a Estados Unidos,

como había hecho Jorge en más ocasiones de las que podía recordar. Para los mexicanos cruzar el río era como ir al supermercado para los gringos. Ricardo saltó de la balsa y la ató a un junípero. Pedro lo siguió hacia la orilla. Jorge encontró un punto seco y señaló el cargamento de la balsa.

—¡Échale!

Jorge subió por el empinado dique hacia el camino polvoriento situado más arriba. Allí encontró a Manny, dormido en la cabina del camión que iba a recogerlos. Jorge llamó a la puerta del conductor con la pistola. Manny se sobresaltó y se dio un golpe en la cabeza con el techo de la cabina. Jorge se echó a reír.

—Espero que hayas dormido bien, Manny. Conduces tú. Yo dormiré durante el trayecto a Dallas.

Aparecieron Ricardo y Pedro, cada uno con un contenedor de metal de nueve litros. Jorge abrió la puerta trasera y colocaron los contenedores dentro.

—Cuidado —dijo Jorge.

—Y daos prisa —añadió Manny—. No queremos que aparezca la policía fronteriza.

Jorge se echó a reír. Si cien mil kilos de seres humanos eran capaces de cruzar esa frontera cada año sin que se lo impidiera la policía fronteriza, pasar cien kilos de ese producto era un juego de niños. Aun así, metió prisa a sus hombres.

—¡Échenle ganas!

Los gauchos volvieron cinco veces más. En la última subida estaban visiblemente cansados. Pedro pisó mal y cayó rodando por la orilla.

Pedro Martínez rodó por la suave tierra hacia el río hasta que se detuvo. El contenedor que llevaba cayó junto a él, pero no se detuvo. Golpeó una roca afilada que lo perforó. Del agujero salió un líquido transparente.

—¡Mierda!

Esa sería la última palabra que pronunciaría Pedro Martínez en vida.

—¡Eh, Pedro! —gritó Jorge en dirección a la orilla—. ¿Estás muerto?

Jorge se rio y los otros hicieron lo mismo, pero Pedro no respondió. Jorge hizo un gesto a Ricardo para que fuera a ver qué pasaba. Ricardo bajó por la orilla sin rechistar lo más mínimo.

—Manny, dame el cigarrillo.

Jorge cogió el cigarrillo y frotó una cerilla por el panel lateral oxidado de la camioneta. No transportaban mercancía en vehículos de último modelo, porque dos mexicanos conduciendo un Ford 150 King Ranch Edition completamente equipado llamarían la atención de la policía estatal. Jorge se había fumado la mitad del cigarrillo y Ricardo y Pedro seguían sin venir.

—¡Eh! ¡Ricardo! ¡Pedro! ¿Estáis muertos los dos?

No obtuvo respuesta. Jorge suspiró y sacó la linterna.

—Me llenaré las botas nuevas de barro.

Jorge prefería las botas de cowboy hechas a mano por Juan Castillo, el mejor fabricante de botas en todo México. Los hombres venían de todas partes para que Juan les hiciera unas botas. El tiempo de espera normal solía ser superior a un año, pero cuando Jorge Romero entró en la tienda de Juan, su pedido pasó a ser el primero de la lista de espera. Y visitaría a Juan Castillo cuando volviera de Dallas.

—Mierda.

Ahora sus botas nuevas tenían un aspecto de mierda.

—¡Ricardo! ¡Pedro!

Llegó al río e iluminó la zona con la linterna. Cuando la luz hizo visibles a los dos hombres, Jorge retrocedió. Estaban muertos. Sus cuerpos se retorcían, pero sus ojos hablaban de muerte. Jorge dio un único paso hacia delante y apuntó con la linterna a los ojos de Pedro, que estaban abiertos y fijos. Las pupilas parecían dos puntitos. Jorge comprobó los ojos de Ricardo, los encontró en las mismas condiciones.

Se apartó, pero solo después de santiguarse.

Capítulo 8

Miércoles, 20 de enero

Dieciocho días antes de la Super Bowl

La ciudad estaba tranquila, como la mañana que seguía a una gran fiesta, como si Dallas estuviera de resaca. Tal vez lo estaba. O solo era la consecuencia de que se pasara el efecto después de la adrenalina que provoca una gran victoria.

Dallas había vencido a los terroristas.

Las niñas estaban ansiosas por volver a clase a la mañana siguiente y disfrutar de sus quince minutos de fama. Scott les había asegurado que toda esa atención desaparecería pronto, y que sería lo mejor que podía pasar.

No le creyeron.

Scott condujo su vehículo por el carril de transporte colectivo y vio a la directora de la escuela inmóvil, observando cada coche que pasaba, como si estuviera buscando alumnos que hubieran hecho novillos. Cuando Scott llegó al punto de ingreso, la señorita Williams entrecerró los ojos y, al reconocerlo, esbozó una gran sonrisa. Abrió de un tirón la puerta trasera para dejar salir a las niñas, ellas salieron y se encontraron una multitud de niños que las esperaba gritando sus nombres —«¡Boo! ¡Pajamae!»— como si fueran unas estrellas de cine en la alfombra roja de los Oscar. La señorita Williams metió la cabeza dentro.

—Juez Fenney, el comisario me ha pedido que lo invite a dar el discurso de graduación este año.

—¿Me está invitando aquí en medio?

—Bueno, sé lo ocupado que debe de estar, luchando contra terroristas y esas cosas.

—No estoy luchando contra ellos. Yo solo soy el juez.

—Ah, es demasiado modesto. ¿Se planteará lo de la invitación, por favor?

—Sí.

—Serás una gran esposa, Peña —dijo el agente Baxter.

—Que te jodan.

—Ya te gustaría.

Al llegar Peña, los agentes se abalanzaron sobre ella; no por su personalidad agradable, sino por los tacos que hacía su madre para desayunar. Que los agentes masculinos la hicieran rabiar era parte de las características del puesto de trabajo para una mujer agente. Había sido una atleta competitiva en la universidad, así que para cuando llegó a la agencia, estaba más que acostumbrada a las groserías. Formaba parte de la cultura de los polis del mismo modo que formaba parte de la cultura de los atletas. Respondía del mismo modo. Le dedicó una peineta a Baxter con la mano derecha y le quitó el dinero con la izquierda. Pero le preocupaba estar volviéndose demasiado ordinaria. Demasiado masculina.

—Oh, oh —dijo el agente Carson con una sonrisa estúpida—. Tiene SCI.

—¿Síndrome de Colon Irritable?

—Síndrome de Capulla Irritable.

Los demás agentes se rieron de ella con la boca llena de comida mexicana. Sintió cómo la cara, normalmente morena, se ponía colorada y se enfureció. Le quitó los tacos como quien roba un bolso y le tiró el dinero en la cara.

—Ya está, Carson. No hay tacos para ti.

Se quedó conmocionado.

—No, Peña, vamos, estaba de broma. Ha sido un mal chiste, ¿vale?

—No. La has jodido.

Los demás agentes abandonaron a Carson más rápido que unos traficantes callejeros cuando se encuentran una patrulla; los tacos del desayuno iban por delante de la lealtad.

—Por favor. Me encantan los tacos de tu madre. Lo siento.

Peña miró a Carson un instante. Su compañero, Ace Smith, estaba inmóvil al lado de ella, como si estuviera esperando que ella le diera un puñetazo, una patada o un disparo a Carson. La idea se le había pasado por la mente.

—Ace —dijo a su compañero—, ¿te ha sonado sincera esa disculpa?

—No, la verdad es que no.

—¡Por *favooor!*

Peña suspiró.

—A lo mejor sonaría sincero si se arrodillase.

—Es posible —respondió Ace.

Carson se arrodilló más rápido que una universitaria borracha.

—Por favor. Lo siento mucho. Nunca volveré a decir esas cosas.

—Bueno…

El agente Beckeman entró, cogió sus tacos, dejó su dinero y salió después de dirigir una rápida mirada a Carson, arrodillado delante de Peña, con las manos entrelazadas como si buscase el perdón de la Virgen de Guadalupe.

—No quiero saber nada.

—Los federales han entregado el informe de la detención —dijo Bobby—. Veinticinco páginas con una prueba instrumental de quinientas páginas, incluyendo varios DVD.

—Bookman ha accedido a enviar un *amicus* para el caso de inmigración —dijo Karen.

—Tengo dónuts —dijo Carlos—. *Krispy Kreme.*

—Bobby, lee el informe de detención —dijo Scott—. Karen, llama a Bookman y dile que necesitamos su informe lo antes posible. Hoy son las declaraciones orales.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Carlos.

—Dame un dónut.

Cuando Scott llegó al juzgado, se había encontrado al grupo reunido en su despacho y cientos de correos electrónicos en su bandeja de entrada. Al parecer, todos los abogados y seres humanos con los que se había cruzado alguna vez le había enviado un correo de apoyo, ánimo e incluso de felicitación, como si hubiera detenido él en persona a los presuntos terroristas. No había recibido tantos mensajes desde que estaba en la universidad y sus amigos le pedían entradas para el partido. También le esperaban decenas de mensajes en el contestador, incluyendo el de un productor de cine que quería producir la historia de su vida, y otro de un productor de televisión que le solicitaba su intervención en un programa.

—*Tras los pasos de los Fenneys* —dijo Karen.

—*Juzgado infernal* —dijo Bobby.

—*Las guerras de los pasantes* —dijo Carlos.

—*El alguacil soltero* —dijo Louis.

Carlos miró a Louis de reojo.

—¿Ves *The Bachelor*?*

—Eh, no. Eh… he oído hablar del programa.

Carlos no podía creer lo que estaba diciendo Louis.

—Ajá. Parece que el hombretón quiere una chica.

Todos se rieron hasta que Helen llamó a la puerta, que estaba entreabierta.

—Señor juez, Frank Turner está aquí.

—Hazle pasar.

Scott se levantó y rodeó el escritorio. Frank había venido a ayudar a Scott, y lo menos que podía hacer Scott era salir de detrás de su escritorio. Entró Frank; Scott le tendió la mano y esbozó una amplia sonrisa, pero Frank no parecía muy alegre.

—Frank, ya conoces a Bobby, y esta es Karen Douglas, mi abogada asistente. Ella y Bobby están casados, así que no la invites a salir. Estos son Carlos y Louis, mi asistente legal y mi alguacil. Ellos no están casados. Ambos están disponibles.

Su intento de chiste dejó a Frank indiferente.

—Siéntate, Frank.

Frank se sentó delante del escritorio de Scott y él hizo lo propio detrás.

—Gracias por aceptar el caso, Frank. No lo olvidaré.

—Sí. —Frank se frotó la cara, no tenía muy buen aspecto—. Scott, acabo de presentar una moción de libertad provisional. Mi deber como abogado de Mustafá es solicitar su puesta en libertad antes del juicio, especialmente porque los federales no tienen la más mínima prueba contra él, pero…

—¿Pero qué?

—No lo hagas. No lo liberes.

—¿Por qué no?

Frank sacudió la cabeza lentamente. Se estaba desanimando cada vez más.

—Pensé que mi deber es reunirme con mis clientes, ¿sabes? Porque eso es lo que hacen los abogados criminalistas: van a la cárcel y se reúnen con sus putos clientes. —Hizo una mueca y luego miró a Karen—. Perdón por la expresión, señorita Herrin—. Volvió a girarse hacia Scott—. Así que me reuní primero con los otros acusados. Dan miedo. Me recuerdan a tipos que cometen violaciones múltiples y que he llevado a juicio. Mirada fría, pasan la vista a través de ti como si no existieras, como si ni siquiera fueras un ser humano. Supongo que es más fácil cortarte la cabeza si de verdad creen que no eres humano. En fin, no

conseguí nada de ellos.

Frank se secó el sudor de la frente.

—Entonces me reuní con Mustafá. Joder, parece mi abuelo o algo así. Y digo: «Vale, Omar, soy tu abogado y para defenderte necesito saber la verdad, ¿sabes?; así que, ¿por qué no colaboras y me dices la verdad?». Y le cambió la cara. Ya no parece mi abuelito; es el diablo en persona. Me dijo… —Frank miró a Scott —. Scotty, no puedo violar el privilegio entre abogado y cliente, pero no lo pongas en libertad.

—Frank, tengo que atenerme a la ley.

—No, no es así. En este caso no.

Frank volvió a limpiarse la cara.

—Me siento como el tío que se enfrentó con el velociraptor de *Jurassic Park*.

—El velociraptor se lo comió —dijo Bobby.

—Exacto.

Scott nunca había visto a Frank Turner, reconocido abogado, asustado. Pero ese día lo estaba, mucho.

—La parte positiva es que estoy obteniendo mucha publicidad. He hecho entrevistas con todos los canales de la televisión, y saldré en el programa de O'Reilly la semana que viene.

El lado bueno de la situación no parecía cambiarle la expresión.

—¿Te encargarás de la audiencia de detención?

Por la expresión de Frank estaba considerando la petición… y lo hizo durante un rato. Al fin, asintió despacio.

—Haré mi trabajo.

—Gracias. Te liberaré del caso después de la audiencia. Le diré al imán que tienes un conflicto. O que te has puesto enfermo. Cualquier cosa.

—Quizá entre en el programa de protección de testigos.

Permaneció ausente durante lo que pareció una eternidad. Luego volvió en sí y parpadeó con fuerza.

—Scotty, haré eso. Me marcharé si hace falta. Pero hagas lo que hagas, no dejes salir a ese hijo de puta.

—El presidente, y solo el presidente, decide a quién se expulsa de Estados Unidos. Él posee la única autoridad, amparada en la Constitución, para ejecutar o no las leyes de inmigración. Se trata

del criterio de la fiscalía.

—¿La discreción del presidente es absoluta?

—Así es.

—¿E inviolable?

—Sí, señor. Bueno, hasta las próximas elecciones. El pueblo puede no reelegirlo si no le gusta cómo ha ejercido su poder de decisión.

—Pero no habrá supervisión judicial de su criterio entre las elecciones.

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué ha venido aquí?

El abogado del presidente señaló al abogado de la parte contraria.

—Porque los estados no están de acuerdo.

Era el día del debate oral del caso *El Estado de Texas y otros contra el presidente de Estados Unidos de América y otros.* Un caso del orden ejecutivo. La reforma de inmigración parecía más apropiada para la rama legislativa; era una cuestión política, no legal. Pero, como suele pasar, cuando la política se vuelve difícil, un partido lo convierte en un caso legal. El presidente había hecho esto al presentar una orden ejecutiva que garantizaba de manera efectiva la amnistía a doce millones de inmigrantes ilegales sin la aprobación del Congreso. Si esas personas debían recibir la amnistía o no, era una cuestión política; si el presidente estaba excediendo su autoridad ejecutiva según la Constitución al concederles la amnistía, era una cuestión legal. El primer paso para resolver una cuestión legal semejante era presentar un pleito en el tribunal federal. Eso lo habían hecho ya los estados. Decidiera lo que decidiera Scott, el caso no acabaría en ese juzgado. La parte perdedora apelaría en la Corte de Apelaciones del Quinto Circuito de Nueva Orleans, y la parte perdedora lo haría ante la Corte Suprema en Washington. Sería una jornada legal muy larga. Esa jornada legal empezaba en el juzgado del juez A. Scott Fenney, en Dallas.

—Señor Daniels, ¿cuál es la autoridad constitucional para esa contención?

—Separación de poderes. La Constitución estableció tres ramas de gobierno. La rama legislativa promulga las leyes, la rama ejecutiva las ejecuta y la rama judicial las interpreta. El presidente no puede decirle al Congreso cómo escribir las leyes, ellos no pueden decirle cómo ejecutarlas, y nadie puede indicarle a la Corte Suprema cómo debe interpretarlas. La aplicación de las

leyes recae exclusivamente en la rama ejecutiva. Su aplicación queda bajo la discreción absoluta del presidente: cuándo, cómo, contra quién y hasta qué punto.

—¿Hasta qué punto?

—Sí, señor.

—La ley de inmigración actual implica que las personas que residan de forma ilegal en Estados Unidos sean deportadas, ¿correcto?

—Sí, señor, es correcto.

—Pero el presidente ejerció su potestad procesal al decidir no ejecutar esa parte de la ley.

—Eso también es correcto.

—¿Esa autoridad presidencial se limita solo a las leyes de inmigración?

—Lo siento, juez, no entiendo la pregunta.

—Mi pregunta es: ¿el presidente también posee la autoridad exclusiva de ejecutar o no las leyes de impuestos?

—Sí, señor.

—El código tributario redactado por el Congreso especifica ciertas exenciones a la obligatoriedad de pagar tasas como, por ejemplo, universidades y hospitales benéficos. Pero ¿está diciendo que el presidente por sí solo, sin la aprobación del Congreso, puede conceder exenciones adicionales; que puede exonerar a ciertas personas de pagar impuestos?

—¿Exonerar? No, señor, no puede exonerar a nadie de la ley de impuestos. Pero puede ejercer su criterio procesal y negarse a ejecutar la ley de exoneración fiscal contra ciertas personas.

—¿Del mismo modo que ha rechazado ejecutar la ley de inmigración contra ciertas personas?

—Sí, señor.

—¿No es un tema exclusivamente semántico? ¿«Exonerar» o «rehusar hacer cumplir la justicia»? ¿La conclusión no es la misma? Que ciertas personas no tienen que obedecer la ley, ya sea la ley de inmigración o la ley tributaria? ¿Esas son las normas de la ley?

—El presidente decide cómo ejecutar la ley. Él puede decidir que aplicar la ley tributaria a ciertas personas, como…

—¿Personas que residen aquí de forma ilegal? —interrumpió Scott.

—Si aplicar la ley no es factible desde el punto de vista económico. Por tanto, puede rehusar aplicar la ley contra ellos.

Muchos ilegales trabajan en negro. Les pagan en efectivo, un dinero difícil de rastrear, de modo que el presidente puede decidir que, simple y llanamente, no vale la pena invertir recursos de orden público para perseguir a esas personas.

—¿Y sucede lo mismo con las leyes de seguridad, financieras, antimonopolio…?

—Sí, señor. El presidente decide cuándo, dónde, cómo y contra quién ejecutar las leyes.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Está seguro de que quiere basar el caso en ese argumento?

El abogado del gobierno miró a Scott durante un rato, y entonces suspiró y levantó las manos.

—Juez, sabe que no ejecutamos la ley tributaria a nadie, ni la de seguridad, financiera, antimonopolio, de derechos civiles ni la ley medioambiental. Ya no ejecutamos leyes.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, desde el 11-S, solo ejecutamos una ley: terrorismo doméstico. Es un código de honor para todas las otras leyes. Todos los recursos de orden público federales se invierten en evitar otro 11-S. Punto. Así que, aunque es una cuestión interesante para debatir en una Facultad de Derecho, ¿puede rehusar el presidente a aplicar la ley? Es irrelevante. No hemos presentado una docena de fraudes tributarios, o de seguridad o financieros en los últimos catorce años. El único caso antimonopolio fue el del precio del libro electrónico, como si eso fuera el fin del mundo libre.

—¿Por qué?

—No hay dinero. Cada céntimo se destina a los grupos de lucha contra el terrorismo. Incluso si falla a favor de los estados, la realidad seguirá siendo la misma: no tenemos el dinero necesario para deportar a todos esos mexicanos. Ni a uno solo. La frontera está abierta de par en par y así permanecerá. No se construirá el muro. El dinero, las armas, las drogas y la gente seguirán cruzando sin control. La orden ejecutiva del presidente solo confirma la realidad: no podemos permitirnos deportar a los mexicanos porque estamos empleando todo el dinero en luchar contra los musulmanes.

Dejó caer los hombros. Exigirle a un abogado del gobierno que no ejerza la ley es como obligar a un bateador de *home run* a golpear la bola suavemente; no está en su naturaleza ni está entrenado para eso. Él quería hacer su trabajo. Plantearse metas

altas. O ejecutar la ley.

—En resumen, entra dentro de la autoridad de la rama ejecutiva describir una política para ejercer la discreción procesal a la hora de ejecutar acciones dentro del marco de la ley existente. Esta orden ejecutiva es un ejercicio de esa autoridad.

Habló con el entusiasmo propio de un alumno de segundo año de instituto que estuviera recitando *Beowulf*.

—Gracias, señor Daniels.

Cerró la libreta y se dirigió a su asiento de un modo fatigoso. La sala estaba vacía salvo por unos cuantos periodistas. Aquel caso había pasado muy desapercibido. El abogado que representaba al estado de Texas ocupó su lugar en el estrado.

—Señoría, en 1986, el presidente Reagan y el Congreso concedieron la amnistía a los tres millones de mexicanos que residían ilegalmente en Estados Unidos. Reagan alegó que merecían una vía que les proporcionara la ciudadanía. Pero eso fue todo. No habría más amnistías. Se cerrarían las fronteras. Los demócratas aclamaron aquel gesto, porque estaban seguros de que los nuevos ciudadanos votarían a los demócratas. Los republicanos advirtieron que garantizar la amnistía a los inmigrantes ilegales solo fomentaría la inmigración ilegal, y que en veinte años habría diez millones de mexicanos residiendo en Estados Unidos de forma irregular. Los demócratas tenían razón; los republicanos se equivocaron. Hoy en día, doce millones de mexicanos residen en Estados Unidos de forma ilegal. Y fíjese: la Corte Suprema dijo que, según la Constitución, los inmigrantes ilegales tienen derecho a recibir beneficios del Estado, como educación y asistencia médica, aunque violaron nuestras leyes de forma intencional al entrar en Estados Unidos. —Sacudió la cabeza—. ¡Qué gran país!

—Señor Thomas, esto es un tribunal, no los programas de debate político de los domingos por la mañana. Por favor, absténgase de editorializar.

—Pido disculpas, señoría.

—Entonces, ¿su opinión es que el presidente debe deportar a todos los mexicanos que residen aquí ilegalmente?

—Sí, señor. La ley de inmigración dice textualmente que «deben ser expulsados», no que pueden.

—¿Y si, como sostiene el gobierno, sencillamente no hay personal ni dinero suficientes para hacer eso?

—El presupuesto del gobierno federal es de cuatro quintillones de dólares. El departamento de seguridad nacional recibe sesenta mil millones. Hay dinero suficiente. Pero aun así

siempre dicen: «No tenemos el dinero». Si no tienen dinero para ejecutar las leyes de inmigración, ¿entonces por qué la orden ejecutiva del presidente concede estatus legal a doce millones de inmigrantes ilegales y todos los beneficios del gobierno asociados al estatus legal? Esas personas tendrán derecho a los correspondientes números de la seguridad social, permisos de trabajo, sanidad, educación, prestaciones sociales, cupones de alimentos, beneficios de desempleo e incluso créditos por ingreso del trabajo que, como todo el mundo sabe, es solo una prestación social, ya que se puede obtener una devolución de la renta incluso sin haber pagado nunca impuestos. Solo ese crédito costará ciento cincuenta mil millones de dólares cada año. Dos veces y media más que el presupuesto de seguridad nacional. Deportarlos costaría menos y se haría solo una vez. Todo esto es una cuestión política, y el presidente quiere que los estados paguen por sus políticas para que él pueda ganar en noviembre. Los mandatos federales de los estados vienen sin fondos federales. Ellos hacen las normas, pero no aportan el dinero.

—No tenemos ese dinero —dijo el señor Daniels.

—Entonces, no hagan las normas —respondió el señor Thomas—. ¿Y por qué coño ha dejado pasar el presidente a esos refugiados sirios después de lo de París?

El señor Daniels se encogió de hombros.

—No los vamos a aceptar —dijo el señor Thomas.

—Tendrán que hacerlo.

—De eso nada. Los estados también tienen derechos.

El señor Daniels se echó a reír.

—¿Desde cuándo?

—Caballeros, centrémonos en el tema —intervino Scott.

—El presidente está jugando a la política —dijo el señor Thomas—. «Conseguiré el voto de los musulmanes, así que, vamos a admitir a 65 000 musulmanes, aunque alguno de ellos quiera matar estadounidenses. Conseguiré el voto hispano, así que, no deportemos a doce millones de mexicanos ilegales». Pero a nosotros nos dice que tenemos que pagar por su política. Texas tiene que pagar al año miles de millones. Quinientos mil inmigrantes ilegales atraviesan la frontera cada año y se quedan aquí porque el presidente les promete que tendrán todo gratis: educación gratuita, sanidad gratuita, hogares gratuitos, comida gratuita, internet gratuito, todo gratuito. ¿Quién no vendría?

—Esa es la ley —dijo el señor Daniels.

—Vamos a cambiar la ley.

—¿Cómo? El presidente tiene que firmar cualquier ley, y nunca volverá a haber otro republicano en la Casa Blanca. Las estadísticas demográficas se han vuelto contra ustedes.

—Y por eso quieren concederle derecho a voto a doce millones de mexicanos ilegales, porque votarán por ustedes. Por eso el presidente no quiere deportarlos.

—¿Y los republicanos sí? Ustedes controlan los dos palacios de congresos. ¿Por qué no proponen debatir una ley basada en un sistema informático a través de la red que solicite a todas las empresas de Estados Unidos que verifiquen el estatus legal de sus trabajadores? Y que les ponga una multa del copón si no lo hacen. Si les quitamos los trabajos, los mexicanos se deportarán a sí mismos. Se irán a casa. Pero la cruda verdad es que los empresarios republicanos quieren a los mexicanos aquí porque son obra de mano barata, lo que pasa es que no quieren que voten. No se puede tener todo.

—De acuerdo, caballeros, centrémonos en la ley. Señor Thomas, ¿el presidente no cuenta con discreción procesal?

—Así es. Pero el orden ejecutivo va más allá de la discrecionalidad procesal. Cambia la ley, como dijo el mismo presidente en su conferencia de prensa oficial cuando anunció la orden ejecutiva. Dijo, y cito: «Solo he pasado a la acción para cambiar la ley».

—Se expresó mal —dijo el señor Daniels.

—Expresó mal la verdad —dijo el señor Thomas—. El Congreso afirmó claramente en la ley de inmigración que las personas que residan en los Estados Unidos *serán* deportadas. La orden ejecutiva del presidente afirma claramente que esas personas no serán deportadas. La ley niega el estatus legal a las personas que residan de forma irregular en Estados Unidos. La orden ejecutiva les garantiza estatus legal. La ley afirma que estas personas no tienen derecho a recibir beneficios del gobierno. El orden ejecutivo afirma que sí. El presidente puede ejercer la discreción procesal. No puede cambiar la ley. Pero eso es exactamente lo que hace el poder ejecutivo. Lo que el presidente dijo públicamente que había hecho: cambiar la ley. El hombre más poderoso del mundo emitió una orden ejecutiva como un niño enrabietado. No obtuvo lo que quería del Congreso, así que intentó cambiar él mismo la ley.

—¿Cómo decidimos nosotros cuándo ha cruzado la línea entre ejercer la discreción procesal y legislar la ley?

—Nosotros no lo hacemos, señoría. Usted sí. Usted decide. Usted es el juez.

Y así fue. Cuando una sociedad ya no comparte valores, creencias, tradiciones, idiomas, sueños —cuando la sociedad es simplemente una colección de extraños que luchan por sus intereses, cuando «nosotros» se convierte en «yo y yo mismo»— hay fricción. Se enfadan entre ellos. Están en desacuerdo. A tu manera o a mi manera, pero nunca a la nuestra. Pero ¿de qué manera? Exigen que sean los jueces quienes decidan. Que arbitren sus vidas. Que decidan qué está bien y qué está mal, qué es legal y qué ilegal, quién gana y quién pierde. Unos ganan, otros pierden y alguien decide. En Estados Unidos, ese alguien es un juez.

—Déjanos entrar.

Jorge Romero soltó el botón del portero automático. Se oyó una voz.

—¿Quién es?

—Jorge. Con una entrega especial de parte de Héctor.

La puerta por la que se accedía al almacén se levantó. Manny condujo la camioneta hacia el interior, y Jorge caminó a su lado. Habían conducido durante toda la noche, sin detenerse. Jorge no pudo dormir; por lo tanto, estaba muy cansado cuando llegaron a Dallas ocho horas después. Envió un mensaje a los árabes, pero ellos se habían negado a que se encontraran durante el día. Así que Jorge y Manny compraron comida y alquilaron una habitación. Eran las siete y media de la tarde.

La puerta se cerró detrás de ellos. Era un almacén de mierda en un polígono de almacenes de mierda. Tenía un tamaño considerable, lo suficiente como para alojar un vehículo de dieciocho ruedas. Y, de hecho, en una esquina había aparcado un camión de diez ruedas sin el tráiler. Era un Peterbilt, un camión de carga negro con una rejilla de cromo enorme y un panel frontal bajo que tenía aspecto de poder ejercer de quitanieves. La cabina estaba a una gran distancia del suelo, tenía un estribo grande con dos escalones debajo de la puerta del conductor. Unas placas de acero se apoyaban contra el lateral del camión y, junto a él, un soldador.

Jorge se quedó pensativo.

—Este lugar apesta —dijo Manny a través de la ventanilla abierta.

Olía a laboratorio de metanfetamina. En otra esquina había una carretilla elevadora y muchos barriles de los que transportan petróleo. Estaban marcados como «FERTILIZANTE» y «NITRATO DE

AMONIO». En la misma esquina había unos cilindros etiquetados con una X sobre una calavera y rotulados en un lateral con las palabras: «PELIGRO» e «INFLAMABLE». Químicos inflamables y fertilizante. No imaginaba a los árabes como granjeros. Su padre había sido granjero en la Sierra Madre; algunos días —como aquel— Jorge Romero deseaba haber seguido los pasos de su pobre padre.

Lo que supuso es que los árabes estaban construyendo una bomba para matar a los gringos. Pero, al estar metido en el negocio de la droga, Jorge sabía que nunca se debe preguntar sobre la naturaleza de los negocios de un hombre. Aun así, odiaba a los putos árabes. Quizás, una vez cruzado el río Grande, de nuevo en México, haría una llamada anónima al FBI para informarles del contenido del almacén.

Aparecieron dos jóvenes. Uno era alto y llevaba unas zapatillas amarillas, y el otro era bajo y tenía una maleta grande en la mano. Los árabes. A Jorge no le hacía mucha gracia tratar con árabes; no confiaba en ellos. Pero no cuestionó al jefe. Solo siguió órdenes.

—Tenemos vuestro cargamento.

—Excelente —dijo el árabe más alto—. Descargadlo.

—Primero el pago —respondió Jorge.

El árabe más alto lo miró con frialdad.

—Me gustaría ver primero lo que he comprado.

Jorge estaba cansado después del largo trayecto desde la frontera. Quería conseguir el dinero y buscar una puta para pasar la noche. Asintió.

—Sí.

Jorge y Manny descargaron los contenedores y los colocaron en el suelo de cemento. El árabe más alto los contó.

—Deberían ser doce.

—Uno de mis hombres, Pedro, se cayó en el río. Una roca perforó el contenedor.

—Entonces solo os debo un millón cien mil.

—Esa mierda mató a Pedro y a otro hombre. Pagadme todo y estaremos en paz.

Jorge y el árabe intercambiaron frías miradas. Esta vez fue el árabe quien cedió.

—Vale. Os haré el pago completo. —Se volvió hacia el otro árabe—. Hermano menor, trae el maletín.

El hermano menor dio un paso al frente con la maleta y la colocó en el suelo. Se agachó y la abrió por arriba. Le dio la

vuelta para que Jorge pudiera ver el interior. Manny se acercó a Jorge y silbó.

Un millón doscientos mil dólares estadounidenses.

Jorge Romero sabía que no debía apartar la mirada de un cliente, pero estaba cansado, hambriento, y su mente solo pensaba en una mujer, en una puta a la que pagaría con su parte del dinero para que pasara la noche con él. Supo que había cometido un grave error cuando levantó la vista del dinero para ver como al árabe alto les apuntaba con un arma.

—¿Qué coño es esto? —dijo.

—El pago completo.

El árabe disparó a Jorge en la pierna. El otro árabe gritó asustado. Jorge cayó al suelo. Le habían disparado antes, siempre dolía muchísimo. Luego, el árabe disparó también a Manny en la pierna, que cayó.

—Abdul, ¿qué estás haciendo? —dijo el árabe bajito.

—Si nos matas —dijo Jorge—, Héctor enviará muchos sicarios al norte para matarte.

—Sí —dijo el árabe llamado Abdul—, pero para cuando lleguen, estaremos en el cielo con nuestro padre.

Se volvió hacia el otro árabe.

—Las máscaras.

El otro se alejó. Putos árabes. Jorge tenía muchos deseos de matarlos, pero el destino le había dado la espalda ese día. Había cometido un grave error, y ahora iba a pagarlo con su vida. Héctor también había cometido un grave error al confiar en los árabes. La gente que ata una bomba a sus propios hijos y los envía a la muerte no es de fiar. Matar era el trabajo de un hombre, no un trabajo para los hijos de Dios.

Jorge se santiguó.

Beckeman estaba sentado delante del televisor, bebía cerveza mientras veía *Salvar al soldado Ryan.* Veía muchas películas. Acción. Aventura. Intriga. Incluso dramas de vez en cuando. Pero nunca comedias románticas. El romance no tenía nada de divertido.

Miró el reloj. Las 20:00. Faltaban treinta y siete horas para la audiencia de detención, y no habían encontrado pruebas contra Mustafá. Era como tener que probar que Satanás era malo.

«¡Joder, mira a tu alrededor!», se dijo.

Paró el DVD y cambió el canal para ver las noticias de la Fox.

En la pantalla vio al fiscal general, J. Hamilton McReynolds III, sentado en primera fila con los demás secretarios del gabinete, los jueces del tribunal supremo y los jefes del Estado Mayor Conjunto, todos mirando con admiración al presidente y comandante en jefe.

—¡Hemos ganado!

La Constitución requiere que el presidente «dé de vez en cuando al Congreso información sobre el Estado de la Unión». Así que, esa noche, el presidente estaba en el podio, en la Cámara de Representantes en Washington D. C., haciendo lo que habían hecho todos los presidentes desde George Washington: informar al Congreso del Estado de la Unión. El discurso de George de 1790 era el más corto que se hubiera registrado, con tan solo 1 089 palabras. Así era George. El discurso de Bill Clinton de 1995 era el más largo, con 9 190 palabras. Así era Bill. Thomas Jefferson envió mensajes escritos al Congreso. Así era Tom. El presidente Truman hizo el primer discurso del Estado de la Unión televisado en 1947, desde entonces, el discurso anual ante la sesión conjunta del Congreso y la nación se había convertido en un gran drama político en Estados Unidos. El presidente ofrecía su estado de la Unión y le explicaba a la gente por qué había hecho un buen trabajo liderando el país durante el último año; después, la oposición respondía explicando por qué el presidente no dice más que mentiras. La política en Estados Unidos.

—Hemos derrotado a los terroristas que querían destruir nuestra Super Bowl. ¡Nuestra forma de vida! ¡Por la gracia de Dios, eso no va a ocurrir mientras yo esté vigilando!

Mac se levantó y aplaudió al presidente, al igual que todos los miembros del Congreso a ambos lados del pasillo; los demócratas estaban sentados en un lado y los republicanos en el otro. El presidente era demócrata, pero los republicanos sabían que el pueblo estadounidense quería que los partidos se unieran en la lucha contra el terrorismo. Querían estar a salvo, al menos en Estados Unidos. No querían que los demócratas y los republicanos luchasen entre sí; querían que luchasen contra los terroristas. Ambos partidos comprendían ese sentimiento. Así pues, la guerra contra el terrorismo trascendía a la política. El presidente era el doble de exigente que George W. Bush. Ser demócrata le daba pase libre con la prensa liberal. Había aumentado los ataques con drones un novecientos por cien; había matado más musulmanes con los drones de los que Bush hubiera soñado. Guantánamo aún albergaba terroristas islámicos. Osama

estaba muerto, asesinado a manos de soldados estadounidenses en Pakistán. Como bien dijo el presidente, «tenemos el derecho de matar a cualquiera, en cualquier parte, en cualquier momento».

No se podía evitar querer al presidente.

—La mayoría de los presidentes no admitirán sus errores. Yo sí. Cometí un error con Guantánamo. Hice campaña para que cerrasen el campo de prisioneros. Pensaba que estaba mal detener a seres humanos sin un juicio justo. Y lo está. Pero después de tomar posesión del cargo y descubrir quiénes eran los prisioneros, lo que habían hecho y lo que querían hacer (sencillamente, matar estadounidenses hasta el día de su muerte) me di cuenta de dos cosas: una, no son seres humanos. Los seres humanos tienen conciencia. Ellos no. Son seres malvados. Cuerpos humanos poseídos por el mal. Pura maldad. Y dos, no podíamos cerrar Guantánamo. Es imposible enviarlos al infierno al que pertenecen, así que la mejor opción es Guantánamo. He autorizado la puesta en libertad de prisioneros que ahora son comandantes en las fuerzas del Estado Islámico de Irak y el Levante. Los teníamos y los dejamos marchar, y ahora tenemos que luchar contra ellos otra vez. Eso fue un error por mi parte.

Mac suspiró. ¿El Estado Islámico de Irak y Siria o el Estado Islámico de Irak y el Levante? Los medios escogieron el primero, y el presidente el segundo, por razones que Mac no alcanzaba a comprender. Por supuesto, los teóricos de la conspiración tenían su propia opinión sobre el asunto: el Levante comprende un área más amplia en Oriente Medio, incluyendo Israel; así que, cuando el presidente (un musulmán encubierto) dice Estado Islámico de Irak y el Levante, le está diciendo a los musulmanes de Oriente Medio que, de un modo encubierto, no reconoce Israel como nación soberana, sino como un territorio perteneciente al Dáesh. Eso es lo que le pasa por la mente de alguien que ve demasiado las noticias de la Fox.

—En 2004 tuvimos al líder actual del Estado Islámico, Abu Bakr al Baghdadi, en custodia en Camp Bucca, en Irak. En 2009, lo pusimos en libertad porque no constituía una amenaza. Eso también fue culpa mía. Ahora es el supuesto califa Ibrahim. Es responsable de decenas de miles de muertes inocentes, de centenares de decapitaciones y crucifixiones de civiles, de ejecuciones en masa de cristianos, del uso del gas sarín en Siria y del tráfico sexual de miles de mujeres y niñas. Él personalmente violó repetidamente a la niña estadounidense que tenían de rehén, Kayla Mueller, antes de que muriera. Decía que era su dueño. ¡Su dueño! Una niña estadounidense. Su abuso y su muerte me persiguen. Y siempre lo harán. Antes no me imaginaba

la maldad de la gente contra la que estamos luchando. Ahora sí.

En la sala se hizo el silencio absoluto. Entonces el presidente hizo algo que Mac nunca le había visto hacer: obvió el *teleprompter*. Se desvió del texto de su discurso preparado. Habló desde el corazón, un órgano que Mac no creía que habitase en su cuerpo.

—A Al Baghdadi le digo lo siguiente. Dices ser descendiente directo del profeta Mahoma. No lo eres. Eres descendiente directo de Satanás. Eres el demonio personificado. Hacer lo que le hiciste a esa dulce niña en el nombre de Dios es obra de Satanás. Eso es la maldad. Eres malvado. Y hago una promesa solemne: te enviaré al infierno al que perteneces. Así que mira al cielo, Abu, porque un día, muy pronto, un misil con tu nombre en él te llevará de viaje sin retorno al inframundo. ¡Como presidente de los Estados Unidos de América, te lo garantizo!

Mac saltó de su asiento y aplaudió tan fuerte que las manos le dolieron. Toda la sala se llenó de aplausos, vítores y gritos ensordecedores de apoyo. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Lloraba por la pequeña Kayla. Lloraba porque, después de setenta y dos años de vida, por fin había visto a un presidente estadounidense alzarse contra la maldad en el mundo. Alzarse por los inocentes como Kayla. Tirar por la borda las preocupaciones sobre si iba a volver a salir elegido y ser el presidente de los Estados Unidos de América. Ser el líder del mundo libre. No se había sentido más orgulloso en su vida.

En la mayoría de los temas del día, Beckeman estaba en desacuerdo con el presidente. Pero ahora estaba de pie, solo en su sala de estar, haciendo el saludo militar a su comandante en jefe.

Mac fue la última persona de la sala en sentarse. La ovación había durado diez minutos, tal vez más. No había un solo ojo seco. Eso significaba algo; conseguir que los senadores y miembros del Congreso llenos de prejuicios llorasen por algo que no fuera una derrota en las reelecciones era muy significativo. El presidente volvió a hablar.

—Ahora tenemos a Omar al Mustafá bajo custodia. No en Guantánamo. No en Irak. Sino en Dallas. No cometeré el mismo error tres veces. He aprendido la lección a la hora de lidiar con terroristas: cuando se tienen bajo custodia, se mantienen así. Y ahí es exactamente donde va a quedarse.

Los miembros volvieron a aplaudir. El presidente levantó una mano para mandarlos callar.

—Hemos ganado esta vez, pero tenemos que ganar siempre. Ellos no. Solo necesitan hacerlo una vez. Una vez al año. Una vez en una década. Una vez en la vida. Tuvimos el trágico ataque de California, un ataque inspirado por el Estado Islámico pero no organizado por él. No ha habido ningún gran ataque terrorista coordinado en el país desde el 11-S, y no lo habrá mientras yo esté vigilando. Esta es mi promesa solemne al pueblo estadounidense. Pero para cumplir esa promesa, necesitamos más fondos para el FBI y la seguridad nacional. De esta forma, nunca volveremos a sufrir un ataque aquí en casa.

Esa era una norma básica en política: no desperdiciar una buena crisis. Buscar más dinero en forma de impuestos. Y si se trata de proteger a la nación del terrorismo, la gente pagaría. Pagarían lo que hiciera falta para sentirse a salvo en sus casas, oficinas y estadios deportivos.

—En otro orden de cosas…

El presidente pasó a la parte aburrida del discurso —Mac había recibido una copia por adelantado para que lo revisara— así que el fiscal general volvió a pensar en Dallas. Beckeman había entregado el informe: no habían encontrado pruebas contra Mustafá. Ahora dependía del juez. La audiencia de detención se celebraría el viernes, y el juez tendría que tomar una decisión para el lunes. La independencia judicial solía ser algo bueno, pero había excepciones.

—Están persiguiendo el sueño estadounidense —continuaba el presidente—, aunque sean mexicanos. Mi orden ejecutiva mantendrá a las familias unidas, y de eso es de lo que trata Estados Unidos: de las familias.

Beckeman no tenía familia, ni de México ni de ninguna otra parte. Así que estaba sentado solo delante del televisor. Se había resignado a vivir una vida solitaria por trabajo. Era bueno en él, y alguien tenía que hacerlo. Había que hacerlo.

Al mirar al presidente que estaba de pie delante del Congreso, pensó en los hombres que habían creado el país. Lo habían dado todo para crear Estados Unidos. La última frase de la Declaración de Independencia resumía en qué consistía la libertad: «Así que, para sostener esta declaración con una firme confianza en la protección divina, nosotros empeñamos mutuamente nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado

honor». La libertad no era gratuita. Requería sacrificio. Requería una lucha. Cincuenta y seis hombres firmaron la Declaración, incluyendo a Thomas Jefferson, Benjamin Franklin, John Hancock y Samuel y John Adams. Pero no a George Washington. Ese día, él estaba al mando del Ejército Revolucionario defendiendo la Isla de Manhattan de los británicos. Era un soldado, y estaba haciendo lo inherente a un soldado: luchar por la libertad, poner su vida en riesgo por Estados Unidos. Beckeman no era George Washington, pero era un soldado. Luchaba por la libertad, ponía su vida en riesgo por Estados Unidos.

Hay cosas por las que vale la pena morir.

El árabe que estaba con Abdul volvió con dos máscaras de gas. Ambos se las colocaron. Entonces, Abdul disparó al contenedor más cercano a Jorge y Manny. Un líquido claro empezó a salir por el agujero. Jorge no olía ni saboreaba nada, pero había visto los cuerpos inertes de Ricardo y Pedro en el río. Sabía que pronto pasaría algo terrible. Treinta segundos más tarde, sucedió. El pecho de Jorge se hundió sobre sus pulmones, y supo que nunca volvería a caminar con otro par de botas de cowboy hechas a mano por Juan Castillo.

—Observa cómo mueren —dijo Abdul—. Es una muerte horrible.

Los observó horrorizado mientras los mexicanos daban bocanadas, intentando respirar. Vio en sus ojos oscuros el deseo de matar a los dos árabes que estaban de pie frente a ellos, pero sus cuerpos no podían cumplir ese deseo. Sus cuerpos solo eran capaces de quedarse allí tendidos y retorcerse de dolor. Se arañaron el pecho, como si estuvieran intentando abrir un agujero en él para respirar. Hundieron las uñas con más fuerza hasta que rasgaron la camiseta y se provocaron heridas que empezaron a sangrar. Babearon y luego vomitaron de forma incontrolable. Sus cuerpos convulsionaron, se mearon encima… y, finalmente, abrieron mucho los ojos, aunque las pupilas se contrajeron hasta convertirse en dos minúsculos puntos. Y, entonces, se acabó. Estaban muertos.

Al hedor a vómito se unió el hedor a mierda. Sintió cómo se le revolvía el estómago y empezaba a dolerle; corrió al extremo más alejado del almacén, se arrancó la mascarilla y vomitó. Había ido demasiado lejos. Abdul había hablado a menudo de matar, pero nunca lo había hecho. Hasta ahora. Su hermano mayor acababa de matar a dos hombres. Vale, eran mexicanos, pero aun

así… Pensaba que a Abdul se le pasaría esa obsesión de matar, decapitar y del yihadismo, que perdería el interés, como había perdido el interés por el fútbol. Aunque eso solo había ocurrido cuando se obsesionó con la yihad. Quería salir corriendo, huir de aquel almacén, coger un coche e irse lejos. A algún lugar lo más apartado posible. A cualquier sitio. No quería formar parte de esa locura. Se limpió la boca, volvió a colocarse la mascarilla y volvió con su hermano.

—Abdul, ¿por qué has hecho eso?

—Quería ver cómo esto —señaló los bidones— mataba a esos dos mexicanos. Ahora sé que este tipo de muerte les conviene a los estadounidenses.

—Los mexicanos se mueren por venir a Estados Unidos —dijo el presidente—. Arriesgan sus vidas para cruzar la frontera. Para darle a sus familias una vida mejor.

El otro lado de la sala se revolvió. La inmigración era una especie de carnaza para los republicanos; el presidente acababa de lanzarles un pedazo fresco.

—Le he pedido a este Congreso una reforma de la ley de inmigración desde el día en que asumí el cargo. Pero los republicanos se han opuesto a todos mis esfuerzos por hacer concesiones. Así que, reformé la ley yo mismo. ¡Yo mismo cambié la ley!

Mac hizo una mueca. Deseaba que el presidente dejase de decir aquello.

—Presenté una orden ejecutiva que garantizaba la amnistía de los doce millones de mexicanos que viven aquí en la sombra; gente trabajadora, respetuosa de las leyes y temerosa de Dios que quiere vivir una vida mejor. Veintiséis estados me han demandado en la corte federal para anular la orden. Ganaré esa batalla también. Los doce millones de mexicanos ganarán esa batalla. Se habilitará el proceso para la concesión de la nacionalidad, para que un día también ellos puedan votar. Los republicanos deberían tener eso en cuenta. Un día, votarán.

Ese era el sueño de Diego Peña: votar en Estados Unidos, al

menos una vez, antes de morir. Ser un ciudadano estadounidense en el momento de su muerte. Saber que su esposa, Sofía, era una ciudadana estadounidense. Que nunca sería deportada.

¿Era pedirle mucho a la vida?

A menudo le preguntaba eso mismo a Dios. Durante los últimos treinta y dos años, la respuesta había sido sí. Era demasiado pedir. Así que vivían en la sombra de Estados Unidos, ni aquí ni allí, ni ciudadanos ni votantes, ni mexicanos ni estadounidenses. Y ahora el presidente prometía que un día vivirían bajo la luz del sol, que serían ciudadanos estadounidenses, que votarían. Diego Peña lloró de emoción.

Cat Peña se enjugó una lágrima que caía por su mejilla. Sus padres estaban sentados delante del televisor, casi reverenciando al presidente, como si se tratase del Papa celebrando misa. Estaba ofreciéndoles la salvación, la amnistía, la nacionalidad, seguridad. Habían huido de los cárteles con el objetivo de alcanzar la seguridad en el norte. Estados Unidos ofrecía asilo a los refugiados de las guerras contra el terrorismo en Somalia, Irak, Egipto y Siria, pero no de México. Tal vez eso requeriría un reconocimiento desagradable por parte de Estados Unidos: que los estadounidenses ayudaban y eran cómplices de los terroristas mexicanos. Los estadounidenses fundaban los cárteles; enviaban cuarenta mil millones de dólares al sur cada año, un dinero que pagaba drogas ilegales. Los estadounidenses financiaban a los cárteles; les vendía 10 000 armas de alta potencia a los cárteles cada año. Estados Unidos era cliente y cómplice de los cárteles; los financiaba, los armaba y luego negaba tener responsabilidad alguna para con ellos. Si se sabe que el dinero se va a utilizar para corromper a policía y políticos y comprar armas que se utilizarán para matar a mexicanos inocentes, ¿no se es tan culpable como los gauchos de los cárteles que aprietan el gatillo? Si en Estados Unidos asesinasen a estadounidenses, la respuesta sería sí. La acusación sería de asesinato. Pero en México solo mataban mexicanos, así que el consumo de drogas de los estadounidenses era solo «recreacional». Decirle a las familias de los mexicanos muertos que todo se debía a la diversión de algunos quizás les aliviará el dolor.

—A los republicanos también nos encanta el fútbol, así que aplaudimos al presidente por continuar con la política de Bush en materia de guerra contra el terrorismo. Esa política ha salvado la

Super Bowl.

El líder del grupo mayoritario en el Senado estaba dando la respuesta republicana al discurso del presidente del Estado de la Unión. Mac tenía que oír eso.

—Pero no estamos de acuerdo con el presidente en el tema de inmigración. La decimocuarta enmienda, que garantiza la nacionalidad a cualquier persona nacida en suelo estadounidense, ha sido utilizada en exceso por muchísima gente que viene aquí solo para tener bebés estadounidenses. El FBI ha arruinado una trama de turismo de maternidad que traía mujeres asiáticas embarazadas a California, las metía en hoteles de lujo y las llevaba de compras hasta que nacieran los bebés. Cuando eso sucedió volvieron a casa, conscientes de que un día sus hijos podrían volver a Estados Unidos y disfrutar de los beneficios de la nacionalidad estadounidense, aunque sus padres nunca hubieran cotizado, ni pagado impuestos allí. Ese no es el estilo estadounidense. Somos gente generosa, pero no nos gusta que se aprovechen de nosotros. Y eso es lo que nos están haciendo estas personas. Creemos en las normas de la ley; esta gente no. Así que debemos deportar a los doce millones de extranjeros ilegales. Entonces deberán solicitar visas de acuerdo con la ley, como lo han hecho siempre millones de inmigrantes legales. Nosotros obedecemos la ley. No esperamos quebrantarla de forma intencionada y recibir una recompensa por ello. Esperamos recibir un castigo. Eso también es Estados Unidos. Si los recompensamos con la nacionalidad por quebrantar la ley, ¿cómo voy a decirles a mis hijos que obedezcan la ley? Que respeten la ley. ¿Por qué no iban a evadir impuestos ellos? ¿Por qué no iban a saltarse un *stop* cuando no hay un policía cerca? ¿Os habéis fijado en que los estadounidenses se detienen en las señales de *stop* y los semáforos en rojo incluso cuando no hay policías cerca? ¿Incluso cuando no hay otros coches? ¿Por qué hacemos eso? Porque es la ley. Somos personas que cumplimos la ley. Respetamos las normas de la ley. Los extranjeros ilegales no. Ellos quebrantaron nuestra ley a sabiendas y de un modo intencionado, y ahora quieren que los recompensemos en lugar de castigarlos.

Capítulo 9

Jueves, 21 de enero

Diecisiete días antes de la Super Bowl

El jueves la vida había vuelto a la normalidad o, al menos, todo lo normal que puede ser la vida con veintitrés presuntos terroristas islámicos residiendo diez pisos por debajo de la sala de justicia y el equipo SWAT del FBI haciendo guardia fuera. Los manifestantes habían disminuido; solo quedaban unos pocos empecinados. Los demás habían vuelto al trabajo. La atención de las chicas se había desvanecido, pero las invitaciones a Scott para dar charlas no. Le habían invitado a hablar en reuniones de Colegios de Abogados locales, estatales y nacionales, clubes cívicos y banquetes deportivos en los institutos y universidades locales. Él rechazó todas las invitaciones.

—Quiere otro bebé —dijo Bobby—. Y ser madre a tiempo completo. He creado un monstruo.

—¿No le gusta trabajar para el juez?

—No quiere que una niñera críe a nuestro hijo. ¿Rebecca era así?

—No.

Scott y Bobby Herrin eran amigos desde el noveno curso, cuando vivían de alquiler en Highland Park. Scott jugaba al fútbol, así que había ascendido en el mundo y se había llevado a Bobby con él. Fueron Batman y Robin durante el instituto, la universidad y la Facultad de Derecho, hasta el día en que Scott empezó a trabajar con Ford Stevens. Dejaron de verse durante once años, hasta que el juez Buford asignó a Scott como representante de la madre de Pajamae y él intentó pasársela a Bobby. Shawanda se negó. Scott lo perdió todo, pero recuperó a su mejor amigo. Bobby no le guardaba rencor; era una buena persona. Scott le pasó un caramelo de mantequilla.

—¿Qué haré si deja el trabajo? —dijo Scott.

—¿Que qué harás? ¿Y yo? Gana ochenta y cinco mil dólares.

—¿Necesitáis su sueldo?

—Necesitarlo quizá no, pero está bien tenerlo. A ver, yo gano ochenta y cinco al año, eso es una fortuna para mí. Pero la casa es una fuente permanente de gastos… —Habían comprado una casa antigua en M Streets y la estaban renovando habitación por habitación—. Y si tenemos otro hijo…

—Quizá podría trabajar desde casa y venir para los juicios.

—¿Crees que eso funcionaría?

—Ella puede pensar igual de bien en casa.

—Gracias, Scotty. —Se relajó, como si acabaran de decirle que no tenía cáncer. Después de un instante, añadió—: ¿Estás preparado para mañana?

—Tan preparado como puedo estarlo. Mike Donahue, Frank Turner y el hombre más peligroso de Dallas… ¡Será interesante!

—¿Crees que Mustafá testificará?

—Frank no es tan estúpido. No le dará a Mike Donahue la oportunidad de acosar a su cliente.

—Frank estaba realmente asustado. Me pregunto qué le dijo Mustafá.

—¿Nada? —preguntó el fiscal general.

—Nada —dijo Beckeman.

Mike Donahue lo había llamado poco antes del mediodía a la sede central del FBI.

—Así que mañana por la mañana entraré en el tribunal con las manos en las pelotas.

—Estaré contigo… No te sostendré las pelotas, pero allí estaré.

—Más te vale. Eres el único testigo que tengo.

Suspiró como si un camión repartidor de leche acabase de atropellar a su perro.

—Frank Turner va a darme una paliza.

«Los padres de Bitzy han presentado una queja contra Boo por darle un puñetazo el día del partido de baloncesto. Juez Fenney, detesto sacar este tema justo ahora. Sé que está ocupado luchando contra esos terroristas musulmanes, pero tenemos unos procedimientos sobre el acoso escolar que hay que seguir».

El correo de la directora apareció en la pantalla justo cuando Bobby salía del despacho de Scott. La chica rubia había acosado a

Pajamae, pero ahora sus padres afirmaban que era Boo quien la había acosado a ella. Parecía que el mundo estaba lleno de acosadores últimamente.

—«Infundiremos el terror en el corazón de los infieles».

Omar al Mustafá sostenía el Corán. Lo movió por encima de su cabeza. Golpeó el aire con él. Lo llevaba como si fuera un arma. Tal vez lo fuese. Recitaba pasajes sin cesar:

—«Dios es el enemigo de los infieles. Dios no ama a los infieles. Los infieles son tu enemigo habitual. No te lamentes por los infieles. La única fe verdadera en la visión de Dios es el islam. Que la maldición de Dios caiga sobre los infieles. Desata la guerra contra ellos hasta que cese la idolatría y la religión de Dios reine de forma suprema». —Hizo una pausa para generar expectación y sostuvo el Corán frente a la cámara—. Estas no son mis palabras. Es la palabra de Dios. ¿Vamos a ignorar la palabra de Dios? ¿Su deseo? ¿Sus órdenes? Los estadounidenses vinieron a la patria de los musulmanes a difundir la democracia a través de la violencia. ¿Por qué no pueden ir los musulmanes a la patria de los estadounidenses y difundir la ley islámica a través de la violencia? ¿Por qué los estadounidenses pueden ser violentos con los musulmanes, pero los musulmanes no pueden serlo con los estadounidenses? El ejército de los Estados Unidos cree que puede externalizar su guerra contra el islam. Creen que pueden contratar musulmanes para matar musulmanes. Se han gastado veinticinco millones de dólares para entrenar y equipar al ejército de Irak. Pero cuando las fuerzas del Estado Islámico se adentraron en Mosul, los iraquíes tiraron las armas y se quitaron los uniformes. ¿Por qué? Porque sabían que las palabras de la bandera del Dáesh decían la verdad: «No hay más dios que Dios. Mahoma es el mensajero de Dios». Porque el Corán prohíbe que un musulmán mate a otro musulmán. Porque los musulmanes están unidos en su lucha contra los cristianos y los judíos. Por tanto, morirán, como dicta el Corán. El mesías volverá a la tierra. Derrotará al anticristo. Purificará el mundo de infieles. Conquistará el mundo por el islam. Así está escrito. Así se hará.

Las niñas estaban durmiendo y Scott veía uno de los vídeos del imán en YouTube que se mencionaba en el informe de detención. Como estadounidense, Scott no apreciaba el punto de vista de Mustafá; como juez del distrito estadounidense, sabía que la Primera Enmienda garantizaba la libertad de expresión. Sonó el teléfono. Era el fiscal general desde Washington.

—¿También tienes mi teléfono de casa?

—Y tu móvil.

—¿Y mi correo electrónico?

—Tu niña parece una buena boxeadora. ¿De verdad tumbó a Bitzy? Con ese nombre, estaba suplicando que le dieran un puñetazo.

Mac se echó a reír.

—¿Cómo has accedido a ese correo?

—Se llama Agencia de Seguridad Nacional, Scott.

Trabajar para el gobierno federal entrañaba una nueva desilusión cada día que pasaba. Empezó a debatir sobre el derecho a la privacidad con el fiscal, pero decidió no malgastar su aliento.

—¿Viste el Estado de la Unión? —preguntó Mac.

—Sí.

—El presidente estaba muy contento.

—Eso parecía.

—No le quites esa felicidad.

—¿Y cómo podría yo hacer eso?

—Soltando a Mustafá.

—¿Este caso ha llegado al presidente?

—Ha estado en su mesa desde que recibimos la llamada anónima. Scott, hablamos de la Super Bowl. Una amenaza creíble se coloca primera en la lista.

—Oiré las pruebas mañana.

—¡No hay pruebas! ¡Ya te lo dije! ¿No me estabas escuchando? —Exhaló pesadamente—. ¿Por qué te concentras tanto en las pruebas?

Esta vez fue Scott quien se echó a reír.

—Porque soy juez. Porque mañana estaremos en un tribunal. Porque la Constitución exige la existencia de pruebas para mantener a una persona bajo custodia.

El fiscal general no dijo nada, pero Scott lo oía respirar.

—Eres joven, Scott. Los jueces de la Corte Suprema son hombres mayores. Pronto habrá una plaza en la corte. El presidente nominará al próximo juez. Podrías ser tú. El juez que mantuvo la Super Bowl a salvo. Eso te aseguraría la confirmación del Senado por aclamación.

Más desilusiones.

—¿Todo es política, Mac?

—No. Decidir quién se sienta en la Corte Suprema sí lo es, pero decidir quién vive o muere en la Super Bowl el domingo no. Eso no es política, ni tampoco materia judicial. Es la realidad. Mustafá quiere matar estadounidenses. El presidente no va a permitírselo. Te está pidiendo ayuda. Yo te la estoy pidiendo. Scott, sirvo a discreción del presidente.

—Yo no.

—Me gustaría conservar mi trabajo, pero más importante que eso, me gustaría mantener al pueblo estadounidense a salvo.

Sonaba sincero, y a Scott no le cabía duda de que lo era. El fiscal general había servido en Vietnam; había sido prisionero de guerra durante dos años. Su país lo había abandonado, pero él nunca había abandonado a Estados Unidos. Karen había buscado en Google a J. Hamilton McReynolds III y le había escrito una nota a Scott. No permitía que su juez estuviera desinformado.

—Estoy viendo a Mustafá en YouTube —dijo Scott.

—¿Y crees que es un buen tipo?

—No. Pero podría ser un tipo inocente. Al menos de este crimen.

—Justicia acumulativa, Scott. Un día demostrará lo culpable que es. Y gente inocente morirá.

Capítulo 10

Viernes, 22 de enero

Dieciséis días antes de la Super Bowl

—Los Estados Unidos de América contra Omar Mansour, también conocido como Omar al Mustafá, *et al.* Audiencia de detención.

La voz estruendosa de Louis hizo eco en la sala abarrotada. Scott estaba sentado detrás de la mesa; Bobby, Karen y Carlos ocupaban sus posiciones habituales. El fiscal general Mike Donahue y el agente Beckeman estaban sentados detrás de la mesa de la acusación; Frank Turner y Omar al Mustafá, tras la de la defensa. Mustafá estaba esposado, igual que los demás acusados que estaban sentados en el estrado y en sillas plegables supletorias dado que no cabían todos en el mismo lugar. Todos sabían que el destino del imán determinaría el de todos los demás. Si el imán salía, ellos salían; si no salía, ellos tampoco. Scott tomó la palabra.

—El gobierno ha solicitado la detención previa al juicio de todos los acusados y ha emitido un escrito que apoya la moción. Según la Ley de Reforma de Fianzas, debe celebrarse una audiencia de detención antes de que los acusados sean detenidos antes del juicio. Esta audiencia no trata la cuestión de si los acusados son culpables o inocentes de los cargos de los que se les acusa. Esa cuestión se determinará en el juicio. El propósito de esta audiencia es determinar la idoneidad de los acusados para disfrutar de libertad condicional, y de ser así, las condiciones, si es que las hay, de su puesta en libertad. El tribunal tiene que responder dos cuestiones para llegar a esa conclusión: Primera, ¿existe riesgo de que los acusados escapen? Y segunda, ¿suponen un peligro para la comunidad? Si la respuesta a estas dos preguntas es negativa, los acusados deben ser puestos en libertad bajo fianza. Si la respuesta a una o a ambas preguntas es positiva, debo establecer unas condiciones para su puesta en libertad que aseguren que se presentarán en el juicio y que garanticen la seguridad de la comunidad. Los acusados solo serán detenidos si

no existen esas condiciones. Es labor del gobierno demostrar con pruebas claras y convincentes que existe peligro de fuga por parte de los acusados, o que suponen un peligro para la comunidad, y que esas condiciones no existen. Sin embargo, según el Acta, el cargo de conspiración para usar armas de destrucción masiva conlleva la presunción de que no existen esas condiciones; por lo tanto, los acusados deben presentar alguna prueba relevante de que no hay peligro de fuga o de que no supondrán un peligro para la comunidad, o de que esas condiciones sí existen.

La expresión del imán no había cambiado desde la lectura de cargos, pero la de los otros acusados sí. Ya no parecían fieros luchadores; parecían derrotados, resignados a su destino, como los alumnos que saben que han suspendido el examen. Una semana en la cárcel tiene ese efecto.

—El acta requiere que el tribunal considere varios factores para determinar la idoneidad de los acusados para la libertad bajo fianza y sus condiciones. Estos factores son: uno, la naturaleza y las circunstancias de la ofensa, y en concreto si es un crimen violento o un acto terrorista; dos, el peso de las pruebas contra los acusados; tres, el historial y comportamiento de los acusados; y cuatro, la naturaleza y gravedad del peligro que supone la puesta en libertad de los acusados para cualquier persona o comunidad.

Después de oír la petición de Frank el día anterior, Scott se encontró a sí mismo deseando que el gobierno hubiese encontrado pruebas condenatorias contra los acusados.

—Esto es una audiencia probatoria. Las dos partes pueden presentar pruebas y testigos. La parte contraria puede interrogar a los testigos de la otra parte. Sin embargo, si un acusado declara a su favor, el gobierno no puede hacer preguntas sobre los méritos de los cargos de los que se le acusa, sino tan solo sobre si hay riesgo de que huya o si supone un peligro para la comunidad. La reglamentación sobre pruebas no se aplica. El testimonio de oídas es admisible. Se pueden ofrecer pruebas en un acuerdo de cooperación, sin necesidad del propio conocimiento del testigo. Este es un procedimiento informal. ¿Alguna pregunta sobre el procedimiento?

No había preguntas por lo que continuó.

—Abordaremos los factores de forma que descartemos el más fácil primero. El historial y comportamiento de los acusados y la naturaleza y la gravedad de cualquier peligro que pudiera suponer su puesta en libertad son, en esencia, lo mismo. Las características reglamentarias incluyen el estado físico y mental, vida familiar, empleo, recursos financieros, duración del tiempo

que han pasado en la comunidad y sus lazos con la comunidad, abuso de drogas o alcohol y antecedentes penales. El tribunal ha asignado a una oficial de Servicios Previos al Juicio para que entreviste a los acusados y haga una recomendación a la hora de poner en libertad o detener a cada uno de los acusados, además de las condiciones de la puesta en libertad. Señorita O'Brien, por favor, acérquese.

Sherry O'Brien avanzó y se sentó en el banquillo de los testigos. De mediana edad, llevaba quince años en el puesto y no aguantaba tonterías de los acusados ni de los jueces.

—Señorita O'Brien, ¿ha entrevistado a los acusados y entregado los informes de puesta en libertad al tribunal y a ambas partes con sus recomendaciones?

—Sí y no, señoría.

Esa no era la respuesta que esperaba. Scott se volvió hacia ella.

—Por favor, explíquese.

—Intenté entrevistar a los acusados, pero todos se negaron a hablar conmigo.

—¿Por qué?

—Decían que usted les había dicho que tenían derecho a guardar silencio.

Scott suspiró.

—Bueno, lo dije, ¿verdad?

—Sí, señor, lo dijo. Pero redacté un informe con la información que pude encontrar; lo más relevante es que ninguno de los acusados tiene antecedentes penales.

—¿Nada de nada?

—No, señor. Pero sin haber hecho las entrevistas, no podría hacer ninguna recomendación al tribunal.

—¿Algo más, señorita O'Brien?

—Sí. Tres de los acusados son ciudadanos extranjeros, de Pakistán, se les han caducado las visas y están residiendo en Estados Unidos de manera irregular.

Uno de los acusados saltó de la silla.

—¡El presidente dijo que podíamos quedarnos!

Louis se movió en su dirección, pero Scott lo detuvo levantando la mano. El acusado no presentaba ningún peligro, estaba esposado.

—Señor, si permanecerá en el país o no, es una cuestión que se debatirá otro día. La cuestión de hoy es si permanecerá en

prisión.

El acusado se sentó y Scott se volvió hacia la señorita O'Brien.

—Gracias. Puede retirarse.

Volvió a su asiento. Scott se dirigió a los abogados:

—¿Alguna de las dos partes quiere presentar pruebas sobre este factor?

Mike Donahue se levantó.

—Señoría, nuestras pruebas consisten en un testimonio del agente del FBI a cargo del caso. Nos gustaría tratar todos los factores al mismo tiempo durante su testimonio.

—¿Alguna objeción, señor Turner?

—No, señoría.

—El siguiente factor es la naturaleza y las circunstancias de la ofensa. Los demandados han sido acusados de conspirar para usar armas de destrucción masiva. Como he dicho, esta ofensa lleva implícita una presunción refutable de detención. Por tanto, el factor final, la ponderación de pruebas contra los acusados, es fundamental para determinar si habrá puesta en libertad o detención. Señor Donahue, por favor, presente el caso del gobierno.

Donahue se levantó y anunció:

—El gobierno llama al agente especial del FBI, Eric Beckeman.

El alto agente dio unas zancadas hasta el banquillo de los testigos como el marine que había sido antaño. Louis le tomó juramento y él se sentó muy derecho. Donahue lo interrogó desde el podio.

—Agente Beckeman, usted está a cargo del Grupo de Lucha Contra el Terrorismo, ¿correcto?

—Así es.

—¿Su trabajo consiste en proteger a la nación de actos terroristas dentro de nuestras fronteras?

—Lo es.

—Y en esa capacidad, ¿ha capturado o matado terroristas islámicos?

—En efecto.

—Antes de eso, sirvió como capitán en el Cuerpo de Marines en Afganistán y…

—Señoría —dijo Frank—, estamos de acuerdo en que el agente Beckeman sabe lo que hace. Ya que no hay jurado a quien

persuadir, quizá el gobierno puede ahorrarse su biografía. En virtud del tiempo.

—Eso depende del señor Donahue… pero menos es más.

—Está bien, señoría —dijo Donahue—. Agente Beckeman, ¿considera que Omar al Mustafá presenta el riesgo de huir?

—Sí.

—¿Lo considera un peligro para la comunidad?

—Sí.

—¿En qué basa su opinión?

—En él. En sus propias palabras. Lo que ha escrito y lo que ha dicho. Odia Estados Unidos y quiere que los estadounidenses mueran.

—Señoría —dijo Donahue—, los textos del acusado Mustafá están incluidos en los documentos probatorios de nuestro informe. Puedo pedirle al agente Beckeman que recite fragmentos, pero si ha leído nuestro informe…

—Lo he leído.

—Entonces no hay necesidad de repetir sus palabras ahora.

—Gracias.

Donahue volvió a centrarse en su testigo.

—Agente, ¿al cuerpo que dirige le preocupan de un modo especial los ataques calificados como de lobo solitario aquí en Estados Unidos?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque el Estado Islámico ha pedido a los musulmanes de Estados Unidos que, y cito: «maten donde estén».

—¿Cómo sabe eso?

—El Dáesh ha publicado numerosas declaraciones en Twitter…

—¿Terroristas con cuentas en Twitter?

—Sí. Y cientos de miles de seguidores. Twitter suspende sus cuentas tan rápido como puede; lo cual ha provocado que los ejecutivos de la red social reciban amenazas de decapitación por aparte del Dáesh; pero estimamos que en cualquier momento hay unas cuarenta mil cuentas activas a favor de la organización terrorista.

—¿Y qué decían esas declaraciones?

El agente sacó un papel del bolsillo de su abrigo y lo leyó.

—Esta de finales del año 2014 fue particularmente directa. Cito: «No dejéis que esta batalla os pase de largo dondequiera que

estéis. Debéis golpear a los soldados, patrones y tropas de los *kuffars*. Golpead a sus miembros de la policía, seguridad e inteligencia, así como a sus agentes traicioneros. Destruid sus camas. Envenenad sus vidas. Si podéis matar a un infiel estadounidense o europeo, en especial a los rencorosos y tramposos de los franceses, australiano o canadiense, o a cualquier otro infiel, incluyendo a los ciudadanos de los países que entraron en una coalición contra el Estado Islámico, entonces confiad en Alá y matadlo de la manera que sea. No pidáis consejo a nadie y no pidáis el veredicto de nadie. Matad al infiel, ya sea civil o militar, puesto que obedecen al mismo poder. Ambos son infieles. Si no lográis encontrar un explosivo improvisado o una bala, entonces seleccionad al infiel estadounidense, francés o a cualquiera de sus aliados. Aplastadle la cabeza con una roca o matadlo con un cuchillo, atropelladlo con el coche, tiradlo de un punto alto, ahogadlo o envenenadlo. Si no lográis hacer esto, entonces quemad su casa, su coche o su negocio. Destruid su cosecha. Si no sois capaces tampoco, escupidle en la cara entonces».

La sala enmudeció.

—Escalofriante —dijo Donahue.

—Sí.

—Agente, ¿han visto las consecuencias de su declaración?

—Sí, las hemos visto. Desde que se publicó esta declaración, los seguidores del Estado Islámico han asesinado a ciento treinta civiles en París en el ataque de noviembre y, antes de eso, a una docena de personas en el despacho parisino de una revista que publicaba dibujos considerados ofensivos para Mahoma. Mataron a cuatro personas en el Museo Judío de Bélgica, acuchillaron a dos agentes de policía en Australia y mataron a un soldado canadiense con un coche y a otro de un disparo en el Parlamento. Las autoridades suizas impidieron una trama que pretendía utilizar gas venenoso, y los australianos impidieron otra de quince individuos que decapitaban a gente aleatoria en las calles de Sídney, una trama dirigida directamente desde Siria. Aquí en casa, los seguidores del Estado Islámico han matado a cuarenta personas en el ataque de San Bernardino y a cinco soldados en Chattanooga, y han atacado con un hacha de mano a dos agentes de policía neoyorquinos. Arrestamos a un hombre de Florida que quería detonar una bomba dentro de una mochila en la playa. Hemos frustrado planes para detonar bombas suicidas en Fort Riley, Kansas y Nueva York. Arrestamos a un soldado de la Guardia Nacional del Ejército y a su primo, que planeaban matar

a sus compañeros en una base militar de Illinois. El soldado había publicado en Twitter: «Ya estoy en el ejército infiel de Estados Unidos y ahora solo deseo servir en el ejército de Alá junto a mis verdaderos hermanos. Nos encantaría hacer algo como lo que hizo nuestro hermano en París. Dar un golpe aquí y luego ir a *dawlah, insha'Allah*».

—¿Qué significa eso? *¿Dawlah, insha'Allah?*

—«El califato, si Dios quiere». Hemos acusado a sesenta y siete residentes en Estados Unidos de terrorismo doméstico, incluyendo inmigrantes musulmanes de Bosnia, Uzbekistán, Kazajistán, Somalia, Irak y Siria. Tenemos cientos de investigaciones en curso sobre posibles ataques de lobo solitario, y estamos rastreando a miles de yihadistas en potencia en Estados Unidos. Nuestro servicio de inteligencia ahora considera al Daésh una amenaza mayor para la nación estadounidense que al Qaeda, aunque esta última organización ha pronosticado recientemente ataques de lobo solitario contra Bill Gates y Warren Buffett en un intento de dañar la economía estadounidense.

—Agente, creo que todos estamos de acuerdo en que el Estado Islámico es malo, ¿pero de qué forma está conectado el señor Mustafá con dicha organización?

—Él recluta gente para el Estado Islámico. Y es su clérigo. Genara justificaciones religiosas para sus actos violentos.

—¿Cómo hace eso?

—A través de sus tratados y discursos, que están publicados en *Dabiq,* la revista electrónica de propaganda del Dáesh. Escribió un artículo en el que afirmaba que el Corán les permite usar a las niñas no musulmanas como esclavas sexuales. En este momento, el Estado Islámico retiene a cinco mil mujeres y niñas como esclavas sexuales. ¡Cinco mil! Estas niñas son violadas cada día de su vida. Y nosotros no hacemos nada para detenerlo.

Hubo un largo silencio. Finalmente, Donahue suspiró por toda la gente que había en la sala.

—Agente Beckeman, ¿de qué manera está relacionado el señor Mustafá con la trama del estadio de los Cowboys?

—Hemos sabido por una fuente confidencial que Mustafá era el cerebro detrás de la operación.

—¿Considera que los demás acusados presentan riesgo de fuga y peligro para la comunidad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque son discípulos de Mustafá. Siguen sus órdenes. Y la

misma fuente confidencial dijo que participan en la trama.

—¿La fuente identificó a los acusados por su nombre?

—Sí, señor. Sus nombres completos. Los veintitrés, incluyendo a Aabdar Haddad.

—No hay más preguntas, señoría.

—Señor Turner.

Frank Turner se acercó al estrado. Someter al testigo del gobierno a un gran interrogatorio suele ser la única manera de ganar la presunción. Franklin Turner nunca fallaba a la hora de ofrecer grandeza; y siempre hacía de los interrogatorios un buen entretenimiento. Pero ese día Scott no esperaba ni grandeza ni entretenimiento por parte de Frank Turner. Por primera vez en su carrera, Frank quería perder.

—Agente Beckeman, ¿sabe el nombre de la fuente confidencial?

—No. Ese detalle se lo reservó.

—¡Ah! Entonces, ¿lo que tienen en realidad es una pista anónima?

—Una fuente.

—Una fuente sin nombre, por lo tanto, anónima.

—Si usted lo dice.

—Creo que ya lo ha dicho usted. Y bien, agente, esta fuente llamó a la línea directa contra el terrorismo, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Respondió usted a la llamada?

—¿Personalmente?

—Sí.

—No.

—Entonces, ¿la persona que dio la pista, se la dio a otra persona?

—Sí.

—¿A quién?

—Eso es confidencial.

—No se lo diré a nadie.

—Es abogado. Claro que lo hará.

—¿Esa persona era operadora de la línea directa?

—Sí.

—¿Y esa persona se lo dijo a usted?

—No. Se lo dijo a nuestro encargado de la línea directa.

—¿Y el encargado se lo dijo a usted?

—No. Se lo dijo a otro agente.

—¿Que se lo dijo a usted?

—Sí.

—Entonces, ¿una persona dio una pista a un operador, este se lo comunicó al encargado, quien a su vez se lo comunicó a un agente, que por fin se lo comunicó a usted?

—Correcto.

—Se parece a la historia del pescador y el pez que se vuelve más grande cada vez que se cuenta la historia.

Frank había empezado a levantar la voz. Parecía olvidarse de su intención perder. Scott y Frank eran hombres distintos y unos abogados muy diferentes, pero tenían una cosa en común: ninguno soportaba perder en un juzgado. El abogado ferviente que residía dentro de Frank Turner se había despertado. No quería ganar, pero no podía evitarlo. Tenía que ganar. Era Michael Jordan en una pachanga.

—Agente, ¿está convencido de la veracidad de la fuente?

—Lo estoy.

—¿Por qué?

Beckeman se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a mentir?

—Veamos… Quizá buscaba atención, siente celos o es el auténtico terrorista que quiere engañarlo. Quizá es un imán rival.

—¿Un imán rival?

—Agente Beckeman, ¿organizó una redada a la casa y la mezquita del señor Mustafá?

—Sí.

—¿Encontró algún tipo de material con el que se pudiera fabricar una bomba?

—No.

—¿Algún arma de destrucción masiva?

—No.

—¿Algún arma de destrucción menor?

—No.

—¿Algún arma de algún tipo?

—No.

—¿Quizá un cuchillo de cocina afilado?

—No.

—Así que, ¿no encontró ninguna prueba incriminatoria de tipo alguno?

—Eso no es correcto. Sí que encontramos pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Sus textos y sus DVD; material del Estado Islámico, incluyendo *Llamada a la resistencia islámica global,* un tratado que exhorta a los lobos solitarios a atacar en Occidente.

—Una prueba incriminatoria significa que conecta directamente al señor Mustafá con la trama del bombardeo.

—Según esa definición, no la encontramos.

—¿Hay algo que haya escrito o dicho el señor Mustafá que no entre dentro de la protección de la libertad de expresión de la Primera Enmienda?

—No. Tiene mucho cuidado de no abogar por la violencia o incitarla.

—¿Entonces sus textos y sus discursos pueden ser ofensivos, pero no son ilegales?

—No lo son, no.

—¿Intervinieron sus teléfonos?

—Sí.

—¿Grabaron alguna conversación en la que comentasen la trama del estadio?

—No.

—¿Alguna conversación en la que hablasen de armas de destrucción masiva?

—No.

—¿Alguna conversación en la que hablasen de cometer algún acto de terrorismo?

—No.

—Agente Beckeman, ¿qué pruebas tienen de que Omar al Mustafá conspirase para colocar una bomba en el estadio de los Cowboys?

—Tenemos sus textos.

—¿Sus textos? ¿Escribió acerca de volar por los aires el estadio de los Cowboys?

—No exactamente.

—Bueno, agente, ¿sobre qué escribió de forma exacta?

—De su deseo de que Estados Unidos fracase.

—¿Fracase? ¿En qué sentido?

—Quiere que Estados Unidos fracase en Irak, Afganistán e Israel.

—¿En Oriente Medio?

—Sí.

—¿Y dónde está el estadio de los Cowboys?

—En Arlington.

—Es decir, no en Oriente Medio.

—Correcto.

—¿Mencionó el estadio de los Cowboys en alguno de sus textos?

—No.

—¿Mencionó el uso de armas de destrucción masiva en Estados Unidos en alguno de sus escritos?

—No.

—Una vez más, agente Beckeman, ¿qué pruebas tienen de que Omar al Mustafá conspirase para atentar contra el Estadio de los Cowboys?

—Su afiliación al Dáesh.

—Y cuando dice «afiliación», ¿a qué se refiere?

—Está de acuerdo con el Dáesh.

—¿Y cuando dice que está de acuerdo, a qué se refiere?

—Cree en su causa.

—¿Que es…?

—El Estado Islámico. Lo que llaman califato.

—¿Dónde?

—En Irak y Siria.

—¿Que están…?

—En Oriente Medio.

—¿Y dónde está el estadio de los Cowboys?

—En Arlington.

—De nuevo, ¿no en Oriente Medio?

—Correcto.

—¿Tiene alguna prueba directa de que ha conspirado con el Dáesh para cometer algún crimen en Estados Unidos?

—No.

—¿Tiene alguna prueba de que haya financiado o proporcionado apoyo material al Dáesh?

—No.

—¿Tiene alguna prueba de que el Dáesh haya conspirado para atentar con bomba en el estadio de los Cowboys?

—No.

—Agente Beckeman, ¿qué clase de bomba pretendía detonar

el acusado en el estadio?

—Una gran bomba.

—¿Puede ser un poquito más específico?

—No.

—¿Por qué no?

—Estamos siguiendo pistas que nos conduzcan al origen de los materiales.

—Pero ha declarado que no han encontrado materiales para la fabricación de bombas durante las búsquedas.

—Correcto.

—Entonces, ¿qué pistas están siguiendo?

—Pistas fiables.

—¿Pistas fiables? Agente Beckeman, ¿tiene algún tipo de prueba que conecte al señor Mustafá con la trama del atentado en el estadio de los Cowboys?

—No tengo libertad para divulgar todas nuestras pruebas en este momento porque amenazaría la seguridad nacional.

—¿La seguridad nacional?

—Sí, señor Turner, la seguridad nacional.

Lo dijo muy serio. Frank miró al agente largo y tendido y luego miró a Scott. Levantó las manos como diciendo «¿cómo respondo a eso?» Decidió no hacerlo.

—Agente Beckeman, lo único que determinará su puesta en libertad o su detención antes del juicio es la cuestión de si hay riesgo de huida o si supone un peligro para la comunidad, ¿correcto?

—Eso fue lo que dijo el juez.

—¿Y ve el ejercicio de su derecho a la libertad de expresión como un peligro para la comunidad? —El acusado quiere matar a cien mil personas en dos semanas. Creo que eso lo convierte en un peligro para la comunidad.

—¿Qué ha hecho?

—Planear volar el estadio de los Cowboys.

—¿Cómo sabemos eso?

—Lo sabrán cuando el estadio se derrumbe durante la Super Bowl el domingo.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces hemos atrapado al tipo correcto y hemos evitado un acto de terrorismo.

—Entonces, si el juez lo libera y el estadio se derrumba, ¿es porque se trata del tipo correcto?

—Así es.

—¿Y si el juez no lo libera y el estadio no se derrumba, es el tipo correcto?

—Así es.

—¿Y si el juez lo libera y el estadio no se derrumba?

—¿Está dispuesto a asumir ese riesgo? O, mejor dicho, ¿está dispuesto a dejar que esas cien mil personas que estarán dentro del estadio durante la Super Bowl el domingo asuman ese riesgo? ¿El juez está dispuesto a asumir ese riesgo?

¿Lo estaba? Estados Unidos no había sufrido un acto importante de terrorismo interno desde el 11-S. Si el Departamento de Justicia, el FBI y el Departamento de Seguridad Nacional tuvieran algo que decir al respecto, Estados Unidos nunca volvería a sufrir una violación semejante. Eran buenos. Eran agresivos. Defendían a Estados Unidos de todos los enemigos, extranjeros y locales.

¿Pero estaban en lo cierto? ¿Tenían al hombre correcto? ¿Era Omar al Mustafá solo un ciudadano estadounidense que había ejercido su derecho a la libertad de expresión garantizado por la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos? ¿O era un yihadista islámico que tramaba matar a cien mil estadounidenses? Esas eran las cuestiones. Las respuestas serían reveladas en esa sala durante el juicio. Esa era la tarea que le había sido asignada al juez del distrito estadounidense, A. Scott Fenney, por la Constitución de los Estados Unidos de América. Pero el juicio se celebraría un mes después de la Super Bowl. Un mes después del evento que podía determinar la culpa o la inocencia del acusado. Un mes después de que, tal vez, cien mil personas murieran.

¿El juez A. Scott Fenney estaba dispuesto a asumir ese riesgo?

—Una última pregunta, agente Beckeman —dijo Frank—. ¿Y si el juez no libera a Mustafá, pero el estadio se derrumba de igual modo?

El agente Beckeman fulminó con la mirada al abogado que lo estaba interrogando; tras una larga pausa, exhaló y suavizó la expresión. Habló en un tono igual de suave.

—Entonces no habré hecho mi trabajo, señor Turner. Y mucha gente morirá porque habré fallado.

—No hay más preguntas, señoría.

El agente Beckeman bajó del estrado y se sentó a la mesa de la acusación.

—¿Algún testigo, señor Turner?

—Sí, señoría. La defensa llama a Omar al Mustafá al estrado.

Frank era así. Tenía la habilidad y las pelotas para conmocionar a una sala de justicia. Y todo el mundo en la sala estaba conmocionado, incluyendo al juez presidente y el fiscal general.

—Señoría, ¿pueden quitarle las esposas al señor Mustafá durante su testimonio?

—Sí.

El guardia le quitó las esposas. El imán se frotó las muñecas y caminó hasta el estrado. Louis le tomó juramento:

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios?

—Tanto como que Alá es mi testigo.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un sí.

—Por favor, tome asiento.

El imán se sentó. Frank se acercó al podio.

—Señor Mustafá, ¿alguna vez ha cometido un crimen?

—No.

—¿Nada? ¿Ni siquiera cuando era niño y vivía en Chicago? ¿Quizá robar unos Cheetos en una tienda, comprar cerveza cuando era menor de edad, poner gasolina e irse sin pagar?

—No. Nunca. Era un buen chico.

—¿Es un buen hombre?

—Intento seguir el camino de Alá.

—¿Alguna vez ha viajado fuera de los Estados Unidos?

—Sí, cuando era joven estudié en Jordania.

—¿Es un estado aliado de Estados Unidos?

—Hasta donde yo sé.

—¿Aún tiene pasaporte válido?

—No.

—¿Es difícil huir de la jurisdicción sin pasaporte?

—Diría que sí.

—¿Pretende comparecer en el juicio?

—Por supuesto. Debo limpiar mi nombre.

—¿Accedería a llevar un monitor GPS?

—Sin duda. Estaré en la mezquita.

—¿Tiene algún arma?

—No.

—¿Alguna pistola, ballesta o armas de destrucción masiva?

—No.

—¿Accedería a no ir a los partidos de los Cowboys?

—Sí. No me gusta el béisbol.

—Fútbol.

—Ni eso.

Frank se volvió hacia Scott.

—No hay más preguntas, señoría.

Se miraron a los ojos durante un rato, y entonces Frank se dirigió a la mesa de la defensa y se dejó caer en la silla. Scott esperaba de Frank un interrogatorio exhaustivo. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Acaso estaba tendiéndole una trampa a la acusación? ¿O había optado por la vía rápida antes de que su cliente confesara… o cometiera perjurio?

—Señor Donahue.

Mike Donahue no podía creer su buena suerte. Dios le sonreía aquel día. Era imposible que Mustafá fuera a testificar. Pero ahí estaba, sentado en el estrado, obligado legalmente a responder cualquier pregunta que quisiera formular. Cualquier pregunta que pudiera revelar una tendencia violenta, que Omar al Mustafá era, en efecto, el hombre más peligroso de Dallas. Solo había una cuestión: ¿Mordería el anzuelo?

—Señor Mustafá, usted ha conspirado para hacer volar el estadio de los Cowboys durante la Super Bowl el domingo, ¿no es así?

—Protesto —dijo Frank en un tono neutro, era evidente que se lo esperaba—, el abogado de la acusación no puede interrogar al testigo en relación a la esencia del caso.

—Admitida —dijo Scott—. Señor Donahue, por favor, limítese a hacer preguntas sobre los asuntos que nos atañen.

—¿Por qué?

—Es la ley.

—Ha dejado que el acusado testifique que era un buen chico. ¿No podemos mostrar que no lo es tanto?

—Podrá en el juicio. Hoy, demuéstreme que existe riesgo de fuga o que supone un peligro para la comunidad. Enséñeme algo de su vida, de su personalidad, de sus acciones pasadas o

presentes que indiquen que cometerá malos actos en el futuro. Muéstreme el peso que tienen sobre él los cargos. Muéstreme algo. Pero no interrogue al testigo sobre la esencia del caso. La ley no lo permite.

El fiscal general no se quedó satisfecho.

—Señor Donahue, la defensa ha citado al fiscal general. Yo he rechazado la petición. Nos estamos centrando en el asunto de la detención.

Donahue se giró hacia el testigo.

—Señor Mustafá, ¿está afiliado al Dáesh?

—No.

Normalmente, Scott observaba el comportamiento del acusado. Pero esta vez hacía lo propio con el abogado del acusado. Frank tenía la mirada baja, fija en sus propias manos.

—¿Pero sus textos y discursos han sido publicados en la revista del Estado Islámico?

—Sí.

—¿Les dio permiso?

—No.

—¿Presentó alguna demanda para detener la publicación?

El imán sonrió.

—¿Demandar al Dáesh? ¿En serio?

—¿Cree que Estados Unidos está librando una guerra contra el islam?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es así.

—¿Cree que hay justificación para que el Dáesh asesine a civiles?

—Entiendo los asesinatos. El Estado Islámico diría que los estadounidenses matan civiles musulmanes, por tanto, ¿por qué no pueden los musulmanes matar civiles estadounidenses? *Quid pro quo,* creo que es lo que dicen ustedes los abogados. Se da lo que se recibe.

—Los civiles estadounidenses no son combatientes.

—¿No? Estados Unidos es una democracia, ¿verdad? El poder reside en el pueblo. El Dáesh diría que el pueblo estadounidense ha colocado al presidente en la Casa Blanca y, por tanto, lo ha puesto a cargo del ejército. El presidente da la orden de lanzar drones hacia el país natal de los musulmanes y matar musulmanes con misiles. Si el pueblo puso al presidente a cargo, ¿no son

responsables de las acciones del presidente? Todas las partes responsables con combatientes, señor abogado. Creo que esa es la ley de la guerra.

—¿Apoya los actos de violencia del Dáesh?

—¿Apoya usted los actos de violencia de George Washington?

—¿Qué?

—¿Cómo se creó Estados Unidos? Con una revolución violenta. El rey de Inglaterra consideraba a George Washington un terrorista, al igual que hoy Estados Unidos considera a Al Baghdadi un terrorista.

—¿Está comparando a George Washington con un tipo que decapita a gente inocente?

—¿Es que una bala de mosquete en la cabeza es una manera más compasiva de matar que un cuchillo en la garganta?

—¡George Washington no era un pedófilo que utilizase a niñas como esclavas sexuales!

—¿Cómo lo sabe? También era dueño de esclavos. A su muerte, era el amo de ciento veintitrés esclavos. Trataba a sus esclavos duramente. Los azotaba con regularidad. Sus esclavos tenían hijos. Muchas eran niñas. ¿Cómo sabe que George no compartía a esas niñas? Es una leyenda estadounidense blanca, así que lo pintan con tonos suaves. Pero a una leyenda musulmana la pintan con colores oscuros.

Mike Donahue estaba perdiendo el control de su interrogatorio; ya había perdido el control de su propio genio.

—¿El Estado Islámico tenía el derecho de matar a ciento treinta personas en París?

—¿Francia tenía el derecho de matar a miles de musulmanes en Siria?

—¿El Estado Islámico tiene derecho a detonar bombas en Estados Unidos?

—¿Estados Unidos tiene derecho a detonar bombas en Oriente Medio?

—¿Ha jurado lealtad al califato?

—¿Ha jurado lealtad a Estados Unidos?

—¿Recluta gente para el Estado Islámico?

—No. Lo hacen ustedes.

—¿Quiénes?

—Los estadounidenses. Ustedes crearon el Estado Islámico cuando invadieron Irak. Tomaron el control del país y despidieron

a cien mil sunitas del gobierno y el ejército. Sin trabajo ni dinero se hicieron yihadistas. Un hombre tiene que cuidar de su familia.

—¿Matando personas?

—¿A sus soldados no les pagan por matar? Reclutan personas para el Dáesh cada vez que sus drones matan musulmanes. Son ustedes quienes proporcionan apoyo material al Dáesh, no yo.

—Pensaba que el islam era una religión pacífica.

—Y eso es lo que quiere Estados Unidos, ¿verdad? Musulmanes pacíficos que entreguen su patria pacíficamente a los cristianos y los judíos. Pero cuando los musulmanes se defienden y se niegan a rendirse de forma pacífica, cuando por fin contraatacan, se sorprenden. Preguntan: ¿quién los ha radicalizado? Ustedes lo hicieron. Las únicas armas de destrucción masiva que se encontraron en Irak son las que soltó Estados Unidos sobre ese país. Eso fue lo que radicalizó a los musulmanes en Irak. No, señor Donahue, el islam ya no es una religión pacífica. Los musulmanes no se extinguirán de un modo pacífico. Los musulmanes lucharán por su patria y su religión porque el Corán lo exige.

La frustración del fiscal general era evidente. Pero Mike Donahue no había boxeado en la universidad ni mandado a asesinos al corredor de la muerte por no saber cómo lanzar un puñetazo, sobre todo contra un acusado que se atrevía a testificar en su propia defensa. Se dirigió a la mesa de la acusación, cogió un libro pequeño y volvió al podio. Se desabotonó la chaqueta y sostuvo el libro. El cebo.

—Vamos a hablar del Corán.

—Por supuesto.

—Señor Mustafá, el Corán menciona un profeta. ¿Quién es?

—El profeta es Mahoma.

—¿Y Dios dijo estas palabras exactas del Corán a Mahoma a través de unas visiones?

—Correcto.

—Pero Mahoma no dijo, «vaya, qué cojones, Dios acaba de contarme esta mierda alucinante, debería escribirlo todo antes de que se me olvide». Sé que, si Dios me contase todo esto, me aseguraría de escribirlo todo. Pero lo cierto es que Mahoma nunca escribió estas palabras, ¿verdad?

—Cuidado, señor Donahue. La libertad de expresión no incluye insultar al profeta.

—¿Según qué ley?

—La ley islámica.

—Ah. Entonces, el Corán puede afirmar que Jesús no era el hijo de Dios, pero nadie puede decir que Mahoma no era el profeta de Dios.

—Correcto.

—¿Y cuál es el castigo según la ley islámica por insultar a Mahoma?

—La muerte.

—¿Y por el adulterio de una mujer?

—La muerte.

—¿Y por la homosexualidad de un hombre?

—La muerte.

—¿Y esas son las palabras de su dios?

—Esas son las palabras de su dios, señor Donahue. Alá es el Dios del universo.

—Su dios no es mi dios, señor Mustafá. Su dios no es Dios.

—Recordaré que ha dicho eso.

—Hágalo. —Donahue volvió al libro—. Déjeme leer unos cuantos pasajes que me parecieron particularmente interesantes. «Profeta, declara la guerra a los infieles […] Mata a los idólatras […] Lucha por la causa de Dios […] Los auténticos creyentes luchan por la causa de Dios, pero los infieles luchan por el demonio. Lucha, pues, contra los amigos de Satán […] Creyentes, haced la guerra a los infieles que viven entre vosotros […] Encontraréis que las personas más implacables en su animosidad a los fieles son los judíos. Y los más próximos a ellos en afecto son los que dicen "Somos cristianos" […] Creyentes, no tengáis ni a los judíos ni a los cristianos por amigos […] Agarradlos y matadlos allá donde los encontréis. Sobre estos hombres os damos autoridad absoluta».

Scott sabía lo que se avecinaba. ¿Lo sabía Mustafá?

—Bien, señor Mustafá, ¿en el Corán, los musulmanes son los creyentes y los fieles?

—Sí.

—¿Los cristianos y los judíos son los infieles, idólatras, impíos y amigos de Satán?

—En efecto.

—¿Y su dios ordena a todos los musulmanes que maten a todos los cristianos y judíos hasta que el islam gobierne el mundo?

—Correcto.

—Entonces, ¿los yihadistas están haciendo lo que ordena su

dios?

—Así es. Pero yo personalmente nunca abogo por la violencia.

—¡Ah, está bien saberlo! Aquí hay otros pasajes que me han parecido reveladores. «Benditos sean los creyentes, que son humildes en sus oraciones, que evitan las blasfemias y dan limosna a los desamparados, que contienen sus deseos carnales (excepto con sus esposas y sus niñas esclavas, puesto que esas son lícitas para ellos) […] Profeta, hemos hecho lícitas para ti las esposas a las que has concedido dotes y a las niñas esclavas que Dios te ha dado como recompensa».

Donahue miró al testigo como un boxeador mira a su oponente antes de un combate.

—Así que, señor Mustafá, ¿su dios le dijo a Mahoma: «Por favor, no digas "que te jodan" pero puedes joder a unas niñas porque te las entrego como esclavas?».

El imán retrocedió, casi como si acabasen de darle una bofetada en la cara. Pero se recompuso.

—Solo niñas no musulmanas.

—Y eso es exactamente lo que está haciendo el Dáesh, ¿verdad? Tal y como ha declarado el agente Beckeman. Retener a miles de mujeres y niñas no musulmanas, algunas de tan solo siete años de edad, y utilizarlas como esclavas. ¡Y su dios dice que está bien que los musulmanes sean violadores y pedófilos, siempre y cuando no digan palabrotas!

Donahue levantó el Corán delante del testigo.

—Señor Mustafá, ¿esto es una religión o una puta secta?

Agitó el Corán delante del testigo como si fuera basura. El imán soltó un gemido. Sus ojos seguían horrorizados el movimiento del libro en el aire; pasó por delante del estrado y aterrizó en el suelo con un golpe seco. Miró el libro y fue a cogerlo como si fuera un niño herido. Su semblante tranquilo cambió, como si hubiera pasado un nubarrón por su mente. Sus ojos se volvieron más oscuros. Apretó la mandíbula. Se puso rojo. Desvió la mirada del libro hacia su interrogador. Mordió el anzuelo.

—Acaba de firmar su propia sentencia de muerte, señor Donahue.

—¿Está amenazándome de forma violenta, señor Mustafá?

—Por supuesto que…

Le tembló la cara, como si su mente luchara por frenar su boca. Apretó los puños en el regazo. Le temblaba el cuerpo.

—No.

Escupió el anzuelo. Exhaló. Tras un instante, volvió a ser el imán Omar al Mustafá.

—Solo le estoy previniendo, señor Donahue. Si se mofa de Mahoma, si ofende el Corán —señaló el libro que estaba en el suelo—, como acaba de hacer, habrá quienes lo vean de forma poco benevolente. Pero yo no soy una persona violenta ni le sugiero a nadie que actúe de forma violenta contra usted… ni contra su bonita esposa y sus dos hijos.

Abogado y acusado se miraron durante largo rato.

—No hay más preguntas, señoría.

El imán miró, por encima del hombro del fiscal general, a los periodistas que estaban en la zona de espectadores.

—Estados Unidos nació a partir de revoluciones violentas contra sus opresores, pero ahora rechaza las revoluciones violentas de los demás contra sus opresores…

—Puede retirarse, señor Mustafá —lo interrumpió Scott.

—Lo cual es comprensible, ya que Estados Unidos es su opresor…

—Pare, señor Mustafá.

—Estados Unidos lleva la guerra al islam, pero el islam prevalecerá. El mundo se someterá al islam. El mundo vivirá bajo la ley islámica. La ley islámica se aproxima, y pronto…

Scott dejó caer el martillo.

—¡He dicho que pare!

El imán paró. Scott se calmó y observó al testigo. Los jueces federales rara vez interrogan a los testigos, pero pueden hacerlo. Scott decidió ejercer ese poder.

—Señor Mustafá, ¿usted reza?

—Cada día.

—¿Por qué reza?

—Por la muerte de los infieles. Por el ascenso del califato musulmán. Por un mundo gobernado por la ley islámica.

—¿De veras? Yo rezo a Dios para que cuide a mis hijas. ¿Y qué hay de la gente que no es musulmana?

—Invitamos a los no creyentes a que crean.

—¿Para convertirse en musulmanes?

—Sí.

—¿Y si no quieren?

—Pueden vivir en paz bajo la ley islámica con nosotros.

—¿Pero deben vivir según la ley islámica?

—Claro.

—¿Por qué?

—Es nuestro destino. Su destino. El destino del mundo. Está escrito en el Corán. Es la…

—Voluntad de Dios.

—Sí.

—Su mundo es blanco y negro, ¿verdad? No hay opciones para estar en desacuerdo, ¿verdad? ¿No hay cabida para otros puntos de vista? ¿Para la tolerancia? Se le dice a los cristianos y los judíos de Estados Unidos que toleren a los musulmanes, pero ustedes no parecen tolerar muy bien a los cristianos y los judíos.

—¿Por qué deberíamos tolerar la estupidez? —El imán señaló el libro que yacía en el suelo—. Está escrito en el Corán o no. Alá decía que, o bien se hace algo o no. O está bien o está mal. Dios no tolera a los cristianos y los judíos, así que, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros?

Scott observó al hombre que estaba sentado a solo unos metros de él. Tenía una visión rigurosa del mundo, de su religión y de los demás. Constituía un peligro para la tolerancia religiosa, pero ¿era un peligro para la comunidad?

—El testigo puede retirarse.

El imán se levantó, bajó del estrado, se inclinó y recogió el Corán. Le quitó el polvo como si fuera una antigüedad y lo llevó hasta la mesa de los acusados. Su abogado se alejó.

—Alegatos finales. Señor Turner.

Frank se acercó al estrado.

—Señoría, me referiré a los cuatro factores descritos en la Ley de Reforma de Fianzas. En primer lugar, la naturaleza y las circunstancias de la ofensa. Los defendidos han sido acusados de conspirar para utilizar armas de destrucción masiva. Todos estamos de acuerdo en que es una ofensa funesta. El problema para el gobierno es el factor dos, la ponderación de las pruebas. El problema es que no hay pruebas. El gobierno no tiene nada. Y hoy en esta sala no hemos oído nada del agente Beckeman. El tercer factor, el historial y la conducta de los acusados, claramente señala a su puesta en libertad. Los acusados no han cometido ningún delito antes. Nunca han participado en actos violentos. Nunca han sido poseedores de armas, ni han sido acusados de crímenes violentos ni de ningún tipo de crimen. Como dijo el señor Mustafá, eran buenos chicos. Y son buenos hombres. Los acusados no cuentan con nada en su pasado o su presente que indique que su puesta en libertad supone un peligro

de algún tipo para la comunidad. Estos hombres deberían ser liberados hoy bajo fianza. De no ser así, le pedimos que los libere bajo ciertas condiciones. Ponedle un GPS. Manténgalos bajo arresto domiciliario. Cualquier cosa razonable. Pero devuélvaselos a sus familias. Eso es lo justo cuando no hay ninguna prueba que demuestre su culpabilidad. Gracias.

—Gracias, señor Turner. Señor Donahue.

El fiscal general sustituyó a Frank en el estrado.

—En la página web de la Fiscalía Federal de los Estados Unidos en el distrito norte de Texas dice: «Las prioridades básicas de nuestro distrito son: uno, proteger a los estadounidenses del terrorismo y otras amenazas a la seguridad nacional, tanto en casa como en el extranjero; dos, proteger a los estadounidenses de los crímenes violentos…» Ese es mi trabajo. Eso es lo que hago. Eso es lo que estoy intentando hacer hoy. Proteger al pueblo estadounidense del terrorismo violento. Protegerlo de él —señaló al imán—, Omar al Mustafá. El señor Mustafá ha escrito y hablado a favor de la revolución yihadista durante años. Sí, tiene derecho a la libertad de expresión, pero esta expresión es violenta. Y ahora ha decidido poner en práctica lo que predica. Señoría, un gran jurado federal ha condenado al señor Mustafá y veintitrés colaboradores por conspirar para usar armas de destrucción masiva. Han conspirado para hacer volar el estadio de los Cowboys durante la Super Bowl, para la que quedan solo dieciséis días. Uno de los colaboradores, Aabdar Haddad, opuso resistencia durante el arresto y murió. Según la Ley de Reforma de Fianzas, los cargos por una ofensa semejante implican la presunción legal de que los acusados deberían ser arrestados antes del juicio, es decir, que no existen condiciones que el tribunal pueda imponer a la hora de liberarlos que garanticen su presencia en el juicio y la seguridad de la comunidad. Sí, bajo la Constitución, los acusados son presuntamente inocentes hasta que se demuestre su culpabilidad. Pero, señoría, ¿de verdad quiere mandar de vuelta a la calle a estos hombres, veintitrés hombres acusados, veintitrés hombres que un gran jurado ha afirmado que es más que probable que planearan utilizar armas de destrucción masiva aquí, en Estados Unidos? Sí, tienen un historial delictivo impecable. Pero también lo tenían los secuestradores del 11-S hasta que estrellaron esos aviones contra las torres.

Los pilotos de los drones se sentaban en Arizona y llevaban la muerte a los árabes a mil seiscientos kilómetros de distancia, como si se tratara de un videojuego. Después de pasarse el día

matando musulmanes, se iban a casa con la mujer y los niños y veían los deportes en la televisión por cable, tan felices con sus vidas en Estados Unidos, como si no hubieran destruido las vidas de familias enteras en Pakistán, Afganistán, Irak y Siria. Como si tuvieran derecho a matar a quien fuera, en cualquier parte, en cualquier momento.

Pero no tenían derecho a matar al padre de Abdul.

Un misil errante había matado a muchos padres en el pueblo, hombres que habían estado planeando el futuro del pueblo, no ataques terroristas, tal y como los misiles habían matado a miles de musulmanes inocentes en Oriente Medio. Pero para los estadounidenses, todos los musulmanes tienen el mismo aspecto, piensan igual y quieren matar estadounidenses. Todos son terroristas al acecho. Así que, Estados Unidos debe matar a todos los musulmanes. El objetivo era matar terroristas, pero en lugar de eso los crearon.

—El juez Fenney tiene que tomar una gran decisión —dijo el profesor Johnson.

Abdul Jabaar estaba sentado en la última fila, junto a su hermano pequeño.

—He estado en el juzgado, en la audiencia de detención del imán —dijo el profesor—. He conseguido una copia del informe del gobierno que apoya la detención y he oído el testimonio del agente del FBI. Las declaraciones del imán en contra de Estados Unidos y a favor del Dáesh son las únicas pruebas que se han presentado contra él. El gobierno no ha ofrecido pruebas que lo enlacen de un modo directo con la supuesta trama para hacer volar el estadio. Al parecer, el gobierno quiere detenerlo antes del juicio y luego condenarlo y encarcelarlo por ejercer su derecho a la libre expresión.

—Cuando dejaste caer el Corán delante de él —dijo el agente Beckeman—, pensé que Mustafá iba a saltar de la silla y atacarte.

—Ese era el plan. —Mike Donahue se volvió hacia Scott—. Va a salir, ¿verdad?

Scott solicitó al abogado que se reuniera con él en su despacho. El agente Beckeman se había unido.

—No quiero liberarlo, pero esto es un juzgado. Necesito pruebas.

—Quiero a ese hijo de puta —dijo el agente Beckeman—. Es peligroso, juez.

—¿Por qué no matamos a ese hijoputa sin más? —dijo Frank

Turner—. ¿No tenéis un dron sobre Dallas? Scotty puede soltarlo, y vosotros podéis meterle un misil por el culo.

El fiscal general y el agente del FBI miraron a Frank confundidos.

—¿Tú no eres su abogado? —dijo Beckeman.

—¡Solo porque Scotty me designó!

—Lo siento, Frank.

Frank hizo un gesto con la mano.

—Ya soy un niño grande.

Los cuatro hombres suspiraron a la vez y permanecieron sentados en silencio durante un rato. El agente del FBI atacó el bol de los caramelos.

—Quiero a ese hijo de puta —dijo de nuevo Beckeman.

—¡Pues consíguelo! —respondió Frank.

—¡Me has hecho quedar como un idiota en el interrogatorio!

—No ha sido difícil.

—¡Que te jodan, abogado!

—Tranquilo, agente Beckeman —dijo Scott.

—Dime lo que sabes.

—¡No puedo! —dijo Frank—. ¡Me cortará la cabeza si transgredo la confidencialidad entre abogado y cliente!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Me lo ha dicho!

Frank se inclinó hacia delante y hundió la cara en las manos.

—Quiero a ese hijo de puta —repitió Beckeman—. Joder, lo arrestaría por cruzar la calle de forma imprudente solo para mantenerlo entre rejas.

Frank levantó la cabeza. Se volvió y miró a Beckeman con una extraña expresión.

—¿Has visto *Los intocables?*

—¿Con Kevin Costner? —dijo Beckeman—. Solo unas cien veces.

—Vuelve a verla.

—¿Por qué?

—Tú hazlo.

El abogado y el agente del FBI acababan de salir del despacho de Scott cuando sonó el teléfono. Era el fiscal general otra vez.

—¿Me tienes en el marcado rápido del teléfono? —preguntó

Scott.

—La verdad es que sí.

—Ah.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Qué vas a hacer?

—Ponderar.

—¿Ponderar? ¿Quién demonios pondera?

—Los jueces.

—He sido juez durante veinte años. Nunca he ponderado.

—Este fin de semana estaré ponderando y el lunes por la mañana tendré el dictamen.

—¿Cómo ha ido la audiencia de detención? —preguntó Peña cuando Beckeman entró en la oficina central.

—Estamos jodidos. —Suspiró y miró a su alrededor—. ¿Quedan tacos?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Bobby.

El grupo se había reunido en el despacho de Scott para su rutinaria reunión de personal del viernes por la tarde.

—Espero que el gobierno encuentre pruebas contra Mustafá antes del lunes a las diez.

Scott había aplazado el caso hasta entonces, cuando tendría que tomar una decisión difícil. Se comió un caramelo y le lanzó otro a Louis.

—Es malo —dijo Carlos.

—Sí, pero quiero que el gobierno presente pruebas que conecten su maldad con esta trama.

—Has leído lo que ha escrito, has oído lo que ha dicho —dijo Bobby—. Mantén su culo en la cárcel. Nadie va a lamentarlo.

—A mí tampoco me gusta, Bobby. Pero no es así como funcionan las detenciones previas al juicio. La ley no es así.

—No todos los musulmanes son así —dijo Louis—. No todos somos como Mustafá.

—¿Somos? —preguntó Carlos.

Se hizo el silencio en el despacho. Todos miraron a Louis durante un incómodo y largo rato y luego intercambiaron miradas entre sí. Finalmente, Scott habló.

—Louis, ¿eres musulmán?

—Sí, señor, lo soy. —Se giró hacia su mejor amigo—. Carlos, me miras como si hubiera dicho que soy gay.

—Habría sido mejor. Joder, tío, nunca me lo has dicho.

—Nunca me lo preguntaste.

Carlos levantó las manos.

—Viniste a Hooters* conmigo.

Louis se encogió de hombros.

—No soy un musulmán gay.

—¿Tus padres eran musulmanes? —preguntó Scott.

—No, señor. Me convertí a los veinticinco. Iba por un sendero de odio y mezquindad, solo quería dañar a la gente para acabar con mi propio dolor. Entonces leí sobre Cassius Clay. Él era igual hasta que se convirtió al islam y cambió su nombre por Muhammad Ali. Encontró paz interior. Yo también.

—El gobierno le jodió —dijo Bobby.

—¿Ali? —preguntó Carlos

—Ah, has oído hablar de él.

—Claro. ¿Qué le hicieron?

—En los sesenta lo reclutaron para la guerra de Vietnam. Se negó a servir; decía que su religión le prohibía luchar. Todos los chicos blancos universitarios tienen hoy estatus de objetor de conciencia, pero el gobierno se lo negó a Ali. No se alistó, así que le quitaron sus privilegios como boxeador. No pudo luchar durante cuatro años, cuando estaba en la cúspide de su carrera. Porque era famoso, negro y musulmán.

—Yo no estoy de acuerdo con Mustafá, con lo que dice —comentó Louis—. No creo que eso sea el islam. Él y esos terroristas del Dáesh ven el Corán de una forma muy rigurosa.

—¿Tiene algún sentido todo esto? —dijo Carlos.

—Sí —respondió Louis—. Muhammad Ali defendió el islam como debe hacerse. Sin violencia. Y pagó un precio personal muy alto por cuestiones políticas, lo cual estuvo mal. Un juez federal podría haber arreglado ese error, pero nadie se pronunció porque se temían ir en contra de la opinión popular. Se temían hacer lo correcto. Se hizo lo que la gente quería.

—¿Y tú crees que yo debería hacer lo correcto con el imán?

—Así es, juez.

—Y dime, Louis, ¿qué es lo correcto?

—¿Qué dijo el juez?

Mac había llamado al presidente para ponerlo al día.

—Está ponderando.

—¿Ponderando? ¿Quién cojones pondera?

—Eso mismo dije yo.

Scott entró en el gimnasio del colegio, para ver el partido de Pajamae, y toda acción se detuvo abruptamente. Se hizo el silencio en el recinto y todas las cabezas de las gradas y los puestos se giraron hacia la puerta. Hacia el juez A. Scott Fenney. Bobby murmuró detrás de él:

—¿Qué coño? —Todos los asistentes se levantaron y empezaron a aplaudir cada vez más fuerte, hasta que el gesto se transformó en un aplauso estruendoso. La última vez que Scott Fenney había recibido una ovación fue en la universidad, cuando entró en cada una de sus clases el lunes después de su partido récord contra la Universidad de Texas. Había sido una experiencia emocionante, pero no tanto como esta.

—Juez —dijo Carlos—, ¿es tu cumpleaños?

—Mira, A. Scott —dijo Boo—. Eres un héroe.

—Solo soy juez.

Scott vio a Pajamae en la cancha. Tenía una amplia sonrisa reluciente en la cara y levantó el pulgar. Al cabo de un rato, el aplauso se desvaneció y todos volvieron a su sitio. Los hombres saludaron a Scott estrechándole la mano; las mujeres, abrazándolo. Todo el mundo quería estar cerca de él.

—Buen trabajo, juez —dijo un hombre—. Necesitamos jueces fuertes como usted que mantengan a esa gente alejada de las calles.

—El Dáesh en Dallas —dijo otro hombre—. Increíble. Le diré una cosa, juez. Pagaría felizmente más impuestos para comprar más misiles y matar con ellos a más musulmanes.

Scott siguió avanzando.

—Scott, nunca debí despedirte.

Se detuvo. Ante él estaba Thomas J. Dibrell, rico promotor inmobiliario y antiguo cliente del licenciado A. Scott Fenney. Tom tenía casi sesenta años; había dejado de intentar disimular su calvicie y había aceptado su destino. Era un viejo con sobrepeso. A su lado tenía una modelo la mitad de joven que él.

—Scott… juez… eres el mejor abogado que he tenido nunca. Fui un capullo. O quizá Dios quería que te despidiese para que

pudieras ser el juez en este caso.

«O tal vez solo eras un capullo», pensó Scott, aunque dijo:

—Gracias, Tom.

Dos pasos más hasta las gradas.

—Juez, gracias por mantenernos a salvo —dijo una mujer—. Y por mantener a mis hijos a salvo.

Y entonces lo abrazó Kim Dawson.

—Gracias, Scott. Estamos a salvo gracias a ti.

Lo soltó y se hizo a un lado para descubrir a Penny Birnbaum, que estaba detrás de ella con esa expresión en la cara. Agarró a Scott y le plantó un beso en los labios. Ella cerró los ojos, pero él no. Vio a Kim apartar la mirada y a otros espectadores sonriendo; todo el mundo en Highland Park conocía a Penny. Después de besarlo le susurró al oído: «Estoy muy caliente».

Se soltó y siguió avanzando, subiendo por las gradas. Los millonarios y multimillonarios y los abogados que los servían lo saludaban como si fuera un héroe local. Le estrechaban la mano, lo abrazaban y le daban palmadas en la espalda. Expresaban su agradecimiento y aprecio, como si hubiera salvado el mundo, al menos, su mundo. Y finalmente, Scott se dio cuenta: de todas las necesidades básicas del ser humano, la más importante es sentirse a salvo. A salvo en nuestras casas, en nuestras comunidades, en nuestro país. Contratamos policías, soldados y agentes del FBI, de la brigada antidroga, de la seguridad de transporte, de la Agencia de Seguridad Nacional, de la CIA y de la policía fronteriza para que nos mantengan a salvo. Designamos fiscales y jueces para el mismo cometido. La necesidad de sentirnos a salvo trasciende a la raza, religión, credo, color y estatus socioeconómico; la gente de Highland Park quiere estar a salvo tanto como la gente del sur de Dallas. Lo cual quiere decir que la gente rica tiene el mismo miedo. Y ese es el objetivo del terrorismo: sembrar el miedo en la población.

El miedo había aterrizado en Dallas.

Capítulo 11

Sábado, 23 de enero

Quince días antes de la Super Bowl

A las siete de la mañana siguiente, Scott corría por las calles. Los hombres que iban a por el periódico matutino lo saludaban:

—¡Juez Fenney!

La gente que pasaba con el coche le decía hola con la mano y exclamaban:

—¡Juez Fenney!

Todas las personas con las que se cruzaba lo saludaban:

—¡Juez Fenney!

Y Penny estaba desnuda frente a la ventana del segundo piso del número 4000 de Beverly Drive.

—¿Hacer volar el estadio de los Cowboys? Joder, juez, costó mil setenta y dos millones construirlo.

Incluso el fornido carnicero de Whole Foods conocía al juez A. Scott Fenney.

—Dos pollos, por favor —dijo Consuelo.

Consuelo y María habían ido al supermercado con ellos ese sábado. El carnicero entregó dos pollos a Consuelo y su gorra a Scott.

—¿Puede firmarme la gorra, juez? —le preguntó a Scott como si fuera Tony Romo.

Le entregó a Scott un bolígrafo pegajoso. Scott firmó la gorra, se la devolvió junto con el bolígrafo y se limpió las manos en los vaqueros.

—Gracias, juez. Y también por mantener a Mustafá en la cárcel, donde no puede hacerle daño a nadie.

—Juez, ¿me firma un autógrafo?

Una mujer le tendió un bolígrafo elegante y un paquete envuelto en papel marrón. Él lo sujetó y leyó la etiqueta:

«Entrecot procedente de ganado alimentado con cereales orgánicos». Firmó el papel marrón. Devolvió la carne y el bolígrafo a la mujer y, entonces, la reconoció. La mujer trofeo de George Delaney. Detrás del mostrador, el carnicero cortaba carne con un cuchillo de carnicero.

—Hola, juez. —Apareció George. Miró a Consuelo y a María, que estaba aferrada a la mano del juez—. ¿Son tuyas?

—Sí. Estas son Consuelo y María.

George gruñó a modo de saludo. Consuelo empujó la cesta hacia la sección de lácteos.

—Joder, desde luego tu vida ha cambiado mucho desde la semana pasada.

—No me he aburrido.

George se puso pensativo.

—No entiendo a ese tipo, Mustafá. Vive en Estados Unidos, un país formado por hombres que quieren la libertad religiosa, pero quiere destruir Estados Unidos porque nosotros no vivimos según su religión. Los musulmanes son muy diferentes a nosotros. No somos gente violenta. No hay baptistas cortándole la cabeza a la gente porque no estén de acuerdo con su perspectiva sobre el aborto, ¿verdad? ¿Cómo pueden cortarle el cuello a alguien con un cuchillo? Toda esa sangre... Son unos sanguinarios los musulmanes.

El carnicero levantó el cuchillo y lo dejó caer con fuerza sobre la gruesa carne roja. Miraron la escena hasta que empezó a sonar el teléfono de Scott. No reconoció el número —el código era el 202, Washington D. C., seguramente se trataba del fiscal general otra vez—, pero descolgó de todos modos, solo para escapar de George.

—Perdona, George, tengo que atender esta llamada.

Se apartó y respondió.

—¿Diga?

—¿Es el juez Fenney?

—Sí.

—Por favor, espere. Va a ponerse el presidente.

—¿El presidente?

Scott esperó. Oyó a George susurrarle a su trofeo: «¡El presidente ha llamado al juez!» Y también escuchó la respuesta de ella: «Tú odias al presidente». Scott se apartó aún más para que no pudieran escuchar. La voz que Scott había oído pronunciar el discurso sobre el estado de la Unión sonó al otro lado del teléfono.

—Juez Fenney.

—Señor presidente…

—¿He oído que está ponderando?

—Eh, sí, señor.

—Bueno, pondere esto: el Estado Islámico ha reclutado a cientos de estadounidenses para que se unan a la causa, yihadistas locales que ataquen en nuestro país. Están desesperados por lograr otro 11-S. Estamos trabajando las veinticuatro horas del día, los siete días a la semana para evitarlo. No va a suceder mientras yo esté aquí. —Hizo una pausa—. El verano pasado llamaron por unos ataques el 4 de julio. Así que reunimos a todos los yihadistas sospechosos del país y los retuvimos hasta que pasara ese día. Funcionó. No hubo ataques ese día. Vamos a hacer lo mismo para la Super Bowl. Juez, lo necesito en el equipo.

—¿Qué equipo?

—El equipo antiterrorismo.

—Señor, yo solo soy un juez.

—Mire, juez, he cometido errores con estos terroristas, como confesé durante el discurso a la nación el miércoles por la noche. Al principio no tomé en serio al Estado Islámico, lo llamé el equipo secundario de al Qaeda. Pensé que sonaría jugoso en las noticias. Ahora suena estúpido. Muy estúpido después de que derribasen aquel reactor ruso y asesinasen a ciento treinta personas en París. Pero ahora los voy a tomar en serio, juez. No puedo cometer el mismo error. No puedo dejar que Mustafá salga de prisión.

—No lo haría usted, señor presidente. Lo haría yo.

—No puede, juez. No puede cometer ese error. No podrá vivir con ese error. Lo sé bien. Ha muerto gente por mis errores. Sus muertes me atormentan. Si pone en libertad a Mustafá, si se equivoca con él, cien mil muertes lo atormentarán a usted.

—Señor…

—Juez, el Estado Islámico está aquí, en Estados Unidos. No es producto de nuestra imaginación. Son reales. Están aquí. Y quieren matar estadounidenses. Imagine qué pasaría si decapitaran a un estadounidense en las calles de Nueva York, Chicago, Los Ángeles o Dallas.

Sadam Siddiqui dejó caer la lechuga en la cesta de la compra. Le encantaba comprar en Whole Foods, el café de Starbucks, la cadena Dick’s y los Cowboys de Dallas, el equipo de Estados

Unidos. Había nacido en Pakistán, pero adoraba Estados Unidos. Ahora era un ciudadano nacionalizado que quería vivir el sueño estadounidense. Había perdonado a Estados Unidos por arrebatarle a su padre.

Su hermano no.

Abdul era el primer hijo de su padre y su favorito, sin duda. Era el hijo inteligente, atlético y guapo. Una estrella en la universidad y en el campo de fútbol. Tenía seguridad en sí mismo y carisma. Su padre adoraba a Abdul. De modo que su muerte había destrozado a su primer hijo.

Sadam, el segundo y menos favorito, nunca había sentido la adoración de su padre, así que sentía menos la pérdida que Abdul. Se había recuperado y había pasado página, pero Abdul no. No podía. Echaba de menos a su padre; lloraba por su padre. Al cabo del tiempo, su dolor se transformó en ira. Su ira había aumentado a cada año que pasaba. Empezó a leer literatura islámica severa. Su visión del mundo cambió. A Sadam no le gustaban los cambios que había visto en su hermano, pero su hermano mayor tenía una personalidad muy fuerte que él no podía resistir. Se giró y se chocó con un hombre al que reconoció de inmediato.

—Perdón —dijo Scott.

El chico, un hombre joven, más bien, tenía el mismo aspecto que los jóvenes musulmanes acusados que se habían presentado ante el juez A. Scott Fenney el día anterior. Miró a Scott durante un rato, ¿o quizá era solo su imaginación?

—Que tenga un buen día, juez.

Scott miró cómo el joven que se alejó. ¿Por qué le había dado que pensar aquel encuentro? Encontrarse con un árabe en Whole Foods no era la cosa más inusual del mundo, pero tampoco era algo usual. Pero ¿era solo una coincidencia? Era el juez titular en un caso de terrorismo contra veintitrés acusados árabes, y de pronto se chocaba con un hombre árabe en Whole Foods. ¿Era una coincidencia o un mensaje? Al cabo de un instante, lo desestimó como uno de los riesgos del trabajo: paranoia.

Scott estaba sentado en el sofá entre dos chicas de trece años. Boo quería ver *El silencio de los corderos.* Scott vetó la elección.

—Pero ganó los cinco premios de la Academia —protestó ella —. Mejor película, mejor actor, mejor actriz, mejor director y mejor guion.

Scott había recibido correos y mensajes de voz de

compañeros, profesores, amigos y abogados del instituto y la universidad; de algunos se acordaba, de otros no. Eran tantos que se sentía como si hubiera ganado un Oscar al mejor juez en un papel principal.

—No.

—Es un clásico.

Estados Unidos era inocente antes del 11-S. Segura. Protegida. Tan segura de que los terroristas que afligían al resto del mundo no cruzarían —no podrían— el océano que la protegía. Pero lo cruzaron. Y se llevaron la inocencia de Estados Unidos.

Estaban comiendo hamburguesas, bebiendo batidos de malta y viendo otro clásico, *Sentido y sensibilidad.* Una película romántica anticuada e inocente. Como debía ser la vida, al menos para unas niñas de trece años. Al menos durante un poco más de tiempo. La dura realidad del mundo —de *El silencio de los corderos* y los terroristas islámicos— se presentaría ante las chicas pronto. Él no iba a adelantar ese momento. Un hombre mantiene a su familia a salvo.

Un juez mantiene a la gente a salvo.

Black Hawk derribado era la segunda película favorita de Beckeman. La primera era *La noche más oscura;* aunque el héroe era una mujer, luchaba por la libertad. Ver a los soldados luchar y morir lo entristecía. Los hombres buenos morían porque un presidente no podía tomar una decisión difícil. Hay cosas por las que vale la pena morir. Mogadiscio, Somalia, no era una de esas cosas. Beckeman rezaba para que el juez tomara la decisión difícil el lunes por la mañana, y que así no muriera gente inocente.

Capítulo 12

Domingo, 24 de enero

Catorce días antes de la Super Bowl

Scott estaba sentado en la iglesia. Practicaba la libertad de culto tal y como garantiza la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, así como el imán practicaba su libertad de expresión garantizada por la misma enmienda. Compartían los mismos derechos, pero no las mismas creencias. A Scott le encantaba Estados Unidos; el imán la odiaba. Scott era baptista; el imán era musulmán. Scott creía en la separación de la Iglesia y el Estado; el imán quería que su Iglesia gobernase el Estado. Scott creía en la libertad de culto; el imán creía en su religión.

No creía en Estados Unidos.

Tenía derecho a vivir en Estados Unidos, aunque no creyese en el país. La Constitución garantizaba ese derecho, al igual que prohibía la detención previa al juicio a menos que el acusado presentase riesgo de fuga o constituyera un peligro para la comunidad. No hay Guantánamo en Estados Unidos. No se puede encarcelar a una persona acusada solo porque parezca que pueda hacer algo malo en el futuro. El peligro para la comunidad no puede ser una fecha desconocida en un futuro lejano, debe ser aquí y ahora. Si lo liberan, hará daño a alguien.

¿Haría eso el imán?

La Declaración de los Derechos Humanos se escribió para proteger a la gente que no gusta, que no está de acuerdo con la mayoría, que no cree ni piensa como el resto. Gente con diferentes religiones, credos y colores.

Gente como Omar al Mustafá.

Si Scott detenía al imán antes del juicio a pesar de la falta de pruebas —es decir, a pesar de la Constitución— todo el mundo quedaría contento. El presidente, el fiscal general, el fiscal federal, el FBI, el público, incluso Frank Turner. Todos excepto George Washington, Thomas Jefferson, James Madison, Alexander Hamilton y Benjamin Franklin. Los Padres Fundadores no estarían contentos con el juez A. Scott Fenney.

—Inmigración y el imán: hoy todo se revuelve en torno al juez A. Scott Fenney.

Mac odiaba esos programas políticos de los domingos por la mañana, pero siempre los veía. Es algo que entra dentro de las responsabilidades laborales cuando eres un funcionario político y quieres seguir siéndolo durante cuatro años más. El moderador de *Elecciones 2016* presentó los temas de la mañana y a los tertulianos que rodeaban la mesa, todos comentaristas políticos veteranos que Mac conocía bien. Sabía que eran unos idiotas.

—Vamos a tratar el tema de la inmigración primero, ya que es un caso político de alto riesgo —dijo el moderador—. Pero empecemos con una pregunta básica. ¿Qué es exactamente un decreto ejecutivo? Stan, tú eres profesor de derecho constitucional en Harvard, ¿quieres explicárnoslo?

Stan era un hombre de mediana edad; llevaba pajarita y una chaqueta de tweed. Mac nunca contrataba a abogados de Harvard o a abogados que llevasen pajarita.

—Un decreto ejecutivo es un directivo coercitivo legal presentado por el presidente a una agencia federal conforme a su autoridad según el artículo dos de la Constitución. El Congreso no puede cuestionar un decreto ejecutivo, pero está sujeto a revisión judicial. Un decreto ejecutivo puede ser anulado si el presidente elabora una ley, pero no si aplica la justicia.

—¿Y si se niega a aplicar la justicia?

—Esa es la pregunta.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Pregúntale al juez Fenney.

Ralph, otro tertuliano, interrumpió:

—¡El decreto ejecutivo del presidente no tiene precedentes!

—En absoluto —dijo Stan—. Otros presidentes han presentado centenas de decretos ejecutivos, pero la oposición siempre se queja de que han excedido su autoridad constitucional. La Proclamación de Emancipación de Lincoln fue un decreto ejecutivo. También lo fue la Works Progress Administration de Roosevelt durante la Gran Depresión y el confinamiento de los estadounidenses japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, al igual que la desagregación de la milicia de Truman y la nacionalización de la industria del acero; esta última fue rechazada posteriormente por el Tribunal Supremo.

—¿Entonces, qué hace a este decreto ejecutivo tan especial?

—preguntó el moderador.

—Es año de elecciones, y está relacionado con el tema de la inmigración —explicó Stan.

—Es por el presidente —dijo Ralph—, que está enfadado porque el Congreso no quiere cambiar las leyes de inmigración según sus deseos, y está adaptando la ley para beneficiarse a sí mismo más que al pueblo estadounidense.

—¿Y el juez Fenney complacerá al presidente o a los republicanos? —preguntó el moderador.

—El presidente le asignó el caso. Actuará a favor del presidente.

—¿Ralph?

Ralph frunció el ceño.

—Me temo que tiene razón. El juez Fenney actuará a favor del presidente. Es abogado, lo cual significa que es ambicioso. Sin duda, quiere avanzar en el mundo judicial. Si actúa a favor del presidente, lo conseguirá. Si actúa contra el presidente y contra doce millones de mexicanos nunca será Fenney un juez de la Corte Suprema.

Mac sonrió. Su hombre, un liberal, estaba haciéndole saber al juez a través de la televisión que su decisión afectaría su futuro profesional. Coopera y ascenderás. No cooperes y te quedarás sentado en el juzgado de Dallas durante el resto de tu vida. Así era la política en Estados Unidos.

—Lo asignó el presidente, pero gracias al difunto Samuel Buford, el legendario juez federal de Dallas.

—El legendario juez federal liberal de Dallas.

—El presidente tendrá su victoria.

Todos asintieron, y el programa dio paso a un anuncio sobre unos antidepresivos. Después del intermedio, pasaron al tema del terrorismo.

—¿Detendrá el juez Fenney a Mustafá antes del juicio?

—Más le vale. Este hombre es un peligro para la comunidad. Todos hemos oído sus diatribas en YouTube, incluso en este programa. Es un clérigo islámico radical que quiere ver a Estados Unidos hundido.

—Pero no parece que haya pruebas contra él.

—¿Lo quieres en las calles?

—Lo quiero en Guantánamo.

En eso estaban todos de acuerdo.

El cura habló y la congregación escuchó. Hablaba en español; entendían el español. La Catedral Santuario de la Virgen de Guadalupe, al sur de Dallas, ofrecía tres misas en inglés y tres misas en español cada domingo, incluyendo aquel servicio de las 10:30. A Catalina Peña le encantaba la misa. Solo sentarse en aquella gloriosa catedral era una experiencia religiosa. Tal vez se debía al gran contraste existente entre la catedral y su trabajo.

La misa ofrecía esperanza; su trabajo no.

O tal vez era el entorno en sí: las paredes, pilares y altar de color blanco y desnudos en contraste con las vidrieras; los altos techos abovedados; las esculturas de la Vía Crucis sobre las paredes; el tabernáculo y los bancos de madera marrón. Cuando se sentaba en un banco de la catedral, se sentía bendecida. Se preguntaba si los demás miembros se sentían igual de bendecidos. Muchos, sino la mayoría, eran inmigrantes ilegales de México, incluyendo a Diego y Sofía Peña, cuyo único sueño era la bendición de la nacionalidad estadounidense que ella poseía porque había nacido al norte del río, y no al sur. Hacía 168 años, el Tratado de Guadalupe Hidalgo acabó con la guerra entre mexicanos y estadounidenses y estableció el río Grande como barrera internacional entre los Estados Unidos y México. Desde entonces, los mexicanos habían intentado diligentemente dar a luz a sus hijos al norte del río; todos los mexicanos sabían que un niño nacido al norte tendría una oportunidad de vivir el sueño estadounidense, mientras que uno nacido al sur no podría hacer nada más que soñar. Cat miró a sus padres, que estaban arrodillados junto a ella en el banco. Le habían dado una oportunidad, aunque ellos tuvieron que vivir en la sombra. Trabajaba para el FBI, ejecutando las leyes de Estados Unidos. Y la ley exigía que Diego y Sofía Peña fueran expulsados de Estados Unidos.

—Roguemos —dijo el cura— para que el decreto ejecutivo del presidente sea apoyado por la corte y que así podamos vivir en la luz y no en las sombras. El presidente es un buen hombre. Le importan las vidas de los mexicanos.

El póster que estaba colocado en la pared mostraba al presidente sosteniendo a un tierno bebé angloamericano en un evento político con la leyenda: «Tienes suerte de ser un bebé estadounidense porque mato bebés pakistaníes con misiles».

Otro póster mostraba a un bebé árabe escribiendo con sangre

en la pared debajo de una imagen de un dron estadounidense: «¿Por qué matas a mi familia con un misil?».

Otro mostraba a un niño árabe muerto con la leyenda: «El presidente de Estados Unidos ha matado a más niños con misiles que todos los demás premios nobeles de la paz combinados».

Abdul Jabbar sintió cómo la ira se apoderaba de él. Conocía las estadísticas: 421 misiles en Pakistán; 2 478 pakistaníes asesinados; 423 civiles asesinados. Solo eran números en una página, a menos que tu padre estuviera entre esos 423. Como era su caso. Estados Unidos le había arrebatado a su padre cuando era solo un niño. Había crecido sin padre porque Estados Unidos le había declarado la guerra al islam. Odiaba América cada día más.

—*¡Touchdown!*

Pero a su hermano pequeño le encantaba todo lo estadounidense, y nada le gustaba más que los Dallas Cowboys. Ahí estaba, sentado delante de la pantalla del televisor comiendo falafel como si fueran palomitas de maíz y viendo a los Cowboys jugar contra los Packers. Llevaba una gorra blanca y azul de los Cowboys al revés y una camiseta azul y blanca de Tony Romo. A sus veintidós años, todavía era un niño.

—Vamos —dijo Abdul—. Tenemos mucho trabajo que hacer. Mañana es un gran día.

—¿Tenemos que hacerlo?

Su hermano pequeño era un poco quejica.

—Sí. Hay que hacerlo. Es la voluntad de Alá. Y recuerda, hermano mío, que hay una recompensa: setenta y dos vírgenes en el cielo.

—Me conformaría con una en la tierra.

—Bueno, más te vale encontrarla pronto.

Su hermano pequeño silenció la televisión y se volvió hacia él.

—Abdul, eres mi hermano mayor, te respeto y te honro. Siempre te he admirado por tus consejos, más que a nuestro padre. Siempre te he seguido.

—Entonces sígueme ahora.

—Abdul, entiendo tu ira, pero debo pronunciarme en contra de este procedimiento.

—Suenas como un abogado.

—Abdul, por favor, no quiero matar gente. Quiero amar a la gente, amar a una chica. Quiero una novia, besarla y cogerle la mano y mandarle mensajes sexuales como lo hacen los demás. Quiero ser abogado, tener una buena vida en Estados Unidos, no

una muerte gloriosa. Esto está mal.

—¿Mal? Hermano mío, ¿estaba mal que ese misil matase a nuestro padre?

—Sí, por supuesto, pero…

—¿Pero qué?

—¿Esto es lo que hubiera querido nuestro padre para nosotros? Tenemos una educación. Podemos tener una buena vida en Estados Unidos.

—¿Cómo pueden ser buenas nuestras vidas en Estados Unidos cuando Estados Unidos se llevó la vida de nuestro padre en Pakistán?

Cuando el gobierno estadounidense trasladó a su madre y a sus dos hijos al país como recompensa por haber matado a su marido y padre, el hijo más joven se enamoró rápidamente de Estados Unidos. El hijo mayor se relacionó con musulmanes radicales en la mezquita. Veía a los demás chicos del barrio jugar al fútbol con sus padres, y su ira se hacía más fuerte cada día. Nunca podría perdonar a Estados Unidos. Le había arrebatado a su padre. Uno no olvida algo así; busca venganza por un acto semejante. Ni el Dáesh ni el imán habían radicalizado a Abdul Jabbar; lo había logrado un misil estadounidense.

—Venga, hermano. Tenemos que ir a clase. Podemos pasar por Krispy Kreme por el camino.

Un dónut siempre animaba a su hermano. Pero ese día no. Suspiró pesadamente y se giró hacia el televisor justo a tiempo para ver marcar a los Cowboys. Pero no gritó como una niña como hacía siempre. Su tono era suave.

—Los Cowboys irán a la Super Bowl.

—Y nosotros también, hermano.

Abdul quería matar estadounidenses. Cuatro días antes, había descubierto que tenía la fortaleza intestinal para matar. Su hermano pequeño, no tanto.

—¡Los Cowboys van a la Super Bowl! —gritó Pajamae—. Ojalá pudiéramos ir.

Estaba viendo el partido, Boo leía un libro y Scott ponderaba sobre sus casos. Su mente pasaba del caso de inmigración al caso de terrorismo; los dos casos más controvertidos del país se habían abierto paso hasta su sala de justicia. Él no los había buscado: habían llegado hasta él. Las partes habían acudido a él para que tomase una decisión, y eso era lo que debía hacer. No podía decir

«id a preguntarle a otro». En Estados Unidos, la gente busca a los jueces cuando quiere una respuesta. El juez A. Scott Fenney tendría que dar una al día siguiente a las diez de la mañana. Sonó el teléfono y el sonido lo sacó de golpe de sus pensamientos. Era el fiscal general.

—Me preguntaba si ibas a llamar.

—No quería decepcionarte.

—¿Y?

—No decepciones a tu país.

—Mac…

—Scott, estamos luchando contra el mal. Esta gente quiere acabar con la civilización occidental, tal y como testificó Mustafá. Quieren un mundo bajo la ley islámica. Nosotros miramos al futuro, y ellos viven en el pasado. Desean librar a Oriente Medio de los cristianos y los judíos, nos llaman «los aliados de la cruz».

—¿Y después?

—Después vendrán a por nosotros. Imagina un 11-S cada año. Cada semana. Imagina bombas suicidas cada día en las tiendas de comestibles, en los cines, en las escuelas, en el metro, en los centros comerciales, en los partidos de fútbol del instituto. Decapitaciones en las calles. Esa es la vida que viviremos. ¿Es esa la vida que quieres para tus niñas?

—¿Cómo evitamos eso?

—Matando o capturando a todos los yihadistas del mundo.

—¿Eso es posible?

—No, pero tenemos que intentarlo. No podemos derrotar al Dáesh en Siria porque no podemos matar civiles. El presidente no ha sido soldado. No entiende que en la guerra mueren civiles. La única cuestión es qué civiles: ¿los suyos o los nuestros? Ahora sabemos la respuesta: los nuestros. Así que tenemos que matar a los yihadistas aquí en casa. Tan rápido como podamos.

—Mustafá dice que nuestros misiles están creando más terroristas.

—Entonces los mataremos también a ellos.

—¿No hay resolución pacífica?

—¿Cómo negocias la paz con gente que coloca chalecos suicidas a sus hijos y los conducen a su muerte? Nosotros soñamos por nuestros hijos. Ellos matan a sus hijos. En el nombre de Alá.

—Aunque eso sea verdad, Mac, la ley requiere ciertas pruebas para detener a Mustafá antes del juicio.

—Te lo dije, no hay pruebas. Aún no. Pero las encontraremos antes del juicio, te lo prometo. Tú limítate a no soltarlo.

—Podríamos matarlo.

—¿Quieres matar a Mustafá si el juez lo libera mañana por la mañana?

—No he dicho que quiera matarlo. Bueno, lo cierto es que sí, he dicho que podríamos matarlo.

Beckeman estaba en medio de una teleconferencia con el fiscal general y el director.

—¿Y qué pasa con los otros veintidós colaboradores? —dijo el director—. No podemos matarlos a todos.

—Claro que podemos —dijo Beckeman—. Joder, mandaré a Stryker. Puede matarlos a todos antes de la hora del almuerzo.

—Sé que podemos matarlos. Lo que quiero decir es que políticamente no podemos hacerlo.

—Podría suponer un problema de relaciones públicas.

—¿Tú crees?

—Los tres hombres suspiraron al unísono.

—¿Sirvió de algo la llamada del presidente? —preguntó el director.

—Está ponderando —dijo Mac.

—¿El presidente?

—El juez.

Beckeman soltó una risita.

—Luchamos contra terroristas y él está ponderando. Joder, eso es lo más frustrante de este trabajo. Atrapamos a los tipos malos. Ganamos. Ahora un juez puede decirnos que hemos perdido y que ellos han ganado. ¿Os imagináis el apoyo que tendrá Mustafá entre los musulmanes si sale del juzgado federal? Habrá vencido al gobierno estadounidense. Joder, estará en Al Jazeera a lo largo de todo el mundo musulmán. Será un puto héroe popular.

—Fenney es un buen hombre que está intentando hacer lo correcto —dijo Mac—. Lo que pasa es que no entiende que lo correcto y lo incorrecto cambiaron el 11-S.

—Es como Vietnam. Los liberales piensan que podemos ganarnos los corazones y las mentes de la gente. No pudimos entonces y no podemos ahora. Los corazones y las mentes de esta gente están con Mahoma.

Beckeman era el tipo de hombre que distinguía entre los buenos y los malos. Eres bueno o malo, correcto o incorrecto, negro o blanco. No había gris en su vida. Pero los jueces eran daltónicos: solo veían tonos grises.

—¿Qué demonios necesita para darse cuenta de lo que tenemos entre manos? Para entender que esto es una puta guerra. Que estamos luchando por su libertad. Por la libertad de sus hijas.

Capítulo 13

Lunes, 25 de enero

Trece días antes de la Super Bowl

Scott se levantó a la mañana siguiente con una decisión firme en mente. Seguiría a la Constitución y a los Padres Fundadores, y no a la opinión pública; ni al presidente, ni al fiscal general, ni al FBI, ni tan siquiera a Frank Turner. Que Dios lo ayudase si estaba equivocado.

—¡Buenos días, juez! ¿Qué tal los Boys?

Scott saludó al hombre que estaba recogiendo su periódico. Aquel día, las noticias se centraban en los Cowboys. El Dáesh había sido derrotada en Dallas; ahora Dallas tenía que vencer a los Patriots en la Super Bowl. Eran las siete de la mañana siguiente, y mientras sus pies golpeaban el pavimento de Highland Park, su mente se mantenía centrada en Omar al Mustafá. El FBI había presentado pruebas de que era culpable de odiar Estados Unidos, pero ninguna prueba que demostrase que fuese culpable de conspirar para hacer volar el estadio donde jugaba el equipo de Estados Unidos, o de que supusiera un peligro para la comunidad. Según la Constitución y la Ley de Reforma de Fianzas —según la ley del país— el imán tenía derecho a ser puesto en libertad por medio de una fianza bajo promesa, o al menos con condiciones. El juez del distrito de los Estados Unidos A. Scott Fenney había hecho un juramento para hacer cumplir la Constitución, y no solo en los casos fáciles. La Constitución no había sido escrita para los casos fáciles, sino para los difíciles.

Omar al Mustafá era un caso difícil.

Scott rogaba que el fiscal general se equivocase acerca de la justicia acumulativa. Que el imán no fuese el tipo malo de este caso por su conducta en el pasado. Que no usara su libertad para ejecutar una trama que hiciese volar el estadio. Que…

Se oyó el chirrido de unos neumáticos.

Una furgoneta blanca viró bruscamente delante de él.

Scott había avanzado hacia la intersección sin mirar a los

lados. La furgoneta no lo golpeó, sino que fue él quien la golpeó. Giró el cuerpo instintivamente y recibió el golpe en el hombro, pero la cabeza se le fue hacia delante y se la golpeó con la furgoneta. El impacto lo hizo tambalearse. Estuvo a punto de caer al suelo, pero se las arregló para mantenerse en pie. Se agarró las rodillas para sostenerse, miró el suelo y sacudió la cabeza para aclararse la visión sin éxito. Se oyeron unos frenos, se abrió una puerta y se aproximaron unos pasos. Unas zapatillas Nike de color amarillo fluorescente aparecieron ante sus ojos.

—¿Está bien, juez?

Su mente, su cuerpo, el mundo se movía a cámara lenta. Parpadeó con fuerza y desvió la vista de las zapatillas amarillas hacia unos pantalones de chándal de color rojo de nailon y una camiseta de Tony Romo del número nueve hasta encontrarse con… ¿Ronald Reagan? Scott había sufrido varios golpes en la cabeza en la universidad, y ahora sentía la misma conmoción cerebral. Atontado… con la vista borrosa… Volvió a intentar sacudir la cabeza para aclararse. Oyó el ruido de un metal arañando otro metal… La puerta lateral se abrió…

—Déjeme ayudarlo, juez.

Pero Ronald Reagan no lo ayudó… En lugar de eso, agarró a Scott por el cuello y lo golpeó con fuerza contra la furgoneta. Otro brazo lo agarró del cuello por atrás y un trapo húmedo le cubrió la boca. Se sintió mareado. Arrastraron su cuerpo hacia el interior de la furgoneta… Su cabeza aterrizó en el suelo de la furgoneta. Vio una cara sobre él, una cara familiar, George W. Bush… Se sentía adormilado… Se le cerraron los ojos.

Boo estaba sentada a la mesa de la cocina con el estetoscopio alrededor del cuello, el aparato de la tensión en la mano, un vaso de zumo de col rizada en la mesa, y las mejillas cubiertas de lágrimas. Se secó los ojos y volvió a mirar el reloj: las 7:45.

—No te preocupes, Boo —dijo Consuelo desde los fogones—. El señor juez volverá.

Pero Boo estaba preocupada. Se sabía que lo estaba porque daba golpes con el dedo en la mesa a una velocidad endiablada sin pensar siquiera. A. Scott podía haber sufrido un ataque al corazón, un infarto, un tobillo roto, un ataque de asma (aunque no creía que tuviera asma), una trombosis venosa profunda, un inicio temprano de Alzheimer, una migraña… o, Dios mío, un coche podría haberlo atropellado. A las ocho en punto llamó a Louis.

Louis Wright vivía al este de la autopista, a solo diez minutos de la casa del juez. Pensó que, si tenía que estar atento al juez, era mejor vivir cerca. Su casa era pequeña: dos habitaciones y un baño, pero era suya. Nunca pensó que tendría una casa propia. La gente del sur de Dallas vivía de alquiler durante toda su vida o vivía en los suburbios. La propiedad inmobiliaria no era un tema de conversación corriente cuando se iba de paseo por el bulevar de Martin Luther King, sino más bien el allanamiento de morada. Pero el juez había sacado a Louis Wright del sur de Dallas y le había ofrecido una vida diferente. Una vida mejor. Había aprobado el certificado preuniversitario y se estaba sacando el título universitario asistiendo a clase por la noche en la facultad. Quería ser abogado. Como el juez. Su vida había cambiado cuando A. Scott Fenney se detuvo en los suburbios en su Ferrari rojo. Sonrió al recordarlo, pero el timbre del teléfono móvil interrumpió sus pensamientos. Era Boo.

—Louis, ha vuelto a pasar.

Boo levantó la vista cuando Louis entró por la puerta trasera. Se enjugó las lágrimas.

—Por favor, Louis, encuéntralo.

—¿Por dónde se fue?

Le alcanzó un trozo de papel.

—Le hice dibujar su ruta y prometer que correría igual todos los días. Por si le daba un ataque al corazón.

Louis cogió el mapa.

—Lo encontraré.

No lo logró. Una hora más tarde, había recorrido la ruta entera del juez a través de Highland Park, pero no lo encontraba por ninguna parte. Lo había encontrado aquel día, hacía un año y medio, en la playa de Galveston, ensangrentado y lleno de magulladuras, pero no pudo hacerlo en las calles de Highland Park aquel día.

—Si libera a Mustafá, te juro por Dios que vomitaré —susurró Beckeman al fiscal general.

Se sentía como si estuviera en la iglesia. La congregación susurraba, aunque la corte todavía no había iniciado la sesión y el juez llegaba tarde. Estaban sentados en la mesa de la acusación; Mustafá y Frank Turner estaban en la mesa del acusado. Los demás acusados estaban sentados en el estrado del jurado y en unas sillas, al lado de Mustafá. Esperaban al juez.

Abdul Jabbar abofeteó al juez repetidas veces hasta que se revolvió. Le habían vendado los ojos y atado las manos detrás de la espalda. Le dio una arcada, luego rodó sobre sí mismo y vomitó.

—¡Para el vehículo, hermano!

Su hermano pequeño detuvo la furgoneta que habían robado esa mañana. Abdul ayudó al juez a incorporarse para no ahogarse con su propio vómito. Eso no ayudaría con el plan.

Louis estaba de pie en la esquina de Lovers Lane con Hillcrest Avenue, al norte de la universidad. Era un hombre negro grande en un pueblo pequeño de blancos. Temía lo peor. No de la gente blanca ni para sí mismo, sino para esos musulmanes y para el juez. No le cabía duda de que habían atrapado al juez. Los seguidores de Mustafá. Había musulmanes buenos y musulmanes malos, al igual que había gente buena y mala de todos los credos y colores, pero esos musulmanes eran algo peor que malos.

Eran malvados.

Louis Wright había visto antes la maldad fría como el hielo, cara a cara, pero nunca se había imaginado que habría una maldad como la de aquellos tipos. Cortar cabezas, quemar viva a la gente, matar mujeres y violar niñas era maldad pura, actos propios del diablo. Su madre siempre había dicho que el diablo era real, una fuerza malvada en el mundo; siempre había pensado que exageraba, como solía hacer para dejarle claro a su hijo que se mantuviera al margen de los conflictos del barrio. Pero ahora sabía que tenía razón. Su madre tenía razón sobre la mayoría de las cosas, excepto una. Siempre había dicho que no podría confiar nunca en un hombre blanco. Tenía razón sobre el diablo, pero se equivocaba con respecto al hombre. Claro que murió antes de conocer al juez.

—¿Se ha perdido?

Louis volvió de vuelta al presente. Un coche de policía de Highland Park se había detenido junto a él en la acera. Un

hombre grande y negro en una esquina concurrida de Highland Park llamaba la atención. El poli blanco volvió a repetir: «¿Se ha perdido?».

—No, no me… No me he perdido.

—¿Qué es, guardia de seguridad?

Louis llevaba su uniforme.

—Alguacil. Tribunal federal.

—¿De veras?

De veras. Tenía que recordárselo también a sí mismo cada mañana cuando se ponía el uniforme. Era alguacil de un tribunal federal que ganaba 50 000 dólares al año. Trabajaba en un juzgado. Hasta hacía un año, tenía como hábito mantenerse alejado de los juzgados; nada bueno podía pasarle a un hombre negro en un juzgado, sobre todo en Dallas. Tenía problemas con los federales por aquel entonces, pero el juez —antes de que se hiciera juez— había arreglado sus problemas. Ahora, Louis Wright ya no tenía que mirar atrás. Solo tenía que estar atento al juez.

—Estoy buscando al juez para el que trabajo.

—¿Qué juez?

—El juez Fenney.

—¿El juez federal? ¿Sobre el caso de terrorismo?

Louis asintió.

—Salió a correr y no ha vuelto. He seguido su ruta, pero no lo he encontrado. Creo que lo han agarrado.

—¿Agarrado? ¿Cree que el juez Fenney ha sido secuestrado?

El agente llamó por la radio.

—Bobby, estoy preocupada —dijo Karen—. Él nunca llega tarde.

Eran las diez y media. Ella y Bobby estaban pegados el uno al otro junto al banco. Carlos se unió a ellos.

—¿Dónde está Louis?

El teléfono de Bobby empezó a vibrar. Miró quién era:

—Louis.

—Algo no va bien —dijo Beckeman al fiscal federal.

Se levantaron y se acercaron a los ayudantes del juez que estaban de pie junto al banco. El juez magistrado les daba la espalda; estaba susurrando al teléfono. Un momento después, dejó

caer la mano que sostenía el aparato. La mujer lo agarró.

—Bobby… ¿qué pasa?

—¿Qué está pasando? —dijo Beckeman.

—¿Dónde está el juez? —preguntó Mike Donahue.

El magistrado se volvió hacia ellos. Tenía la cara pálida.

—Alguien se lo ha llevado esta mañana cuando salió a correr.

Beckeman salió corriendo del juzgado con una imagen espantosa en su cabeza: el cuerpo decapitado del juez tirado en una calle de Dallas.

—¿Han secuestrado al juez?

—Sí, señor.

—¿Los árabes?

—¿Quién si no?

—¿Por qué no tenía escolta?

—Se negó.

—Por Dios.

—Sí, señor.

El presidente de los Estados Unidos de América estaba sentado detrás de su escritorio en el despacho presidencial de la Casa Blanca. El director del FBI estaba delante de él. El presidente sacudió la cabeza.

—En Estados Unidos no secuestramos jueces.

—Ellos sí.

—¿Y si lo decapitan? ¡En Estados Unidos!

—Bueno, si yo fuera musulmán, saldría por patas de aquí.

Abdul deslizó el afilado cuchillo por el cuello del juez, justo encima de la arteria carótida.

—Nada me gustaría más que cortarte la puta cabeza.

—Hermano, no. Es juez federal.

—¿Y?

—¿Dónde estoy? —El juez escupió bilis—. ¿Quién coño sois?

Abdul suspiró. Ya habría otra ocasión.

Scott sintió un aliento cálido en la cara, un olor nauseabundo en las fosas nasales y un susurro en el oído.

—Juez, ¿ves con qué facilidad podemos atraparte? Podemos volver a hacerlo, siempre que queramos. Podemos separarte de tus hijas, de tus amigos, de tu vida. Podemos arrebatarte la vida. Podemos cortarte la cabeza y colgar el vídeo en YouTube. Podemos enviar tu cabeza de vuelta a tus hijas para que la pongan en una repisa como un trofeo. Podemos hacer eso, juez, y lo haremos a menos que sueltes al imán.

—¿Estáis con él en esto?

—Él es nuestro líder. Es un prisionero de guerra.

—¿Qué guerra?

—La guerra estadounidense contra el islam. Tienes cuarenta y ocho horas para soltarlo. O si no…

—¿O si no qué?

—No quieres saberlo, juez. Te lo prometo.

Volvió a oír el sonido que provoca un metal arañando otro y sintió una brisa fría. Unas manos lo levantaron y lo empujaron. Cayó al suelo con fuerza y rodó sobre sí mismo. Oyó cómo la furgoneta se alejaba rápidamente. Se quedó tendido un momento e hizo una valoración: tenía la cabeza despejada; no había sufrido contusión alguna. Satisfecho con su estado mental, se incorporó trabajosamente, pero no podía liberar sus manos ni sus ojos. Oyó la vocecilla de un niño.

—¿Por qué está atado, señor?

—Por favor, quítame la venda.

Unos dedos agarraron la venda y enseguida se la quitaron. Scott parpadeó bajo la luz del sol hasta que sus ojos se acostumbraron. Miró a su alrededor. Tres niños negros lo rodeaban con las manos apoyadas en las rodillas, y lo observaban como si fuera un tiburón varado en la playa. Con interés, pero también con recelo.

—¿Promociona la marca Under Armour? —preguntó uno de los niños—. Voy a conseguir un contrato con Nike cuando esté en la NBA.

—Soy juez. Dos hombres me han secuestrado. Por favor, desatadme las manos.

Los niños hicieron lo que les pedía y le ayudaron a levantarse. Habían dejado a Scott en los suburbios del sur de Dallas. Había estado antes allí, pero en un Ferrari que había atraído a una muchedumbre cuantiosa. Un hombre blanco maniatado y con los ojos vendados al que habían tirado de una furgoneta solo atrajo a tres niños.

—Chicos, ¿sabéis dónde puedo conseguir un teléfono móvil?

Uno de los niños se llevó la mano al bolsillo trasero y le tendió un teléfono a Scott.

—Puede usar mi iPhone. Es un iPhone seis.

—¡A. Scott!

Boo salió disparada de la casa, bajó por la acera y saltó a los brazos de Scott en cuanto salió del coche de Louis. Pajamae le pisaba los talones. Las dos lloraron sobre su camiseta. Él también lloraba. No temía por su seguridad personal; tal vez era por el fútbol, por todos esos golpes en la cabeza, el motivo por el que no se preocupaba por su propio futuro. Pero temía por el futuro de las niñas sin él. Dependían de él. Lo necesitaban. Debía criarlas, cuidar de ellas, vigilarlas. Un hombre protege a sus hijos.

Estaba fuera, abrazando a sus hijas. El alguacil negro y grande estaba de pie junto a ellos. Beckeman salió y corrió hasta ellos.

—Juez, ¿está bien?

—Eso creo.

Tenía la cara roja y arañada, las manos llenas de rasguños y la ropa rota y sucia. Como si lo hubieran tirado de un vehículo en marcha.

—Tenemos que llevarlo a urgencias para que lo examinen. Y dar parte.

—No. Puedo dar parte de camino al juzgado. —El juez se irguió y miró a Beckeman—. Tengo una decisión que tomar.

—Gracias a Dios, el juez está bien —dijo el presidente—. Ahora encontrad a esos árabes.

—Sí, señor.

—¿Puede manejarlo tu hombre?

—Sí, señor. Beckeman es el mejor que tenemos. Y no teme labrarse una mala reputación si mata musulmanes.

—Bien. Porque quiero a esos dos árabes muertos antes del saque inicial.

—Señor, ahora sabemos que hay más conspiradores ahí fuera. Tal vez deberíamos considerar cancelar la Super Bowl.

—No. Si cancelamos la Super Bowl, ganarán ellos. Eso no va a pasar, no mientras yo esté al mando. La Super Bowl se celebrará el siete de febrero.

El presidente señaló al director con el dedo.

—Encuentra a los árabes o búscate otro trabajo.

—Señor presidente, si no los encontramos, los dos tendremos que buscar otro trabajo.

Al llegar el mediodía, Scott había cambiado la marca Under Armour por Brooks Brothers. Se dirigió a la sala abarrotada desde el banco.

—En nuestro sistema legal, los jueces tienen un papel importante: ratificar la Constitución. Ese papel requiere que un juez tome decisiones difíciles, resoluciones que resultan ser impopulares entre el público, resoluciones que protegen los derechos de un individuo, al parecer, a costa de la ética y las tradiciones de la sociedad. El terrorismo es el último campo en el que los derechos constitucionales de un individuo parecen enfrentarse a los mejores intereses de la sociedad. Los ataques terroristas nos asustan. Queremos estar a salvo, al menos aquí en casa. Queremos que nuestro gobierno nos mantenga a salvo de los terroristas. La forma más fácil de lograr eso sería que el gobierno arrestara a cada persona sospechosa de ser terrorista y la mandara a prisión. Pero ese no sería el modo constitucional de mantenernos a salvo. No se ajustaría el estilo estadounidense.

El fiscal federal y el agente Beckeman se retorcieron en la mesa de la acusación.

—Omar al Mustafá y veinte colaboradores han sido acusados y arrestados con cargos de terrorismo. El gobierno ha solicitado su detención previa al juicio. Tal y como requiere la ley, este tribunal celebró una audiencia de detención el viernes. En esa audiencia, el gobierno no presentó ninguna prueba evidente de que el señor Mustafá y sus colaboradores presenten riesgo de fuga o peligros para la comunidad, las únicas dos bases que exige la detención previa al juicio en el tribunal federal. Esta mañana a las siete, había decidido conceder la libertad bajo fianza antes del juicio a todos los acusados.

Beckeman escondió la cara en las manos. El imán contuvo una sonrisa.

—Pero esta mañana a las siete y media, encontré pruebas creíbles, pruebas que muy probablemente conectan al señor Mustafá con la trama del estadio y que establecen de forma irrefutable que supone un peligro claro y presente para la comunidad. Dos hombres que afirmaban trabajar para el señor Mustafá me secuestraron en las calles de Highland Park.

La multitud soltó un grito ahogado. Al parecer, la noticia del secuestro de Scott no había llegado al juzgado antes de ese momento.

—Estos hombres me amenazaron con cortarme la cabeza si no libero al señor Mustafá. Eso no va a pasar. El tribunal encuentra los siguientes hechos conforme a la Ley de Reforma de Fianzas: Uno, que en esta fecha el juez titular fue secuestrado por dos hombres que se declaran leales al acusado Omar al Mustafá. Dos, que los dos hombres exigieron la liberación del acusado Mustafá de la custodia federal bajo amenaza de actos ilegales adicionales contra dicho juez. Tres, que el secuestro del juez titular en el caso criminal federal del acusado Mustafá demuestra la voluntad de servicio de unas personas que están de acuerdo con el acusado para cometer actos violentos, con la aparente bendición del acusado; y cuatro, que esa conducta ilegal puede ser atribuida al acusado. Por lo tanto, según los hechos hallados por el tribunal, el tribunal declara las siguientes conclusiones y motivos para la detención previa al juicio de todos los acusados: Uno, Omar al Mustafá es un peligro para la comunidad; dos, los demás acusados también suponen un peligro para la comunidad y hay probabilidades de que intimiden o amenacen al jurado o a los testigos; y cuatro, los acusados no refutaron la presunción de detención establecida en la sección treinta y uno, cuarenta y dos, e, tres del acta. Por tanto, se ordena que los acusados sean detenidos por el servicio de policía de los Estados Unidos antes del juicio en el tribunal federal. Sin embargo, dada la publicidad que ha atraído el caso y la animosidad pública hacia los acusados, que sin duda se verán intensificadas después de los eventos de esta mañana, el tribunal ordena que los acusados sean enviados al centro de detención federal del edificio federal Earle Cabell de Dallas, Texas, por su propia seguridad.

—Scott, ¿estás bien? —preguntó Karen.

Scott se había dejado caer en su silla en el despacho. Estaba chutándose un caramelo. Karen y Bobby estaban al otro lado del escritorio.

—Joder —dijo Bobby—. Secuestrado a plena luz del día en Highland Park. Esta gente tiene pelotas.

—Estoy bien. Me asusté, pero sobre todo temía por las niñas.

—¿Temías que alguien se las llevase también a ellas?

—No. Que estuvieran bien sin mí.

—No digas eso, Scott —dijo Karen.

Ella empezó a llorar. Bobby abrazó a su esposa. Sonó el teléfono de Scott. Era el fiscal general.

—Justicia acumulativa, Scott.

—Tenías razón, Mac.

—No se escribió la Constitución para gente como ellos. Son bárbaros y viven en la Edad Media. Los Padres Fundadores crearon este país para gente civilizada que cree en la libertad y también en la justicia. Esta gente cree en la opresión, el secuestro, las decapitaciones, el terrorismo… en el nombre de Alá. Ahora ves con lo que lidiamos cada día, intentando mantener este país a salvo. —Mac suspiró pesadamente—. ¿Estás bien, Scott?

—Sí. Gracias por llamar.

—Gracias por detener a esa gente. Estás haciendo lo correcto. Estás protegiendo al pueblo estadounidense.

—Y al juez.

Mac rio.

—Mantener el sentido del humor ayuda.

—Con suerte, este caso se tranquilizará ahora.

Mac guardó silencio por un momento. Luego habló en voz baja.

—Scott, ten cuidado. Esta gente no parará hasta que los matemos o los capturemos.

Abdul y su hermano menor comprobaban cómo las noticias de la noche informaban sobre sus actividades matutinas.

—Noticias aterradoras de última hora sobre el caso de Omar al Mustafá. El juez titular A. Scott Fenney fue secuestrado esta mañana cuando salía a correr por Highland Park por dos hombres sin identificar en una furgoneta blanca, unos hombres que le dijeron al juez que eran seguidores de Mustafá.

—¿Lo ves? —dijo Abdul—. Funcionó.

Su hermano pequeño no quería secuestrar al juez, pero Abdul había insistido, y su hermano le había seguido la corriente. Como siempre había hecho. Como siempre haría.

El periodista habló en la televisión:

—El juez fue liberado dos horas más tarde en el sur de Dallas. Estaba maniatado y tenía los ojos vendados, pero no estaba herido. Tres niños acudieron a ayudarle.

La pantalla mostró una escena en la calle con tres chicos negros.

—Una furgoneta blanca se paró justo aquí, se abrió la puerta y tiraron fuera al hombre blanco. Luego se fueron corriendo. Rodney y Isaiah y yo corrimos a preguntarle al hombre si necesitaba ayuda. Llevaba una ropa muy chula de Under Armour, decía que era juez y me pidió que le dejara el teléfono. Yo tengo un iPhone seis, liberado. Llamó a Louis. Todos lo conocemos. Y llegó enseguida. El juez dio las gracias, se metió en el coche y se fueron.

Volvió a aparecer el periodista.

—Le enseñé a los chicos una foto del juez Fenney y dijeron que ese era el hombre al que habían ayudado. Este caso se vuelve más aterrador a cada momento.

El presentador:

—Nos dirigimos a la sede central del FBI en Dallas, donde ha dado comienzo una conferencia de prensa.

—Soy el agente especial del FBI, Eric Beckeman. Estoy a cargo del Grupo de Lucha Contra el Terrorismo. Puedo confirmar que el juez del distrito de los Estados Unidos, A. Scott Fenney, fue secuestrado esta mañana por dos árabes que, según creemos, están relacionados con la trama del estadio.

Beckeman estaba de pie frente a un manojo de micrófonos y un pelotón de fusilamiento de cámaras.

—Agente, ¿cómo permitió el FBI que secuestraran a un juez federal? Eso no ocurre en Estados Unidos.

—El juez Fenney rechazó nuestra oferta de ponerle escolta.

—Pero está presidiendo el juicio del hombre más peligroso de Dallas. ¿Quién está a cargo? ¿Usted o él?

—Esa sigue siendo una incógnita.

—¿Y si lo hubieran decapitado?

—No lo hicieron.

—¿Y si lo hubieran hecho?

—No lo hicieron.

—¿Tendrá escolta el juez a partir de ahora?

—Sí.

Otro periodista gritó:

—¿Entonces hay más conspiradores sueltos?

—Eso parece.

—¿Tienen alguna pista de su paradero?

—No.

—Entonces, ¿la trama de la bomba del estadio sigue en marcha?

—Es posible.

—¿Qué piensan hacer al respecto?

—Encontrar a los dos árabes y matarlos o capturarlos.

—¿En doce días?

Beckeman miró el reloj.

—Y diez horas.

—¿Lastimaron al juez?

—No. No le hicieron daño. De hecho, ahora mismo está de vuelta en el juzgado.

—Un juez duro.

—Eso parece.

—¿Y qué hay de Mustafá?

—No irá a ninguna parte. Los árabes exigieron al juez Fenney que liberase a Mustafá o se atuviera a las consecuencias, literalmente. Les salió el tiro por la culata, ya que el juez ha ordenado su detención previa al juicio. Estos árabes han infravalorado al juez.

El hermano pequeño miró a Abdul con una expresión inquisitiva.

—Eso ya lo veremos —dijo Abdul. Miró el reloj y añadió—: Tengo que irme a clase.

—Nuestros objetivos son dos hombres árabes de veintitantos años, uno alto, otro bajo. El alto lleva zapatillas amarillas de la marca Nike. La última vez que los vieron llevaban máscaras de Ronald Reagan y George Bush.

—¿Padre o hijo? —preguntó un agente.

—¿Qué?

—¿George padre o George hijo?

—Hijo.

Beckeman había salido de la sala de interrogatorios, había recorrido el pasillo hasta el cuarto de operaciones. Estaba delante de la pizarra. En ella había veinticuatro fotos: Mustafá estaba arriba y habían dibujado líneas que lo conectaban con sus veintidós colaboradores y Aabdar Haddad. Habían dibujado una X roja sobre la cara de Haddad. Beckeman dibujó dos círculos en la pizarra y escribió «25» y «26» dentro de los círculos.

—Gente, esto es *La noche más oscura.* Todos habéis visto la película. Ahora la estáis viviendo. Sabemos la fecha, la hora y el lugar. Lo único que no sabemos es quién es el enemigo. Tenemos que identificarlo, encontrarlo y matarlo o capturarlo. Y tenemos doce días para hacerlo.

—¿Cómo?

—Tal y como demuestra el secuestro del juez, esta trama empieza y acaba con Mustafá. Trabajan para él. Volved a la cima y trabajad de ahí para abajo. Destrozad la mezquita. Encontrad a todos los hombres que han rezado ahí alguna vez.

—Jefe, hemos comprobado a cada hombre de la mezquita.

—Compruébalos otra vez. Nos faltan dos hombres. El juez dijo que se refirieron a sí mismos como hermanos.

—Todos son hermanos y hermanas.

—Pueden serlo.

—Esto es exactamente lo que quieren —dijo la agente Peña.

—¿Quiénes? —preguntó Beckeman.

—Es una distracción.

—¿El qué?

—Atrapar al juez.

—Atraparon al juez para liberar a Mustafá.

—Entonces, ¿por qué lo soltaron? ¿Por qué no lo retuvieron como rehén hasta que liberásemos a Mustafá? Es una distracción.

—¿De qué?

—De la trama.

—La trama empieza y termina con Mustafá.

—La trama empieza en Siria y termina en la Super Bowl.

El agente Baxter vino corriendo.

—Jefe, hemos localizado la furgoneta blanca. La han quemado, pero tenemos al equipo de pruebas en ello, intentando encontrar algo.

—No los encontraremos en este mundo —dijo Peña—. Están en el lado oscuro de internet, hablando con el Dáesh en Siria.

—Porque Mustafá está en la cárcel —dijo Beckeman.

—Porque ellos son los tipos malos. Ellos son los que están llevando a cabo esta operación, no Mustafá.

—Tonterías. Esta trama es demasiado complicada para dos lobos solitarios.

—¿Por qué no torturamos a Mustafá? —inquirió Baxter—. Él los conoce, lo sabe todo.

—Ejecutamos la ley, así que obedecemos la ley —dijo Beckeman.

Pero quería torturar a aquel hijo de puta él mismo. Suspiró. ¿Cómo luchaba una sociedad civilizada contra unos bárbaros incivilizados? La política pretende que la lucha siga las reglas, pero la realidad dice que no hay reglas, no en esta guerra. Esta era una guerra de ideología. De creencias. De religión. Solo hay muertos o no muertos. Supervivencia o extinción. Victoria o miedo. ¿Qué reglas aplicamos cuando luchamos por nuestro modo de vida, cuándo ellos luchan por su dios?

El agente del FBI Eric Beckeman había metido la pata.

Había dado por hecho que todos los tipos malos estaban en la cárcel. Que había ganado. Si no la guerra, al menos esta batalla. Pero se equivocaba. La batalla todavía no estaba ganada. Esa suposición errónea podría haber costado la vida de cien mil personas. Porque había olvidado las reglas más básicas a la hora de luchar contra los yihadistas islámicos:

1. Siempre habrá más.
2. Nunca perderán.
3. Nunca ganarán la guerra, pero nunca dejarán de luchar.
4. Podemos ganarles, pero no podemos derrotarlos.
5. Porque luchan por Dios.

La agente del FBI Catalina Peña contempló la foto de Aabdar Haddad con la X roja encima de la cara. Había buscado información sobre su vida desde su nacimiento hasta su muerte. Veintidós años en esta tierra, y ahora era parte de la tierra. Era hijo de Bedar y Fátima Haddad, de Houston, Texas. Eran musulmanes, pero convencionales. El padre era dueño de un restaurante étnico; la madre había criado a sus seis hijos. Aabdar era el mayor y el primero en ir a la universidad. Su página de Facebook no contenía nada relacionado con el Dáesh o los yihadistas. No había subido ningún vídeo a YouTube. No había compartido nada en Twitter en un año. Tenía una novia formal. Era un estudiante de arquitectura de primera en la Universidad de Texas de Arlington. Tenía buenos amigos: universitarios, alumnos de posgrado, estudiantes de Derecho en la Universidad Metodista del Sur. Eran chavales musulmanes que iban a llegar lejos, no chavales musulmanes que quisieran matar a alguien. Había rezado en la mezquita del imán, como lo había hecho, aparentemente, todo musulmán que viviera en el área metropolitana del norte de Texas. Como había dicho el agente Beckeman, en el apartamento no se había encontrado ninguna

propaganda de EI, ni vídeos de reclutamiento yihadistas, ni pruebas que lo relacionasen con la trama del estadio o con ninguna trama terrorista. Solo era un universitario. Beckeman había matado al tipo equivocado.

—¡Tonterías!

Esa fue la única respuesta de Beckeman cuando Cat le entregó su informe. Se lo lanzó y le dijo que volviera a escribirlo. Miró a su jefe. Había metido la pata. Había matado al tipo equivocado. Había arrestado a los tipos malos erróneos. No había detenido la trama.

—Gente, tenemos doce días para encontrarlos y matarlos o capturarlos. Hay que trabajar las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Nos reuniremos dos veces al día, a las nueve y a las seis. Se anulan vacaciones, permisos y horas de sueño. No dormimos, no descansamos, no paramos. Hasta que los hayamos detenido. Encontrad a los árabes.

—Capitán, ¿qué pasa con el juez? —preguntó el agente Stryker.

—Escolta las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—¿Cuántos agentes? ¿Dos?

—Uno. No es el presidente. —Beckeman dudó y luego añadió —: No, dos. No pienso tener un juez federal muerto en mi expediente.

Esa noche, un sedán negro con dos agentes del FBI aparcó en la calle frente a la casa de los Fenney en Highland Park. Scott se asomó entre las persianas y luego comprobó que las niñas estuvieran bien.

Capítulo 14

Martes, 26 de enero

Doce días antes de la Super Bowl

Cuando un caballo te tira al suelo, tienes que volver a subirte a la silla. Rápidamente, antes de que el miedo se apodere de ti. Scott siempre había oído esa máxima de los cowboys, pero él no era cowboy, así que no sabía si era verdad. Aunque sonaba a verdad. De modo que, al día siguiente al alba, el juez A. Scott Fenney volvió a subirse al caballo. Se puso su equipo para correr y se dirigió a la puerta trasera.

—A. Scott… no vayas.

Se giró a vio a Boo en el pasillo frotándose los ojos.

—No te preocupes, cariño. Los agentes del FBI estarán conmigo.

—Tengo miedo.

Se acercó y se agachó delante de ella.

—Boo, si dejara que estos hombres me asusten para que deje de correr, sería como si los matones de la escuela echasen a Pajamae de Highland Park. Ella se queda, y yo voy a correr. No vamos a dejarles ganar.

Le rodeó el cuello con los brazos.

—No podemos perderte, A. Scott.

—No lo haréis.

Cuando Scott llegó a la parte delantera de la casa, la puerta del coche del FBI se abrió y salieron dos hombres blancos vestidos con traje negro.

—Eh, juez… ¿adónde va? —dijo un agente.

—Voy a correr.

—¿De verdad cree que es una buena idea?

—No puedo vivir con miedo, agente…

—Jones. Este es el agente Smith.

—Smith y Jones.

—Nos han asignado su protección.

—Entonces corred conmigo.

—Primero, no llevamos la ropa adecuada para eso, y segundo —se dio unos golpecitos en la barriga bien alimentada—, no estoy en forma. Y Smith es demasiado viejo para eso.

—Bueno, agente Jones, si vivo con miedo y me escondo en mi casa, los terroristas ganan. Voy a correr.

Scott corrió hacia el oeste. Había pasado dos bloques cuando miró atrás. El coche del FBI lo seguía lentamente.

—Esto es absurdo —dijo el agente Jones al agente Smith—. Estamos aquí para proteger su culo judicial, no para ir siguiéndolo como si fuéramos sus guardaespaldas privados. Esto no volverá a pasar mañana por la mañana.

El juez dobló la esquina y el agente Smith hizo lo mismo.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablar con el jefe. Porque yo no corro. Joder, ni siquiera corro detrás de los malos, solo les lleno el culo de balas. ¿Y ahora tengo que correr con un juez? Ni hablar.

—¿Estás bien, Scott? —volvió a preguntar Karen. Estaba sentada delante de él, al otro lado del escritorio.

—Sí, estoy bien.

Cogió otro caramelo de mantequilla del cuenco.

—Te han secuestrado… y has terminado el cuenco entero esta mañana. —Lo miró con preocupación.

—¿Qué pensaste de las declaraciones orales? —preguntó Scott.

Vio que no iba a hablar del secuestro y se rindió.

—El gobierno hizo una buena puntualización sobre los recursos del orden público —dijo—, pero esa no es la cuestión.

—¿Cuál es la cuestión?

—La cuestión es que tu trabajo no es decidir si el Congreso financiará o no el servicio de inmigración. Esa es una cuestión política. Tu trabajo es dictar sentencia sobre la constitucionalidad del decreto ejecutivo. Esa es la cuestión legal. Nada más importa en esta sala. —Señaló la ventana—. Ni esos protestantes la opinión pública, la política ni el presidente que te asignó.

El fiscal general llamó a las diez.

—Te echaba de menos —dijo Scott.

—Estoy seguro de eso.

—¿Qué pasa ahora? He detenido a Mustafá.

—Tengo al presidente encima por el caso de inmigración.

—¿Vas a llamarme cada día también por ese caso?

—¿Vas a desestimar la demanda del estado?

—Eres un poco avasallador, ¿no, Mac?

—El presidente te puso en ese banco, Scott.

—¿Aún quiere salir a correr? —dijo Beckeman.

Había estado leyendo el último registro del arresto de la redada musulmana. El agente Jones había llamado a su puerta justo después de la reunión matutina sobre la búsqueda. Quería dejar de escoltar al juez.

—Por lo visto. Pero yo no corro.

—Obviamente.

Beckeman observó a su redondo agente. Jones había estado en forma, pero el divorcio le hizo iniciar una dieta líquida. El alcohol engorda. Pero incluso con el peso extra, Jones era un buen agente. Y ahora mismo necesitaba buenos agentes que le dieran buenas noticias. Esa mañana no tenían ninguna. Era como si los dos árabes se hubieran desvanecido en el aire. El presidente había llamado al director y el director había llamado a Beckeman. Como si necesitara más presión que supone el riesgo de perder cien mil vidas en la Super Bowl el domingo. Pero era un marine. Podía soportar la presión.

—Búscame un sustituto, jefe.

—Beckeman suspiró y miró a través de las paredes de cristal de su despacho a sus agentes en sus cubículos. Su mirada se detuvo en una cara bonita.

—Tengo a la agente adecuada para el trabajo.

Capítulo 15

Miércoles, 27 de enero

Once días antes de la Super Bowl

—Esto es ridículo.

—¿Por qué te cabreas? —dijo su compañero—. Cuidar a un juez es dinero fácil. Deja que los demás persigan a los árabes. Yo quiero acabar mis veinte, y luego pasarme el resto de mi vida pescando lubinas.

Ace Smith estaba a punto de retirarse. Ella no. De modo que estaba cabreada. La agente especial Catalina Peña se había unido al Grupo de Lucha Contra el Terrorismo para atrapar terroristas, no para cuidar de un juez viejo decrépito y medio senil durante sus paseos matutinos. Pero había abierto la boca demasiadas veces delante de Beckeman, y él la había exiliado asignándola como escolta del juez.

«Joder, es increíble», pensó.

No había conocido ni visto al juez Fenney, pero sin duda tendría el mismo aspecto que todos los jueces federales que había conocido y visto: pelo blanco, gafas de leer negras, manchas de la edad marrones y traje gris. Hombres blancos viejos. Ciudadanos mayores que se habían ganado los suficientes favores políticos como para garantizarles el nombramiento de por vida en la magistratura federal, viviendo sus vidas a costa de los contribuyentes. Y ahora tenía que salir a correr con el juez, algo que disfrutaría tanto como salir a correr con Donald Trump.

El aire era fresco y vigorizante, una mañana perfecta para salir a correr. Scott salió por la puerta trasera y dio un rodeo hasta la entrada de la casa. No encontró a los agentes Smith y Jones, sino al agente Smith junto al sedán negro y a una mujer joven sentada en el capó. Ella llevaba ropa de correr; él, traje. Ella bebía un café de Starbucks; él estaba comiéndose un taco. No se bajó del capó cuando llegó él. Lo miró con una expresión desconcertante.

—¿Te gusta Under Armour?

Scott miró su ropa; todo lo que llevaba era de Under Armour salvo las zapatillas.

—Eh, Cat… —dijo el agente Smith.

—Eso parece —respondió Scott.

—¿Tú también vas a correr con el juez?

—¿Perdón?

—Eh, Cat… —repitió el agente Smith.

—¿Trabajas para el juez?

Scott miró al agente Smith y luego volvió a mirarla a ella.

—Yo soy el juez.

Había dado un gran sorbo al café, pero se quedó inmóvil. Abrió mucho los ojos; luego tragó con fuerza y se bajó del capó del sedán.

—¿Usted es el juez Fenney?

—¿Usted es agente del FBI?

—No es lo que esperaba, señor.

—Usted tampoco.

Se miraron un momento, y de pronto ella le lanzó un revés con fuerza en el pecho al agente Smith.

—¿Por qué no me lo has dicho, Ace?

—Lo he intentado. —El agente Smith sonrió y habló con la boca llena de comida—. Pero estabas haciendo un gran trabajo poniéndote en ridículo.

—Gracias. Lo recordaré la próxima vez que un delincuente intente dispararte por la espalda. —Se volvió hacia Scott y le tendió la mano—. Agente Catalina Peña, señor. Ya conoce al agente Smith.

Él tenía toda la pinta de agente del FBI. Ella no. Era atlética, musculosa y llevaba una camiseta de correr amarilla de manga larga, calzas blancas, zapatillas de correr de color rojo y una riñonera negra. Llevaba el pelo castaño recogido en una cola de caballo.

—He oído que necesita un corredor.

—Eso parece.

—Corría en el hipódromo de la Universidad de Texas. Doscientos y cuatrocientos metros —dijo como si estuviera solicitando un puesto para un trabajo.

—Está demasiado cualificada para el trabajo.

—¿Corría en la universidad?

—En un campo de fútbol.

—No parece lo suficientemente grande.

—Sobreviví a base de estupidez y rapidez, al menos hasta las operaciones de rodilla.

—¿Cuántas?

—Dos.

—¡Ay!.

—¿Está lista para correr?

—Juez, nací para correr.

El agente Smith les dijo adiós con el taco en la mano.

—Yo vigilaré la casa. Pero no se preocupe, juez, Cat sabe disparar.

Los atletas de competición se movían de forma diferente a la gente normal. Incluso pasados sus mejores años —ella imaginó que el juez los sobrepasaba por veinte años, y ella por diez— sus cuerpos aún mantenían la gracia y la marcha de sus días de competición. El juez corría con gracia; sus largas piernas mantenían la velocidad de los pasos de su compañera. Adelantaban a otros corredores, abogados y hombres de negocios que nacieron abogados y hombres de negocios, y que se arrastraban por el cemento como si estuvieran pisando caracoles; hombres que corrían cada mañana porque era bueno para ellos, no porque hubieran nacido para correr. Cat Peña había nacido para correr. Le encantaba correr. Siempre sentía que se deslizaba más que corría, y siempre lo hacía sola. Una atleta competitiva no podía correr con un aficionado, por lo tanto, hacía mucho tiempo que no corría con nadie. Estaba alerta por si aparecía algún tipo peligroso, pero estaba disfrutando correr con un hombre. Con ese hombre. Un atleta. Un juez.

No era tan ridículo después de todo.

—Eso es un montón de mierda —dijo su hermano menor.

—En realidad —respondió Abdul— no es mierda. Es mejor que mierda. Se pone en la tierra y crecen los cultivos. Añade un poco de gasolina y un detonador, y explota.

Abdul había estudiado el bombardeo de Oklahoma City al detalle. Esa bomba de tres mil kilos había funcionado a la perfección. Pero necesitaba una bomba más grande. Así que habían reunido veintidós mil setecientos kilos de nitrato de

amonio.

—Pronto estaremos preparados, hermano mío, para traer la muerte y la destrucción a Estados Unidos.

Su hermano suspiró y dijo:

—¿Sabes qué, Abdul? me gustabas más cuando querías ser jugador de fútbol profesional.

—Entra en la tienda de fotos.

Dos horas después de su carrera con la agente Peña, Scott se sentó detrás de su escritorio. Karen se sentó delante de él.

—Tenemos el informe de Bookman —dijo.

—¿Y?

—No es lo que esperaba.

—Parece que hoy es el día de las cosas inesperadas.

Observó a Scott por un instante.

—Vale.

—Lo leeré esta noche.

—Te gustará. —Luego titubeó y añadió—: ¿Estás bien, Scott?

—Esto no es un juego, chicos. Es una puta cacería.

El cuerpo especial se había reunido para celebrar la reunión de la mañana. Hasta el momento, nada había cambiado. Sus agentes no habían encontrado absolutamente nada. Una vez más. Y se acababa el tiempo. Se abrió la puerta de la sala y entraron los agentes Smith y Peña. Parecía que hubiera entrado la modelo de la Playboy del año en bolas. Los agentes saltaron de sus sillas y se pelearon por llegar hasta ella. Porque tenía algo más que ofrecer que unas tetas grandes y un culo apretado; tenía tacos para desayunar.

—Por fin —dijo el agente Carson—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Tuve que ir a correr con el juez —dijo Peña—. Y vigila el tono de voz, Carson, o estos serán los últimos tacos que desayunes en tu vida.

—Lo siento.

Beckeman suspiró. Los agentes hambrientos eran inútiles, y esa iba a ser la mejor comida del día para ellos. Qué demonios, los tacos olían bien. Así que se abrió paso hacia delante antes de que esos cabrones se llevaran todos los de huevo, queso y judías.

—¿Cómo fue la carrera con el juez? —preguntó Beckeman. Mordió un taco.

—No era lo que esperaba —dijo Peña—. Es joven. Guapo. Atlético. Era una estrella del fútbol en la universidad.

Los demás agentes volvieron a sus días de universitarios y exclamaron «ooooh». Ella les hizo un corte de mangas justo cuando el agente Stryker entró como una tromba.

—Capitán, tenemos una declaración interesante de un hombre de la mezquita. Dice que ha visto por allí de vez en cuando a dos hombres que no conocía. Uno alto y el otro bajo. Cree haberles oído decir que eran hermanos. Y atento a esto: el alto ha jugado en el equipo de fútbol de la mezquita varias veces. Era muy bueno.

—¿Y eso por qué me incumbe a mí? —dijo Beckeman con la boca llena de huevo, queso y judías.

—Llevaba zapatillas de deporte amarillas.

—Tío, realmente te encanta la cerveza.

Estaba delante del mostrador de la tienda de fotos, como le había dicho Abdul.

—Debe medir exactamente doscientos cincuenta y cuatro centímetros de ancho y doscientos setenta y nueve de alto —dijo.

—¿Qué rayos vas a hacer con eso?

—Eh… Lo colgaré en la pared de mi sala de estar.

—¿A tu mujer le parece bien eso?

—¿Qué mujer?

—Amén, hermano.

La ley estipula que la gente que resida ilegalmente en Estados Unidos sea deportada. El presidente no estaba de acuerdo con esa ley. No podía convencer al Congreso para que cambiase la ley, así que la cambió él mediante un decreto ejecutivo. Eso no puede hacerlo. Como dijo el Tribunal Supremo en *Youngstown Sheet and Tube,* cuando el presidente Truman se hizo con las plantas siderúrgicas gracias a un decreto ejecutivo, «En el marco de nuestra Constitución, el poder del Presidente para asegurarse que las leyes se ejecuten fielmente rechaza la idea de hacer de legislador. La Constitución limita sus funciones en el proceso legislativo a aconsejar las leyes que considere sensatas, y a vetar las leyes que le parezcan malas. Y la Constitución no guarda

silencio ni da lugar a ambigüedades sobre quién hará las leyes que el presidente tiene que ejecutar. La primera sección del primer artículo dice que "todos los poderes legislativos aquí contemplados serán investidos en un Congreso de los Estados Unidos…". Después de conceder muchos poderes al Congreso, el Artículo uno afirma que el Congreso puede "crear todas las leyes que sean necesarias y apropiadas para llevar a ejecución los poderes anteriores, y todos los demás poderes concedidos por esta Constitución en el gobierno de los Estados Unidos, o en cualquier departamento o directivo del mismo…". Los fundadores de esta nación otorgaron únicamente al Congreso el poder de crear leyes tanto en los buenos tiempos como en los malos». El decreto ejecutivo del gobierno viola la Constitución.

El profesor John Bookman enseñaba derecho constitucional en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Afirmaba ser el último *jeffersoniano* practicante en Estados Unidos. Tal vez lo era, tal vez no. Pero conocía la Constitución. Citaba la Constitución, los casos del Tribunal Supremo y *Los Papeles Federalistas,* artículos escritos por James Madison, John Jay y Alexander Hamilton y publicados en los periódicos estadounidenses que abogan por la ratificación de la Constitución por los trece estados; los artículos explicaban el propósito de la Constitución estipulado por los hombres que la escribieron. La expresión «naturaleza humana» aparecía una y otra vez en esos documentos. Los Padres Fundadores entendían la naturaleza humana, el deseo natural del hombre por tener más: más dinero, más poder, más todo. Como bien escribió Madison: «Si los hombres fuesen ángeles, no sería necesario un gobierno». Pero sabían que los hombres no eran ángeles, y entendían la naturaleza humana. Así que limitaron el poder del hombre y el gobierno en la Constitución. Desde 1788, cuando se ratificó la Constitución, se ha pedido a los jueces federales que decidan si el presidente o el Congreso han excedido sus poderes según la Constitución. Ahora le tocaba al juez A. Scott Fenney decidir. ¿Había excedido el presidente su poder de acuerdo al Artículo dos al crear un decreto ejecutivo que suspendía todas las deportaciones de personas que residían ilegalmente en los Estados Unidos? Tal vez sus intenciones eran buenas, pero las buenas intenciones no cuentan. La Constitución le otorgó ese poder o no. El presidente afirmaba que poseía ese poder. Que su criterio era absoluto.

Al parecer, no se negaría la naturaleza humana.

Capítulo 16

Viernes, 29 de enero

Nueve días antes de la Super Bowl

Los agentes Peña y Smith habían estado esperando fuera el jueves por la mañana y volvían a estar allí esa mañana. Una vez más, él estaba desayunando un taco y ella llevaba su equipo para correr: calzas negras, camiseta blanca y las mismas zapatillas rojas y riñonera negra. Scott volvía a llevar la marca Under Armour. Ella lo miró otra vez de arriba abajo con la misma expresión de asombro.

—Juez, ¿patrocina a Under Armour?

—Con entusiasmo.

—¿Mucho dinero?

—Sí. Pago mucho dinero para llevar su ropa.

Ella se echó a reír. A él le pareció una buena risa. Corrieron dirección oeste por Lovers Lane. El agente Smith volvió a despedirlos agitando el taco.

—¿Algún progreso sobre la búsqueda de esos hombres?

—¿Los árabes? No, señor.

—¿Pueden ejecutar la trama sin Mustafá?

—Beckeman dice que no.

—¿Y usted qué dice?

—Yo… sigo órdenes.

—Lo dudo.

Scott siempre había disfrutado de sus carreras, de pasar tiempo en silencio a solas para reflexionar sobre la vida y la ley; pero ya no era un rato silencioso. La agente Peña hablaba sin parar. Sin embargo, tenía que admitir que era agradable tener a alguien con quien correr. Siempre había corrido solo. Rebecca no era corredora, era una trepadora. Una trepadora social. Comidas, cenas y bailes de sociedad. Ese era su rumbo en la vida.

—¿De verdad se fugó su mujer con el jugador de golf de su club de campo?

Viniendo de ella, la pregunta no ofendió a Scott. Por supuesto, todo el mundo en Estados Unidos conocía ya la historia de su vida.

—Sí.

—¿Y entonces la acusaron de matarlo?

—Así es.

—¿Y usted la defendió?

—Sí.

—¿Qué clase de hombre defiende a su exmujer, que lo dejó por el jugador de golf?

No tenía respuesta, así que ella hizo otra pregunta.

—¿Dónde está ahora?

—En alguna parte con otro hombre.

Cat Peña aparcó el sedán del FBI en el carril de transporte colectivo, detrás del gran Expedition del juez, y luego se sintió tonta por hacer algo así. Seguramente podrían garantizar la seguridad del juez aparcando junto a la acera, fuera del carril. Ace estaba sentado en el asiento del copiloto y llevaba una escopeta. Miró a los niños que charlaban y reían.

—Me siento como un tonto —comentó Ace.

—Y tienes pinta de tonto.

—Aquí sentados en este carril cuando no tenemos niños que dejar.

—Ya te dejaré yo a ti. Seguramente tienes la misma edad mental que estos niños.

Las dos niñas del juez salieron del Expedition, pero antes le dieron un beso de despedida. Eran unas niñas monas que llevaban mochila y parecía que estuvieran a punto de embarcarse en una expedición por el Ártico.

—¿Te puedes creer que adoptara una niña negra? —dijo Ace —. La hija de una puta, por increíble que parezca. —Soltó una risita—. Debió de causar una gran conmoción entre esta gente de Highland Park.

Todos los Mercedes Benz, BMW y Lexus del carril de transporte colectivo estaban ocupados por gente blanca. Aparte de la hija del juez, Cat no vio más niños de color. Tampoco adultos de color, salvo unos hombres latinos que estaban trabajando en las zonas verdes de la escuela.

—Al juez no parece importarle lo que piense la gente —dijo

Cat.

—Es un buen rasgo en un juez.

—Y en un hombre.

Una profesora angloamericana a la que algunos hombres podrían encontrar atractiva —si les iban las mujeres de veintitantos, con pelo negro brillante, metro sesenta y cinco, cincuenta y cuatro kilos, pechos redondos y el culo prieto— sostuvo la puerta trasera del coche para que salieran las hijas del juez. Una vez hubieron salido del vehículo, inclinó la cabeza y le dirigió al juez una sonrisita coqueta. Cat se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos, intentando leer los labios de la mujer.

—¿Ha dicho «llámame»? ¿A qué coño viene eso? ¿No puede venir a dejar a sus hijas al colegio sin que una profesora calentorra se le insinúe como una reina del baile borracha?

A Ace parecía divertirle la situación.

—¿Detecto un atisbo de celos en su voz, agente Peña?

—Es que, a ver, ¿cuántos años tiene? ¿Veinticinco? El juez tiene cuarenta. No quiere salir con una chica tan joven.

Cat tenía treinta y uno.

—No sé, yo la veo muy bien desde donde estoy sentado.

—Que te jodan. Que te jodan a ti y a tu puta madre.

Ace susurró:

—Menuda boca tienes, chica.

—Todavía no me he tomado mi café.

—Cat, no puedes prendarte de nuestro protegido. Va contra las reglas.

Vio fugazmente los ojos azules del juez en el espejo retrovisor cuando comprobó que no venía ningún coche antes de salir del carril de transporte colectivo. Después de correr con el juez durante las tres últimas mañanas, Cat estaba, efectivamente, prendada de él. Era guapo, inteligente y estaba soltero; había defendido a su exmujer en un cargo de asesinato, y había adoptado a una niña negra. ¿Cómo no le iba a gustar?

—Pensaba que estabas cabreada porque Beckeman te había asignado como escolta del juez.

—Lo estaba. Lo estoy.

—No pareces cabreada… salvo con la profesora mona.

Siguieron al juez, dejando atrás el carril de transporte colectivo —Cat contuvo la necesidad de hacerle un corte de

mangas a la profesora mona (o dispararle con su Glock)— y avanzaron tres kilómetros hasta el centro de la ciudad y la entrada al garaje de la sala de justicia donde el equipo SWAT se hacía cargo de su seguridad. Los agentes del turno de noche lo escoltarían hasta casa. Pero ella lo vería a la mañana siguiente. Y cada mañana hasta que los árabes fueran capturados o asesinados.

Eran árabes y, por tanto, presuntamente culpables. La facultad de Derecho se había convertido en su Guantánamo; ni acusaciones del gran jurado, juicios con jurado, pruebas incriminatorias ni presunción de inocencia. Tanto los alumnos conservadores como los profesores liberales los trataban como a combatientes enemigos. El miedo trascendía la afiliación política. Sentían el fulgor de las miradas sospechosas, el lazo alrededor del cuello. Tal vez Abdul tenía razón y nunca serían estadounidenses de verdad. Tal vez siempre serían únicamente musulmanes.

—No tengas miedo, hermano —dijo Abdul—, Alá está con nosotros.

Deseaba estar tan seguro como lo estaba Abdul de que Alá estaba con Sadam Siddiqui. Nunca había sido tan devoto ni tan decidido como su hermano mayor. Siempre había sido más despreocupado, el tipo que se deja llevar, que deja que el viento lo conduzca donde le plazca. Dejar su huella en el mundo nunca había sido una prioridad para él. Esa actitud siempre había enfurecido a su padre. Y luego su padre había muerto. Desde su muerte, Abdul había sido el viento fuerte que dirigía su rumbo.

—¡Vamos, gente, encontrad a los árabes!

—Capitán, estamos rastreando a todos los hombres musulmanes de Dallas —dijo Stryker—. Pero lleva tiempo.

—No tenemos tiempo. El reloj avanza.

El presidente había llamado al director a las ocho de la mañana, hora del este; el director había llamado a Beckeman a las siete y cuarto de la mañana, horario de la zona central.

—¿Vas a llamarme cada mañana? —había preguntado Beckeman.

—Sí, porque el presidente me llama a mí cada mañana.

—Por eso ganas tanta pasta.

—¿Este fin de semana trabaja el cuerpo especial?

—¿De verdad tienes que preguntar eso?

—Lo siento. Por favor, encontrad a los árabes.

—Buscar árabes es lo único que hago.

Había finalizado la llamada con el director y se había dirigido a la sala de operaciones. Sus agentes estaban bebiendo café y comiendo dónuts; cafeína y azúcar, la dieta básica para una cacería.

—¿Dónde está Peña con los tacos? —preguntó.

Nadie ofreció respuesta, así que Beckeman mordió un dónut glaseado de chocolate.

—Jefe —dijo el agente Jenkins—, he estado pensando.

—Tu primer error.

—Mi hijo de seis años juega al fútbol. Voy a sus partidos; es como los putos Oscar, con todas esas cámaras. Mamás y papás capturando cada momento de la vida del niño Jesús.

El agente Jenkins se metió un dónut en la boca, pero no dejó de hablar.

—El árabe más alto con las zapatillas amarillas jugaba en el equipo de fútbol de la mezquita. A lo mejor otros musulmanes grabaron los partidos. A lo mejor alguien capturó su imagen en el móvil o con la cámara de vídeo.

—¿Y piensas que van a entregarte sin más sus teléfonos y cámaras?

—Les pedí a unos cuantos que me dejaran mirar el móvil, pero no cooperan demasiado con nosotros. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, arrestamos a su imán. Pero podemos obtener órdenes de registro.

—¿Cuántas?

—Podrían ser cientos.

—Nos llevaría varios días conseguir todos los nombres y las órdenes, ¿verdad?

—Probablemente.

—Y para entonces, ¿qué crees que habrá pasado con las imágenes de los teléfonos?

—¿Las habrán borrado?

—Exacto.

El agente Jenkins miró por encima del hombro de Beckeman y salió disparado como si fuera a interponerse entre una bala y el presidente. Lo cual solo significaba una cosa.

—¡Tacos!

Había llegado la agente Peña. Llevaba una caja de tacos. El agente Smith la seguía como un guardaespaldas. Beckeman se

abrió paso hasta el frente; esos hijos de puta no iban a comerse todos los tacos de huevos, queso y judías aquel día. Cogió dos y dejó el dinero en la caja.

—Peña, Smith —dijo Beckeman—, ¿algún problema de seguridad con el juez?

—Jefe —dijo Peña—, es una distracción, el secuestro del juez. Estamos mirando en la dirección equivocada. Estamos…

—No, señor —dijo Ace—. Ningún problema.

—Bien. Porque tenéis el turno de noche los dos. Reuníos con el juez a la salida del garaje a las cuatro cuarenta y cinco. Una de sus hijas tiene un partido de baloncesto a las cinco.

—Apuesto a que es la niña negra —dijo el agente Smith.

Peña le lanzó una mirada.

—¿Qué?

—Eres un auténtico Sherlock Holmes.

Scott estaba sentado en las gradas del estadio. Solo. Nadie quería estar cerca de él, salvo su gente. Los fans que le habían saludado cálidamente la semana anterior ahora se comportaban como si tuviera el ébola. Se habían apelotonado en la sección adyacente de las gradas, como si esperasen que unos terroristas islámicos fueran a entrar de repente por las puertas y abriesen fuego sobre él. Su secuestro había hecho que pasara de ser un héroe a un blanco potencial. Nadie quería ser un daño colateral. A su izquierda estaban sentados Louis, Carlos, Bobby y Karen, que balanceaba al pequeño Scotty en sus rodillas; a su derecha estaban Boo y los agentes Peña y Smith. No esperaba que trabajasen esa noche como escolta, pero no le había decepcionado encontrarlos esperando a la salida del garaje. Scott se levantó.

—Vamos, Boo, hora de ir a los puestos de comida. —Relató las peticiones—: Zarzaparrillas para Carlos, Louis y Bobby, café con leche para Karen, y ciruelas para el pequeño Scotty. —Dio unos golpecitos al niño en la cabeza—. Lo siento, colega. Agentes Peña y Smith, ¿qué puedo ofrecerles?

—Yo también tomaré una zarzaparrilla —dijo el agente Smith—. Y helado, si tienen. Me encantan las zarzaparrillas con bolas de helado.

La agente peña puso los ojos en blanco y se levantó.

—El agente Smith parece haber olvidado que estamos aquí para protegerle, señor, no para comer helado. Voy con usted.

El agente Smith adoptó una expresión perpleja.

—No me parece que un partido de baloncesto escolar en Highland Park vaya a atraer a una multitud de yihadistas islámicos.

—El partido no, pero quizá el juez sí.

Scott miró a la agente Peña, luego al agente Smith, y de nuevo a la agente Peña.

—¿Necesitan un momento ustedes dos?

La agente Peña suspiró.

—Yo necesito cafeína y azúcar.

Louis se levantó.

—Iré contigo, juez Fenney.

—No pasa nada, Louis. La agente Peña lleva una pistola.

—Te cubriré las espaldas.

Louis inició el descenso por las gradas. Scott, Boo y la agente Peña lo siguieron. Llegaron al suelo y se giraron hacia el puesto de comida, donde se encontraron cara a cara con Penny Birnbaum.

—Hola, Scott.

—Oh, eh… Hola, Penny.

Sus ojos pasaron de centrarse en Scott a centrarse en la agente Peña. Frunció el ceño.

—¿Está contigo?

La agente Peña retrocedió.

—*Es*…

—Agente de FBI —dijo Boo—. Está protegiendo el cuerpo de A. Scott.

—¿Ah, de veras?

Las dos se examinaron de forma mutua, como hacen las mujeres.

«¿Qué coño miras?», pensó la agente Peña.

Primero la profesora mona y ahora esta pequeña furcia. ¿Acaso el juez estaba participando en la versión de *The Bachelor* de Highland Park? Cat le devolvió el favor y la observó como si fuera una posible delincuente.

«Me pregunto cómo te sentirías si te hiciera un registro al desnudo, a ver si llevas Spanx debajo de ese vestido ceñido para que te haga un culo más redondo y firme», pensó Cat, que no necesitaba ayuda en ese aspecto.

Las mujeres se miraron como dos boxeadoras profesionales

durante el pesaje oficial. Boo pasaba la mirada de una a la otra como si estuviera viendo un partido de tenis. Era evidente que estaba disfrutando del momento. Scott decidió romperlo.

—Disfruta el partido, Penny.

Penny siguió andando, pero de pronto acercó la boca a su oreja, lejos de la agente Peña, y susurró:

—No llevo bragas. —Le sopló la oreja y le apretó la mano. Él sintió cómo se sonrojaba. La agente Peña lo notó.

—Cinco zarzaparrillas, dos cafés con leche, un bote de puré de ciruela y helado.

El juez pidió todo mientras el enorme alguacil negro se cernía sobre él como una madre mexicana, y Cat miraba a los civiles que deambulaban alrededor del puesto de comida…. Nadie parecía musulmán, armado, peligroso, excepto la furcia de Penny… Pero de pronto centró su atención en Boo y una chica rubia de metro cincuenta y siete, un poco malcriada a primera vista. Al parecer había resentimiento entre ellas porque se pusieron cara a cara de inmediato.

—¿Qué tal la nariz, Blitzy?

—Mi padre dice que va a demandarte.

Boo señaló a su padre con el pulgar.

—Llama a mi abogado.

—Eh, juez, señor… su hija…

—Está bien. —Se dirigió al empleado—: Mejor dame seis zarzaparrillas.

—Ah, es verdad, tu padre —dijo la rubia con una mueca malvada—. El juez federal liberal.

—Eh, juez…

—Está bien.

—Ha tumbado a la rubia.

—Ella es así.

—Nunca he salido con una agente del FBI —dijo Carlos.

—Yo nunca he salido con un hombre con cinco antecedentes —comentó Cat.

—¡Ay! ¿Ha comprobado mi historial delictivo?

—El de toda la gente que rodea al juez… salvo estas dos niñas.

Cat estaba al otro lado de la mesa, enfrente de Carlos y entre las hijas del juez.

—Te gusta, ¿verdad? —le susurró Boo.

—¿Quién? ¿Carlos?

—No. A. Scott.

—¿Por qué dices eso?

—Observo.

—Tu padre parece tener unas cuantas chicas.

—Ah, no, es el pimpollo de Highland Park, pero no tiene a nadie.

—¿El pimpollo de Highland Park?

—Nosotras creemos que lo es. —Movió las cejas—. ¿Tú también lo crees?

—Estoy trabajando.

—Pero lo miras.

Era observadora.

—No te preocupes por esa tal Penny —dijo Boo—. Le va el sexo oral, y Scott no quiere eso.

El agente Smith escupió la *pizza* para no atragantarse.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Ace —dijo Cat.

—Ah. Perdón.

Hundió la cabeza en la *pizza*. Cat lo observó y sacudió la cabeza.

—No es su tipo —dijo Boo.

—¿Cuál es su tipo?

—Tú.

La otra hija del juez asintió. Había marcado treinta y dos puntos; su equipo había ganado fácilmente. Habían ido todos a comer *pizza* después del partido, una tradición del viernes noche en la familia Fenney. Cat se comió un trozo y una ensalada. Ace estaba terminando de comerse una *pizza* entera *deluxe* grande de carne y queso.

—Lo mejor que he comido en toda la semana —dijo.

Tenía cincuenta y cinco años y estaba divorciado, sin expectativas. Algunos trabajos dificultaban mantener relaciones interpersonales, y a veces era imposible. El FBI era uno de ellos. El juez de instrucción se acercó y le susurró a Cat al oído:

—Por favor, vigila a Scotty.

Toda la gente que quería al juez le había pedido lo mismo esa

noche.

—Lo haré. Voy armada y soy latina.

—Bien.

El juez de instrucción volvió a su sitio, al otro lado de la mesa, junto al alguacil, que estaba sentado al lado del juez. Al parecer, estaba dispuesto a interceptar una bala por el juez.

—¿Alguna vez has disparado a alguien? —preguntó Boo.

Cat señaló a su compañero con el dedo.

—Quiero dispararle a él todo el tiempo.

Hablaron, rieron e incluso hicieron bromas sobre el secuestro del juez, que había tenido lugar tan solo cinco días antes. Los árabes seguían en búsqueda y captura.

«¿Disparaste a los mexicanos?».

Abdul Jabbar estaba sentado delante de un ordenador, en la Facultad de Derecho, tecleando en árabe.

«En las piernas», respondió.

La respuesta llegó rápido: «¿Por qué?».

Volvió a teclear: «Para probar el producto».

Llegó otra respuesta: «¿Y fue efectivo?».

Tecleó: «Mucho. Pero solo trajeron once contenedores. Ahora solo quedan diez».

La conversación electrónica continuó:

«Eso será suficiente».

«Es efectivo».

«¿Conseguiste el Tovex?».

«Sí».

«Excelente. ¿De quién?».

«De un antiguo empleado insatisfecho de una compañía minera».

«¿Era elevado el precio?».

«Mucho».

«¿Lo pagaste en su totalidad?».

«Así es».

«Muy bien, Abdul. Estás demostrando ser un lobo solitario muy capaz».

«Lo soy».

Un lobo solitario. Le gustaba esa imagen de sí mismo. Un hombre peligroso que traía la muerte y la destrucción a Estados

Unidos. Si derribaba ese estadio sobre cien mil personas, su nombre perduraría en el tiempo. Como el de Osama bin Laden.

«Este es un golpe único, Abdul. Como el 11-S. Tanto si tienes éxito como si fallas, estarás muerto. Es una misión suicida pase lo que pase. ¿Tu hermano menor está preparado para la tarea?», leyó.

Abdul se lo pensó un momento y tecleó: «Sí».

Esperó una respuesta. No tardó en llegar:

«¿Estás seguro de ello?».

Tecleó: «Sí. Es solo que…».

«¿Es qué?», leyó

«Un buen chico», escribió.

«Sí. Lo es. Pero ese no es un buen rasgo para un yihadista. Tiene que ser capaz de cortarle la cabeza a su mejor amigo si es necesario. ¿Puede hacer eso?».

Abdul reflexionó sobre las palabras de la pantalla. Tendría que llevar a su hermano menor a rastras, por mucho que pataleara y gritara, a conocer a Alá. Y lo haría. Escribió:

«No. Pero yo puedo hacerlo por él».

La respuesta tardó un rato en llegar. Finalmente, aparecieron unas palabras en la pantalla:

«No me falles, Abdul».

Cat entró por la puerta trasera de su casa en el este de Dallas y se encontró a sus padres sentados a la mesa de la cocina. Suspiró al verlos.

—No tenéis que esperarme levantados. Ya no soy una quinceañera.

Sus padres la miraron con una expresión inocente, como dos vecinos de los suburbios a los que hubieran pillado comprando droga.

—No te estamos esperando, ¿verdad Diego?

—Ese día fue glorioso —dijo él—. Tu fiesta de quinceañera.

Parecía como si fuera a echarse a llorar.

—Tu padre quería comer algo.

Él levantó una galleta Oreo. Gracias a él, la compañía mantenía el negocio.

—Siéntate —dijo su padre.

Se sentó y cogió la Oreo. Su madre le sirvió un vaso de leche. Sumergió la galleta en la leche y se la comió entera. Sus padres la

miraban como si fuera una recién nacida.

—¿A quién has conocido? —preguntó su madre.

—No he conocido a nadie.

Su madre le lanzó una mirada de reproche. Era un polígrafo humano.

—Vale, he conocido a alguien.

Su madre asintió intencionadamente mirando a su padre.

—¿Y quién es?

—Es juez.

—¿Juez? ¿Como los de *American Idol?*

—No, no como los de *American Idol.* Como un juez real. Un juez federal.

—¿Hemos oído hablar de él?

—No, pero lo haréis.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Él no ha hecho nada. Preside el caso de terrorismo en el estadio.

—Pensaba que los musulmanes habían secuestrado a ese juez —dijo su padre con la boca llena de Oreos.

—Correcto. Así es como lo conocí. Formo parte de su escolta.

—¿Lo estás protegiendo?

—Sí.

—¿Pero también estás enamorada de él?

—Sí… No… No lo sé.

Su padre resopló y le dio otra Oreo. Su madre le dio unos golpecitos en la mano.

—Tráelo el domingo a comer. Cocinaré para él. Así no tendrás que hacerlo tú.

Cat no cocinaba.

—Todavía no estamos en ese punto de presentarle a mis padres.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta.

—¿Tiene cuarenta años y no se ha casado nunca?

—Está divorciado.

—¿Tiene hijos?

—Dos niñas. Trece años.

—¿Gemelas?

—No exactamente.

—¿Viven con su madre?

—No. Viven con él.

—¿Dónde está su madre?

—Se fugó con un jugador profesional del golf.

—Vaya.

—¿El jugador ha ganado algún premio importante? —preguntó su padre.

Capítulo 17

Sábado, 30 de enero

Ocho días antes de la Super Bowl

La alarma sonó a las siete. Scott salió rápidamente de la cama y bajó por el pasillo en dirección a la sala de estar. Echó un vistazo por la ventana a través de las persianas. La agente Peña estaba sentada en el capó del sedán negro del FBI; no veía al agente Smith.

Scott volvió corriendo por el pasillo hasta su habitación. Se puso su ropa de correr rápidamente y fue a ver cómo estaban las niñas. Formaban un enorme bulto debajo del edredón. Cerró la puerta de la habitación y se dirigió a la salida trasera de la casa, pero se dio cuenta de que no se había cepillado los dientes. Volvió a correr por el pasillo hasta el baño y se los cepilló. Luego recorrió de nuevo el pasillo y salió por la puerta. Intentó parecer indiferente cuando dobló la esquina de la casa y vio a la agente Peña. Y ella lo vio a él.

El corazón le dio un vuelco. No podía creerlo, pero lo había hecho. Al igual que las últimas tres mañanas. Intentó ocultar su nerviosismo.

—Buenos días, juez Fenney.

—Buenos días, agente Peña. ¿Dónde está el agente Smith?

—Demasiada *pizza*. O la gripe. Todo el mundo está buscando a los árabes, así que hoy estoy solo yo. Su cuerpo está en mis manos… por decirlo así.

—Sabe, agente, estaba pensando. Quizá deberíamos dejarnos de formalidades y eso de «señor» y pasar a Scott y Cat. Al menos mientras corremos. Ya que vamos a correr cada mañana hasta el día del juicio.

—¿Ah sí?

—Eso espero.

Lo miró a los ojos desde una distancia de metro y medio.

—Yo también lo espero, juez… señor… Scott.

Mantuvieron la mirada durante un momento largo, hasta que de pronto se sintió incómoda. Desvió la mirada.

—¿Vamos?

—Vamos.

Corrieron hacia el oeste por Lovers Lane. Una vez hubieron ganado ritmo, Cat habló:

—Era un gran jugador de fútbol en la universidad, señor… Scott. Te busqué en Google. Y vi aquel partido contra el Texas en YouTube.

—¿Puedes hacer eso?

—Sí. Y tú también.

—Nunca he visto una repetición de ese partido.

—¿Por qué no? Estuviste increíble.

—No vivo en el pasado.

—¿Excepto con tu ex?

El primer instinto de Scott era decirle a Cat que estaba equivocada, muy equivocada; que había superado el pasado en relación a Rebecca. De sobra. Nunca pensaba en ella, nunca se preguntaba nada sobre ella, nunca la imaginaba con otros hombres. Pero no se equivocaba. Tenía razón. Mucha razón. Había hecho una promesa: «Hasta que la muerte nos separe».

La escena le recordaba a Beckeman a *El padrino,* cuando la familia Corleone se preparaba para la guerra entre familias. El FBI se estaba preparando para una guerra santa. Conocían la fecha en la que se ganaría o perdería esa guerra: el domingo en la Super Bowl. Conocían la hora, el lugar y el plan. Lo único que no conocían era el enemigo. No podían encontrar al enemigo. Pero no dejarían de buscarlo hasta que lo lograran. Hasta que encontrasen al enemigo y lo matasen o lo capturasen. Y ganasen la guerra. O al menos esta batalla. Todo el cuerpo especial estaba luchando por Estados Unidos ese sábado por la mañana. Salvo la agente Peña.

Una hora después, Scott y Cat volvieron a la casa. Cat sacó del sedán del FBI una botella de agua y un termo.

—¿Café? —dijo.

—¿Qué tal un desayuno? —sugirió Scott—. A las niñas les encantaría que te unieras a nosotros.

—¿Y a ti?

—A mí también.

Sonrió.

—Beckeman me dijo que no te perdiera de vista, así que solo estaría cumpliendo órdenes.

Cerró el coche y siguió a Scott en dirección a la casa. Entraron por la puerta trasera y encontraron a Consuelo cocinando y a Boo con el aparato para medir la tensión y un vaso lleno de líquido verde.

—Consuelo, esta es la agente Catalina Peña. Cat, esta es Consuelo de la Rosa-García y su hija, María.

—Buenos días —dijo Consuelo.

—Buenos días.

—Hola otra vez, agente Peña —dijo Boo.

Intentó frotarse los ojos soñolientos, pero no tuvo mucho éxito. Cat levantó los puños como si fuera a boxear y dijo:

—La boxeadora.

—Yo no boxeo —dijo Boo—. Lucho.

—Ah, sí —dijo Scott—. Le pegaste a esa chica anoche. Pensaba que toda esa atención había acabado con el acoso escolar.

—Solo durante unos días. Luego la cosa empeoró. Esas chicas odiosas están celosas de la atención que recibimos. —Miró a Cat —. Porque A. Scott es un héroe.

—No soy un héroe, Boo. Cat y los demás agentes del FBI son los héroes. Ellos salvaron la Super Bowl, no yo.

Se sentó a la mesa y le ofreció a Boo el brazo izquierdo. Le puso el tensiómetro. Cat frunció el ceño.

—¿Estás bien, Scott?

—Once siete —dijo Boo.

—¿Qué? Ah, sí, estoy bien. —Señaló a Boo con la cabeza—. Ella es la que no está bien.

—Muy gracioso —dijo Boo. Luego se dirigió a Cat—: Alguien tiene que cuidar de él. —Empujó el mejunje verde hacia Scott—. Bébete tu zumo.

—¿Qué lleva?

—No preguntes.

—¿Le has puesto brócoli? Odio el brócoli.

—¿De veras crees que pondría algo que odias en tu zumo

solo porque es bueno para ti?

—Sí.

Boo puso los ojos en blanco, pero le hizo un guiño a Cat. Scott cogió el zumo verde y lo examinó. Cat hizo lo mismo.

—Tiene una pinta horrible —dijo.

—No estás ayudando —respondió Boo.

—¿Qué lleva? —preguntó Scott.

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas buenas. Vamos, pruébalo, te gustará.

Lo probó. No le gustó.

—Sabe espantoso.

—No puede ser bueno para ti y saber bien al mismo tiempo.

Se levantó y le dio un beso a Scott en la frente.

—Bebe. Es bueno para ti.

Scott se bebió todo el zumo; Cat hizo una mueca al verlo.

—Gracias —dijo Boo.

Se alejó despacio por el pasillo.

—Qué niña más mona —comentó Cat.

—Me gusta. Sus zumos no tanto. —Se levantó—. Necesito algo de café para quitarme este sabor de la boca. ¿Quieres un poco?

—Por favor.

—¿Leche?

—Un poco.

Sirvió dos tazas y las llevó a la mesa.

—Cat, ¿quieres darte una ducha? Puedo buscarte algo de ropa.

—¿La ropa de tu ex?

Se encogió de hombros.

—Es todo ropa de diseño. Quizá puedo localizar alguno de sus atuendos para eventos menos aparatosos, tal vez unos pantalones muy cortos de cuero con flecos y un top de cuello halter a juego… y botas de cowboy.

—¿Las esposas ricas de Highland Park llevan cosas así?

—La mía lo hacía.

—Yo no. Tengo una mochila en el coche con una muda. Siempre llevo una. Nunca se sabe con este trabajo.

Cat se dirigió al vehículo y se quedó inmóvil por un instante. Inhaló el frío aire para aclararse la mente. Necesitaba recuperar la compostura. Era una agente del FBI; él era un juez federal que estaba bajo su protección. Él le gustaba mucho; ella parecía gustarle a él. Se sentía atraída sexualmente hacia él; si conocía a los hombres, y así era, sabía que él se sentía atraído del mismo modo por ella. ¿Qué diantres estaba haciendo?

Arriesgar su trabajo, eso era lo que estaba haciendo.

Pero estaba dispuesta a hacerlo.

Por él.

Moriría por él; ese era su trabajo.

Yacería con él; ese era su deseo.

Protegería al juez; deseaba al hombre.

Mierda.

Scott se duchó en su baño y Cat en el de las niñas. Él fue el primero en volver a la cocina y poner la mesa. Cat volvió vestida con unos vaqueros ceñidos, las zapatillas rojas de correr, una sudadera de Texas Longhorns de color naranja quemado y la riñonera. El pelo castaño oscuro le caía suelto sobre los hombros. Tenía la piel suave y bronceada; sus ojos eran de color marrón chocolate. Los labios, rojos. Tenía un aspecto demasiado juvenil para lo mayor que se sentía.

—Me muero de hambre —dijo.

Pajamae entró tambaleándose en la cocina, seguida de cerca por Boo. Los huevos rancheros de Consuelo eran más efectivos que una alarma.

—Pajamae —dijo Cat—, anoche hiciste un gran partido.

—Gracias, señora.

—¿Te gustaría jugar en la universidad?

—Sí, señora. —Señaló la sudadera de Cat—. Me encantaría jugar en Texas.

—Yo corría en la Universidad de Texas.

Aquello impresionó a Pajamae.

—¿De veras? ¿Eras rápida?

—Bastante rápida. Hacía carreras de relevos. Doscientos y cuatrocientos metros.

—¿Corriste en las Olimpiadas?

—No era tan rápida. Pero una de mis compañeras del equipo sí.

—¿Una chica negra?

—Sí.

Pajamae asintió.

—Dominamos las pistas y el campo, el baloncesto, el fútbol americano, el tenis con Serena, el golf con Tiger, pero últimamente no tanto… el fútbol y el béisbol les pertenecen a los jugadores latinoamericanos.

—Veo que te encantan los deportes.

—Sí. Quiero ser jugadora de baloncesto profesional.

—Pues trabaja duro, maximiza tu talento, y a ver dónde llegas. Pero ten siempre un plan B.

—¿Cuál era tu plan B?

—El FBI.

—¿Tienes una placa?

—Sí.

—¿Podemos verla?

—Podéis.

Cat sacó la placa de la riñonera y se la tendió a Pajamae. Ella y Boo la observaron y se la devolvieron.

—¿Tienes una pistola?

—Sí.

—¿Podemos verla?

—No. Solo sacamos la pistola cuando es absolutamente necesario para reducir a alguien peligroso.

—¿Alguna vez has disparado a alguien?

—Eh, Pajamae —dijo Scott—. Eso es…

—Sí, lo he hecho.

—¿Lo mataste?

—No. Le disparé en la pierna.

—¿Porque fallaste el tiro?

—Porque le di donde estaba apuntando.

—¿Lo arrestaste?

—Sí.

—¿Qué había hecho?

—Robar bancos.

—¿No jodas? —dijo Boo.

—Boo —recriminó Scott.

—O sea, ¿no me digas?

—Sí te digo. Había robado quince bancos. Lo pillamos

saliendo del decimosexto. Nos disparó y nosotros devolvimos el disparo. Era un buen ladrón de bancos, pero un mal tirador.

—¿Qué le pasó? —preguntó Pajamae.

—Está en la cárcel.

—Mi padre fue a la cárcel. No el juez Fenney, sino mi padre biológico. Se llamaba Eddie.

—¿Qué hizo?

—Drogas. Traficaba. Enganchó a mi madre a la heroína. Era un chico blanco.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto.

—¡El presidente quiere a los árabes muertos antes del tiro de entrada!

El presidente le había gritado al director, así que ahora el director le gritaba a Beckeman. Como si eso fuera a intensificar la búsqueda de los árabes.

—Antes de matarlos tengo que encontrarlos. Estos tipos son unos fantasmas.

—¿Qué necesitas?

—Necesito intervenir teléfonos, órdenes de registro, vigilancia de correos electrónicos y teléfonos por parte de la Agencia de Seguridad Nacional… Lo necesito todo.

—Tienes todo lo que necesites.

—Necesito torturar a Mustafá para hacerle confesar.

—Todo excepto la tortura.

—Él conoce a los árabes. Quiénes son y dónde están.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Me conoces? ¿Sabes dónde encontrarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Trabajas para mí.

—Exacto. Ellos trabajan para él. Dame treinta minutos a solas con él y le haré hablar. No es un soldado, es un puto doctor. Un profesor. Hablará.

—El presidente tiene una política estricta contra la tortura.

—Y yo tengo ocho días para encontrar a los árabes.

—¿Tienes algún tatuaje? —preguntó Boo a la agente del FBI llamada Cat.

—No.

—¿Has pensado en hacerte uno?

—No.

—Me encantan los tatuajes, pero me dan miedo las agujas.

—Bien.

Habían entrado en Whole Foods. Pajamae rompió la lista de Consuelo en dos mitades. Las chicas se fueron para un lado con una cesta, y Cat y Scott para el otro con otra cesta. Cat se giró para mirar a las niñas.

—¿Crees que estarán a salvo? Quizá deberíamos comprar juntos.

—Es Whole Foods. Estarán a salvo mientras se mantengan alejadas de las magdalenas.

La Casa Blanca estaba a solo seis bloques al norte de la avenida Pensilvania desde el edificio J. Edgar Hoover. El cuartel general del FBI había sido nombrado en honor a un tarado paranoico, un gay que no había salido del armario y que aterrorizó a todos los presidentes durante cuarenta años. Bueno, quizá a Lyndon B. Johnson no. Él era un tarado aún mayor. Pero no gay. El director Paulson seguía en el despacho presidencial quince minutos después de hablar por teléfono con Beckeman.

—Señor, no hemos sufrido un ataque importante en el país desde el 11-S. No podemos sufrir uno con usted al mando. No si quiere mantener este trabajo durante cuatro años más.

El presidente miraba por la ventana el jardín de la rosaleda. Esas eran las decisiones determinantes que tenían que tomar los presidentes. Si Mustafá hablaba y los árabes eran capturados o asesinados antes de la Super Bowl, el presidente sería un héroe. Si Mustafá no hablaba y se corría la voz de que había sido torturado —y se sabría— el presidente volvería a casa después de las elecciones. El presidente se volvió hacia el director.

—No.

—Señor presidente, está intentando ser un buen hombre mientras lucha contra el mal.

—¿Quiere que utilice el mal para luchar contra el mal?

—Quiero que mantenga a esa gente viva en la Super Bowl.

—¿Esto evita un ataque al corazón?

Boo estaba en la sección de salud. Se la conocía bien. Esa sección era donde mantenía a A. Scott sano. Enseñó el frasco a la dependienta.

—¿Un ataque al corazón? ¿Goma guar con psilio? No, no lo creo. Pero evita un estreñimiento.

—De eso murió Elvis.

—¿De un ataque al corazón?

—De estreñimiento.

Scott atravesó la sección de salud empujando la cesta; vio a Boo hablando con la dependienta.

—A ver qué ha encontrado Boo —dijo Cat.

—No. Solo la animarás más.

—Yo tomo muchos suplementos.

Ignoró su consejo y se acercó a Boo. Scott la siguió. A regañadientes. Era como alimentar a un gato callejero.

—¿Qué has encontrado, Boo? —preguntó Cat.

—Goma guar con psilio.

—Yo tomo eso.

—¿Sí?

—Sí. Es fibra. Evita el estreñimiento. Elvis murió de eso.

—¡Lo sé!

Dejó caer el frasco en la cesta. Scott lo sacó, se puso las gafas y miró el precio.

—Son veinticinco dólares, Boo.

—¿Quieres morir de estreñimiento?

Boo y Cat lo miraron, esperando una respuesta.

—Voy a la carnicería —dijo.

Metió el frasco en la cesta y se dirigió a la carnicería. «¿Estreñimiento?», oyó a Boo y a Cat riéndose como dos niñas detrás de él, y luego sintió cómo Cat se acercaba a él.

—Me gustan tus gafas. Te hacen parecer inteligente. Y me gusta Boo.

—A mí también.

—¿Es como tu ex?

—Solo físicamente.

—Es bonita. ¿Tu ex lo era?

—Sí.

Tenía treinta y siete años, pero aparentaba veintisiete. Héctor Calderón tenía sesenta y era así como se sentía, salvo cuando estaba dentro de ella. En esos momentos volvía a sentirse joven, en la flor de la vida, lleno de savia. La miró a ella y al Golfo de México a través de las puertas abiertas de su villa en la playa en Cancún. Era inmensamente rico y podía comprar lo que quisiera, pero no podía comprar la juventud.

Ah, la juventud se desperdicia entre los jóvenes, dicen, y es tan cierto.

Héctor se enorgullecía de tener una educación y ser un erudito, de ser cortés y sofisticado, y guapo, además de estar en forma. Había estado con muchas mujeres hermosas en su vida —el dinero las atraía—, pero nunca había estado con una mujer que se pareciera tanto a él. Que supiera cómo vestirse, cómo hablar, cómo comportarse en público. No lo avergonzaba en público ni le decepcionaba en privado. Estaba orgulloso de llevarla del brazo. Estaba acostumbrada a lo mejor de la vida: eso era obvio. Había vivido una vida de lujo en su anterior vida. Era un poco misteriosa, pero a él le gustaba eso. Y no le preocupaba la idea de que llevase un micrófono encima durante sus momentos privados porque, al igual que ahora, siempre estaba desnuda durante sus momentos privados.

Volvió a mirarla. Hacía mucho que no le importaba una mujer. Antes eran solo cuerpos con los que tener sexo. Nada más. Pero después de estar un año juntos, le importaba aquella mujer. Sonó el teléfono. Ah, tal vez era Jorge con su dinero.

—Buenos días, patrón.

—No era Jorge. Era Pablo.

—¿Qué pasa, Pablo? Estoy ocupado.

—Jorge no ha vuelto de Estados Unidos.

—¿Lo han arrestado?

—No. No lo creo.

Jorge Romero no huiría con los 1,2 millones de dólares de Héctor. Era demasiado leal. Y no era tan estúpido.

—Quizá ha encontrado una mujer estadounidense —dijo Pablo. Se echó a reír. Héctor no se rio.

—Investigaré —dijo Héctor.

Colgó el teléfono y acarició a su mujer. No tardó en olvidar a Jorge Romero… pero no a sus millones.

Cat le susurró a Scott:

—Nos están siguiendo.

—¿Qué?

Señaló con la cabeza un punto detrás de él. Scott se giró y vio a un hombre negro de metro noventa y ocho y ciento cincuenta kilos que estaba intentando pasar desapercibido en Whole Foods. Scott se acercó.

—Louis, ¿qué haces aquí?

—Estoy comprando, juez Fenney.

—¿Dónde está tu cesta?

—Eh, debería coger una.

—Louis, aprecio tu preocupación por mi bienestar, pero estoy a salvo con la agente Peña. Tiene un arma.

—Y yo te cubro las espaldas.

—Lo sé. Pero si pasas demasiado tiempo en Whole Foods, acabarás con tatuajes. Vete a disfrutar del fin de semana.

El enorme pecho de Louis se hinchaba y deshinchaba con su respiración.

—¿Estás seguro, juez Fenney?

—Estoy seguro. No volverán a secuestrarme.

La carnicería de Whole Foods era un mostrador largo de cristal lleno de solomillos, entrecots, chuletas, búfalo, pollo, cerdo, salchichas, beicon, gambas, salmón y cangrejo.

—¿Comes avestruz? —preguntó Cat.

—No sabía que se podía comer —respondió Scott.

—Sí. Sabe genial y es una carne muy magra.

—La probaré.

—No tenemos avestruz —dijo el carnicero por encima del mostrador.

—Pues no. Dos pollos, entonces —dijo Scott.

Scott no había ido a comprar comida con una mujer mayor de trece años cuyo nombre no fuese Consuelo desde… bueno, no lograba recordar la última vez. Rebecca nunca iba a comprar comida; en la tienda de comestibles no había oportunidades de ascenso social. Así que había delegado ese deber a Consuelo. Y como ir a comprar comida no era una actividad facturable —excepto para los abogados— Scott no tenía tiempo para esa tarea.

Ahora tenía tiempo y traía consigo una mujer mayor de trece

años. Claro que era una agente del FBI asignada para protegerlo, pero casi se sentía como si fueran una pareja.

—Y cuatro hamburguesas de búfalo —dijo al carnicero.

—¿Cuatro? —preguntó Cat.

—Te quedas a cenar.

—¿Ah, sí?

—¿No?

—Sí.

Sadam Siddiqui cogió el falafel y se dirigió a la caja. Atravesó el pasillo de verduras, y al pasar junto a dos niñas que estaban analizando los plátanos, vio que se les caía un paquete de brócoli de la cesta sobrecargada. Se paró y recogió el brócoli.

Scott siempre vigilaba a las niñas, y ahora lo estaba haciendo. Las vio en la sección de verduras, examinando los plátanos. Boo era muy exigente con los plátanos que compraba. Un joven se acercó a ellas, se inclinó y les dio algo. Sonrió y les dijo algo. Parecía demasiado mayor para ellas.

Scott fue hacia allá.

Cuando estaba a medio camino, el joven se marchó. Se parecía al joven que había encontrado allí Scott el sábado anterior. Tenía la misma piel oscura y los mismos rasgos árabes. Cuando llegó Scott, dijo:

—¿Quién era ese chico?

—Ah, se me cayó el brócoli —dijo Boo—. Lo recogió él.

—¿Qué os ha dicho?

—«Se os ha caído el brócoli».

—¿Eso es todo?

—Ajá.

—Ah. Vale.

Scott se alejó, pero se detuvo y volvió.

—¿Ese brócoli es para mis zumos?

—No.

El director había llamado a Beckeman para informarle de la respuesta del presidente. No habría interrogatorio avanzado para Mustafá.

—Es su decisión.

—¿Nada?

—Menos que nada.

—Mierda.

—Solo un hombre sabe dónde se refugian los árabes.

—¿Crees que es un tipo peligroso? —dijo Cat.

—¿Ese chico?

—¿Qué chico?

—Un chico de aspecto árabe que me encontré aquí la semana pasada. Y hoy estaba hablando con las niñas.

—¿Crees que te está acechando?

—Me parece una coincidencia extraña.

—Demasiado extraña. Scott, podría ser uno de los árabes. —Abrió la cremallera de su riñonera—. Enséñamelo.

Dejaron la cesta y recorrieron los pasillos y acabaron la búsqueda fuera. Se había ido. Se quedaron junto a las puertas de la salida y contemplaron el aparcamiento. Cat volvió a cerrar la riñonera.

—No me gusta esto —dijo—. No me gusta nada. ¿Por qué secuestrarían al juez presidente? ¿Por qué iban a acecharte?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Para desviar nuestra atención. Creo que los dos árabes que te atraparon están organizando la trama. Creo que el Dáesh los dirige desde Siria. Creo que esa ha sido siempre la trama. No Mustafá.

—¿Qué te parecerían unos mirtos plantados a lo largo de la valla trasera?

—¿De qué color?

—Amarillos.

—El amarillo es mi color favorito.

—Pues serán amarillos.

Estaban sentados en el patio. Scott se estaba tomando una cerveza, y Cat un té helado. Todavía estaba trabajando. Las hamburguesas de búfalo se estaban cocinando en la barbacoa de carbón de leña. Habían seguido hablando más sobre la cuestión de si su secuestro había sido una distracción, pero habían llegado a la conclusión de que su preocupación por el chico árabe de

Whole Foods era fruto de la paranoia, un peligro laboral tanto para los agentes del FBI como para los jueces federales.

—Scott, ¿hay alguien en tu vida?

—Mis hijas.

—¿Mayor de trece años?

—No.

—¿Y la profesora mona de la puerta del colegio?

—¿Kim? No.

—¿O esa mujer del partido?

—¿Penny? Joder, no.

—¿Por qué no?

—Penny me da miedo.

Cat se rió.

—Quiero decir, ¿por qué no hay nadie en tu vida?

—Ah. Por el trabajo.

Asintió.

—Siempre es el trabajo.

—¿Y tú? ¿Tienes a alguien?

—A mis padres.

—¿Algún hombre?

—No.

—¿Por qué no?

—Por el trabajo.

Scott dio un trago de cerveza y ella sorbió su té helado. Estaban sentados lo suficientemente cerca como para poder cogerse de la mano, pero no se miraban.

—Scott… ¿quieres tener a alguien en tu vida?

—Desesperadamente.

Eso había sonado muy sincero. Como si estuviera testificando en un juicio. Se encogió de vergüenza… hasta que sintió su mano sobre la suya. El tacto de otro ser humano —no de un modo sexual, sino tan solo el tipo de contacto que significa «me importas»— era una sensación agradable.

—¿Has visto *El silencio de los corderos?* —preguntó Boo a Cat.

Comían hamburguesas y boniatos fritos sobre unas bandejas en el sofá. Boo y Pajamae estaban sentadas juntas, y Scott y Cat en los extremos.

—Sí.

—¿Es tan bueno como el libro?

—¿Has leído el libro? —preguntó A. Scott.

—No he dicho eso.

—Ha sonado así.

—A. Scott, sé que no te gustaría que leyera un libro sobre un tipo llamado Hannibal el Caníbal y un asesino en serie llamado Buffalo Bill aunque la heroína sea un modelo a seguir para las mujeres jóvenes, como es el caso de Clarice Starling.

Boo sonrió a su padre.

—Me hice agente del FBI por Clarice —dijo Cat.

—No estás ayudando —dijo A. Scott.

—Ay. Lo siento.

Pero sonrió.

—Vamos a ver *El silencio de los corderos.*

—No quiero ver una película sobre caníbales —dijo Pajamae. Boo suspiró.

—Vale.

Vieron *Casablanca.* A Boo le encantaba Ingrid Bergman.

—Enséñale a Cat cómo bailas —dijo Pajamae—. No se lo va a creer.

—Dudo que ella quiera…

—Me encanta bailar.

Boo puso música *country* en el teléfono. The Dixie Chicks. Scott se levantó y tiró de Cat. La tomó en sus brazos; se sentía como si ella hubiera estado allí toda su vida. Bailaron *swing country*. Cuando terminó la canción, le rodeó el cuello con los brazos.

—Eso es bailar —dijo.

No lo soltó. Lo miró a los ojos sin pestañear. Durante un rato largo y silencioso que interrumpió la voz de Boo:

—Eh… nos vamos a la cama ya.

Cat lo soltó y pareció azorada.

—Pero solo son las nueve y media —dijo Pajamae—. Podemos quedarnos levantadas hasta tarde los fines de semana.

Boo le lanzó a su hermana una mirada severa.

—Ah, sí, estamos muy cansadas. Hora de dormir.

Se levantaron de un salto del sofá.

—Seguramente nos quedemos dormidas en dos minutos —

dijo Boo.

—No nos veréis hasta mañana por la mañana —dijo Pajamae.

—Garantizado —añadió Boo.

—Idos a la cama —respondió Scott.

Le dieron un beso de buenas noches a él y a Cat y luego se alejaron corriendo por el pasillo.

—Quieren que tengas a alguien —dijo Cat.

—Sí.

—Eso es muy tierno.

—Son tiernas.

Hubo un momento incómodo, y entonces ella se volvió hacia él.

—Puedes tenerme, Scott. Puedes tenerme ahora mismo.

Lo besó y luego retrocedió un instante. Le cambió la expresión. Le cogió la cara con las dos manos y lo besó con fuerza. Él le devolvió el beso. Todo el deseo que pensaba que había muerto hacía tiempo volvió a la vida. Ella le agarró la camiseta; él le sacó el jersey por la cabeza y lo dejó caer a un lado. Luego el sujetador. Se besaron, tocaron, sintieron y desearon. Ella se desabrochó los pantalones y se los bajó. Luego las braguitas. Le desabrochó a él los pantalones y los bajó. Luego los calzoncillos. Lo llevó al sofá y lo sentó; luego se subió encima de él y lo condujo hacia su interior. Él inhaló su aroma; había olvidado el olor de una mujer. Había olvidado lo maravilloso que era oler y sentir a una mujer, lo excitante que resultaba ser uno con una mujer. Sentirse vivo de esa manera. Unieron sus cuerpos con fuerza y se abrazaron de tal manera que parecía como si se hubieran fusionado en un solo cuerpo, una mente, un alma, una vida. Durante un breve instante aquel sábado por la noche, eran uno.

—Ha estado bien —dijo Scott. Ella frunció el ceño.

—¿Bien?

—Eh… ¿muy bien?

Mantuvo el ceño fruncido.

—¿Genial?

Suavizó el ceño.

—¿Increíble?

Sonrió.

—Eso está mejor. —Lo besó—. Sí. Increíble.

Se quedaron sentados, desnudos y en silencio.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo.

—Podríamos echar otro polvo. Esta vez despacio.

—¿Podemos? Tienes cuarenta años.

Llevó la mano a su entrepierna. Levantó las cejas.

—Ah, sí que podemos.

Lo hicieron.

—Ha estado bien —dijo Cat.

—¿Bien?

Se echó a reír.

—Ha sido una puta pasada.

Abrazó con fuerza a aquel hombre durante unos minutos más. No había estado con un hombre desde hacía dos años… ¿o eran tres? Cosas del trabajo. Un empleo que consistía en perseguir terroristas islámicos las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año dejaba poco tiempo para el amor, el romance o incluso el sexo. Salía a correr y hacía ejercicio para quemar su deseo. Pero cuando él salió de la casa aquella primera mañana, con sus ojos tan azules como el cielo, el pelo rubio despeinado que le caía sobre la cara, el cuerpo esbelto y musculoso… Joder, el deseo volvió a ella con furia. Cada día el deseo iba en aumento hasta que pensó que iba a explotar allí sentada en el sofá junto a él, viendo la película. Entonces explotaron juntos. ¿Podría durar más de esa noche?

—Debería volver a casa. Mis padres estarán preocupados.

—¿Vives con tus padres?

—Ellos viven conmigo.

Se levantó y se vistió. Él hizo lo mismo.

—Te acompañaré al coche.

—Mejor no.

Echó un vistazo al exterior.

—Acaba de llegar el turno de la noche. No hay necesidad de iniciar rumores. Te veo por la mañana.

Se dirigió a la puerta trasera, pero se detuvo.

—Scott, ¿os gustaría a ti y a las niñas venir a mi casa a comer mañana? ¿Conocer a mis padres? Mi madre quiere cocinar para ti.

—Nos gustaría mucho.

Le dio un beso de buenas noches.

—Este puede haber sido el mejor día de mi vida —dijo—.

Bueno, salvo cuando gané los doscientos metros en la NCAA.

—Por supuesto.

Beckeman leyó los últimos informes del caso de terrorismo mientras se proyectaba *Red de mentiras* en la enorme pantalla. DiCaprio tenía razón, la CIA se había equivocado. Todo había ido mal en Irak. El Estado Islámico había sustituido a Al Qaeda. Justo cuando pensaba que las cosas no podían ponerse peor, lo hacían. Mucho peor. El presidente lo había llamado el equipo suplente, pero ahora era el titular. El avión ruso. Los ataques en París. San Bernardino. La pregunta ya no era «¿Y si...?», sino tan solo «¿Cuándo?». ¿Cuándo matarían a más estadounidenses en Estados Unidos? Muchos más.

Capítulo 18

Domingo, 31 de enero

Siete días antes de la Super Bowl

El teléfono de Scott lanzó un silbido a las 6:45 de la mañana. Nunca había hecho ese sonido. Extendió el brazo hacia la mesita de noche y cogió el teléfono y sus gafas. Había un círculo rojo con un «1» blanco dentro, encima del icono de «Mensajes». Lo pulsó. Se abrió la ventana de los mensajes. Solo había un mensaje de un número que no reconocía. Lo pulsó y apareció el mensaje:

«Scott, lo de anoche fue increíble. Las dos veces».

Cat le había enviado un mensaje. Nunca había recibido un mensaje de una mujer. Ni de un hombre. Ni de nadie. Era juez federal. No enviaba mensajes.

Pero ella le había escrito a él:

«Lo de anoche fue increíble», pensó.

El presidente no estaba contento cuando llamó al director a su casa a las ocho de la mañana.

—¿Y bien?

—Nada, señor.

—¿Nada de nada?

—No, señor. Señor presidente, si nos permitiera un interrogatorio avanzado…

—No.

Le colgó el teléfono al director.

—¿Y… cómo fue anoche?

Boo miró inocentemente a Scott desde el otro lado de la mesa. Pajamae miraba su desayuno y sofocó una risita.

—Bien.

—¿Bien? —respondió Boo—. ¿Eso es todo lo que nos vas a decir? ¿Nos fuimos a dormir una hora antes solo para eso?

Scott se dio cuenta de que las mujeres necesitaban adjetivos fuertes.

—Cat y yo pasamos una noche maravillosa.

Eso hizo sonreír ampliamente a las dos niñas justo cuando sonó un silbido en su teléfono.

—¿Qué es eso? —preguntó Boo—. ¿Es tu teléfono? ¿Te está enviando mensajes?

Scott miró el teléfono. Así era. Leyó el mensaje: «Hoy tengo una sorpresa para ti». No pudo reprimir una sonrisa.

—¡Le está enviando mensajes!

Las niñas chocaron los cinco.

—Oye, A. Scott, hagas lo que hagas, no le envíes fotos en las que salen tu cara y tus partes.

—¿Qué?

—Tuvimos una charla sobre los mensajes sexuales. ¿Sabes qué es eso?

Scott asintió.

—Pues nos parece espantoso —Pajamae asintió enérgicamente—, pero los niños se envían entre sí fotos de sus partes íntimas todo el tiempo. Así que la persona que nos daba la charla nos dijo que no incluyéramos nuestra cara en ninguna foto en la que salgan nuestras partes íntimas.

—Mantén la cara y las partes íntimas separadas —añadió Pajamae.

—Esa sí que es una buena regla —dijo Scott.

—Así —continuó Boo—, si se publica la foto en internet, nadie puede conectar tu cara con tus partes íntimas, lo cual sería vergonzoso.

—Mucho.

Lo miraron.

—¿Y bien? —dijo Boo.

—¿Y bien, qué?

—¿No vas a responder al mensaje?

—Eh… no.

—Tienes que hacerlo.

—¿Por qué?

—Es así como se hace.

—Terminad el desayuno.

—¿Por qué no me escribiste?

—Eh…

Cat frunció el ceño, pero lo dejó correr. Era un nuevo territorio para Scott: una relación. Lo que tenía con Rebecca había sido más bien un acuerdo financiero; él obtuvo un trofeo, y ella una mansión, un Mercedes, ropa de diseño y estatus social.

—Esta es la sala de estar —dijo Cat—. Y, sí, eso de la esquina es un belén casi de tamaño real.

Cat había ido a la iglesia con Scott y las niñas —en su calidad profesional— y luego los había llevado a su casa en el este de Dallas para comer a título personal. Vivía con sus padres en una casa estilo Tudor, en la zona de M Streets, no muy lejos de Bobby y Karen, un área aburguesada del pueblo, al norte del centro y al este de la autopista. Tenía aproximadamente el mismo tamaño que la casa de Scott —los empleados federales no viven en McMansiones— y su padre la había renovado hasta la perfección. Se llamaba Diego. Vivía y moría por los Dallas Cowboys. Había una enorme pantalla de televisión colgada en la pared, enfrente del belén, debajo de un crucifijo enorme. Estaba sentado en un sillón reclinable de cuero, viendo el programa previo a la Super Bowl, que había empezado una semana antes del partido.

—Mira, los Patriots llegaron al pueblo esta mañana —dijo Diego.

En la pantalla se veía a los jugadores entrando en su hotel en el centro de Dallas y a una multitud de fans que habían hecho un viaje de tres mil kilómetros desde Boston. Scott y Cat se acercaron al belén.

—Encontré las figuras en Nuevo Laredo —explicó Diego—. Los burros parecen reales, ¿verdad?

—Sí —dijo Scott. Observó el belén por un instante—. Esto es algo que no se ve todos los días.

—Ah, no has visto nada todavía —comentó Cat.

Lo condujo por el pasillo hasta la habitación principal, que era la que ocupaban sus padres. Era una habitación grande con un baño moderno en un extremo y una hornacina en el otro. Encendió las luces y lo llevó hasta la hornacina.

—Un sagrario para Nuestra Señora de Guadalupe, completado con una fuente que funciona de verdad y que lo hace parecer una gruta.

Había una figura a tamaño real de la Virgen María encima de

la fuente. Al lado de la fuente había una repisa llena de velas para rezar.

—Mi madre enciende cada vela todos los días.

—¿Tenéis seguro de vida?

—Claro.

—Menuda casa.

—No es una casa. Es un santuario. ¿Quieres ver mi coche?

—¿Lo conduce Jesús?

—Muy gracioso.

La siguió por el pasillo y atravesaron la cocina —la madre de Cat estaba enseñando a las niñas a hacer churros, unos buñuelos largos fritos con una pizca de azúcar y canela. Se habían llenado la cara y las manos de azúcar glas— y salieron por la puerta trasera. Habían construido el patio de tal manera que parecía una hacienda, y había más figuras religiosas. Una puerta en la pared conducía a un garaje no adosado. Cat encendió las luces; en medio del garaje había un cupé de dos puertas amarillo intenso.

—Es amarillo —comentó Scott.

—Es un Dodge Challenger. 6,4 litros, motor HEMI V-8 con seis marchas.

—Es amarillo.

—Cuatrocientos ochenta y cinco caballos bajo el capó.

—Es amarillo.

—Ya sé que es amarillo. Ya te lo dije, el amarillo es mi color favorito.

—Es mucho amarillo.

Abrió la puerta del conductor.

—Y tapizado de cuero rojo —señaló Scott.

—Soy mexicana. Entra.

Scott desvió la mirada de los asientos rojos y la fijó en sus ojos marrones.

—¿En el coche?

—El asiento trasero.

—¿Por qué?

—Es tu sorpresa. Siempre he querido tener sexo en el asiento trasero de un coche, pero nunca lo he hecho. Hoy es el día. Entra.

—Soy juez federal.

—Eres un hombre. Yo soy una mujer. Entra en el puto coche.

Titubeó.

—¿Tengo que sacar el arma?

Entró. Ella se quitó los pantalones y entró detrás de él. Le bajó la cremallera y se sentó a horcajadas sobre él; el coche olía a cuero y a Cat Peña. Y durante un rato, sobre los asientos de cuero rojo de un coche amarillo de gran cilindrada aparcado en un garaje de un santuario católico del este de Dallas, se convirtieron en un par de adolescentes en un autocine.

—Mi hijo solo tenía trece años. El cártel de Nuevo Laredo lo secuestró porque se negó a vender su droga. Utilizan a los chicos porque no pueden juzgarlos como adultos. Dispararon a Raúl en la cabeza.

Sofía se levantó.

—Tengo que encender una vela.

Salió. Estaban sentados en la sala del belén. Las niñas estaban sentadas en el belén, a horcajadas sobre los burros.

—Sofía todavía sufre. Como yo. La policía no hizo nada, porque todos estaban comprados por el cártel. Me di cuenta de que ya no podía proteger a mi familia en México. Un hombre tiene que proteger a su familia. Sofía estaba embarazada de Catalina. Quería proteger a mi familia, así que vinimos a Estados Unidos. Sabíamos que tardaríamos años en poder venir de forma legal, pero los cárteles no nos darían tanto tiempo. Se adueñaron de México con dinero y armas de Estados Unidos, así que acaban enviando a los mexicanos al norte, hasta Estados Unidos. Hace treinta y dos años cruzamos el río por fuera de Nuevo Laredo.

Un silencio incómodo llenó la sala.

—Scott, mis padres están aquí de forma ilegal.

—Yo soy juez, no el ICE. —El Servicio de Inmigración y Control de Aduanas.

—Gracias.

—Es extraño, ¿verdad? —dijo su padre—. Los estadounidenses no nos quieren aquí, pero son ellos quienes financian y dan armas a los cárteles que nos expulsan hacia aquí. Es lo que llaman consecuencias no previstas.

—Nos preocupa mucho el Dáesh, que está a dieciséis mil kilómetros de distancia —dijo Cat—, pero ni siquiera pensamos en los cárteles mexicanos, que se encuentran a tan solo cuarenta y cinco metros del río Grande.

—Los cárteles no han intentado hacer volar un estadio de fútbol lleno de cien mil estadounidenses —dijo Scott.

—Es verdad. Pero han matado a cien mil mexicanos en los

últimos diez años, justo al otro lado del río. Y envían sicarios al norte para matar en Estados Unidos. Tuvimos un caso en un barrio residencial rico de Dallas hace tres años. Un hombre y su mujer estaban sentados en el coche delante de un Victoria's Secret. Paró un todoterreno, salió un hombre enmascarado, se acercó al coche y disparó al hombre nueve veces en la cabeza. La víctima había sido abogado del Cártel del Golfo y había intentado ocultarse en la América suburbana. El atacante volvió a subirse al todoterreno y desapareció. Los pillamos justo el mes pasado, intentando volver a Estados Unidos por Matamoros. Padre e hijo, dos polis mexicanos que venían a ejecutar otro golpe. Tenemos una unidad entera persiguiendo sicarios.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabe. La cuestión es que los cárteles han matado, decapitado y aterrorizado a más gente que el Dáesh. A los sirios que huyen del terrorismo del Estado Islámico les damos refugio en Estados Unidos, ¿y por qué a mis padres no? Ellos también huyeron del terrorismo. Pero decimos que son «inmigrantes ilegales» en lugar de «refugiados políticos». Míralos. Como si fueran alienígenas.

—A mí no me parecen alienígenas. No se parecen en nada a los alienígenas de *Alien* —dijo Pajamae desde el burro.

—Esa película daba miedo —dijo Boo.

—¿Habéis visto *Alien?* —preguntó Scott.

Pajamae asintió; no podía mentir.

—Nos acogemos a la Quinta Enmienda —respondió Boo.

—¿Son culpables mis padres? —preguntó Cat.

—¿De qué?

—De entrar en el país de forma ilegal.

—Somos inocentes —dijo Diego—. Tuvimos que huir por nuestras vidas.

—Llevan treinta y dos años esperando justicia —dijo Cat.

—Catalina tuvo que nacer en Estados Unidos para ser estadounidense —explicó Diego—, así que nos fuimos a San Antonio. Allí fue donde nació. Yo tenía formación en carpintería, así que empecé a trabajar con constructores. Al cabo del tiempo, creé mi propio negocio restaurando casas. Nos mudamos aquí hace tres años, cuando asignaron a Catalina al grupo antiterrorista. Ahora tengo setenta y dos años, así que estoy jubilado, pero sigo viviendo en la casa de mi hija. Y construyo sagrarios en otras casas.

—¿Hay demanda para eso?

—Huy, sí. Podría trabajar a tiempo completo construyendo sagrarios.

—Tiene un nicho de mercado.

—Sí, y me pagan en efectivo, así que no tengo que pagar impuestos.

—Eh, papá… —Cat lanzó una mirada a su padre—. Es juez federal.

—Ah, ya veo. —Diego se volvió hacia Scott esbozando media sonrisa—: Solo estaba bromeando.

—Tampoco es que sea de Hacienda.

—Me alegro de que sus secuestradores no lo mataran.

—Yo también.

—¿Así que mi hija lo protege ahora?

—Sí.

—Es muy buena con las armas.

—¿Las armas? —Scott se volvió hacia Cat—. ¿Cuántas armas tienes?

Se encogió de hombros.

—Unas cuantas.

—¿Eso es más de diez o menos?

—¿Cuentan los bazucas?

—¿Esto es una cita? —preguntó Boo.

Cat estaba sentada con las niñas en el patio trasero.

—¿Qué?

—Esto de que hayamos venido. ¿Es una cita entre tú y A. Scott?

—Bueno… —Pensó en su encuentro amoroso en el coche—. Quizá… no, no es una cita.

—Entonces pídele una cita.

—¿No se supone que el hombre es quien tiene que pedirle una cita a la mujer?

—Si esperas a que te pida salir él, habremos acabado la universidad antes de que tengamos una madre.

—¿Queréis una madre?

—Sí, o por lo menos una hermana mayor. Creemos que serías una buena madre o hermana. Cualquiera de las dos.

Pajamae asintió.

—¿De veras?

Boo se sacó del bolsillo trasero de los vaqueros un móvil.

—Podemos mandarnos mensajes.

—Vale.

Le ofreció el teléfono a Cat.

—Pon tu número en nuestro teléfono y nosotras pondremos el nuestro en el tuyo.

Cat cogió el teléfono y tecleó.

—Pero nada de mensajes sexuales —advirtió Boo—. Guarda eso para A. Scott.

—¿Ese es el Niño Jesús? —preguntó Pajamae.

Estaba señalando una figura de la Virgen María con el niño en brazos.

—Sí.

—Nunca había visto eso en un patio.

—Nunca has estado en México.

El almuerzo consistía en chiles rellenos, enchiladas, tacos, chalupas, guacamole, frijoles refritos, flautas, tortillas, flan y churros. La mesa estaba abarrotada de comida, y ellos estaban apiñados alrededor de la mesa. Cat se metió un churro largo en la boca y le dirigió una mirada a Scott desde el otro lado de la mesa.

—Y bien, juez Fenney…

Diego lo señaló con un churro.

—Scott.

—Y bien, juez Scott, ¿has oído hablar del decreto ejecutivo del presidente que garantiza la amnistía a los mexicanos ilegales?

Scott miró a Diego, luego a Sofía, luego a Cat y de nuevo a Diego.

—Sí.

—Y ahora Texas le ha demandado para evitar la amnistía.

—Así es.

—Rezamos para que el presidente gane. Si él gana, nosotros ganamos.

—Enciendo seis velas cada día —dijo Sofía.

—¿Conoces al juez que tomará la decisión? —preguntó Diego.

—Papá, no puede hablar sobre eso. —Cat se volvió hacia él —. Perdona, Scott. Sus vidas dependen de ese caso, así que viven y mueren por él.

—Ah. Lo siento, juez Scott —dijo Diego.

—Diego, Sofía… Cat… ¿Veis los programas de debate político de los domingos por la mañana?

—No. Vamos a la iglesia.

—Una decisión inteligente. ¿Leéis los periódicos?

—Dejamos de recibir el periódico. Yo leo los deportes por internet.

—¿Por qué lo preguntas, Scott? —inquirió Cat.

Observó sus caras otra vez. Todo el mundo en Dallas sabía que él era el juez presidencial del caso de terrorismo, pero tal vez no todos sabían que también era el juez presidencial del caso de inmigración.

—Porque conozco al juez al que han asignado ese caso.

—¿Es un juez justo? —preguntó Diego.

—Eso espero.

—¿Quién es? —preguntó Cat.

—Yo.

—Scott, lo siento —dijo Cat—. No lo sabía. De haberlo sabido, no habría dejado a mi padre seguir con el tema.

Se habían despedido de sus padres. Cat lo había acompañado al coche.

—No lo sabías.

—¿Consuelo también está aquí de forma ilegal?

—Estaba. Consiguió un permiso de residencia.

—¿Cómo?

—No lo sé. Creo que el juez Buford tuvo algo que ver.

—¿Era el juez que te precedió? ¿El que murió?

Scott asintió.

—Creo que alzó la voz en su defensa.

—Qué suerte tuvo. —Suspiró—. Mis padres no tienen un juez federal que alce la voz en su defensa.

De pronto, se sintieron incómodos.

—Cat, ¿este caso va a ser un problema entre nosotros?

—No, claro que no, Scott. Es tu trabajo. Nunca te echaría en cara nada relacionado con tu trabajo.

—Bien.

—Si yo tuviera que dispararle a tu padre porque fuese un sujeto peligroso, no me lo echarías en cara, ¿verdad?

—A lo mejor yo seré otra Clarice Starling cuando sea mayor —dijo Boo—. U otra Cat Peña.

—Te contrataré como guardaespaldas privada —dijo Pajamae —, como Cat protegiendo al juez Fenney.

—Eso sería guay.

Scott estaba arropando a las niñas.

—A. Scott, nos gusta mucho Cat.

—¿Sí?

—¿Y a ti?

—Es un poco pronto para eso, Boo.

—Sí que te gusta. Bien. Porque tiene que ser ella. Tienes que casarte con ella.

—Boo…

—Necesitamos una madre.

—Es demasiado joven para ser vuestra madre.

—Pues una hermana mayor. Estamos entrando en nuestros años JA.

—¿JA?

—Jóvenes adultas.

—¿No estoy haciendo un buen trabajo?

—Eres un gran padre. Pero no eres una madre. Ni una hermana mayor.

—Lo intento.

—Inténtalo con Cat. Por favor.

—Le gusta correr —dijo Pajamae.

—Sí.

—Y es guapa.

—Lo es.

—¿Qué más puedes pedir?

—¿Os está dando dinero?

—*Pro bono* —dijo Boo.

—Considérelo, juez Fenney.

Boo le lanzó una mirada ladina.

—Puede quedarse a dormir.

—Deja de decir eso.

—¿El juez presidirá el caso? ¿El decreto ejecutivo del presidente?

—Sí, padre.

Su padre sonrió.

—Entonces seguro que nos salva.

—¿Por qué dices eso?

—Porque quiere a nuestra hija.

Esa noche, mientras estaba tumbado en su cama, Scott pensó en Catalina Peña. A raíz de su secuestro, había aparecido Cat. Por primera vez desde Rebecca, tenía una mujer en su vida, y le hacía sentirse bien. Parecía haber establecido vínculos con las niñas, y ellas con ella. ¿Quería ser su madre o al menos —su hermana mayor? Y lo más importante, ¿podría él establecer un dictamen contra el presidente contra sus padres— y aun así, tenerla?

La deseaba.

Sonó su teléfono. Se puso las gafas y abrió el mensaje. Había una foto adjunta. Abrió la foto e inhaló profundamente. Era una foto de Cat tendida en su cama con un largo churro en la boca. Anotó mentalmente compartir con Cat la regla de las niñas para los mensajes sexuales: no mostrar la cara y las partes íntimas en la misma foto.

Había un sedán negro ocupado por dos agentes del FBI enfrente del hogar de los Fenney. Estaban tomando café para calentarse y mantenerse despiertos.

—¿De verdad crees que Peña se está tirando al juez?

—Se dice que anoche se quedó en su casa hasta tarde, y el juez y sus hijas fueron a su casa a comer hoy.

—Su madre hace los mejores tacos para desayunar.

—Esa no es la cuestión.

—¿Cuál es la cuestión?

—No podemos joder en el trabajo.

—Solo podemos joderla en el trabajo.

Los dos agentes se echaron a reír.

—Como Waco.

—Ese sí que la jodió.

—Y Hanssen.

—También la jodió bastante.

—Y aquel fiasco del análisis del cabello, doscientas condenas

rechazadas porque los agentes realzaron su testimonio diciendo que las pruebas habían dado positivo cuando eran, como mucho, una posibilidad.

—Para, me estás deprimiendo.

—Me aburro tanto.

—Suenas como mi hijo de cinco años.

—Dos agentes tan buenos como nosotros… Deberíamos estar buscando a esos árabes que secuestraron al juez, no sentarnos aquí en el frío toda la noche para que no vuelvan a secuestrarlo.

—Esos tipos son fantasmas. Habrán vuelto a Siria. No estarán a menos de mil quinientos kilómetros del juez. Eso seguro.

A dos coches de distancia del vehículo del FBI, estaban Abdul Jabbar y su hermano pequeño sentados en un Kia.

—El juez no va a soltar al imán —dijo Abdul.

—Como predijiste —dijo su hermano menor.

—Sí. Ha llegado la hora del «o si no».

—No, Abdul, de verdad que no quiero hacer eso. Está muy mal.

—No hay ni bien ni mal en nuestra lucha por la libertad.

—¿Libertad? Somos libres. Vivimos en Estados Unidos. ¡Me encanta Estados Unidos!

Abdul abofeteó a su hermano.

Le dolía la cara después del golpe de su hermano, pero lo que más le dolía era su desaprobación. No había complacido a su padre y quería complacer a su hermano. Había ansiado el amor de su padre, pero nunca le había llegado, de modo que necesitaba desesperadamente el amor de su hermano. Así que lo había seguido hasta Dallas. ¿Hasta dónde sería capaz de seguirlo?

—América mató a nuestro padre. Amar a América es deshonrar a nuestro padre. Debemos vengar su muerte.

—Hermano, no quiero vivir en el califato islámico de Siria. Quiero vivir aquí, en Dallas. Quiero ser abogado.

—No serás abogado, y no vivirás ni en Siria ni en Dallas.

—¿Qué haré?

—Morir en Dallas.

Capítulo 19

Lunes, 19 de febrero

Seis días antes de la Super Bowl

—¿Te estás tirando al juez?

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Cat Peña fulminó a Beckeman con la mirada. Quería darle un puñetazo. Acababa de entrar en la sede central del FBI después de correr con Scott y escoltarlo hasta el juzgado. Beckeman ni siquiera le había dado la oportunidad de tomarse una taza de café antes de atacarla.

—Sí. Tan a menudo como me es posible.

Los dos agentes especiales del FBI se miraron como niños, como si estuvieran compitiendo a ver quién pestañeaba primero. Ninguno de los dos lo hizo.

—¿Sexo en el trabajo? —dijo—. El Servicio Secreto no es así.

—Primero, no estoy teniendo sexo en el trabajo. Y segundo, lo que hago fuera del trabajo no te incumbe una mierda.

—Me incumbe que te tires a un juez federal bajo la protección del FBI.

—Entonces déjame participar en la puta búsqueda.

Cat sabía que su mente militar estaba sopesando las implicaciones de tenerla en el equipo de búsqueda de los árabes; y tener que oírla en las dos reuniones diarias.

—Me parece que no.

—¿Entonces puedo seguir tirándome al juez?

Su jefe le lanzó una mirada de odio durante un momento, y luego se giró y se alejó. Ella le hizo un corte de mangas por la espalda.

—¡También le mando mensajes guarros!

Karen entró en el despacho del juez, pero no encontró a Scott. Oyó ruidos procedentes de su baño privado. ¿Cómo podían hacer semejantes ruidos los hombres?, pensó. Se dirigió a su enorme escritorio y colocó los documentos de los casos sobre su calendario de sobremesa para que los firmase. Asuntos rutinarios del tribunal: descubrimiento de pruebas, programaciones de juicios, denegación de mociones para juicios sumarios... Su teléfono móvil estaba en el escritorio e hizo un sonido. A menudo ella contestaba a su teléfono personal, en caso de que las niñas o la escuela llamasen. Era lo más cercano a una esposa que tenía Scott ahora. Cogió el teléfono; estaba abierta la pestaña de los mensajes. Había un mensaje y una foto… del trasero desnudo de una mujer. Se abrió la puerta del baño. Scott salió y se acercó al escritorio. Karen le enseñó el teléfono.

—Es para ti.

Cogió el teléfono y miró la foto. Su cara pálida se puso roja.

—Eh…

—No quiero saberlo.

Karen rodeó el escritorio y se sentó al otro lado.

—Me estoy viendo con la agente Peña.

Karen era su secretaria en el juzgado, encargada de la lista de casos, amiga, modelo de virtud y madre de alquiler de sus hijas. Le pasaba a menudo las preguntas relacionadas con el sexo, y ella nunca se quejaba. No sería un buen padre sin ella. Ni un buen juez.

—¿Con eso te refieres a que os estáis acostando?

—Sí.

—¿Ese es su culo?

Scott asintió.

—Apuesto a que ni siquiera sabe deletrear la palabra «celulitis» —dijo Karen.

—¿Es así cómo funcionan las relaciones hoy en día? ¿A través de mensajes sexuales?

Karen se sonrojó.

—Espera… no… ¿tú y Bobby también?

Se encogió de hombros.

—A veces, ya sabes, para darle vida a las cosas después de una larga semana.

—Me siento como si el mundo me hubiera dejado atrás —

dijo Scott.

Volvió a sonar el teléfono. Otra foto enviada por Cat. De Cat. Exhaló. Miró a Karen, que estaba sonriendo.

—Estás poniéndote al día rápidamente. Pero nada de incluir la cara y las partes del cuerpo en la misma foto.

Scott asintió.

—Las niñas me lo dijeron. Tengo que decírselo a Cat. —Le enseñó el teléfono a Karen—. ¿Ves?

Karen levantó las manos como si le hubiera lanzado el teléfono.

—¡No! Por favor, no quiero ver eso.

Scott dejó el teléfono en la mesa con la pantalla hacia abajo.

—¿Te gusta? —preguntó Karen.

—Sí. Pero hay complicaciones.

—Tiene un culo estupendo y lleva una pistola. ¿Qué complicaciones puede haber?

—Sus padres residen aquí de forma ilegal.

—¿Ya has conocido a sus padres?

—Fuimos a su casa ayer, a comer.

—¿Las niñas también?

Scott asintió.

—Les gusta mucho.

—¿Va a quitarme el trabajo?

—No es abogada.

—Como madre…

—Es demasiado pronto para decirlo. Pero la idea se me ha pasado por la cabeza. A lo mejor, Dios me está dando una segunda oportunidad en el amor.

—Eso espero, Scott. De verdad que sí. ¿Pero ahora tienes un conflicto?

Asintió.

—Sus padres son buena gente.

—Estoy segura. Pero no son relevantes para el caso.

—El caso les afectará. Mi decisión afectará a gente real.

—De eso va ser juez federal.

Scott reflexionó sobre sus palabras por un instante.

—¿Alguna vez te cansa tener siempre la razón?

—No. A Bobby le cansa que yo siempre tenga la razón, pero a mí no.

Karen se levantó y se dirigió a la puerta. Luego se giró.

—Las partes me están incordiando para saber cuál será tu resolución. ¿Quieres que escriba un primer borrador?

—Sí.

—¿A favor de quién?

—De ambas.

Carlos entró a toda velocidad. Scott le había pedido a Karen que lo llamase.

—¿Me necesitas, jefe?

Scott abrió el cajón del escritorio y sacó un sobre. Se lo lanzó a Carlos.

—Para ti y para Louis.

Carlos abrió el sobre. Sacó el contenido y lo miró como si estuviera mirando el Billete Dorado de Willy Wonka —a las niñas también les encantaba esa película—. Por un momento, Scott pensó que Carlos iba a echarse a llorar sobre su chaqueta de cuero.

—Entradas para la Super Bowl —dijo Carlos—. En la línea de mediocampo.

—La Liga Nacional de Fútbol me dio dos entradas.

—Gracias, jefe. Tengo que ir a buscar al hombretón.

Se fue corriendo. Scott había salido a correr con Cat, había dejado a las niñas en el colegio y había ido en coche hasta el juzgado. No tenía audiencias esa mañana, así que había releído los informes sobre el caso de inmigración. Pensó en Diego y Sofía Peña. Si fallaba a favor del presidente, les concedería la amnistía. Una vez implementado el decreto del presidente, no habría forma de meter al genio de nuevo en la botella. Una decisión a favor del presidente le daría a la familia Peña lo que había estado esperando durante treinta y dos años. ¿Cuánta gente como ellos había ahí fuera? Gente buena que busca seguridad o un futuro. Su decisión afectaría las vidas de gente real a lo largo y ancho de Estados Unidos. Las decisiones de un abogado estatal solo afectaba a las partes involucradas en la demanda y, a veces, a los ciudadanos de ese estado. Las decisiones de un juez federal afectaban a todas las personas de Estados Unidos. Un juez federal no solo emitía una resolución sobre la ley de Texas o California; emitía una resolución sobre la ley del país. Así era el poder de un juez federal, implicaba una gran responsabilidad. A. Scott Fenney estaba sintiendo el peso de esa responsabilidad cuando la voz de su secretaria sonó por el interfono. Era casi mediodía.

—Juez, el fiscal general por la línea uno.

Scott cogió el auricular.

—Hola, Mac.

—Scott, ¿cómo estás? No han intentado secuestrarte por la calle últimamente, ¿verdad?

—Por el momento no.

—No te preocupes. He oído que Peña es buena disparando. Y guapa.

Hubo una pausa en la conversación, como si Mac estuviera esperando un comentario varonil por parte de Scott. Resistió de forma estoica y preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti, Mac?

—Desestimar la demanda.

—¿Cuál?

—La del caso de inmigración.

—Hemos tenido una ronda de declaraciones legales, y tendremos otra la semana que viene. He leído los informes, incluyendo un *amicus* de Bookman de la Universidad de Texas.

—Conduce una Harley.

—Conoce la ley constitucional.

—¿Y dice que el presidente ha excedido su autoridad?

—Así es.

Mac se echó a reír.

—No es la primera vez en la historia que un presidente ha hecho eso.

—¿Cómo puede ser que el presidente tenga esa autoridad según la Constitución?

—No la tiene.

—¿Entonces por qué ejerció esa autoridad?

—¿Extraoficialmente?

—Claro.

—Porque puede. A menos que un juez federal lo detenga. No muchos jueces lo hacen. Ni a él ni a ningún presidente anterior. A lo largo de la historia, solo se han rechazado dos decretos ejecutivos en los tribunales: la apropiación de las acerías por parte de Truman, y durante la administración de Clinton, el asunto de los esquiroles que trabajaban para contratistas federales. Dos de miles de decretos ejecutivos.

—¿Por qué solo dos?

—Porque los jueces federales son abogados en primer lugar,

y los abogados son ambiciosos por naturaleza. Los jueces federales de distrito quieren ser jueces de tribunal apelativo. Los jueces de tribunal apelativo quieren ser jueces en la Corte Suprema. De modo que no muchos se interpondrán en el camino del presidente, no cuando es el presidente quien los asciende. Eres joven, Scott. Tienes una larga carrera judicial delante de ti. ¿De verdad quieres joderla tan pronto?

—Mi deber es para con la Constitución, no el presidente.

—Por favor, no me cabrees, Scott.

—Me dijiste que soy juez federal, así que siempre habrá alguien cabreado conmigo.

—No me refería a mí.

—Mac, puedo soportar que te cabrees conmigo.

—Estoy seguro de eso. ¿Pero podrán los padres de la agente Peña? Son buena gente, Scott. Odiaría verlos deportados.

Scott tardó un momento en recobrar la compostura.

—¿Hay algo de mí que no sepas?

—Si lo hay, yo no lo sé. —Mac soltó una risita—. Scott, rechaza la demanda. Tengo suficientes problemas con los musulmanes como para lidiar con los mexicanos.

Boo saludó a los trabajadores de piel morena que estaban cuidando los jardines de Highland Park —un trabajo que hacían incluso en febrero— y dio unos saltitos por la acera, siempre con mucho cuidado de no pisar una grieta y romperse la espalda. Pajamae trotaba junto a ella; esa niña nunca caminaba ni saltaba. Corría.

—Es tan agradable vivir aquí —dijo Pajamae—. En los barrios bajos no puedes ir caminando a casa cuando sales del colegio. Los hombres te dicen cosas asquerosas e intentan *seducuestrarte*.

—*¿Seducuestrarte?*

—Seducirte y secuestrarte.

Boo tenía que admitir que era agradable vivir en Highland Park. Nunca se había sentido temerosa ni nerviosa sin Scott. Siempre se preocupaba por él cuando no estaba con ellas, pero nunca por sí misma. Estaba a salvo en Highland Park. Y… sabía que algo no iba bien en cuanto entró por la puerta trasera.

Primero, la puerta estaba abierta. Segundo, María había ensuciado el pañal; Boo notó el hedor como un puñetazo en el estómago. Y tercero, Consuelo estaba amordazada y atada a una

silla.

—¡Consuelo! —gritó Boo.

—¡Ay, Dios bendito! —exclamó Pajamae—. ¡Un allanamiento de morada! ¿Nos han robado?

—No hay allanamientos de morada en Highland Park.

Consuelo intentó gritar a través de la mordaza, pero solo se oyó un murmullo. Tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera asustada, y sacudía la cabeza violentamente. Boo y Pajamae corrieron hasta ella, pero ella no podía apartar la mirada de un punto detrás de las niñas.

Entonces se giraron y descubrieron qué era lo que intentaba decirles.

A través del interfono se oyó la voz de la secretaria de Scott. Era casi la una.

—Juez, el colegio en la línea uno.

Pulsó la línea uno y se llevó el auricular a la oreja.

—Aquí el juez Fenney.

—Hola, juez. Soy Ruth Williams, la directora.

—Ah, lo siento, señorita Williams. Llama por la invitación para dar la charla. Lo siento, estuve…

—Secuestrado.

—Sí. Un poco maniatado. —Ella soltó una risita—. Bueno, ¿cuál es la fecha?

—Juez, no llamo por eso.

—¿No? ¿Entonces por qué?

—Sus hijas.

Scott suspiró. Sabía lo que se avecinaba. Otra niña se había burlado de Pajamae, y Boo había acudido rápidamente a defender a su hermana, lo cual solía implicar el uso de sus puños. Tenía un buen derechazo para ser una niña. Su respuesta estándar cuando la enviaban al despacho de la señorita Williams era: «Llame a mi abogado». La señora Williams lo había hecho.

—¿Alguien se ha lastimado? —preguntó.

—¿Lastimado? ¿Quién?

—La niña a la que ha golpeado Boo.

—¿Boo ha golpeado a alguien? ¿Otra vez?

—¿No llama por eso?

—Ah. Bueno, normalmente sí, pero esta vez no. Solo quería preguntar por las niñas.

—¿Qué pasa con las niñas?

—La emergencia familiar. Para saber por qué han tenido que irse a casa en mitad del día.

La puerta trasera de la casa estaba entreabierta.

Después de soltar el teléfono y llamar a Louis, Scott se había quedado sentado inmóvil durante un momento para recuperarse. No solía dejarse vencer por el pánico, y no podía permitírselo ahora. Pero un miedo atroz amenazaba con inundar sus pensamientos. Inhaló profundamente varias veces hasta tranquilizar su respiración. Sabía que las niñas estarían en casa o que habrían desaparecido; se las habrían llevado los mismos hombres que se lo habían llevado a él. Si estaban en casa, les daría un beso, las abrazaría y nunca olvidaría el miedo de perderlas que sentía en ese momento. Si no estaban en casa, si habían desaparecido, si se las habían llevado los hombres que se lo habían llevado a él, las buscaría, las encontraría y mataría a esos hombres. Sabía que podía hacerlo, y ese pensamiento le asustaba. Mientras bajaba por el ascensor al garaje, rezo una sencilla oración:

«Por favor, Dios, que estén en casa».

También decidió que no quería meter al FBI por medio, ni en su casa. No estaba seguro de por qué. Pero si Dios respondía a su plegaria, el FBI no haría falta. Si Dios no respondía a su plegaria, necesitaría valorar la situación por sí mismo primero. Y no necesitaba su protección; tenía a Louis. De modo que Louis había cogido su Dodge Charger negro, y Scott había agachado la cabeza al salir del garaje y pasar frente al equipo SWAT.

Scott y Louis llegaron a la casa. No se oía ningún ruido procedente del interior. Scott empujó suavemente la puerta, que se abrió lentamente para descubrir el fregadero, la encimera de la cocina, los fogones, el horno, el frigorífico, la mesa, a María durmiendo en su sillita y a Consuelo atada y amordazada en una silla. Abrió mucho los ojos al ver a Scott.

—¿Hay alguien en la casa? —le preguntó Scott. Ella sacudió la cabeza. Entraron los dos.

—Louis, comprueba la casa.

Scott le quitó la mordaza a Consuelo primero.

—¡Señor juez, dos hombres, se llevaron a las niñas!

Scott se dejó caer sobre las rodillas. «No», se lamentó. El miedo le comprimió la mente. Sentía miedo por sus hijas, miedo de lo que haría cuando las encontrase. Y las encontraría. Dios no

había respondido a su ruego. En lugar de eso, había enviado a Scott a recorrer un camino que le conduciría a matar. Y mataría.

—¿Les han hecho daño?

—No, señor juez. Les pusieron un trapo en la boca y las niñas se quedaron sin fuerzas. Se las llevaron fuera como si fueran unos sacos de patatas.

Louis volvió a la cocina.

—La casa está intacta, juez.

—Consuelo, ¿qué aspecto tenían los hombres?

—El presidente.

—¿Qué?

—Llevaban máscaras de Bush y el presidente muerto, y llevaban guantes.

—Son los mismos dos hombres. Son listos. No hay forma de identificarlos, ni tampoco huellas.

—Dejaron la nota.

En la mesa estaba el móvil de las niñas encima de un trozo de papel. Scott tanteó los bolsillos para buscar las gafas; se las había dejado en el despacho. Le pasó la nota a Louis. Él la leyó en voz alta:

—Juez, tenemos a tus niñas. Si vas al FBI, les cortaremos la cabeza y te las enviaremos de vuelta metidas en una caja. No le digas nada al FBI, salvo que tus niñas tienen la gripe. No hagas nada diferente. Ve a correr cada mañana con tu novia del FBI. Ve al juzgado. Atiende tus casos. Haz tu trabajo. Pero suelta al imán. Este es el «o si no», juez. Suéltalo o nunca volverás a ver a tus hijas con vida.

—Tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo. ¡Ay, Dios bendito, ayúdame, tengo tanto miedo!

—¡Chist! —dijo Boo a su hermana—. Cálmate.

—No puedo.

Boo susurró:

—Pajamae, estaremos bien. A. Scott nos salvará.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué estás tan histérica?

—Porque me pone histérica que me aten.

—¿Por qué?

—Cuando era pequeña, mi madre me ataba cuando estaba enferma para que yo no me alejase. Cuando se ponía bien, me

desataba.

Tenían las manos atadas y los ojos tapados con una venda, pero no las habían amordazado. Los hombres habían dicho que no las amordazarían porque el cloroformo podría hacerles vomitar; la verdad es que tenía el estómago revuelto. Pero solo si estaban calladas. Afortunadamente, los hombres tenían la televisión puesta a un volumen alto. Estaba en un idioma extranjero, pero no era español.

—Hola —dijo Boo—. Necesitamos un poco de ayuda por aquí.

Oyó pasos sobre el suelo de madera.

—¿Qué?

Era el hermano bueno. El otro chico —sabía, a juzgar por sus voces y las palabras que utilizaban, que no eran adultos— era desagradable. Ese era el hermano malo.

—¿Puedes desatar a mi hermana? Está histérica.

Boo le contó la historia de la infancia de Pajamae.

—Eso es muy triste. ¿Su madre era adicta a la heroína?

—Murió de sobredosis.

—Le preguntaré a mi hermano. —No se marchó. En lugar de eso, gritó—: Abdul, ¿puedo desatar a la negrita? Le da miedo estar atada. Cuando era pequeña…

—¡Nada de nombres!

—Perdón.

—¡Y dile que se calle antes de que le corte la puta cabeza y se la envíe al juez dentro de una caja!

El hermano bueno susurró a Boo:

—Creo que eso es un no rotundo.

—¿Por qué estáis haciendo esto?

—Para que vuestro padre suelte al imán.

—Pero quiere bombardear la Super Bowl.

—Exacto.

Pajamae sollozó.

—Tengo mucho miedo.

—Está teniendo un ataque de pánico.

—A lo mejor Cat ayuda.

—¿Cat está aquí? —preguntó Pajamae.

—¿Qué? —respondió Boo—. No, Cat no está aquí. Creo que tiene un gato que se llama así.

Boo oyó el ronroneo de un gato.

—Toma —dijo—. Voy a poner al gato en tu regazo, negrita. A lo mejor te calma.

Sonó el teléfono indicando que había llegado un mensaje, pero Scott no lo abrió. Bobby leyó la nota de los secuestradores, meneó la cabeza y luego se la entregó a Karen. Ella sollozó. Le pasó la nota a Carlos, que la leyó y se la dio a Louis. Había llevado a Scott de vuelta al juzgado.

—Desde que me hice musulmán —dijo Louis—, nunca he querido matar a otro hombre. Pero quiero matar a esos dos. —Alzó los ojos humedecidos hacia Scott—. Quiero matarlos *comsaña.*

—Con saña —susurró Karen entre lágrimas.

—Eso mismo, señorita Herrin. Con saña. Quiero hacerles sufrir por llevarse a nuestras niñas.

Todo cuanto tenía Scott en el mundo le había sido arrebatado. Era juez federal. Ejercía un gran poder en su juzgado. Pero se sentía impotente. ¿Cómo las recuperaría?

—¿Y si les hacen daño? —dijo Karen—. Leí lo que le hicieron esos hombres del Dáesh a…

Scott también lo había leído.

—No me hicieron daño —dijo—. No harán daño a las niñas.

O eso quería creer. ¿Pero y si lo hacían? ¿Y si hacían daño a sus hijas? A. Scott Fenney no era un hombre violento, pero podía serlo. Lo sería. Si hacían daño a sus hijas, sería muy violento.

—Vamos a buscarlas —dijo Carlos.

—¿Dónde? —replicó Bobby—. Podrían estar en cualquier parte.

—Podemos rastrear con el GPS su teléfono.

Scott sacó el teléfono de las niñas del bolsillo.

—No tienen su teléfono.

—Mierda.

—Scotty, tenemos que acudir al FBI —dijo Bobby—. Somos unos aficionados. Necesitamos profesionales.

—El FBI lleva dos semanas buscando a estos tipos —dijo Carlos—, desde que secuestraron al juez. No son capaces ni de encontrar su propio culo con las dos manos.

—Scotty, ¿qué vamos a hacer?

—Suplicar.

—Te lo suplico.

Los jueces federales no hablan en privado con los criminales. Es una norma. ¿Pero qué normas se pueden aplicar cuando unos terroristas te quitan a tus hijos? Scott estaba de pie frente a la celda; el imán estaba sentado dentro. Unos barrotes de hierro separaban a los dos hombres, pero sus creencias religiosas los dividían. Scott le había entregado la nota de los secuestradores a Mustafá. La leyó y luego se la devolvió a Scott.

—Una pena.

—Por favor, suelte a mis hijas.

—No puedo hacer eso.

—Solo son unas niñas. No han hecho daño a nadie.

—Juez, no puedo soltar a sus hijas porque yo no me he las llevado.

—Sus hombres sí.

—No son mis hombres.

—Me secuestraron para que lo soltara. ¿Por qué iban a hacer eso si no son sus hombres?

—No lo sé. Debería ir al FBI.

—Dicen que decapitarían a mis hijas.

—Y lo harán.

—¿Entonces los conoce?

—No. Decapitar es parte del plan.

—¿Qué plan?

—El plan de sembrar el terror en los corazones de los infieles.

—Pero queremos vivir en paz con los musulmanes.

—Nosotros no queremos vivir en paz con ustedes. Queremos vivir según la ley islámica.

Scott suspiró y acercó una silla a los barrotes. El imán tenía la llave de la libertad de sus hijas. Conocía a los hombres que las retenían; podía ordenarles que las soltaran. Scott tenía que abrirse paso hasta su corazón, encontrar una conexión de padre a padre con aquel hombre. Por sus niñas.

—He visto sus vídeos y entrevistas en YouTube. Aquí en Estados Unidos tiene la libertad de decir todo eso.

—¿Entonces por qué estoy en esta celda?

—Está en esta celda porque el gobierno cree que ha conspirado para hacer uso de un arma de destrucción masiva.

—¿Y qué cree usted?

—Creo que sus hombres han secuestrado a mis hijas para conseguir que lo suelte.

—¿Va a soltarme?

—No.

—¿Entonces por qué iba a llevarme a sus hijas?

Scott dejó caer los hombros.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué todo esto? ¿Por qué el terrorismo?

—¿Por qué me pregunta a mí? Pregúnteselo a los terroristas cristianos y judíos.

—¿Qué terroristas cristianos y judíos?

—Los ejércitos estadounidenses e israelíes. Los mayores terroristas en el mundo son los estadounidenses, seguidos de cerca por los judíos.

—Omar, mis hijas son inocentes.

—¿Ah, ahora nos tuteamos? Bueno, Scott, cada día mueren niños musulmanes inocentes en Oriente Medio, asesinados por armas fabricadas en Estados Unidos. ¿Por qué deberían estar exonerados de morir los niños estadounidenses?

Y Scott se dio cuenta de que no había forma de adentrarse en el corazón de aquel hombre. El odio había convertido su corazón en piedra. Scott se levantó y caminó hasta la puerta, pero se detuvo al oír la voz del imán.

—¿Entonces, juez, va a soltarme para salvar a sus hijas?

—No. Lo quieren libre porque no pueden ejecutar la trama sin usted. Si lo suelto, bombardeará el estadio. Matará a cien mil personas.

—¿Sacrificaría a sus hijas por unos desconocidos en un estadio de fútbol?

—No. Voy a encontrar a mis hijas y a matar a sus hombres. Entonces tal vez lo suelte para poder matarlo también.

El imán esbozó una leve sonrisa y miró a Scott por encima de sus gafas para leer.

—Cuando salga de esta celda —y lo haré, ya lo sabe, usted es juez— mi estatus entre los musulmanes de todo el mundo será semejante al del califa. Omar al Mustafá desafió a Estados Unidos y ganó. Y usted va a ayudarme a ganar.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque es un hombre de principios. Un auténtico creyente. Cree en la Constitución. Que se creó para proteger a personas

como yo.

—Abdul, esa gente es repugnante. ¿Por qué ves esos vídeos?

Abdul veía vídeos del Estado Islámico decapitando gente de la misma manera que su hermano miraba el fútbol. Después de la muerte de su padre, su trayectoria en la vida se había desdibujado. Pero cuando vio el primer vídeo del EI, *El choque de las espadas, Partes 1-4,* fue como si su trayectoria se hubiera tornado nítida de nuevo. Sabía cuál era su destino en la vida: la muerte. Abdul quitó el vídeo y le lanzó el mando a su hermano menor.

—Mira el fútbol.

Su hermano pequeño cambió el canal y puso el ESPN, pero no estaba tan animado como solía. Era el día de los medios en la Super Bowl. Los periodistas entrevistaban a los jugadores. Atletas ricos. «La vida de este mundo no es sino un deporte y una distracción», decía el Corán. Deberían estar rezando a Alá. Pronto lo harían. Por misericordia. Su hermano menor parecía tan triste que Abdul se sintió obligado a animarle.

—Dime, hermano, ¿quién crees que ganará, los Cowboys o los Patriots?

—Los musulmanes.

—¿Cómo puede ser que no logréis encontrar a dos árabes en Dallas, por Dios? —gritó el director a Beckeman—. A ver, ¿cuántos árabes puede haber ahí?

—Unos ciento cincuenta mil.

—¿En Dallas?

—Sí. Hemos descartado a cientos de hombres en la mezquita. Nos quedan otros cientos.

—Tenemos seis días.

—Lo sé. Pregúntale al presidente otra vez…

—Ya lo he hecho. Ha vuelto a decir que no.

Scott intentó centrarse en los abogados, pero solo podía pensar en sus hijas. Había desayunado con ellas y las había llevado al colegio. Les había dado un beso antes de que salieran del coche. Las había visto correr por la acera y desaparecer en el interior del colegio. ¿Y si habían desaparecido de su vida?

—¿Qué quiere que hagamos?

Scott volvió al momento presente. Se dio cuenta de que todos los asistentes en el juzgado estaban esperando a que hablase.

—Perdón, ¿qué?

Empezó a vibrar su teléfono. Miró el número: «Desconocido».

Eran las niñas. Habían escapado y habían tomado prestado un teléfono. Estaban llamando a su padre para que viniera a por ellas. Se levantó de un salto.

—Receso de treinta minutos.

Scott bajó del estrado y atravesó la puerta trasera que conducía a su despacho. Su equipo lo siguió pisándole los talones. Carlos cerró la puerta cuando entraron todos. Scott colocó el teléfono en el escritorio y puso el manos libres. Todos se reunieron alrededor.

—¿Boo?

—Hola de nuevo, juez.

Era la voz de un hombre que reconocía. Las niñas no habían escapado.

—Tenemos a tus hijas.

—Si le hacéis daño a mis niñas…

—¿Me estás amenazando cuando puedo degollar a tus hijas en el momento que quiera? Juez, ahora mismo no es muy recomendable hacer amenazas.

—Por favor, no les hagas daño.

—Eso está mucho mejor.

—¿Qué queréis?

—Ya sabes lo que queremos: suelta al imán.

—Déjame hablar con ellas.

—Vale. Lo haré por ti.

El hermano malo susurró a Boo:

—Si le dices algo que nos delate, te rajo la garganta de oreja a oreja.

—No lo haré.

—Voy a poner el manos libres. Habla. Tu padre puede oírte.

—¿A. Scott?

—¿Estás bien, cariño?

—Sí.

—No tengas miedo.

—No. Pajamae tiene, pero yo no.

Scott podía oír la voz de Pajamae de fondo:

—¡Juez Fenney, ayúdanos! ¡Tengo miedo!

Estaban vivas. Scott suspiró aliviado. Karen enterró la cara en las manos y se echó a llorar.

—Tranquilízate, Pajamae. Todo irá bien.

La voz de Boo volvió a sonar a través del teléfono.

—Ataque de pánico. No soporta que la aten.

—¿Estáis atadas?

—Y con los ojos vendados. Pero nos han quitado las mordazas. Podemos hablar.

—¿Tenéis hambre?

—Nos dieron comida. Falafel. No sé muy bien qué demonios es eso.

—Boo, sé valiente. Os encontraré. Iré a buscaros.

—Por favor, ¿puedes matar también a este capullo?

—Lo haré.

—Te lo agradecería mucho.

Scott oyó la risa de un hombre y luego su voz.

—Es toda una matona, la pelirroja. Juez, date prisa y suelta al imán. Antes de que te envíe esta bonita cabeza pelirroja de vuelta en una caja.

En agosto de 2014, el Dáesh decapitó al periodista estadounidense James Foley y publicó el vídeo en internet. El verdugo advirtió al presidente de que se derramaría más sangre estadounidense si Estados Unidos seguía con los ataques aéreos contra el Estado Islámico.

Estados Unidos siguió.

El Dáesh decapitó al periodista estadounidense Steven Sotloff y al voluntario británico David Haines, en septiembre; al voluntario británico Alan Henning, en octubre; al voluntario estadounidense Abdul-Rahman Kassig, en noviembre; y a dos japoneses en febrero. Quemaron vivo a un piloto jordano por la alianza del rey Abdullah con los Estados Unidos. Tres yihadistas del Dáesh (dos de los cuales eran ciudadanos británicos) conspiraron para matar a la reina de Inglaterra el Día de la Victoria sobre Japón, pero los británicos los mataron con un dron

antes de que pudieran efectuar el ataque.

Ahora el Dáesh había secuestrado a sus hijas. No le parecía posible. El Dáesh estaba en la televisión, no en Dallas. No en sus vidas. Pero ahora estaban ahí, por culpa de Omar al Mustafá.

Abdul Jabbar estaba sentado delante de una pantalla de ordenador en la biblioteca de la Facultad de Derecho, tecleando un mensaje:

«Tenemos a sus hijas».

Capítulo 20

Martes, 2 de febrero

Cinco días antes de la Super Bowl

Boo se despertó al oír un sonido extraño. Un cántico. Sonaba lejos, pero no fuera. Tal vez procedente de un televisor en otra habitación. No podía entender las palabras; estaban en ese idioma extranjero.

—*Allahu Akbar… Allahu Akbar… Allahu Akbar…*

El cántico le hacía sentir frío. Rezó una plegaria en silencio:

«Por favor, A. Scott, ven a por nosotras».

Scott abrió los ojos y se encontró un mundo nuevo. La vida había cambiado. De manera irrevocable, irreparable. Su habitación ya no era la misma que el día anterior. Tampoco el baño ni la casa. Todo era diferente. Las niñas no estaban.

Temía por ellas, que les hicieran daño. Temía por sí mismo, que nunca volviera a verlas.

Y estaba enfadado. La conmoción se había desvanecido y la había sustituido la ira: «¡Se han llevado a mis niñas! ¡Entraron en mi casa y se llevaron a mis hijas!», se repetía furibundo.

Todo su ser ardía de ira.

Pero tenía que guardar las apariencias. Tenía que mantener en secreto el secuestro de las niñas, ocultárselo a los vecinos, al colegio, a sus amigos, al FBI… y a Cat. No tenía elección. Así que se vistió para salir a correr y avanzó por el pasillo, se detuvo ante la puerta de la habitación de las niñas. Su cama estaba vacía.

¿Dónde habrían dormido la noche anterior?

Entró en su habitación vacía y se sentó en la cama. Cogió una foto enmarcada de la mesita de noche; era una foto de las niñas, Shawanda, Louis, Bobby, Karen y Scott en los escalones del juzgado, después del veredicto que se había declarado hacía tres años y medio. Dos meses después, Shawanda había desaparecido de su vida. Ahora Pajamae y Boo habían desaparecido de su vida.

Se había equivocado; todavía había algo que la fama podía arrebatarle. Sus hijas.

Y se las había arrebatado.

Salió por la puerta de atrás y fue hasta la zona delantera de la casa. Hizo un gesto con la cabeza al agente Smith, que se estaba comiendo un taco para desayunar, y respondió a la sonrisa de Cat con una sonrisa forzada. Ella se acercó para darle un beso, pero él no podía besarla. Si la besaba, si la tocaba, si la abrazaba, se lo diría. Y sus hijas morirían.

Así que corrió. Normalmente trotaban a un ritmo agradable durante los ocho kilómetros, pero no ese día. Ese día Scott corrió de verdad. La ira le impulsaba a avanzar hacia delante. No hablaba. No pensaba. Corría con fuerza, violencia, ira. La ira lo guiaba.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Cat cuando volvieron a la casa.

—No.

—¿Por qué no me respondiste al mensaje anoche? ¿Ni respondiste a mis llamadas?

—Estaba… ocupado.

—¿Con las niñas?

—Sí.

Quería decirle la verdad, pero en lugar de eso, se volvió y entró en casa. Cat esperó fuera con el agente Smith. Cuando Scott entró por la puerta trasera, se encontró a Consuelo sentada en una silla y rezando el rosario entre lágrimas silenciosas; miró el tensiómetro y el estetoscopio de Boo en la encimera de la cocina con su pequeña libreta y su lápiz. Se colocó el tensiómetro y lo infló. Boo le había explicado el proceso con anterioridad; apuntó la tensión en la libreta para ese día: 12-8.

—¿Hoy no van al colegio las niñas?

Scott parecía distraído durante la carrera esa mañana; no era él mismo. No había dicho nada durante todo el trayecto. Cat tenía mañanas así de vez en cuando, así que lo había dejado ensimismado en sus pensamientos. Se limitó a disfrutar del momento, corriendo con un hombre que le importaba.

Un hombre al que… ¿quería?

Lo había esperado fuera mientras él se cambiaba para ir al

juzgado. Le parecía que acostarse con él no le daba carta blanca en su vida. Había salido de la casa vestido para trabajar, pero solo. Negó con la cabeza.

—Todavía no se encuentran bien.

Se giró hacia el Expedition que estaba aparcado.

—¿Les has puesto la vacuna de la gripe? —preguntó Cat.

Scott se volvió hacia ella. De pronto, su expresión se tornó severa. Su voz lo hizo aún más:

—Claro que les puse la vacuna. ¿Crees que no soy un buen padre? ¿Que no cuido de mis hijas? ¿Que no puedo protegerlas? ¿Es eso lo que crees, agente Peña?

A Cat casi se le cayó el café de la mano. «¿Agente Peña?», pensó.

—No… no, no es eso lo que creo. Eres un gran padre, Scott. Lo siento, no… no lo he dicho con mala intención.

La expresión severa de Scott se desvaneció poco a poco. Empezó a decir algo, pero se giró abruptamente y se subió al Expedition. Cat se dio cuenta de que estaba temblando.

—Joder, sí que se ha levantado con el pie izquierdo hoy —comentó Ace.

«Solo se muere una vez. ¿Por qué no hacer de la muerte un martirio?»

El lema del Dáesh inspiró a Abdul Jabbar. Ahora era su lema personal. Su trayectoria en la vida. No era el musulmán inculto, desempleado, marginado, alienado y enfadado que mostraban los medios estadounidenses como el típico yihadista islámico.

Solo estaba enfadado.

Quería venganza. Cuando se jugó la Super Bowl por primera vez en el estadio de los Cowboys en 2011, se había informado sobre los arcos que aguantaban el techo y la enorme pantalla HDTV que colgaba de él. Empezó a planear su venganza. Se decidió por una bomba con fertilizante como la de Oklahoma City, solo que más grande. Mucho más grande. Lo bastante grande como para romper un arco. Tan grande como para derrumbar el estadio. Había tardado cinco años en idear la trama. No meses, semanas o días. Cinco años. Sin duda, la venganza lleva a un hombre muy lejos.

—Cinco días, muchachos —dijo Beckeman.

Una hora más tarde, Cat y Ace habían dejado al juez en el juzgado y estaban sentados en la sala de operaciones, en el cuartel general del FBI de Dallas. El agente Beckeman estaba de pie delante de la pizarra. Cat todavía no se había recuperado de las palabras severas que había pronunciado Scott aquella mañana. Era tan impropio de él. Nunca había conocido a un hombre más amable y con más templanza. Tal vez estaba preocupado por sus hijas. Pero la gripe no constituía un riesgo para la vida.

—Mustafá conoce a los hombres —dijo el agente Stryker—. Un poco de presión en el interrogatorio y…

—El director ha vuelto a hablar con el presidente esta mañana —respondió Beckeman—. La respuesta sigue siendo no.

La ira de Scott amenazaba con sacar lo peor de él. Había llegado al juzgado y se había ido directamente al centro de reclusión.

—¿Dónde están?

El imán levantó la vista del Corán.

—No lo sé.

—¡Ayúdame!

—No puedo.

—Suelta a mis hijas, o te juro por Dios que te pudrirás en esta celda. No volverás a ver la luz del día. Ni a tus hijos. Si tú me quitas a mis hijas, yo te quitaré a los tuyos.

—Me encantaría cortarles la cabeza y enviárselas al presidente —dijo Abdul Jabbar.

—¿Por qué? Solo son unas niñas.

—El presidente mata niños en Pakistán, Irak y Siria cada día con misiles. Mira.

Abdul señaló la televisión. La CNN hablaba de otro ataque con drones en Oriente Medio, esta vez en Siria. Se suponía que el misil había matado a un comandante del Dáesh y, con él, a una docena de niños. Los misiles no discernían el bien y el mal, así que a menudo el bien moría con el mal y, muchas veces, solo moría el bien. Como en el caso de su padre.

—Me gustaría mucho hacer eso —continuó diciendo Abdul —. Decapitar a alguien. Ver qué se siente al cobrarse una vida humana.

—Mataste a esos dos mexicanos.

—Eso no es lo mismo que atravesar la carne y las venas de

una persona y ver cómo salpica la sangre. Eso es matar de verdad. Y un día haré eso.

Su hermano menor lo miró.

—Abdul, me das miedo.

Louis estaba en el juzgado junto al juez. Scott era como un padre, y las niñas sus hermanas. Eran la única familia que había tenido. La vida sin las niñas no sería vida. Contuvo las lágrimas e intentó centrarse en los abogados.

—Señoría, los estados no están en posición de impugnar el decreto ejecutivo del presidente.

Scott hacía todo mecánicamente: ponerse un traje, conducir hasta el juzgado, presidir en la sala los segundos alegatos orales del caso de inmigración… pero nada parecía real. Era como si estuviera viendo a otra persona vivir su vida.

—Los estados estamos en posición —replicó el abogado— porque, primero, somos nosotros quienes estamos obligados a pagar por el decreto ejecutivo del presidente, y segundo, el principio de abdicación nos legitima.

Los ojos de Scott estaban fijos en el abogado que estaba de pie delante de él, pero su mente estaba con sus hijas: «¿Tendrían hambre?».

—Señoría, hemos tratado el tema del coste de manera extensiva en los informes. ¿Quiere que trate el tema de la abdicación?

«¿Habrían dormido la noche anterior?», siguió preguntándose.

—Eh… ¿Señoría?

«¿Las estaban tratando bien?»

Oyó la voz de Karen, pero sonaba distante.

—Adelante, letrado, por favor.

—Sí, señor… señora. El gobierno federal ha reivindicado, con el apoyo del Tribunal Supremo, la autoridad absoluta sobre inmigración y seguridad fronteriza. Es decir, la ley federal previene que todas las leyes estatales respeten la seguridad fronteriza y de inmigración. Los estados no pueden entrar en acción en este sentido. Pero el gobierno federal se niega a actuar. Nosotros no podemos actuar, y ellos no quieren. Pero obligan al Estado a pagar por las consecuencias de su negativa. Tenemos que

pagar el precio de su inacción.

—Así es la ley —dijo otro abogado.

—Eso no es justo.

—Mira cómo lloro.

El deber de Scott era actuar como juez. Pero no podía. En ese momento, solo era un padre.

—Señor Daniels —dijo Karen—, ¿el gobierno no niega que, para combatir el terrorismo, está dejando de lado la ejecución de las leyes de inmigración?

—No, señor… señora.

«¿Cómo han usado el baño estando atadas y con los ojos vendados?», pensó Scott.

—Tengo que hacer pipí —dijo Boo.

—¿Otra vez? —respondió el hermano bueno.

—Solo es la segunda vez en lo que va de día.

—Ah. Parece que sean más porque sois dos.

Oyó unos pasos que se acercaban y sintió sus manos sobre sus hombros.

—Si te resulta más fácil, podemos ir juntas.

—A mí me da igual —bajó la voz hasta susurrar— pero Abdul… mi hermano se pondría como loco.

Boo se encogió de hombros.

—Como quieras.

—Deja que las lloronas se meen en las bragas —dijo el hermano malo llamado Abdul a lo lejos.

—No —dijo el hermano bueno—. Las ayudaré.

Habían creado una rutina para ir al baño con el hermano agradable. Ayudó a Boo a levantarse y luego la guió. Recorrieron una distancia corta y, cuando notó a través de los calcetines que el suelo pasaba de ser de madera dura a estar formado por unas baldosas resbaladizas, supo que estaba en el baño. Le desató las manos, pero no le quitó la venda. No podía verles las caras; de ser así, Abdul, el hermano malo, les cortaría la cabeza. Así que esperó hasta que oyó que la puerta se cerraba, y entonces supo que podía quitarse la venda con seguridad. Luego hizo pipí. Él siempre esperaba justo al otro lado de la puerta, lo cual la ponía nerviosa. La oía mear. ¡Puaj!

—Esta vez tardaré un poco más.

—¿Por qué?

—Porque tengo que… ya sabes, hacer lo otro. El falafel me ha sentado como un tiro.

—Ah. Vale, volveré en unos minutos. Pero, por favor, no salgas hasta que vuelva.

—No lo haré. Lo prometo.

En realidad, no tenía que hacer un número dos. Pero quería disponer de unos minutos para echar un vistazo por el baño sin que él estuviera escuchando al otro lado de la puerta. De modo que orinó rápidamente, y luego se subió las braguitas y los pantalones. Llevaba unos vaqueros y una sudadera.

El baño era pequeño, pero muy agradable. Tenía un retrete elegante y un lavabo con pedestal y una ducha a ras del suelo. Había una ventana en la ducha, pero no podía ver el exterior, y nadie podía ver el interior; estaba hecha de esos bloques de cristal como los que había en los baños del gimnasio del colegio. No podía salir por la ventana ni hacer gestos a nadie para pedir ayuda.

Buscó algo afilado que pudiera utilizar como arma o para cortar las ataduras, pero no había nada. Solo jabón líquido dentro de un bote con atomizador y una agradable toalla de manos pequeña. No había armario debajo del lavabo como en su habitación. ¿Dónde ponían sus cepillos de dientes, el dentífrico y esas cosas? Entonces recordó el baño de A. Scott: había un botiquín detrás del espejo, encima del lavabo. Tiró del espejo y se abrió. Dentro de la pared había un armario poco profundo. En los pequeños estantes había cepillos de dientes, dentífrico, hilo dental, pinzas y un cortaúñas. Cogió el cortaúñas y se lo guardó en el bolsillo trasero de los pantalones, donde podría alcanzarlo con las manos atadas. Cerró el espejo y miró su reflejo. Parecía mayor.

Pajamae le vio la cara a Abdul, el hermano malo. Él no se dio cuenta de que lo había visto. La venda se le había caído lo suficiente como para permitirle verlo todo. Hasta que algo le bloqueó la vista repentinamente.

—¿Qué estás haciendo? —susurró el hermano bueno.

Se interpuso rápidamente entre ella y Abdul y se agachó, y entonces vio la cara del hermano bueno también. Tenía los ojos verdes. Volvió a colocarle la venda y se la apretó.

—Por favor, no se lo digas a tu hermana. Si Abdul descubre que nos has visto, te cortará la cabeza, la de ella también. Y la de tu padre. Tal vez incluso la de tu doncella y su bebé. Prométeme

que no lo contarás.

Pajamae estaba tan asustada que pensaba que iba a hacerse pis encima. Pero el líquido salió de sus ojos.

—Lo prometo. Prometo que no se lo diré a nadie. Por favor, no dejes que nos corte la cabeza.

Abdul se levantó de pronto.

—¿Dónde está la niñita blanca?

—Está en el baño.

Abdul le pasó a su hermano el mando a distancia.

—Tú mira el fútbol en la tele, y yo voy a verla a ella.

—¿Por qué? —Se incorporó. Su propia voz le sonó elevada—. ¿Por qué, Abdul?

—Porque ya es lo bastante mayor.

—¿Para qué?

—Para ser mi *sabaya.*

Por primera vez en su vida, se enfrentó a su hermano mayor.

—No, Abdul.

—Sí.

—No.

—Es una infiel. Está permitido. Es *halal.*

—¿Quién lo permite?

—El Corán. Al Baghdadi. El mismo califa tomó a la rehén estadounidense como su *sabaya.*

Su padre siempre había sido el símbolo de *haqq* —la verdad— de Abdul. Ahora el califa era ese símbolo.

—Tú no eres Al Baghdadi. Esto no es Siria. No somos el Dáesh. ¡Y ella no es tu esclava sexual!

—Soy musulmán. Soy el Dáesh. He jurado *bayah* a Al Baghdadi.

—No lo permitiré.

Abdul cogió un papel de la mesa y leyó muy enfadado:

—«Esclavizar a las familias del *kuffar* y tomar a las mujeres como concubinas en un aspecto de la ley islámica firmemente establecido, tanto que, si alguien lo negara o se burlase de él, estaría negando o burlándose de los versos del Corán y las narraciones del Profeta». Esto es del *Dabiq,* las palabras de los grandes sabios islámicos. ¿Tú eres un gran sabio islámico, hermanito? ¿Niegas o te burlas del Corán?

—Si el Corán verdaderamente permite eso, entonces lo niego. Y ya no quiero seguir siendo musulmán.

Abdul lo abofeteó. Le ardía la cara, pero no se encogió.

—¿Por qué se supone que tienes que violar a esa niña? ¿Por qué se supone que tengo que morir yo a los veintidós? ¿Porque alguien escribió unas palabras en un libro hace mil cuatrocientos años que dice que Dios odia a los cristianos y los judíos, y que por eso yo debo odiar a los cristianos y los judíos también? No es así. No odio a los cristianos ni a los judíos ni a nadie. Me da igual si creen en el islam o no. Ya ni siquiera estoy seguro de creer en el islam. No si esto es lo que significa ser musulmán en la era del Estado Islámico. Debo ser un yihadista, debo convertir a unas niñas inocentes en esclavas sexuales, debo matar a gente inocente en un estadio de fútbol. ¡Así que, siéntate, Abdul Jabbar! ¡Yo iré a ver a la niña!

Se marchó, pero oyó la voz de Abdul.

—Nadie es inocente, hermano.

—¿Ya has acabado?

Había vuelto.

—Solo un segundo.

Tiró de la cadena y luego volvió a colocarse la venda.

—Estoy lista.

Oyó cómo se abría la puerta. Volvió a atarle las manos y comprobó la venda para asegurarse de que no se le caía. La condujo de vuelta hasta su hermana.

—¿Estás bien, Pajamae?

—¿Considerando que?

No sonaba como siempre. Pero el hermano bueno se rio.

—Considerando que… suenas como una estudiante de Derecho.

Boo se quedó helada: «¡Son estudiantes de Derecho!» Eso le hizo pensar. A. Scott siempre les enseñaba cosas cuando intentaba explicarles las elecciones de la vida para ayudarlas a escoger el bien y no mal. Tal vez era un buen momento para enseñar algo al hermano bueno.

—Sabes, no tienes que ayudar a tu hermano a matar gente.

Abdul era un hombre. Un hombre malo. Él solo era un chico. Un buen chico.

—Abdul odia a los estadounidenses. A mí me gustan.

—¿No eres estadounidenses?

—No. Nacimos en Pakistán. Llevamos aquí trece años. Somos ciudadanos naturalizados.

—Entonces sois estadounidenses. Como nosotras. Este es vuestro sitio.

—No pertenecemos a ningún país. Solo pertenecemos a nuestra religión. Eso es lo que dice Abdul.

—Ah. Ves, ese es el problema. Nosotras somos baptistas los domingos, y el resto de la semana somos estadounidenses.

—Nosotros siempre somos musulmanes.

Cat le mandó un mensaje a Scott por sexta vez a las tres:

«Scott, por favor, háblame. Me entregué a ti porque me importas. Tal vez incluso te quiera. Por favor, no me dejes al margen».

La dejó al margen.

Recibió la llamada a las cuatro.

—Libera al imán.

Colgó.

—Scotty, tenemos que llamar al FBI —dijo Bobby.

—Beckeman dijo que se comunican en el lado oscuro de internet.

—¿Qué es el lado oscuro de internet? —preguntó Louis.

—Un lugar que no puedes encontrar en Google —dijo Scott.

—Necesitamos un hacker —dijo Carlos.

—Conozco uno.

Louis conducía. Scott evitó a los guardaespaldas del FBI que estaban en el garaje saliendo en el asiento trasero del Dodge Charger. Llegaron a la prisión federal de mínima seguridad en Seagoville, al sur de Dallas, a las cinco. Lo que la prensa había denominado el «Club Fed», como si los presos estuvieran ganduleando junto a una piscina, leyendo el *Wall Street Journal* después de jugar al golf. No había campo de golf; había campos de tenis y presos blancos. Esa penitenciaría alojaba a timadores, ladrones, estafadores y otros delincuentes de guante blanco, hombres que habían cometido delitos financieros. Los

delincuentes negros estaban en la prisión estatal. Scott había llamado con antelación. El alcaide lo estaba esperando. Louis se quedó en el coche; las cárceles le daban miedo.

—Eh, juez, esto es un poco inusual. Es más, nunca había pasado, que un juez federal venga a ver a un preso que ha sentenciado. ¿Qué pasa?

—Necesito su ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Es un asunto personal. Y confidencial. Pero nada ilegal. Nada que pueda meterle a usted en problemas.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro. Solo vengo a visitar a un preso.

Denny Macklin no parecía tan arrogante como el día en que Scott lo había sentenciado. La cárcel tiene ese efecto en los hombres. Es difícil ser arrogante cuando tienes a otro hombre diciéndote cuándo puedes ducharte.

—Denny, necesito tu ayuda.

Denny estaba tumbado en su cama. Era una cama de metal con un colchón fino; no tenía cubrecolchón ni edredón suave. La celda de tres por tres metros contaba con un retrete de metal y un lavabo. Las paredes estaban desnudas; el suelo era de cemento. Scott se sentó en una silla al otro lado de los barrotes. El alcaide les había dado privacidad.

—¿Por qué iba a ayudarle? Usted me envió aquí.

—No, Denny, tú te enviaste a ti mismo aquí. Cuando entiendas eso, estarás listo para volver a vivir fuera.

Denny suspiró, y sonó casi como un sollozo. Habló en voz baja:

—Te dejas llevar por tu propia genialidad. Por lo listo que eres. Lo inteligente que eres. Intocable. Más listo que los agentes del FBI. Más listo que nadie. Una vez lo sabes, el siguiente paso es lanzarte por un precipicio.

—Vas por buen camino, Denny.

—Gracias, juez.

—¿Por qué?

—Por meterme aquí.

—¿Yo te ayudé?

—Sí.

—¿Me ayudarás tú?

—¿Cómo?

—Unos terroristas han secuestrado a mis dos hijas.

Denny saltó como un resorte.

—¿Qué?

—La gente que tramaba hacer volar el estadio de los Cowboys…

—«El Dáesh en Dallas». Lo vi en la CNN, en la sala común.

—Me secuestraron y exigieron que liberase a Mustafá.

—Es el hombre más peligroso de Dallas.

—Eso he oído. Me negué a liberarlo, así que se llevaron a mis hijas.

—Eso no ha salido en la CNN.

—Nadie lo sabe. Dejaron una nota diciendo que decapitarían a mis niñas si acudía al FBI.

—¿Entonces vino a verme a mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque eres más listo que el FBI.

—Cierto.

—Necesito que me ayudes a salvar a mis hijas… y a cien mil personas en ese estadio.

—Pensaba que se había frustrado la trama.

—Todavía hay dos tipos malos ahí fuera.

Denny se levantó y se acercó a los barrotes.

—¿Van a hacer volar el estadio? ¿Pueden hacerlo sin Mustafá?

—Al parecer, van a intentarlo.

—¿Y qué pasa con el FBI?

—No logran encontrarlos.

—No me sorprende.

—Ahí es donde entras tú.

—¿Qué quiere que haga?

—Encontrarlos. En un sitio llamado la red oscura.

—Esa es la parte de internet donde juega la gente peligrosa.

—¿La conoces?

—Muy bien. Ahí es donde jugaba a destruir a la compañía.

—El FBI dice que se comunican así con el Dáesh en Siria. Cat… o sea, el FBI piensa que la organización terrorista está organizando directamente esta trama, que está hablando con estos

dos tipos. Pero utilizan un *software* para enviar sus mensajes a través de una docena de países para evitar que los rastreen. Si logras encontrar su localización en Dallas, podemos evitar que maten a todas esas personas, y a mis hijas.

Denny empezó a dar vueltas por la celda.

—Este tipo de operación requerirá muchas horas de trabajo.

—Estás tú solo, Denny.

—No voy a ir a ninguna parte, al menos durante dos años. ¿Tiene un bolígrafo?

Scott sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y se lo ofreció a Denny a través de los barrotes. Él le quitó el capuchón.

—Un rotulador. Perfecto.

Se acercó a la pared blanca y dibujó la silueta del continente norteamericano y un punto oscuro que representaba la localización de Dallas; luego dibujó la silueta del continente africano y un punto oscuro que representaba Siria. Añadió Europa y Reino Unido. El océano Atlántico separaba los continentes.

—Así que tenemos a unos terroristas en Dallas y a otros en Siria hablando entre sí, que envían sus mensajes por todo el mundo hasta que llegan al destino final. Sin duda, utilizan criptografía todo el tiempo. Hackear la criptografía sería bastante fácil, pero encontrar el mensaje en primer lugar, esa es la parte complicada. La única manera sería rastrear una retransmisión en directo… estar en el lado oscuro de internet al mismo tiempo que los terroristas… encontrar el mensaje… y subirnos al carro de un salto. Y para encontrar a los tipos peligrosos de Dallas tenemos que subirnos a un mensaje de Siria.

Dibujó una línea desde Siria hasta Europa, luego hasta Reino Unido, Canadá y, finalmente, bajó hasta Dallas.

—Supongamos que los terroristas de Dallas reciben órdenes de la gente de Siria —dijo—, así que trabajan según la zona horaria de Siria, no de Dallas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, en Siria son ocho horas más. Aquí son las cinco de la tarde, pero en Siria es la una de la madrugada. Así que uno de los dos tiene que trabajar en mitad de la noche. No creo que el jefe del Dáesh pierda el sueño, con lo cual, los que están en Dallas entrarán en juego entre la medianoche y el mediodía de nuestra hora local. Esa es la franja en la que tenemos una oportunidad.

—Eso ha sido muy inteligente, Denny.

—Los del Estado Islámico también lo son.

—Y peligrosos.

Denny se detuvo y se volvió hacia Scott.

—Secuestrar niños es malo. Leí que utilizan niñas para…

—¿Puedes hacerlo, Denny?

Miró lo que había dibujado en la pared por un instante y asintió.

—Lo hice yo mismo. Envié mensajes por todo el mundo para evadir a las autoridades. Conozco el *software* de principio a fin. Puedo hacerlo, juez. Puedo encontrarlos. Pero esa no es la cuestión.

—¿Cuál es la cuestión?

—La cuestión es, ¿podré encontrarlos a tiempo?

—Puedes salvar a mucha gente inocente, Denny. Puedes salvar el mundo. Como hiciste en esos videojuegos.

—Salvo que esto es real.

—Esto es real, Denny. ¿Lo intentarás?

—Lo haré. ¿Cómo nos comunicaremos?

Scott sacó el teléfono de las niñas y se lo entregó a Denny.

—Es su teléfono. El de mis hijas.

—Ah, qué bonito. Un fondo de pantalla de Hannah Montana.

—Tienen trece años. ¿Cuándo puedes empezar?

—Déjeme consultar mi agenda. —Se quedó mirando a Scott —. Ahora mismo.

—¿Qué necesitas?

—Un portátil, conexión a internet de alta velocidad las veinticuatro horas, y una suscripción a Starbucks. No voy a dormir durante un tiempo.

Abdul Jabbar envió el mensaje y luego echó un vistazo alrededor de la biblioteca de Derecho. Los cubículos de los ordenadores estaban casi vacíos por la noche. Siempre se sentaba en el cubículo de la esquina, no para ver un poco de porno en privado, sino para comunicarse con Zaheed. Recibió un mensaje de él:

«¿Ha acudido al FBI?»

Abdul tecleó: «Aún no. Pero sin duda se lo ha contado a su novia del FBI».

La respuesta llegó enseguida: «Debe hacerlo».

Abdul escribió: «Lo hará».

Otro mensaje: «Adelante con el plan. Volveremos a hablar mañana».

Abdul se desconectó. En cinco días morirían cien mil estadounidenses.

Cat entró por la puerta trasera. Sus padres estaban sentados a la mesa de la cocina. Colgó la chaqueta del FBI en el perchero, se desabrochó la riñonera y la dejó en la mesa; luego se metió las manos debajo de la camiseta, se desabrochó el sujetador y lo sacó por el agujero del brazo de la camiseta. Su padre sacudió la cabeza.

—No deja de asombrarme cómo las mujeres pueden hacer eso.

Le ofreció una Oreo. Ella negó con la cabeza. Él frunció el ceño.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo su madre.

Cat se dejó caer en la silla. Su madre le dio unos golpecitos en la mano. Cogió una Oreo.

—El juez… Scott… ha sido seco conmigo esta mañana.

—Quizá tenga un mal día.

—Todavía no había empezado el día.

—Tal vez estaba preocupado por sus hijas.

—Es la gripe. Le he mandado seis mensajes hoy, y no ha respondido. —Se metió una Oreo entera en la boca y dijo—: Soy yo. Siempre soy yo. Asusto a los hombres.

Su padre señaló la riñonera.

—Quizá sea el arma.

—Quizá es mi personalidad.

—¿Por qué no le mandas un mensaje sexual? —sugirió su madre.

—¿Qué?

—Envíale un mensaje con una foto sexy. Como hacen los adolescentes.

—Madre…

Le dirigió a Cat una de sus miradas de polígrafo humano.

—Lo intenté. No funcionó.

—Qué pena.

—Podrías intentarlo desnuda —añadió su padre.

Cat miró a sus padres con la boca llena de Oreo.

—¿Qué estáis viendo en la tele últimamente?

—Haré churros para las niñas —dijo su madre.

—Oye, Catalina —dijo su padre—, ¿cuándo tomará una decisión el juez sobre nuestro caso?

Boo se despertó al oír el mismo cántico en la misma lengua.

—*Allahu Akbar, Allahu Akbar, Allahu Akbar*…

Pero no sonaba en la lejanía ni al otro lado de la casa. Estaba muy cerca.

Y entonces cesó.

Oyó pasos en el suelo de madera… acercándose cada vez más… alrededor de ella… junto a ella. Movió las piernas en círculo hasta que golpearon algo.

A alguien.

—¿Quién está ahí?

—Eres mi *sabaya*.

Abdul. El hermano malo.

—He rezado a Alá, y Alá lo aprueba. Te ha entregado a mí como recompensa.

—¿Recompensa?

—Eres mi esclava sexual.

—¿Qué? Ni lo sueñes, Abdul.

Sintió unas manos en sus pies. Le quitó los calcetines y le frotó los pies. Ella los apartó de golpe.

—¡Aléjate de mí!

Sus manos empezaron a tocar sus piernas por debajo de las rodillas. Se deslizaban por las pantorrillas arriba y abajo. Luego rodearon las rodillas. La respiración de Abdul sonaba cada vez más profunda y acelerada. Jadeaba como un perro.

—¡Quítame las manos de encima! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Las manos la agarraron por la cintura. Agarró los vaqueros y tocó el botón y la cremallera. Boo pataleaba y gritaba.

—¡Ayuda! ¡Pajamae! ¡Despierta!

—¿Qué pasa, Boo?

—¡Abdul está intentando quitarme los pantalones!

—¿Por qué?

—¡Está intentando tener sexo conmigo! ¡Dale una patada!

Pajamae empezó a dar patadas, y Boo sintió cómo el aire se movía al sacudir las piernas salvajemente. Todavía sentía las manos sobre sus pantalones. Luego oyó un gruñido y las manos la soltaron.

—¡Joder, me has dado una patada en la boca, pequeña zorra! Creo que estoy sangrando.

—¡Abdul! —Era la voz del hermano bueno—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Ha intentado tener sexo conmigo! —gritó Boo—. ¡Ha intentado quitarme los pantalones! ¡Decía que era su recompensa!

—Abdul —dijo el hermano bueno en un tono severo—. ¡Te he dicho que no!

—El Corán dice que sí. Es mi recompensa. Me pertenece.

Oyó pasos y sus voces se volvieron débiles. Se tranquilizó. Empezó a llorar.

—A. Scott, por favor, date prisa.

Capítulo 21

Miércoles, 3 de febrero

Cuatro días antes de la Super Bowl

Denny Macklin se despertó al oír el sonido del móvil. Miró los mensajes

«Mi madre hizo churros anoche. ¿Queréis un poco? Os hará sentir mejor».

Denny tecleó la respuesta:

«¡¡Sí!! ¡¡Me encantan los churros!! ¡¡Gracias!!».

Había estado trabajando toda la noche. Cerró los ojos y pensó: «El juez es un hombre muy agradable. Mucho más agradable que cuando me sentenció a pasar dos años en esta prisión apestosa».

—Señor presidente —dijo el director—, si considerase…

—No.

Scott entró en la habitación vacía de las niñas. Se sentó en su cama vacía. Observó la misma fotografía enmarcada y luego sus cosas. Su ropa, la de Pajamae colgada y doblada ordenadamente; la de Boo tirada por todas partes; sus DVD, radiocasete, libros y camisetas nuevas de los Dallas Cowboys. Las cosas de sus vidas.

Hacía tres días que habían desaparecido.

Guardaba las apariencias. Salió a correr con Cat. Corrieron ocho kilómetros en silencio; no dijeron ni una palabra. Intentó observarla para ver qué estaba pensando, pero sus ojos marrones estaban escondidos detrás de unas gafas Oakley M. Frame. Cuando volvieron a la casa, sacó una pequeña bolsa de papel del coche y se la tendió a Scott como una ofrenda de paz.

—Churros. Para las niñas. Decían que querían.

—¿Cuándo han dicho eso?

—Nos mandamos mensajes.

Lo siguió hasta la parte trasera de la casa. Al llegar a la puerta, Scott se volvió hacia ella; no podía dejarla entrar. Si entraba, sabría la verdad. Ella lo abrazó y le dio un beso, pero él no le devolvió el beso. Cat retrocedió.

—Oye, no estás siendo justo. Si estás cabreado conmigo, dímelo.

—No estoy enfadado contigo.

—Pero no quieres besarme ni tocarme ni…

—Cat… no puedo.

—¿Es algo físico? Hay pastillas para eso. —Sonrió. Él no. Ya no podía fingir una sonrisa.

—No.

—¿Mental? ¿Te sientes culpable por tu ex?

—No.

—¿Entonces qué es?

—Cat… es que no puedo.

—Dímelo, Scott. Por favor.

Scott le rodeó la cara con las manos. Ella vio que tenía los ojos humedecidos.

—¡No puedo! Las…

—¿Las qué? ¿Las niñas?

Quería contárselo. Pero la soltó, entró en la casa y cerró la puerta.

Sonó el interfono de Beckeman. Pulsó la tecla.

—¿Qué?

—Jefe, el alcaide de la prisión de Seagoville por la línea uno.

Beckeman descolgó el teléfono y pulsó la línea uno.

—Beckeman —dijo.

—Agente Beckeman, soy el alcaide Pitt de Seagoville. He pensado que debería saber que el juez vino ayer a visitar a uno de mis reclusos.

—¿El juez? ¿El juez Fenney?

—Sí, señor.

—¿Iba con dos de mis agentes?

—No, señor. Iba solo.

—¿Qué recluso?

—Denny Macklin.

—Nunca he oído hablar de él.

—Un cerebrito. Estuvo a punto de destruir una empresa pública porque habían despedido a su padre.

—Ah, sí. Ya me acuerdo. ¿Qué quería de él el juez?

—No lo sé. Solo sé que ha pedido que le demos al cerebrito todo lo que quiera. Bueno, no lo llamó cerebrito. ¿Qué quiere que haga?

—Dele al cerebrito todo lo que quiera, pero manténgame informado.

—Sí, señor.

El alcaide Pitt tenía algo más que decir.

—¿Qué pasa, alcaide?

—Un favor. Avíseme si sale algún trabajo. Odio esta puta prisión.

El fiscal general llamó a las diez.

—Scott…

—Ahora no, Mac.

Se hizo el silencio durante un largo rato.

—¿Estás bien, Scott?

—No.

Colgó el teléfono.

—Kareem Abdul-Jabbar era una leyenda de la NBA —dijo Pajamae.

—¿Cómo se deletrea eso? —preguntó el hermano bueno.

—¿El qué?

—Jabbar.

—Eh… J-a-b-b-a-r. Creo.

—Ah. Como el nombre de Abdul.

Abdul acababa de entrar en la casa. Suspiró. Su hermano menor estaba dando de comer falafel a las dos niñas que tenían los ojos vendados y al gato. Miró a Abdul.

—¿Está satisfecho?

—Mucho. Dice que seremos héroes.

—Héroes difuntos.

—¿Qué te está contando la niña?

—Me está hablando de alguien que se llama como tú.

—¿Quién?

—Kareem Abdul-Jabbar —dijo Pajamae.

—¿Y ese quién es?

—Era una leyenda de la NBA.

—¿Un jugador de baloncesto?

—Sí. Se llamaba Lew Alcindor, pero se cambió el nombre cuando se hizo musulmán.

—Es verdad —dijo su hermano menor—. Lo he buscado en Google. Escribió una página de opinión en la revista *Time*.

—¿Lo has buscado en Google? ¿Aquí?

—Ah. Lo siento.

—Tenemos que mantenernos alejados del radar.

—No he buscado nada relacionado con el Dáesh. La Agencia de Seguridad Nacional no va a marcar a un jugador de baloncesto. Escucha esto. —Su hermano leyó en el portátil—: «Para mí, la religión, sea cual sea, trata en última instancia de querer vivir una vida humilde y ética que cree una comunidad armoniosa y promueva la tolerancia y la amistad para con aquellos que estén fuera de la comunidad religiosa. Toda norma religiosa debería servir a este fin. El islam que yo aprendí y que practico hace precisamente eso… El terrorismo es, en realidad, un acto contra la misma religión en la que dicen creer. Es el reconocimiento de que la religión y sus enseñanzas no son suficientes para convencer a la gente para que la siga. Cualquier religión que requiera coacción no trata de la comunidad, sino de los líderes que buscan el poder.» Abdul, me gusta este tal Kareem. Me gusta su islam.

Abdul se echó a reír.

—Hermano, no seguimos las enseñanzas de un jugador de baloncesto. Seguimos a Al Baghdadi. Él es descendiente directo del profeta.

—¿Juega al baloncesto? —preguntó la niña.

—¿Qué? No, idiota. Es el califa.

—¿Qué es un califa?

—El líder del califato.

—Tiene sentido. ¿Y Cassius Clay?

—¿También es jugador de baloncesto?

—No, bobo. Es Muhammad Ali.

—¿Quién?

—El boxeador. Se hizo musulmán y se cambió el nombre.

—Atletas. Dioses estadounidenses. —Soltó una risotada con desdén—. El domingo derribaremos el estadio durante la Super

Bowl. El día más sagrado del año para los cristianos y los judíos de Estados Unidos.

Pajamae sintió que alguien se acercaba y percibió un olor corporal nauseabundo y un aliento caliente en su cara . Una mano fuerte le agarró por el cuello y lo apretaba.

—Ten cuidado con quién llamas bobo, negrita. Nada me gustaría más que enviar tu cabeza a tu padre dentro de una caja.

A Pajamae le costaba respirar. Estaba segura de que iba a morir en ese momento. Pero el hermano bueno habló.

—Ey, Abdul, vamos a llamar al juez.

Sonó el teléfono de Scott. Todos prestaron atención. Scott miró quién llamaba. Asintió y se llevó el dedo a los labios. Descolgó y activó el manos libres.

—Hola.

—¿Has soltado al imán?

La misma voz.

—No.

—¿Por qué no?

—Necesito tiempo. Si de pronto cambio de idea y lo libero, el FBI sospechará. ¿Puedo hablar con mis hijas?

—Puedes oír que están vivas… por ahora.

Se hizo el silencio y luego se oyó la voz de Boo.

—¿Considerando que, A. Scott?

Todos suspiraron aliviados. Seguían con vida.

—Boo, ¿estás bien?

—A. Scott, ha intentado…

Volvió a oírse la voz del hombre.

—Libera al imán.

La llamada terminó.

—Cuando A. Scott descubra que has intentado tener sexo conmigo, va a matarte, capullo.

De pronto sintió un profundo ardor en la cara y cayó al suelo. La había abofeteado.

—Si el juez viene a por vosotras, le cortaré la cabeza.

Abdul, el hermano malo, se rio de esa forma tan mezquina

que tenía de hacerlo. Oyó sus pasos y el chirrido de una cadena al tirar de ella. Oyó al hermano bueno respirando junto a ella.

—¿Estás bien? —La ayudó a incorporarse—. Abdul tiene problemas con la ira.

—No me digas.

Le dolía la cara, pero se negaba a llorar. No iba a tener miedo. Los tres hablaron en susurros en la esquina, como las mocosas de la escuela que se reúnen en el comedor.

—¿Por qué está enfadado? —preguntó Boo.

—Estados Unidos mató a nuestro padre con un misil.

—¿En Dallas?

—No, en Pakistán.

—Mi madre igual.

—¿Estados Unidos mató a tu madre con un misil?

—No. Estaba enfadada.

—Ah.

—Luego se marchó.

—¿A dónde fue?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saber dónde está tu madre?

—Se fugó con un jugador profesional de golf.

—¿De veras? ¿Es bueno?

—Está muerto. Ella lo mató, o dijeron que lo había matado ella. A. Scott demostró que no lo hizo ella.

—¿Y dónde está ahora?

Boo se encogió de hombros.

—En alguna parte con un hombre.

El hermano bueno suspiró.

—Ojalá pudiera dejar a mi hermano.

—¿Por qué no lo haces y nos llevas contigo?

—Porque es mi hermano.

—Pero quiere hacer algo muy malo.

—Sí.

—Y tú no quieres.

—No. El odio ha hecho que pierda su alma. —Suspiró—. Pero es mi hermano mayor.

—Nosotras somos hermanas, pero yo no haría daño a la gente solo porque Pajamae quisiera que lo hiciera.

—Yo no quiero que hagas daño a nadie —dijo Pajamae.

—Si quisieras.

—No quiero.

—Solo es un ejemplo.

—Ah.

—Sabes, mi padre vendrá a por nosotras.

—Nunca os encontrará.

—¿Dejarás que Abdul se acueste con nosotras? ¿O que nos mate?

—No. No lo permitiré.

—Volverá a intentarlo.

—Lo sé.

Se sentía como si su corazón y su mente lo estuvieran partiendo en dos. Su corazón siempre querría a su hermano mayor; rozaba la adoración. Abdul siempre había sido su héroe. Más grande, más fuerte, más listo, más duro. Era un hombre, mientras que él seguía siendo un niño. Pero Abdul había sido feliz; siempre se reía, bromeaba y soñaba con el futuro. Quería ser jugador de fútbol profesional. Deseaba que aún fueran niños en el pueblo de Pakistán. Antes de que llegase el misil.

Ese niño feliz todavía estaba dentro de Abdul.

Tal vez podría encontrar a ese niño. Inhaló profundamente, esperando encontrar el valor necesario. Atravesó la habitación y se sentó a la mesa, delante de su hermano.

—He estado pensando —dijo Abdul—. Hay uno coma seis mil millones de musulmanes en el planeta. Si cada musulmán matase solo cuatro o cinco infieles, el islam gobernaría el mundo. Y podríamos permitirnos vivir en la playa en el sur de California.

—Eh, sí, esa es una idea interesante. Pero, hermano, ¿estás seguro de que Alá quiere que matemos a cien mil personas?

—No. Quiere que matemos a seis mil millones de *kuffars*.

—¿Todos los no musulmanes son infieles que merecen morir?

—Sí.

—¿No podríamos decapitar solo a unos pocos judíos? ¿Eso no te haría feliz?

—Me haría muy feliz, y podría hacerlo también. Pero ¿te has olvidado de lo que le hicieron a nuestro padre los cristianos?

—No. Pero esa gente que estará en el estadio no fabricó ese misil, no pilotó el dron, no dio la orden de disparar el misil. Fue el presidente quien lo hizo. Matémoslo a él en su lugar.

—¡Ah, si pudiéramos! Entonces seríamos héroes, sin duda. Pero no podemos. Así que mataremos a cien mil estadounidenses en su lugar.

—Pero ellos son inocentes.

—No, son culpables. Todos los estadounidenses son cómplices de asesinato, de genocidio, porque no exigen a su gobierno que deje de librar la guerra contra el islam. Se sientan ahí, en Estados Unidos, a ver partidos de fútbol americano mientras su presidente envía drones para matar musulmanes, para que puedan apoderarse de nuestros hogares, nuestra tierra y nuestro petróleo, para poder subyugarnos con su ley. Han tomado una decisión. Y cada decisión tiene sus consecuencias. Daremos un golpe por todos los musulmanes.

—Pero habrá niños en ese estadio. Ellos no saben nada de esto.

—Deben pagar por los pecados de sus padres. Hermano mío, si derribamos ese estadio, seremos héroes, como dijo Zaheed.

—Estaremos muertos.

—Será una muerte honorable.

Miró a su hermano mayor. El niño feliz había desaparecido.

—Vamos a Starbucks.

—Ve tú —dijo Abdul—. Tráeme un *frappucino* grande, sin nata.

—Vamos juntos.

Abdul sonrió.

—Ah, te preocupa que le haga algo a la niña. No te equivocas, lo haría. —Se levantó—. Vamos, iremos juntos, hermano. Del mismo modo que moriremos juntos. —Miró a las niñas—. Átalas.

—¡Eh, guardia!

Denny Macklin tecleaba en el portátil a una velocidad vertiginosa. «¿Dónde te escondes, capullo?», pensaba hasta que oyó los pasos pesados de Buddy, un guardia que tenía sobrepeso.

—¿Qué quieres?

Los ojos de Denny no se apartaban de la pantalla, y no levantaba los dedos del teclado.

—¿Alguien me ha enviado churros?

—¿Churros?

—Sí.

—No.

Vaya. A Denny le encantaban los churros con café caliente. Al parecer solo tomaría café.

—Tráeme otro *latte* de vainilla desnatado. Pronto.

—Que te jodan.

—¿Quieres que te denuncie al alcaide?

El juez había hablado con el alcaide, y el alcaide con él. Podía pedir todo lo que quisiera o necesitara, y ahora le estaba pidiendo un Starbucks. Le dio al guardia un momento para que se lo pensase y finalmente se rindió, tal y como Denny sabía que haría.

—¿Mediano o grande?

Karen tecleaba entre lágrimas. Trabajar le hacía mantener la cordura. La idea de no volver a ver a las niñas amenazaba con romperle el corazón. No podía imaginar cómo sería no volver a ver nunca al pequeño Scotty. Perderlo la mataría. A Scott le mataría perderlas. Sería un hombre roto para siempre.

—Ah, juez, esperaba que pudiera pasarse. He estado disfrutando nuestras charlas.

Scott estaba de pie delante de la celda del imán.

—¿Tienen a mis hijas como rehenes y tú disfrutas de nuestras conversaciones? ¿Es que no te importa?

—¿Le importa a usted que unos misiles estadounidenses estén matando niños musulmanes ahora mismo mientras hablamos? —Scott se dejó caer en el taburete, el imán lo miró—. Juez, ¿reza a Dios para que salve a sus hijas?

—Sí.

—¿Cree en Dios?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no creo en las coincidencias.

Mustafá acercó su taburete a los barrotes.

—Por favor, explíquese.

—Ahora no.

—Sí, ahora. Debo entender al hombre que me juzga.

Scott mantenía la esperanza de poder encontrar cierta conexión humana con aquel hombre. Aquel musulmán. Así que

respondió.

—¿Es una coincidencia que haya un océano de petróleo bajo el suelo de Oriente Medio, justo en el mismo punto donde se fundaron las tres religiones principales del mundo? ¿Y que hoy el planeta dependa de ese petróleo, provocando que esas tres religiones hayan iniciado un conflicto mortal en ese mismo punto?

—Ah, muy bien, juez. Y no, no es una coincidencia. Es el fin de los días. Siga.

Scott reunió fuerzas para continuar.

—No es una coincidencia que los humanos compartan los mismos atributos físicos: es la evolución. Pero la evolución no puede explicar nuestras similitudes psíquicas. Por lo tanto, ¿es solo una coincidencia?

—No entiendo.

—Como abogado, he trabajado bastante en el extranjero. He conocido gente. He hablado con gente corriente: taxistas, camareros, dependientes. Y allá donde he viajado, la gente compartía el mismo deseo racional: trabajar duro para mejorar su suerte en la vida y, lo más importante aún, mejorar la suerte de sus hijos en la vida.

—Interesante.

—Pero nunca he viajado a Oriente Medio.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que allí los padres atan bombas a los cuerpos de sus hijos. Nosotros soñamos por nuestros hijos. Tu gente mata a sus hijos. No lo entiendo.

—Porque no es musulmán. No ha vivido una vida de opresión. Ha vivido en libertad en Estados Unidos.

—Esa es la tercera razón por la que creo en Dios: Estados Unidos.

—Esto tengo que oírlo.

—¿Es una coincidencia que cinco de los hombres más grandes de la historia, George Washington, Thomas Jefferson, James Madison, Alexander Hamilton y Benjamin Franklin, se reunieran al mismo tiempo en el mismo lugar, literalmente, en la misma sala, para crear Estados Unidos? ¿Qué sería hoy del mundo sin Estados Unidos?

—Habría menos terroristas.

—Habría caos, menos libertad, más opresión, enfermedades, pobreza. Los nazis controlarían la mayor parte de Europa. No siempre acertamos, pero lo intentamos. Sin Estados Unidos, el

mundo sería peor. Mucho peor.

—¿Entonces cree que Dios creó Estados Unidos?

—Sí.

—Vaya, es un auténtico creyente, juez. Lo cual es bueno para mí, supongo.

—¿Y eso por qué?

—Porque me soltará.

Boo agarró con los dedos el cortaúñas que llevaba en el bolsillo trasero y lo sacó. Tanteó a su alrededor hasta que sintió el contacto del cortaúñas contra la cuerda que le ataba las muñecas. Lo apretó. El cortaúñas chirrió.

—¿Qué es eso? —preguntó Pajamae.

—Un cortaúñas.

—¿Cómo puedes cortarte las uñas con los ojos vendados?

—No me estoy cortando las uñas. Estoy cortando la cuerda.

—¿Funciona?

—No.

Abdul quería acostarse con ella. Tenía que escapar y llevarse a Pajamae.

—Héctor, he hecho investigaciones. Todos los días durante dos semanas. No he recibido respuesta. Jorge, Manuel, el cargamento, el dinero… todo ha desaparecido.

Tomas Guzmán era el contacto de Héctor en Oriente Medio. Suspiró a través del teléfono.

—No es como en los viejos tiempos, cuando tratamos con los talibanes por la heroína de Afganistán, eran muy profesionales. Para ellos lo que importaba era el dinero, así que podías confiar en ellos. Había respeto. Estos musulmanes del Dáesh son diferentes. Quieren el dinero, pero quieren dominar el mundo. ¿Quién tiene tiempo para eso? No sienten respeto por nadie.

—Lo sentirán por mí cuando acabe con ellos.

—Son fanáticos religiosos. Nunca es bueno mezclar la religión y el dinero. Como el dinero y las mujeres.

Héctor miró a través de las puertas correderas de cristal a su mujer tumbada junto a la piscina. Parecía una estrella de Hollywood de los sesenta con su bañador blanco de una pieza, el sombrero ancho blanco y las gafas de sol grandes. Estaba

bebiendo un té helado con una pajita.

—Sí, eso es verdad.

—Héctor, si he juzgado mal, te pagaré lo que has perdido en este asunto.

—¿Cómo puedes pagarme por cuatro hombres muertos?

—No puedo.

—No, Tomás, no puedes. Solo hay un método para compensar la muerte. Y es más muerte. Esta gente cree que son terroristas, pero yo voy a enseñarles lo que es el verdadero terror. Nosotros hemos cortado más cabezas de las que ellos sueñan con cortar. Nos hemos hecho con el control de nuestro país mientras ellos sueñan con un estado islámico. Hemos sembrado el terror en Estados Unidos con nuestras drogas mientras ellos siguen soñando con un ataque en este continente. Nosotros, amigo mío, tenemos experiencia en este tipo de cosas. Los hombres que tienen en Estados Unidos deben morir. Y es lo que van a hacer. Lo juro por Dios.

Denny estaba sentado frente a un portátil Apple conectado a un monitor LED de pantalla plana de sesenta centímetros. El teléfono de Hannah Montana empezó a sonar. Denny descolgó.

—Hola.

—¿Está Boo ahí? —preguntó la voz de una niña.

—No.

—¿Puedes darle un mensaje?

—No.

Denny colgó. El teléfono volvió a sonar. La misma voz dijo:

—Eso ha sido muy maleducado. Me llamo Audrey. Quiero preguntarle a Boo si puede prestarme sus apuntes de la clase de Historia…

Denny volvió a colgar. El teléfono sonó una vez más, respondió:

—Mira, no tengo tiempo para…

—Denny, soy el juez Fenney.

—Ah, perdone. Unas niñas han estado llamando a su hija.

—¿Nada?

—Audrey quiere tomar prestados los apuntes de Boo de…

—Sobre los árabes.

—Ah. No. Toma su tiempo, juez.

—No tenemos tiempo.

«¡Debe ir al FBI!».

Abdul volvió a escribir a Zaheed:

«¡Lo he intentado todo! Dijiste que, si le decía que no fuera, iría. Esa mierda de la psicología inversa».

Envió el mensaje y esperó una respuesta. Echó un vistazo alrededor de la sala de ordenadores de la biblioteca de la Facultad de Derecho. Había universitarios estudiando para su futuro. No podían imaginar que su futuro estaba a punto de terminar. La respuesta de Zaheed llegó enseguida:

«Decapita a sus hijas».

Capítulo 22

Jueves, 4 de febrero

Tres días antes de la Super Bowl

Aquella mañana, Cat Peña llegó a la casa de Scott temprano, con un recipiente que contenía la sopa de tortilla de su madre. Les iría bien a las niñas. Aparcó el sedán del gobierno junto a la acera y salió con la sopa. El agente Smith ya no formaba parte de la escolta. Beckeman había decidido que la amenaza contra el juez había disminuido lo suficiente como para asignar solo un agente. Necesitaba a Ace en la búsqueda de los dos árabes; no necesitaba la boca de ella. Se dirigió a la puerta trasera y llamó con los nudillos; la puerta se abrió de par en par. Incluso para ser Highland Park, aquello no era buena señal. Y en la casa de un juez federal al que habían secuestrado hacía solo diez días, no era buena señal en absoluto.

Sacó el arma.

Entró en la casa. No sonó ninguna alarma. No se oía ningún sonido en la casa, ni a Consuelo cocinando ni a las niñas riéndose. Solo silencio. Demasiado silencio. Colocó la sopa en la mesa de la cocina. Pegó la espalda a la pared y avanzó por el pasillo sin hacer ruido. Se detuvo delante del baño de las niñas. La puerta estaba entreabierta. Empujó la puerta suavemente y se abrió de par en par.

El baño estaba vacío.

Se dirigió a su habitación, justo al final del pasillo. Se detuvo junto a la puerta abierta. Oyó un sonido procedente del interior. Levantó el arma, dio un salto para colocarse de cara a la puerta, y apuntó con el arma a… ¡Scott!

Estaba sentado en la cama, inclinado, con los codos apoyados en las rodillas. Levantó la vista. Tenía la cara bañada en lágrimas. Ella bajó el arma y entró.

—¿Dónde están las niñas?

—Me duelen las rodillas —dijo Pajamae.

—Cállate.

Abdul Jabbar dio un mordisco a la mitad del dónut Krispy Kreme glaseado. Estaba delante de una pantalla de fondo verde que había colocado en la cocina. Añadiría el fondo antes de enviar el vídeo a Zaheed; tal vez lo convertiría en una escena de Disneyland. A Zaheed le haría mucha gracia.

—¿Puedo levantarme?

—Cállate.

Iba vestido de negro, incluyendo un pañuelo para la cabeza y una bandana que usaría para taparse la cara, de forma que solo se vieran los ojos, pero llevaba las zapatillas amarillas. Se había mirado en el espejo del baño y había pensado que el negro le sentaba bien. La bandera negra del Dáesh estaba colgada en un perchero, a su lado. Las rehenes estaban de rodillas delante de él, con los ojos vendados con unas telas negras y las manos y los pies atados. No estaban amordazadas. Quería que la cámara capturase sus gritos. Abdul tenía una espada.

—Hermano, ¿qué es esto?

Su hermano menor acababa de ducharse y vestirse; entró en la habitación.

—Exactamente lo que parece.

—¿Por qué?

—Órdenes de Zaheed.

—No, hermano. No vamos a hacer esto.

—Sí, hermano menor. Debo decapitar a las infieles.

—No son infieles. Son niñas.

—Son las hijas de los infieles. Si matamos a sus hijos, los infieles se rendirán al islam como dicta el Corán.

—¡Que le jodan al Corán! ¡Que le jodan a Zaheed! ¡Que te jodan, Abdul! Si quieres matarlas, tendrás que matarme a mí primero.

—¿Matar? —dijo Boo—. ¿A quiénes?

—¡Ay Dios mío! —exclamó Pajamae.

Su hermano se acercó y se interpuso entre Abdul y las rehenes.

—¿Es que no tienes conciencia? Eso es lo que separa a los humanos de los animales. Los animales no tienen conciencia, así que pueden matar sin sentir nada. Los humanos no. Porque no somos animales. Mataste a aquellos dos mexicanos, pero no te sientes culpable, ¿verdad?

—¿Por qué debería?

—Porque eres humano. Los humanos sienten culpa cuando hacen algo mal.

—Primero de todo, la culpa es para los débiles de mente. Y, segundo, no hice nada malo.

—Esto está mal.

—Es la voluntad de Alá. Este es mi destino.

—¿Dios quiere que mates a estas dos niñas?

—¿Matar? —repetía Boo una y otra vez.

—No, Abdul, esto no es lo que quiere Dios. Si tu dios quiere eso, entonces no es mi Dios. Si tengo que matar para ser musulmán, no seré musulmán.

—Serás un renegado. A los renegados los matamos.

—Entonces mátame, hermano. Decapítame.

Abdul no podía levantar la espada contra su hermano. El Corán lo prohibía. Su hermano menor era débil. Débil de cuerpo y mente. Quería ser abogado, vivir el sueño estadounidense, ver el fútbol y hacer barbacoas de carne orgánica de Whole Foods, beber Budweiser. Un año más en Estados Unidos, y sería un asiduo a las carreras de NASCAR. Su hermano había olvidado de dónde había venido y lo que había ocurrido allí. Como se suele decir, había pasado página. Abdul no. Se metió el resto del dónut en la boca, se quitó la bandana y dijo:

—Hazte a un lado, hermano.

—¿Sigues pensando que es una distracción?

Scott le había dado a Cat la nota de los secuestradores. Ella la había leído y se había dejado caer en una silla, junto a la mesa de la cocina. Tardó unos minutos en recuperarse.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—El lunes.

—¿Por qué no me lo dijiste?

No estaba enfadada, estaba dolida.

—Ya has leído la nota.

Asintió. Su expresión pasó de ser la de una mujer dolida a la de una dura agente del FBI.

—Scott, tengo que decírselo a Beckeman.

—Matarán a las niñas.

—Si no los encontramos y los detenemos, matarán a cien mil personas en tres días.

—Beckeman sabe que estos dos hombres están ahí fuera; me secuestraron. Lo único que no sabe es que han secuestrado a Boo y a Pajamae. ¿En qué modo afectaría a la búsqueda saberlo?

—No afectaría.

—Exacto. Por eso no se lo he dicho al FBI. No es relevante. Salvo para mí.

—Los secuestros de niños son relevantes para nosotros.

—Pero esas cien mil personas son más relevantes. Y deberían serlo. Esas dos niñas son relevantes para mí. Así que voy a encontrarlas.

—¿Cómo?

Le habló de Denny Macklin.

—Puedo ayudar.

—Esto tiene que quedar entre nosotros. Por ahora.

Ella asintió.

—Por ahora. Pero si llega a un punto en que afecta a la búsqueda de los árabes, tendré que decírselo a Beckeman.

—De acuerdo.

—Necesitamos ayuda.

—Ya tenemos ayuda.

Denny Macklin era un incordio. Era un genio, pero a pesar de eso a Buddy le hinchaba las pelotas. Buddy, el guardia del bloque de celdas C, ya le había enviado ese día una silla elegante, un segundo portátil y una pantalla grande a la celda. Ahora le traía una *pizza* grande de *pepperoni* con olivas negras.

—Coge un trozo —dijo Macklin.

—¿De verdad?

—Claro. No puedo comerme una *pizza* entera para desayunar.

Pero Buddy podía, y lo hacía a menudo.

—El presidente no nos deja hacer nuestro trabajo —dijo Beckeman al cuerpo especial que se había reunido en la sala de operaciones—, así que no vamos a encontrar a los árabes antes del partido. Ahora, nuestro objetivo es mantener a salvo la Super Bowl. Si no podemos encontrarlos, tenemos que mantenerlos fuera de ese estadio. Instalaremos un perímetro en la calle que rodee el aparcamiento, además de puestos de control en cada entrada. Registraremos todos los vehículos, cachearemos a todos

los ocupantes, y examinaremos todos los bolsos. Un agente del FBI registrará todos los camiones de reparto. Vamos a ensuciarnos las manos. Hemos autorizado un dron…

—¿Con misiles Hellfire? —dijo el agente Stryker.

—Ya te gustaría.

—Sobrevolará el estadio durante todo el día. Estaremos allí desde el alba.

Denny se comió la *pizza,* se tomó el café y se frotó los ojos. Tenía el cerebro frito, el culo adormecido, y sentía los párpados como un papel de lija que rozase los globos oculares cada vez que pestañeaba. Se había pasado la noche en vela, una vez más, pero seguía sin conseguir nada. Estaba merodeando el lado oscuro de internet, pero no había nada salvo…

—Vaya, vaya, vaya… ¿qué tenemos aquí? —Un mensaje de Siria—. Te veo, capullo. Ahora voy a traerte a rastras hasta Dallas y… ¿Qué coño? —El capullo desapareció—. Ah, vale. Te crees muy bueno, ¿eh? Te crees más listo que Denny Macklin. Eso ya lo veremos.

Scott estaba sentado en su despacho, detrás del escritorio. Cat y el equipo ocupaban las sillas y el sofá. Eran las tres. Llevaban todo el día esperando una llamada. Pero no habían recibido ninguna. Hasta ahora.

Sonó el teléfono.

Scott se incorporó de un salto. Todos se reunieron alrededor del escritorio. Scott activó el manos libres. Sonó una voz familiar.

—Bueno, juez, ¿has liberado al imán?

—No.

—¿Vas a liberarlo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Pronto.

Se oía un ruido de fondo. ¿Era música? ¿A lo lejos? Todos se acercaron para escuchar.

—Déjame hablar con mis hijas.

—No.

—¿Por qué no?

—No están… disponibles. Las verás pronto.

Colgó.

—¡Ay, Dios! —dijo Karen—. ¿Les habrá hecho daño?

—No —respondió Scott.

Pero ¿y si les había hecho daño?

—¿Qué era ese ruido de fondo? —preguntó Cat—. ¿Música?

—Debía de tener la radio puesta —dijo Bobby.

—No sonaba a música de radio —comentó Cat—. Y no sonaba como si viniera de cerca. Era un sonido lejano.

—Quizá un vecino había puesto música alta.

—¿Pero qué tipo de música era?

—No era *country*.

—Ni *rock*.

—No era *soul* —dijo Louis.

—Ni latina —añadió Carlos.

—Ni *jazz* —comentó Bobby—. Hacía como ¡bum, bum, bum! ¿Qué era eso?

—Tuba.

Todos se giraron para ver a Frank Turner en la puerta.

—Es una banda de música —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Toqué la tuba en la banda durante cuatro años. ¿Qué demonios está pasando, Scotty?

—Cierra la puerta, Frank.

Frank cerró la puerta y se acercó al escritorio.

—La misma gente que me atrapó ha secuestrado a mis hijas.

—¿A tus hijas? ¿Cuándo?

—El lunes.

—¿Están vivas?

—Ayer estaban vivas.

Frank miró a Cat.

—¿Qué está haciendo el FBI para encontrarlas?

—No acudí al FBI —dijo Scott.

—¿Por qué no?

—Dejaron una nota diciendo que decapitarían a las niñas si lo hacía. Le supliqué a Mustafá que me dijera dónde estaban. Se negó a decírmelo. —Scott giró las palmas hacia arriba—. No tenemos ni idea de dónde están.

—Están en Highland Park.

Frank señaló el teléfono que estaba en el escritorio sin dejar a

mirar a Scott.

—Esa era la banda de música de la Universidad Metodista del Sur, practicando en el estadio del campus.

—No hay musulmanes en Highland Park —dijo Bobby.

—Hay dos —respondió Scott.

El pueblo de Highland Park comprendía 5 180 000 metros cuadrados. Era el agujero del dónut que constituía Dallas. La Universidad Metodista del Sur se encontraba en medio de Highland Park, y el estadio de fútbol estaba dentro del campus. Las niñas estaban retenidas en Highland Park. Todos se agolparon alrededor de la mesa de la cocina de Scott.

—Vamos a mirar la guía telefónica de Highland Park —dijo Louis.

—No hay —replicó Bobby—. Highland Park está dentro de la guía telefónica de Dallas.

—He comprobado las bases de datos sobre los hombres de la mezquita —dijo Cat—. Ninguno tenía una dirección de Highland Park.

—Están aquí —dijo Frank.

Scott desplegó un mapa del pueblo en la mesa de la cocina. Dibujó un círculo alrededor del estadio y marcó las cuadrículas en las que buscar empezando por el estadio.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Carlos—. Los musulmanes saben que el FBI los está buscando, así que no van a ir paseándose por ahí.

—El FBI no los está buscando en Highland Park —dijo Cat.

—No vamos a buscar —añadió Louis—. Vamos a escuchar.

—¿El qué?

—Plegarias. Plegarias vespertinas. Se colocarán de cara a la Mecca, que está al este. Así que tenemos que prestar atención a los cánticos que suenen en el lado este de las casas.

—¿Cómo sonarán los cánticos?

—*Allahu Akbar*.

—Joder, ¿qué probabilidades hay de encontrarlos?

—No hay probabilidades —dijo Scott—. Pero tenemos que intentarlo. Buscaremos por parejas. Cat lleva un arma, así que…

—Yo también llevo un arma —dijo Carlos.

—¿Cómo has conseguido un arma con tus condenas pasadas?

—Eran arrestos. No condenas.

—Yo llevo un arma —dijo Frank.

—¿Por qué?

Frank se encogió de hombros.

—Soy abogado.

Scott se volvió hacia Bobby.

—¿Tú tienes un arma?

—No… pero Karen sí.

—¿Louis?

—No, señor. Soy lo suficientemente grande como para no necesitar un arma.

El estadio Gerald Ford —que no recibía el nombre del anterior presidente, sino de un banquero multimillonario; así es Dallas— se encuentra en el extremo sur del campus de la Universidad Metodista del Sur. Al este del estadio hay edificios del campus, un centro de venta al por menor, y la Biblioteca Presidencial de George W. Bush, que colinda con el North Central Expressway. Los árabes no podían tener como rehenes a las niñas en una habitación de una residencia, ni en Starbucks ni en la biblioteca.

El campus se extendía hacia el norte del estadio a lo largo de ocho manzanas, durante un kilómetro y medio; solo allí empezaba una zona residencial. Era dudoso que pudiera oírse a la banda desde tan lejos, pero las zonas residenciales solo empezaban dos manzanas al oeste y al sur del estadio en Mockingbird Lane. Todos habían estado de acuerdo en que la búsqueda debía centrarse al sur del estadio.

Habían delimitado el mapa y se habían dividido en equipos: Scott y Cat; Bobby y Carlos; Louis y Frank. Cada equipo llevaba un mapa, una linterna, un teléfono móvil y un arma. Era la una de la mañana y hacía frío. Scott y Cat llevaban sus abrigos, guantes y gorros de Under Armour.

—Estoy intentando ser una agente del FBI —dijo Cat—, pero las niñas… ¿sabes que las quiero?

—Lo sé.

—Si estos hombres les hacen daño…

—Sé que lo harás.

Se dirigían al este, por Mockingbird, al otro lado del estadio, cuando un coche de policía de Highland Park se detuvo junto a ellos. El agente les habló a través de la ventanilla abierta.

—¿Están bien? No vemos a mucha gente salir a pasear a estas horas de la noche.

—Soy el juez Fenney.

El agente apuntó a Scott en la cara con la linterna y la desvió rápidamente.

—Lo siento, juez. Hace un poco de frío para pasear. ¿Por qué ha decidido salir tan tarde?

—Con toda la atención puesta en el caso, este es el único momento en que puedo caminar en paz. Y no estoy durmiendo muy bien.

—¿No le preocupa que lo secuestren otra vez?

—Esta es la agente Peña, del FBI.

Cat le enseñó la placa al agente.

—Muy entregada. Vale, disfrute de su paseo, juez. Y pruebe con la melatonina. Le ayudará a dormir.

—¿Están muertos pero siguen caminando? —dijo Carlos.

—Sí —respondió Bobby—. Esa es la definición de los zombis.

Giraron al este por la avenida Cornell.

—¿Una serie de televisión sobre zombis se ha mantenido durante seis temporadas?

—No. Se ha mantenido durante seis temporadas una serie de televisión sobre lo que pasa en el mundo cuando los zombis toman el control.

—Todo el mundo muere.

—Muchos mueren, pero algunos humanos aprenden a matar zombis y sobrevivir.

—Yo les patearía ese culo de muerto viviente que tienen.

—Carlos, ¿acaso sabes cómo matar a un zombi?

No tenía sentido que estuvieran hablando de *The Walking Dead* mientras recorrían las calles de Highland Park en busca de dos niñas retenidas en manos de unos terroristas islámicos. No eran dos niñas cualquiera, sino Boo y Pajamae. Bobby y Carlos querían a esas dos niñas como si fueran sus propias hijas; ambos se cambiarían por ellas. Ambos morirían por ellas.

Si es que seguían vivas.

El cerebro humano no puede concentrarse en algo tan malvado y tan espantoso —la imagen de Boo y Pajamae muertas con la cabeza cortada— durante mucho rato y permanecer cuerdo. Así que, a modo de autodefensa, el cerebro humano cambia el chip y visualiza algo más ligero, como matar zombis,

para aliviar la presión del momento. Es como la gente que bromea en los funerales. No se puede pensar en la muerte durante mucho tiempo.

—Una estaca de madera en el corazón.

—No, no, no, así es como matas a un vampiro. A un zombi tienes que matarle el cerebro. Si le clavas un palo en el corazón a un zombi, se zampará tu culo para almorzar.

—Joder, habría metido la pata.

—Me siento como si estuviera en una tragedia de Shakespeare —dijo Franklin Turner al alguacil.

—¿Lees a Shakespeare? —preguntó Louis.

—Cada palabra que escribió. ¿Y tú?

—Estoy empezando. La señorita Herrin me está enseñando gramática y literatura. No aprendí mucho de Shakespeare en el sur de Dallas.

—Solo la tragedia.

Frank sacó la linterna y miró el mapa. Habían ido hacia el oeste por Beverly y al sur por Hillcrest; ahora iban a ir al este por Princeton. Hasta el momento no habían visto nada sospechoso. Claro que era Highland Park. No era un aparcamiento para caravanas lleno de gentuza donde todos los residentes cocinaban metanfetamina y los perros vagabundeaban por el vecindario.

—¿Eso es un pitbull? —preguntó Louis.

—¿Dónde?

Louis señaló al este; Frank enfocó la linterna en esa dirección. La luz iluminó al perro. Era un pitbull.

—Un puto pitbull en Highland Park —dijo Frank.

El perro, obviamente, no sabía que Highland Park no era su sitio. Empezó a correr… ¡hacia ellos!

—Mierda.

Frank hurgó entre sus tres capas de ropa para coger la pistola. Estaba asustado, pero al parecer Louis estaba aterrorizado. Estaba petrificado. Miró al perro sin intención de huir. Frank desabrochó la primera capa, y estaba trabajando en la segunda capa cuando el perro gruñó y sacó los dientes. Estaba a tan solo tres metros de distancia, y Louis gruñó a su vez. Abrió sus enormes brazos y gruñó al perro.

—¡Gggrrr!

El pitbull se detuvo en seco. Miró a Louis como si estuviera

pensando, «¿Qué cojones?»

—¡Gggrrr!

El perro se dio la vuelta y se marchó corriendo por la avenida Princeton.

—Ves —dijo Louis—, no necesito un arma.

Cat entró por la puerta trasera de su casa justo cuando el cielo empezaba a iluminarse al amanecer. Se habían pasado la noche buscando, pero habían vuelto con las manos vacías. Sin embargo, su cocina no estaba vacía; sus padres estaban sentados a la mesa, en bata. La madre bebía café y el padre comía Oreos. Se sentía como una sospechosa a la que hubieran pillado *in fraganti*.

—¿Has hecho las paces con el juez? —preguntó la madre levantando las cejas.

—Sí.

—Ah, qué bien.

—¿Ha juzgado nuestro caso? —preguntó el padre.

—No.

Cat se sentó a la mesa. Su padre le ofreció una Oreo, pero ella la rechazó. Él frunció el ceño.

—¿Qué pasa, mi niña?

Suspiró.

—Los árabes que secuestraron a Scott… se han llevado a las niñas.

—¡No! ¿Cuándo?

—El lunes.

—¿Las pequeñas Boo y Pajamae? —Su madre empezó a llorar, de pronto se levantó y se fue corriendo por el pasillo—. Tengo que encender unas velas y rezar por ellas.

Su padre dejó la Oreo en la mesa lentamente. Le cogió la mano a su hija.

—¿Crees que…?

—Sí. Las encontraremos. Vivas.

Capítulo 23

Viernes, 5 de febrero

Dos días antes de la Super Bowl

—¡Maldita sea, señor presidente! —exclamó el director—. El domingo es la Super Bowl. ¡Tenemos que encontrar a esos árabes! Son tiempos desesperados. Los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

El teléfono de Beckeman sonó a las 7:15 de la mañana. Era el director.

—El presidente ha designado a Omar al Mustafá como detenido bajo la Ley de la Guerra. Ahora es propiedad del gobierno de los Estados Unidos. El presidente también ha autorizado treinta minutos de técnicas interrogativas avanzadas sobre el detenido para evitar un ataque al país. Solo tú, Beckeman. Nadie más está al tanto, ni tampoco entrará en la sala. ¿Entendido?

—Lo he hecho antes.

—Así es. Reglas básicas: Nada de ahogamientos, tenazas, baterías de coche, pistolas de clavos, cortapuros o…

—¿Y qué tal una pistola eléctrica?

—Eso no lo he oído.

Denny estaba sentado en el asiento de cuero de capitán, en su centro de mando. La almohada de viaje que llevaba alrededor del cuello le proporcionaba apoyo a la columna. Se oía música rap en el radiocasete. Unos posters de *Star Wars* adornaban las paredes. Una esterilla agradable le daba un ambiente cálido a la celda de cemento. El pequeño frigorífico estaba lleno de Mountain Dew y sándwiches de helado. Dos monitores de pantalla plana le devolvían la mirada. En un monitor estaba jugando al *League of Legends*. En el otro estaba rastreando a los árabes. No podía evitar

pensar lo que había pensado desde los trece años y se dio cuenta de que siempre sería la persona más inteligente en la sala: «Soy el señor de todo el puto universo». Oyó a Buddy, el guardia, acercarse a su celda.

—Oye, Buddy, ¿puedo ducharme ahora?

—No.

Buddy pasó de largo. Vale, Denny seguía siendo la persona más lista en la sala, aunque solo hubiera una persona allí esos días. Denny miró la segunda pantalla. Estaba esperando al capullo. Era un tipo madrugador. Y aparecía un día sí, un día no. Ese día le tocaba aparecer.

«Sal a jugar» pensó.

—Hora de jugar, Omar —dijo Beckeman.

El guardia abrió la puerta de la celda y la cerró detrás de Beckeman.

—Piérdete —dijo Beckeman al guardia.

Se perdió. Mustafá estaba tendido en el catre con los ojos cerrados. Sin duda, estaba soñando con matar estadounidenses inocentes. Abrió los ojos.

—¿Te ha enviado el juez?

—¿El juez? No. Me ha enviado el presidente. Te manda recuerdos. Necesito respuestas, Omar. ¿Quiénes son los árabes?

—No los conozco.

—Trabajan para ti.

—No.

Beckeman sacó el arma eléctrica del bolsillo del abrigo y la puso en marcha. La descarga eléctrica que salió de los arcos hizo un chasquido.

—Me lo vas a decir.

Abdul leyó el mensaje de Zaheed: «El califa envía recuerdos y oraciones. Dice que le honra tu martirio. Está orgulloso de ti».

Abdul tecleó la respuesta: «Por favor, saluda al califa de mi parte».

Zaheed respondió: «Lo haré. ¿Enviaste el vídeo de la decapitación?»

Abdul tecleó: «Sí».

Denny se incorporó. Las palabras estaban en árabe, pero utilizó un traductor. Decía: «Vídeo de la decapitación».

No. No podía ser. Habían matado a las hijas del juez. Las habían decapitado. Y ahora iban a colgar el vídeo en internet para que el mundo VIERA sus muertes. Y el juez. Vería cómo cercenaban la cabeza de sus hijas.

Denny no iba a permitir eso.

No podía salvar a las hijas del juez, pero podía encontrar el vídeo y eliminarlo de internet. Derribarlo tan rápido como lo colgasen ellos. Tampoco es que tuviera otra cosa que hacer con su tiempo.

Y se lo debía al juez.

Scott estaba sentado en el escritorio de su despacho. Louis ocupaba el sofá. Los demás estaban buscando a las niñas, pero Scott había venido al juzgado a atender unos asuntos urgentes, y después reanudaría la búsqueda. Encontraría a sus hijas. Mataría a los hombres que se las habían llevado. De eso estaba seguro.

—¿Juez?

Levantó la vista y se encontró con un guardia del centro de detención en la puerta.

—¿Sí?

—Juez, esto no está bien.

Beckeman tiró al imán contra el suelo de cemento y colocó la rodilla derecha sobre el pecho. Bajó la pistola eléctrica hacia su brazo. Primero el brazo, luego el pecho.

—¡Sal de aquí, joder!

Beckeman se volvió y vio al juez, al guardia y al enorme alguacil negro en la puerta de la celda.

—¡Abre la celda! —dijo el juez.

El guardia abrió la puerta. El juez entró. El hombre negro le siguió. Ahora la celda parecía pequeña.

—Salga, juez. Tengo la autorización del presidente. De seguridad nacional.

—Yo tengo la autorización de la Constitución. Este hombre está bajo custodia federal por orden mía, no del presidente. Sal ahora mismo, a menos que quieras tu propia celda. A menos que el presidente quiera que la prensa se entere.

Beckeman miró al juez.

—Esto es una guerra, juez.

—Puede que lo sea ahí fuera, pero aquí no. Esto es un juzgado.

Beckeman soltó a Mustafá y se levantó; miró al juez y luego dejó caer el arma sobre su mano. Salió.

Scott ayudó al imán a levantarse.

—¿Está bien?

El imán se sentó en su catre.

—Sí. Creo que se estaba tirando un farol.

—Yo no lo creo.

—Pensaba que lo había enviado usted.

—¿A torturarlo?

—¿Qué haría para salvar a sus hijas?

Scott observó la pistola eléctrica.

—Si creyera que fuese a funcionar, podría hacerlo. Pero lo haría yo mismo. No enviaría a alguien a hacerlo por mí.

Volvió a observar el arma. ¿Funcionaría? El imán le leyó la mente.

—Adelante, juez. Hágalo. Nosotros se lo haríamos a usted sin dudarlo un segundo. Le cortaríamos la cabeza y se la enviaríamos a su familia.

—¿Por qué?

—Es un infiel. —Levantó el Corán—. Dios dijo: «No te lamentes por los infieles».

Scott observó al imán, y luego la pistola. Apretó el botón y apareció una descarga. ¿Por qué no debería hacerlo? El imán sabía dónde estaban retenidas sus hijas. Dio un paso hacia el imán, pero sintió una mano grande en su brazo. Se giró. Louis negó con la cabeza. Scott bajó el arma.

—Yo no soy como tú. Y esto no es Siria ni Irak. Esto es Estados Unidos. No caemos tan bajo. Somos mejores que vosotros.

El imán sonrió.

—Eso ya lo veremos. Veremos si son mejores que nosotros cuando el Dáesh ataque Estados Unidos, una y otra vez. Cuando decapiten estadounidenses en las calles estadounidenses. Entonces veremos, juez, si los estadounidenses son verdaderamente mejores que nosotros.

Denny encontró el vídeo. Acababan de subirlo a internet. Lo abrió. La escena le resultaba demasiado familiar: la bandera negra del EI, un hombre vestido de negro con una espada, un rehén arrodillado ante él. Pero esta vez había dos rehenes. Dos niñas pequeñas. Las hijas del juez. Empezó el vídeo. Denny observó horrorizado. Se tapó los ojos. No podía ver el final. Borró el vídeo.

—¿Y bien?

Era el director.

—El juez me detuvo.

—¿No esperaste a que se fuera a casa al final del día?

—No. Amenazó con ir a la prensa si no paraba.

—¿Crees que lo hará?

—No.

—¿Conseguiste algo del imán?

—No.

—¡Qué Dios nos ayude!

Beckeman colgó. El agente Stryker entró como una tromba en su despacho con un portátil.

—Capitán, tiene que ver esto.

—Vale —dijo Scott—. He dibujado la ruta para esta noche.

Todos se reunieron alrededor de la mesa de la cocina.

—Tenemos doce horas hasta el amanecer. Podemos cubrir mucho terreno esta noche.

Alguien golpeó la puerta delantera con fuerza. Scott fue hacia la puerta y se asomó; en el porche estaban el agente Beckeman y una docena de hombres trajeados. Abrió la puerta. Beckeman no parecía contento.

—Agente Beckeman.

—Juez, ¿puedo pasar?

No esperó respuesta. Entró y los demás agentes lo siguieron. Se apelotonaron en la pequeña sala de estar. Beckeman echó un vistazo a la cocina.

—Sal, Peña.

Cat salió de la cocina y el resto la siguió.

—¿Sabías esto? ¿Que habían secuestrado a las niñas?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Scott.

Beckeman desvió la mirada de Cat y la posó sobre Scott.

—Usted es juez federal. Puede hacer lo que quiera. —Señaló a Cat con el dedo—. Tú eres agente del FBI. Haces lo que te dicen.

—¿Cómo lo sabe? —repitió Scott.

—Estás suspendida, Peña. El arma y la placa.

Scott agarró las solapas del abrigo de Beckeman y le gritó en su cara:

—¿Cómo lo sabe?

Beckeman miró a Scott por un instante y bajó la mirada. Scott lo soltó. Beckeman hizo un gesto a otro agente. El agente colocó un portátil en la mesita y se sentó delante. Tecleó algo y giró la pantalla hacia Scott. En la pantalla aparecía un hombre vestido de negro con una bandana negra que le tapaba toda la cara salvo los ojos; llevaba zapatillas amarillas y una espada larga. Delante de él estaban arrodilladas Boo y Pajamae; estaban maniatadas y tenían los ojos vendados. A Scott le cedieron las rodillas; se desplomó en el suelo y cerró los ojos.

—No…

—Ponlo —dijo Beckeman.

—Espera —dijo Frank—. Eso no está bien. Scott…

—¡Ponlo!

El agente puso en marcha el vídeo. Scott abrió los ojos al oír el sonido. Quería oír las últimas palabras de sus hijas y verlas vivas una vez más. Quería matar al hombre que llevaba la espada.

—Estamos aquí en Estados Unidos —dijo el hombre—. Y seguiremos aquí hasta que Estados Unidos salga de Oriente Medio. Es nuestra tierra, son nuestras vidas, es nuestro petróleo. Idos de Oriente Medio, y nosotros nos iremos de Estados Unidos. Dejadnos en paz, y os dejaremos en paz. Hasta entonces, llevaremos la muerte y la destrucción a los estadounidenses del mismo modo que Estados Unidos ha traído la muerte y la destrucción a los árabes. Esta guerra será como Vietnam para Estados Unidos; antes de que acabe la guerra, suplicaréis por un armisticio.

Levantó la espada.

—No os mostraremos piedad. Luchamos por Alá. Por nuestra tierra. Por los musulmanes de todo el mundo. Habéis matado a nuestros hijos. Ahora nosotros matamos a los vuestros.

—Ay, por favor… ¡no nos mates! —gritó Pajamae.

—¡A. Scott va a matarte, capullo! —gritó Boo.

El hombre agarró la espada con las dos manos y la dejó caer con fuerza sobre el cuello de Pajamae…

—¡No! —gritó Louis

Pero el terrorista detuvo la espada a un centímetro de la piel de la niña. Levantó la vista hacia la cámara.

—Juez Fenney, libere al imán de inmediato o la próxima vez no detendré la espada.

La pantalla se volvió negra. A Scott le temblaban las manos, y el corazón le latía rápidamente. Boo tenía razón; iba a matarlos.

—Ponlo otra vez —dijo Beckeman.

El agente que manejaba el portátil retrocedió el vídeo al punto en que Pajamae decía: «Ay, por favor… ¡no nos mates!»

—Ha dicho algo —dijo Scott. Beckeman asintió.

—Lo han cortado. Ha dicho «Abdul».

—Gracias por impedir que Abdul nos mate —dijo Boo.

El hermano bueno les había traído más falafel.

—Mi hermano ha perdido su alma.

—¿Sabes?, si nos dejas marchar, A. Scott te ayudaría. Él es así.

—Pero os secuestramos.

—Mi madre se fugó con un golfista profesional y él la defendió.

—Cierto.

—Entonces déjanos marchar.

—No puedo. No podía dejar que Abdul os decapitara con la espada…

—¿Decapitar? —dijo Pajamae—. ¿Espada? Ay, Dios mío.

—Para salvaros la vida, tuve que hacerle una promesa a él y jurarlo por el alma de nuestro padre.

—¿Qué clase de promesa?

—Ayudarle a derrumbar el estadio el domingo.

—¿Nos salvaste con la promesa de matar a un montón de personas?

—Sí.

—Pero morirán.

—Pero vosotras no.

—Si Abdul nos matase, ¿le ayudarías a matar a toda esa gente?

—No.

—Entonces deja que nos mate.

—¿Moriríais por ellos?

—Sí.

—Yo también —dijo Pajamae.

—No importaría. Esa gente morirá igualmente.

—¿Incluso si no le ayudas?

—Sí.

—¡No podemos dejar que decapiten a esas niñas y lo cuelguen en internet! —dijo el presidente—. Se declarará una guerra sin cuartel contra los musulmanes que viven en Estados Unidos.

—YouTube debe de haberlo eliminado —dijo el director del FBI—. Desapareció tan pronto como se publicó.

—¡Encuentra a esas niñas!

Denny estaba sentado con la cabeza entre las manos. Ya había eliminado el vídeo cincuenta y dos veces. En cuando aparecía, él lo borraba. Era como jugar al guacamole. Era lo menos que podía hacer por el juez. Seguía sin poder ver el final.

Beckeman había visto *Venganza* cien veces. Eran las tres de la madrugada y necesitaba una buena película. A menudo veía una película para relajarse después de un día estresante, lo cual significaba que veía una película cada noche. Hasta que se quedaba dormido. Normalmente, en el sillón reclinable.

Si tuviera una hija y alguien la hubiera secuestrado, utilizaría todo lo que tuviera en sus manos para recuperarla. Encontraría a esos terroristas y los mataría. Rescataría a su hija y vivirían felices para siempre, como en la película.

A menudo deseaba que la vida tuviera finales felices como en Hollywood.

Colocó el DVD de *Venganza* de nuevo en la estantería y repasó con el pulgar el resto de las películas que empezaban por T. Había organizado su extensa colección alfabéticamente. Recorrió con la mirada la estantería viendo títulos al azar: *Infiel, Sin perdón, Los intocables de Eliot Ness.* Sacó ese DVD y lo insertó

en el reproductor. Necesitaba un momento Eliot Ness.

¿Por qué había dicho Frank Turner que volviera a verla?

Beckeman se dejó caer en el sillón y puso en marcha la película. Mustafá quedaría sin castigo. Aquel hijo de puta era una mala persona, pero saldría del juzgado como un musulmán libre. Porque el agente especial Eric Beckeman no era capaz de encontrar pruebas que le relacionaran con algún crimen.

Joder, Costner era muy joven cuando hizo la película. Sean Connery estaba fantástico como poli de Chicago, y Andy García molaba, era un buen tirador; pero ¿quién era el héroe? El contable cerebrito. Al Capone mataba gente y ganaba millones haciendo contrabando, pero Ness nunca lograba atraparlo. Era el cerebrito el que lo conseguía.

Beckeman se levantó del sillón de un salto.

Scott daba vueltas en la cama. Estaba amaneciendo, pero no podía dormir. Habían buscado durante toda la noche, pero no habían encontrado nada. Quizá habían pasado justo por delante de la casa donde estaban cautivas las niñas. Notó que un brazo caía sobre él. Cat lo agarró con fuerza desde atrás.

—No voy a dejarte hasta que las encontremos —dijo—. Dormiremos unas horas y luego las buscaremos día y noche. Vamos a encontrarlas.

Capítulo 24

Sábado, 6 de febrero

El día antes de la Super Bowl

—Tú encuentra a los terroristas. Nosotros encontraremos a las niñas.

Eran las nueve de la mañana siguiente. El equipo del FBI se había reunido en casa de Scott para desayunar y planear una estrategia; Consuelo había dado de comer a todos entre lágrimas, mientras rezó tres veces el rosario. El FBI no podía llevar a cabo una cacería a plena luz del día en Highland Park. Sería demasiado evidente. Alguien llamaría a los medios y una vez llegasen las furgonetas de la televisión la búsqueda terminaría. Había muchas probabilidades de que los árabes los vieran; si lo hacían, matarían a las niñas y se esfumarían. Si es que no las habían matado ya.

—¿Cómo vais a encontrar a las niñas? —preguntó Beckeman.

—Cuento con ayuda.

—¿Macklin?

El juez asintió.

—¿Qué está haciendo?

—Lo que no puede hacer el FBI.

Denny Macklin se sentó muy erguido en su silla de cuero con soporte lumbar. No podía salvar a las hijas del juez, pero aún podía salvar a cien mil personas en la Super Bowl al día siguiente. Abrió un bote de solución salina de Bausch & Lomb y echó un chorro generoso en cada ojo; no iba a pestañear siquiera mientras tuviera a aquel capullo en la pantalla. Hacía dos días que no lo había visto, y de pronto estaba allí. Otro mensaje de Siria que… ¡desapareció antes de que Denny pudiera subirse a bordo de su nave!

—¿Qué demonios está haciendo?

Beckeman se encontraba fuera de la casa del juez con el agente Stryker. Peña y Scott se habían ido para buscar a Boo y Pajamae.

—El presidente y el director nos han ordenado que encontremos a esas niñas —dijo Stryker.

—Es una táctica de distracción.

—¿Qué?

—Secuestraron a las niñas para mantenernos ocupados buscándolas mientras ellos bombardean el estadio.

—Eso fue lo que dijo Peña cuando secuestraron al juez.

—Lo sé.

—¿Y qué hacemos?

—Asegurar el estadio.

—¿Y qué pasa con los árabes?

—Mañana es domingo de Super Bowl. Vendrán a nosotros.

—Ve a por ellos y mata a esos putos árabes.

Era lo único en lo que pensaba esos días. Héctor observó desde el escritorio a José y Gilberto, sus dos mejores sicarios, que estaban de pie ante él en su hacienda.

—Estas son mis órdenes: cruzad el río y entrad en Estados Unidos esta noche. Conducid hasta Dallas sin retrasaros. Encontrad a Jorge y a Manuel. Recuperad mi dinero. ¡Y matad a los putos árabes!

Héctor ofreció su preciado machete. José lo tomó. Él y Gilberto habían volado a Cancún desde Nuevo Laredo aquella mañana en uno de los aviones Gulfstream de Héctor. Tomarían el avión de vuelta, entrarían en Estados Unidos, y luego conducirían hasta Dallas. Llegarían temprano la mañana siguiente y matarían a los putos árabes. A Héctor no le cabía duda de eso. Habían completado con éxito numerosas tareas en Estados Unidos sin que los arrestaran o identificaran; sus caras no figuraban en ninguna base de datos de la policía. En América eran fantasmas.

—Traedme sus cabezas, por favor.

—Ay, Héctor…

La mujer entró en el despacho con su bonita cabeza enterrada en una revista brillante. Levantó la vista y miró directamente a José y Gilberto. Vio sus caras. ¿Había oído la orden de Héctor?

—Perdona. No sabía que tenías compañía. Hablamos luego.

Se giró y se marchó balanceándose. José y Gilberto le miraron el culo. Enseguida se dieron cuenta de su error y se

sonrojaron. Bajaron la mirada al suelo avergonzados. Pero Héctor observaba con tristeza la puerta abierta por la que había salido aquella mujer. Habían estado juntos durante un año; ella había vivido con él los últimos diez meses. Habían sido los mejores diez meses de su vida. Pero en un abrir y cerrar de ojos, había llegado el final. Suspiró.

—Bueno, muchachos, ¿tenéis alguna pregunta sobre el encargo?

Gilberto levantó la mano como un escolar.

—¿Sí?

—Tengo dos preguntas.

—Vale.

—Jefe, he matado muchos hombres por ti, pero nunca le he cortado la cabeza a nadie.

—¡Ah! ¿Eres reacio por tus creencias religiosas?

Gilberto había sido monaguillo antes de convertirse en sicario.

—Ah, no, jefe, no es eso. Solo me preguntaba si deberíamos matarlos antes de cortarles la cabeza o después.

José puso los ojos en blanco.

—Bueno, Gilberto —dijo Héctor—, una vez que les cortes la cabeza, estarán muertos, ¿sabes? Así que no hay un después.

Gilberto asintió.

—¡Ah! Tiene sentido.

—Hay menos probabilidades de mancharte las botas de sangre si los matas primero y dejas que la sangre se asiente, luego les cortas la cabeza —explicó José.

Héctor señaló a José.

—Ves, un hombre práctico. Por eso José es mi sicario número uno. Nunca deja que las emociones le alteren el juicio. Pura eficiencia.

José se encogió de hombros.

—De todas formas, Jorge nunca me cayó muy bien.

Héctor soltó un gruñido a modo de respuesta.

—Bueno, Gilberto, ¿cuál es la otra pregunta?

—Jefe —dijo Gilberto—, mañana es la Super Bowl. Juegan los Cowboys. Me encantan los Cowboys. ¿No podemos matar a los putos árabes el lunes? Quiero ver el partido.

José volvió a poner los ojos en blanco y empezó a reñir a su joven pupilo, pero Héctor levantó la mano para detenerlo. Gilberto solo tenía diecinueve años, así que debía ser paciente con

él. Solo era un chiquillo. Un asesino despiadado, pero seguía siendo un chiquillo.

—Si matáis a los putos árabes mañana por la mañana, podéis ir al partido por la tarde. Tengo un abono de temporada, así que hay entradas en la línea de mediocampo para la Super Bowl para vosotros.

—¿Tienes un abono de temporada para los partidos de los Cowboys? ¿A cuántos partidos has ido este año?

—Por desgracia, a ninguno. Las órdenes judiciales federales pendientes para arrestarme en Estados Unidos me impiden asistir.

Héctor lanzó las entradas para la Super Bowl al escritorio.

—Las entradas son vuestras cuando completéis el encargo.

Gilberto recogió las entradas del escritorio y las miró como algunos hombres contemplarían el oro.

—Jefe, sí, mataremos a los putos árabes mañana. Y luego iremos al partido. Siempre he querido ver la Super Bowl en vivo. Gracias, jefe. Gracias.

Solo era un chiquillo. Héctor sacó la cartera y contó mil dólares estadounidenses para cada hombre.

—Para el partido. —Luego añadió otros quinientos—. Para mis hijos. Por favor, compradles camisetas de los Cowboys. Creo que de Tony Romo.

El agente Stryker estaba de pie en el segundo nivel de la línea de mediocampo. El estadio no era solo un campo de fútbol; era un recinto multiusos. Alojaba rodeos, lucha libre, fútbol, la Final Four de baloncesto de la universidad, conciertos de los Rolling Stones y George Strait, los ACM Awards, carreras de motocross, competiciones de camiones y fiestas de pijamas de Boy Scouts. El suelo podía pasar de ser un campo de fútbol a una pista de tierra para camiones de carrera en cuestión de horas. Y la tierra, la utilería, el césped, los postes de fútbol, los escenarios, las luces y el equipamiento necesarios para cada evento se almacenaban en decenas de enormes almacenes situados debajo de Stryker. Unos almacenes lo suficientemente grandes como para alojar una bomba masiva. El FBI había registrado todos los almacenes del estadio. No había ninguna bomba.

Eran las siete de la tarde. Habían estado buscando durante todo el día. Caminaron por las calles y los callejones que rodeaban el campus de la universidad. Buscaron cualquier pista que condujera

a las niñas o a los musulmanes. Claro que, intentar encontrar a un musulmán en Highland Park era como intentar encontrar un demócrata en el mismo lugar. Era como buscar una aguja en un pajar. Saber que sus hijas estaban cerca, en alguna de aquellas casas, amenazaba con alterar la cordura de Scott ese día. Tenía que encontrar a sus niñas. Debía salvarlas. Un padre protege a sus hijas.

«¿Entonces no decapitaste a las rehenes como ordené?».

«No».

«¿Por qué no?».

«No era viable».

«¿Interfirió tu hermano?».

«Sí».

«¿Permitiste que tu hermano pequeño te impidiera seguir mis órdenes?».

«Dijo que, si mataba a las rehenes, no me ayudaría con el estadio. Lo necesito. Así que le hice jurar por el alma de nuestro padre que llevaría a cabo la misión del estadio si les perdonaba la vida a las niñas».

«¡Ah! Se ha encariñado de las rehenes. Eso puede pasar, sobre todo cuando son jóvenes y mujeres. Siempre es mejor secuestrar hombres blancos mayores, preferiblemente judíos, porque hay pocas probabilidades de encariñarse de ellos».

«Pero el impacto emocional de retener a dos niñas pequeñas es crucial».

«Eso es verdad. Solo asegúrate de que tu hermano no pierda los nervios mañana».

«Quiere ser abogado».

«Yo quería ser el siguiente Rinaldo. Alá tenía otros planes para mí».

Beckeman contempló el césped artificial verde del campo. Había jugado al fútbol en el instituto, como la mayoría de los chicos, y había soñado con jugar de forma profesional, como algunos chicos.

Pero Dios tenía otros planes para él.

Ganarse la vida jugando al fútbol debía ser una forma sencilla de vivir. Jugar un partido cada semana durante seis meses. Cada partido se disputa dentro de las franjas blancas que

delinean el campo. Los árbitros señalan las faltas e imponen sanciones. Todo el mundo jugaba siguiendo las reglas, más o menos. La mayor transgresión de las normas de la que debía preocuparse el comisionado era que un mariscal de campo desinflase el balón para agarrarlo mejor.

No tenía que preocuparse porque un terrorista islámico pudiera hacer volar un estadio.

En menos de veinticuatro horas, cien mil espectadores llenarían las gradas. Luciría los colores de su equipo, camisetas y pintura para la cara. Beberían cerveza y margaritas, comerían nachos y perritos calientes, vitorearían y abuchearían. Mirarían la acción sobre el campo y las repeticiones en la pantalla que colgaba por encima de sus cabezas. Se sentirían felices, libres y vivos. No sabrían que sus vidas estaban en peligro, que siempre lo habían estado. ¡Qué reconfortante debe ser vivir en la más absoluta ignorancia de todo el peligro latente! En una inocencia feliz. Beckeman se sentía como el agente Kay de *Los hombres de negro,* cuando le dice al agente Jay: «Siempre hay un crucero de batalla alienígena, o un rayo mortal carniano, o una plaga intergaláctica que está a punto de aniquilar la vida de este planeta, y para que la gente pueda continuar con su feliz vida, la única manera es que no sepan nada».

—Capitán, hemos encontrado unos hermanos en la mezquita. Se apellidan Siddiqui.

Stryker se había acercado para hablarle.

—¿Y?

—Estudian Derecho en la Universidad Metodista del Sur.

—¿Y?

—Uno es alto y el otro bajo.

—¿Y?

—El alto juega al fútbol.

—¿Y?

—Se llama Abdul.

Cien mil personas podrían morir al día siguiente porque Denny Macklin no había conseguido encontrar a los terroristas. Se sentó en la silla de su centro de mando; los dos portátiles estaban en marcha, el *software* escaneaba cada palabra procedente de Siria en cualquier foro y sala de chat.

Nada.

Eran las nueve de la noche en Dallas y las cinco de la mañana

en Siria. Los mensajes anteriores que había visto habían sido enviados desde Siria entre las cuatro y las siete de la tarde. Ya estaban fuera de rango.

Mierda.

Era el hacker más inteligente del mundo. Pero estaba en esa celda por serlo, su portentosa inteligencia le había traído problemas. Por fin lo había entendido. Había fallado a su padre. Se había fallado a sí mismo. Al mundo. Y ahora había fallado a las hijas del juez. Denny Macklin era un fracaso.

«Allahu Akbar, Zaheed».

Al principio, el cerebro de Denny no asimiló las palabras de la pantalla. Demasiadas noches sin dormir, demasiadas horas mirando textos digitales en las pantallas, demasiado Starbucks.

«Allahu Akbar, Abdul».

Esta vez su cerebro sí reconoció las palabras. Denny saltó de la silla y embarcó en el mensaje. Permaneció conectado. Pasaron de Siria al Cairo, de Casablanca a Lisboa y Londres; de Quebec a Chicago y Dallas…

«Mierda», maldijo en su cabeza.

Scott y Cat se dirigían hacia el este, por University Boulevard, hacia el oeste del campus de la universidad. Caminaban, buscaban, esperaban, rezaban. Era de noche, pero Highland Park tenía farolas. Sonó el teléfono de Scott. Contestó.

—Juez, soy Denny. Los he encontrado. Estudian Derecho en la Universidad Metodista del Sur. Uno se llama Abdul. Y ahora mismo está en un ordenador, en la biblioteca, hablando con alguien en Siria que se llama Zaheed. Ve para allá y agarra a ese capullo. Y juez, siento lo de sus hijas.

—Están vivas, Denny. No las mató en ese vídeo.

—¡Ah, gracias a Dios!

Scott colgó y le dijo a Cat:

—Uno de los árabes está en la biblioteca de la facultad de Derecho, en un ordenador. Se llama Abdul.

Echaron a correr. Solo estaban a una manzana de la facultad de Derecho. Sortearon el tráfico de Hillcrest y cruzaron en dirección al campus. Giraron al norte, tomaron un atajo entre los edificios y corrieron escaleras arriba hasta la entrada principal de la Biblioteca de Derecho Underwood.

Abdul miró por la ventana del tercer piso y vio al juez y a su novia del FBI correr, a través del patio interior iluminado, y subir los escalones de la entrada de la biblioteca que llevaban al segundo piso. «Mierda», pensó. Lo habían encontrado de algún modo.

Era la hora.

Se desconectó y salió de la sala de ordenadores, en dirección al patio interior adyacente. Podía ver la entrada. El juez y la agente del FBI estaban en el piso de abajo. ¿Irían por las escaleras o por los ascensores? Esperó y observó; pararon a un alumno. El alumno señaló hacia arriba. Abdul retrocedió para esconderse y luego volvió a asomarse. La pareja se dirigió a los ascensores que estaban debajo de él. Se puso el gorro y corrió hacia las escaleras que estaban al otro lado del patio interior. Se unió a un grupo de estudiantes que bajaban.

Cat entró en el ascensor. Scott la siguió y luego se detuvo.

—Tú toma el ascensor —dijo—. Yo iré por las escaleras.

Scott retrocedió. Las puertas del ascensor se cerraron y él corrió hasta la escalera. Subió los escalones de dos en dos. Un grupo de estudiantes que bajaba pasó por su lado a toda prisa; no había nada en ellos que le llamase la atención. Llegó al tercer piso y… ¡se quedó helado!

Uno de los estudiantes llevaba zapatillas amarillas.

Miró hacia abajo, al descansillo del segundo piso; vio las zapatillas amarillas. Ese era el hombre que se había llevado a sus hijas, que había balanceado la espalda sobre el cuello de su hija. El hombre al que iba a matar. Aquel hombre estaba a tan solo cuatro metros de distancia de Scott.

—¡Abdul!

El hombre titubeó, pero no levantó la vista. Echó a correr.

—¡Mierda!

Scott volvió a bajar corriendo la escalera y se adentró en el vestíbulo. Se detuvo y miró a su alrededor. No vio a Abdul. Salió corriendo por la entrada principal y volvió a ver las zapatillas amarillas; el hombre corría rápidamente por el patio interior de la facultad de Derecho, en dirección a unos árboles oscuros. Scott lo persiguió.

Se abrieron las puertas del ascensor y salió Cat. Sacó el arma de la

riñonera. La sostuvo pegada a la pierna para evitar llamar la atención. La sala de ordenadores estaba junto a los ascensores. Se detuvo frente a la puerta. «SOLO ESTUDIANTES DE DERECHO», rezaba el letrero. Entró y echó un vistazo a la sala. Solo había unas pocas cabezas visibles por encima de los cubículos. Ningún estudiante parecía árabe. Miró por la ventana y vio a Scott corriendo iluminado por las luces, fuera del edificio, en dirección a los árboles.

—Lo he perdido.

Scott había perseguido a Abdul, pero lo había perdido en la oscuridad de los árboles del campus. Volvió a la facultad y se encontró con Cat, que había salido corriendo detrás de él.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Llamar al decano.

—¿Por qué?

—Abdul es estudiante de Derecho.

Se reunieron con el decano en su despacho, en el edificio principal de la facultad de Derecho. Él llegó en pocos minutos; vivía muy cerca. Cuando un juez federal dice que es una emergencia y que necesita su ayuda, el decano de la facultad de Derecho ayuda. Scott conocía al decano personalmente; le presentó a la agente Peña.

—Scott —dijo el decano—, son más de las diez. ¿Cuál es la emergencia?

—Richard, los mismos hombres que me secuestraron se llevaron a mis hijas de casa el lunes. Las tienen retenidas aquí, en Highland Park. Forman parte de la conspiración para hacer volar el estadio mañana, y acabamos de descubrir que son estudiantes de Derecho.

—¿Cómo?

—Es una larga historia. Pero necesitamos tu ayuda.

—Por supuesto. ¿Qué puedo hacer?

—¿Tienes estudiantes de Derecho musulmanes?

—Unos pocos.

—¿Algunos que sean hermanos?

—Dos. Abdul y Sadam…

—Siddiqui —completó Beckeman al entrar en el despacho del decano.

—¿Y usted es? —preguntó el decano.

—El agente especial Beckeman, del Grupo de Lucha Contra el Terrorismo.

El decano señaló a Cat.

—Pensaba que ella era del FBI.

—Está suspendida. Tenemos que encontrar a los hermanos Siddiqui. Rápido.

—¿Ellos son los terroristas?

—Así es.

El decano se sentó detrás del escritorio y consultó la pantalla del ordenador.

—No han venido a clase durante la última semana.

—¿Alguna idea de por qué?

—No.

—¿Tiene fotos de ellos?

Volvió a mirar la pantalla.

—No. No hay nada en sus expedientes. Pero tienen el aspecto común y corriente de unos estudiantes de Derecho.

—¿No llevan el atuendo tradicional musulmán?

—No. Llevan el atuendo tradicional de Highland Park.

—¿Números de teléfono?

—Esto es lo que tenemos en el archivo.

Anotó los números en una libreta, arrancó la página y se la dio a Beckeman.

—¿Dirección?

De camino a la casa de los hermanos Siddiqui, los agentes del FBI hablaban de forma exaltada, pero Scott estaba sentado en el asiento trasero con un único pensamiento en la mente: «Voy a matar a Abdul Siddiqui».

Los números de teléfono ya no funcionaban, así que fueron en coche hasta la dirección proporcionada. Stryker conducía el sedán; Beckeman estaba sentado en el asiento del copiloto, y Peña y el juez, detrás. Aparcaron delante de una casa en la avenida Lorraine. Estaba al otro lado de Highland Park, bastante lejos del estadio de la universidad. Lo bastante como para que se oyera a la

banda tocar. El juez les había hablado de la música que se oía en la llamada de teléfono. Llamaron a la puerta, les abrió una señora mayor en bata. Beckeman le enseñó la placa.

—Señora, soy el agente Beckeman, del FBI. ¿Conoce a Abdul y Sadam Siddiqui?

—Sí. Son buenos chicos. ¿Están bien?

—Estamos intentando localizarlos. ¿Viven aquí?

—Ya no. Alquilaron una habitación aquí detrás, pero se mudaron antes de Navidad.

—¿Dejaron alguna dirección de destino?

—No. No han hecho nada malo, ¿verdad?

Volvieron al sedán.

—¿Cómo los hemos perdido? —preguntó Peña.

—Se mudaron.

—Y son estudiantes de Derecho —dijo Stryker—. ¿Quién iba a pensar que unos estudiantes de Derecho serían yihadistas? —Estaba mirando su iPad—. Aquí están. Los entrevistamos en noviembre. Estaban limpios, sin antecedentes ni conexión con grupos yihadistas…

—Estaban conectados con el imán —dijo Beckeman.

—Muchos hombres musulmanes rezaban en la mezquita. —Dio unos golpecitos en el iPad—. Hicimos un registro durante el seguimiento, para asegurarnos.

—¿Cuándo?

—Hace diez días. Después de que secuestraran al juez.

—Pero no viven aquí desde Navidad.

Stryker frunció el ceño y volvió a mirar el iPad.

—Ah, no lo hicimos aquí. Lo hicimos en otra casa. En Drexel Drive.

Carlos y Bobby caminaban por la acera en Drexel Drive.

—Entonces, si me encuentro con un zombi —dijo Carlos—, le clavo la navaja automática en la cabeza.

—¿Llevas una navaja automática? —inquirió Bobby.

—¿Tú no?

Bobby miró a Carlos por un instante y luego olisqueó el aire.

—¿Eso eres tú?

—No me he tirado un pedo, si te refieres a eso.

—¿Es tu loción para después del afeitado?

Había un olor dulce en el aire. Carlos olisqueó.

—No, tío, no soy yo.

Carlos miró a su alrededor con recelo y luego levantó la vista y señaló hacia arriba.

—Es él.

Bobby miró hacia arriba. Había un chico sentado en la rama de un enorme roble que se cernía sobre la acera. Highland Park era famoso por sus robles. Pero no por los chavales que fumaban hierba en los robles.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Bobby—. Es más de medianoche. Y hace frío.

—No tengo frío —contestó el chico.

—Bájate de ese puto árbol —dijo Carlos.

—Que te jodan —respondió el chico.

—Soy policía secreta. Ahora, bájate.

—No tienes pinta de poli.

—Por eso lo llaman secreta, bobo.

—Enséñame la placa.

Carlos le mostró la placa al chico y le susurró a Bobby:

—La conseguí en un mercadillo. Supuse que sería práctica algún día.

El chico bajó del árbol. Parecía tener unos quince años. Siguió fumándose el porro.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Estamos buscando a un par de árabes —dijo Carlos— que venden drogas a los menores.

—Mola. Como en la televisión.

—Sí. Como en la televisión. ¿Has visto a alguien con ese aspecto por aquí?

—Sí.

—¿Dónde?

—Detrás de mi casa.

—¿Qué?

—Tenemos una pensión detrás. Se la alquilamos a los universitarios ricos. Desde que mi padre nos dejó para arrejuntarse con su secretaria, necesitamos el dinero. Le pagan a mi madre en efectivo, así no tiene que pagar impuestos. Es la ley.

—¿Ah sí? —dijo Bobby.

—Sí. Mi madre dice que, si los mejicanos que cortan el césped no tienen que pagar impuestos por su dinero en efectivo,

¿por qué iba a hacerlo ella? —Miró a Carlos—. No te ofendas.

Carlos se encogió de hombros.

—Cuando techaba casas, nos pagaban en efectivo. Nunca pagué un céntimo en impuestos.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Bobby.

—¿Los mejicanos que nos cortan el césped?

Los porros estaban dejando idiota perdido al chaval.

—No. Los árabes que viven en tu pensión.

—Ah. Abdul y Sadam. Son estudiantes de Derecho.

—¿Solo ellos dos?

—Sí.

—¿Has visto a alguien más con ellos? ¿Tal vez dos niñas?

—Nunca los vemos. La pensión está detrás del garaje; no se puede ver desde la calle ni desde la casa. Entran y salen por el callejón. Creo que no hacen otra cosa que estudiar.

—¿Ellos te han dado la hierba?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que no me chive a mi madre. Tienen un gato en casa.

—¿Un gato?

—Sí. Mi madre tiene una regla estricta: está prohibida la entrada de animales de compañía. Los echaría si lo supiera. Así que me dan hierba para asegurase de que cierre el pico.

—Extorsión. Un delincuente en potencia.

—No se lo digáis a mi madre, ¿vale? Ya va a terapia por lo del divorcio. Esta es mi terapia. —Dio una calada al porro.

—Dame eso. —Carlos le quitó el porro de la boca—. Fumas maría delante de un poli. Esta mierda puede joderte el cerebro. Vamos a hacer una cosa. No se lo diré a tu madre si tú me das una llave de la pensión.

—¿Una llave?

—Sí, una llave de la puerta principal.

—Bueno… vale.

El chico se giró y se metió corriendo en la casa. Carlos se encogió de hombros y le dio una calada al porro. Inhaló, retuvo el humo dentro, exhaló lentamente y dijo:

—Buena mierda.

El chico volvió con una llave, se la entregó a Carlos.

—Dame mi porro.

—Lo siento, chico. Es una prueba. Ahora mueve el culo,

métete dentro y quédate ahí.

El chico murmuró: «Putos polis», pero entró en la casa. Carlos se terminó el porro y Bobby llamó a Scotty. La llamada aún no había terminado cuando un sedán negro apareció rápidamente y se detuvo junto a ellos. Scotty se bajó de un salto. Tres agentes del FBI lo siguieron. Carlos dejó caer el porro y lo apagó de un pisotón.

—Pasamos por aquí —dijo Scott—. La primera noche que salimos a buscar.

—No se puede ver la pensión desde la calle —dijo Cat.

Beckeman se había escabullido para echar un vistazo rápido a la casa. Scott estaba en la acera, hablando con el juez Herrin y el hombre latino que se llamaba Carlos. Cat se dirigió al agente Stryker.

—Hemos estado buscando a estas niñas por Highland Park desde el jueves, cuando supimos que estaban secuestradas cerca de la universidad.

—Debiste decírnoslo.

—¿Por qué no me dijiste que habías registrado una casa de Highland Park?

—Se dijo en una de las reuniones.

—No me llegó esa información.

Stryker señaló con la cabeza a Scott y luego bajó la voz:

—A lo mejor esa mañana te estabas tirando al juez.

Cat contuvo las ganas de darle un puñetazo y, cuando estaba a punto de perder la batalla, llegó Beckeman. Sacudió la cabeza en respuesta a las preguntas que no habían llegado a formular.

—Está oscuro. Han echado las cortinas. No se oye nada. Seguramente están durmiendo.

—Las niñas están ahí —dijo Scott—. Vamos a entrar. Tenemos una llave.

—Tal vez estén ahí o tal vez no. Quizás han puesto una trampa en la casa. Si tropezamos con una cuerda trampa, podríamos hacer volar la casa y matar a todos los que estén dentro, incluidas sus hijas. Tenemos que llamar a los profesionales. —Se volvió hacia Stryker—. Llama al Equipo de Rescate de Rehenes.

Capítulo 25

Domingo, 7 de febrero, día de la Super Bowl

7:00, nueve horas antes de la patada inicial

El Equipo de Rescate de Rehenes se agrupó en el exterior de la pequeña pensión en Highland Park. Esperaban el alba. Los operadores llevaban cascos y chalecos antibalas y empuñaban armas de asalto. Entrarían con fuerza, rápido, rescatarían a las dos rehenes y capturarían o matarían a los dos terroristas.

Si es que tenían suerte.

Si no tenían tanta suerte, si los terroristas sabían que iban a entrar y abrían fuego cuando echasen la puerta abajo, o si habían llenado la casa de explosivos, algunos de ellos morirían; los terroristas, con suerte, morirían; las rehenes morirían seguro. El líder del Equipo de Rescate de Rehenes, Roger Dedman, vivía para esos momentos. Y algún día moriría en uno de esos momentos.

¿Era ese el día?

—Hoy es el día, hermano mío. Hoy nos reuniremos con Alá.

Su hermano mayor parecía emocionado. Ambos se habían teñido el pelo de rubio y se habían afeitado para parecer estadounidenses y no árabes. Abdul estaba de pie delante del espejo de cuerpo entero de la habitación. Su hermano pequeño, tumbado en la cama, miraba las noticias de la mañana; ya llevaba su uniforme. Contempló el torso desnudo de su hermano mayor. A lo largo del pecho llevaba dos palabras tatuadas: *«Allahu Akbar»*. En la espalda tenía más palabras tatuadas con una fuente bonita: «Infundiremos el terror en el corazón de los infieles, Corán 3:151». Su hermano era, sin duda alguna, un yihadista comprometido, eso tenía que reconocérselo. Él no lo era. Pero no tenía elección. Había jurado por el alma de su padre que ayudaría a su hermano si él no mataba a las niñas. Abdul no las había matado, así que él honraría su juramento. Se comió los cereales Cheerios con miel, pero pensó que podría vomitar.

Diez minutos más tarde, el cielo se había aclarado lo suficiente como para ver la pequeña pensión. Un Kia Sorrento a nombre de Abdul Jabaar Siddiqui estaba aparcado fuera. El Equipo de Rescate de Rehenes estaba preparado para entrar en la casa. Habían evacuado toda la manzana por si los sospechosos habían colocado explosivos en la vivienda; por si hubieran elegido reunirse con Alá en vez de enfrentarse a la justicia estadounidense. Todo el mundo sabía que podía ser una misión suicida, tanto para los sospechosos, como para los rescatadores y las rehenes. Beckeman se volvió hacia Roger Dedman, el hombre a cargo de aquella misión de rescate, el primero en entrar por la puerta, y dijo:

—Ve a por las rehenes.

—Tiraremos la puerta —dijo Dedman.

—Espera. —Beckeman se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave—. Toma.

—¿Tiene la llave de la casa? ¿Cómo es eso?

—Una larga historia.

Dedman se volvió hacia el juez y dijo:

—Le traeré a sus hijas yo mismo.

Dedman se alejó y Beckeman miró al juez. Estaba pálido de miedo. Pero no por él, sino por sus hijas. El juez quiso entrar cuando encontraron la casa, pero Beckeman —y Peña— le habían convencido de que lo más seguro para las niñas era esperar al Equipo de Rescate de Rehenes.

—Juez, tenemos al equipo de rescate y una ambulancia a la espera preparada para llevar a sus hijas al hospital. —Se giró y le tendió la mano a la agente Peña—. El arma y la placa, Peña.

Todavía no había entregado ninguna de las dos cosas. Empezó a decir algo, pero el sonido que provocaba un helicóptero de las noticias sobre sus cabezas ahogó las palabras. Beckeman señaló al agente que estaba más cerca.

—¡Saca ese helicóptero de aquí!

Los medios se enteraron de la historia y habían acudido a la escena. Eso irritaba muchísimo a Beckeman, pero al menos el pueblo estadounidense vería al FBI en acción, arriesgando sus vidas para salvar otras.

Dentro de la casa, Boo sujetó el cortaúñas e intentó cortar la

cuerda que tenía atada alrededor de las manos. Llevaba toda la noche trabajando. Oyó que Pajamae se revolvía a su lado.

—¿Mamá?

Pajamae solía llamar a su madre en sueños.

—Soy yo, Pajamae. Boo.

—Oh, no, pensaba que era una pesadilla, pero es real. Seguimos atadas.

Pajamae empezó a llorar. Era un llanto fuerte.

—¡Chist! Vas a despertar a los hermanos.

Boo siguió manipulando el cortaúñas más rápido aún.

El Equipo de Rescate de Rehenes estaba en el porche delantero. Dos operadores llevaban mantas antiexplosivos; al entrar en la casa, su trabajo consistiría en localizar a las rehenes y taparlas con las mantas y sus propios cuerpos antes de que explotase la bomba. Si es que había alguna. Roger Dedman pegó la oreja a la puerta.

—Están llorando —dijo en voz baja—. Tenemos que entrar. Ya.

Abdul Jabbar se contemplaba a sí mismo en el espejo del dormitorio.

—Padre estaría orgulloso de nosotros hoy. *¡Allahu Akbar!,* hermano mío.

—*Allahu Akbar* —dijo su hermano, como si estuviera a punto de tragarse una píldora letal.

—Pajamae, no llores.

Boo intentaba cortar la cuerda con el cortaúñas a toda velocidad. Tenía que soltarse las manos antes de que se despertasen los hermanos. ¡Tenía que liberarse y liberar a su hermana para poder escapar! ¡Antes de que Abdul les cortase la cabeza!

Beckeman observaba al equipo de asalto en la puerta, a quince metros de distancia, pero escuchaba sus conversaciones por radio. El juez y su gente estaban reunidos alrededor.

—¿Están llorando? —dijo el enorme alguacil negro.

Dedman metió la llave en la cerradura de la puerta principal, la intentó girar pero la llave no giraba.

Se oyó la voz de Dedman por la radio:

—La llave no va. Entramos por la fuerza. Traed el ariete.

Beckeman volvió a oír la voz del alguacil.

—¿Están llorando?

—Hoy, hermano mío, daremos un golpe por nuestro padre. Por todos los musulmanes. Por… —Abdul ladeó la cabeza—. Hermano, ¿has oído algo?

—Creo que no.

—Comprueba la puerta principal.

—Me estoy comiendo los Cheerios.

Abdul suspiró y se dirigió a la puerta.

—¿Están llorando?

Louis Wright ya no podía aguantar más. Sus niñas estaban llorando, y él no estaba haciendo nada al respecto. Decidió hacer algo.

—No necesito un ariete.

Louis echó a correr en dirección a la puerta principal.

—¡Hombretón!

Carlos vio el enorme cuerpo de Louis corriendo hacia la puerta como si lo estuviera persiguiendo la policía. Siguió a su amigo.

—¡Ya voy, hombretón!

Louis pesaba ciento cincuenta kilos; Carlos solo noventa. Por lo tanto, Carlos lo alcanzó a medio camino hacia la puerta. Corrieron más rápido. Estaban a tres metros de la puerta cuando el equipo de rescate lo vio; los agentes se apartaron.

—¡Vamos a dar hostias! —gritó Carlos.

Scott vio cómo Louis y Carlos corrían hacia la casa, y luego miró a Cat; ambos rompieron filas y corrieron detrás de ellos.

Las manos de Boo quedaron libres de las cuerdas. Se quitó la venda de los ojos de un tirón. Parpadeó al sentir la luz. Miró a su alrededor. Le quitó la venda a Pajamae.

Abdul llegó a la puerta principal. Agarró el pomo de la puerta. Lo giró.

Louis y Carlos se abalanzaron contra la puerta, doscientos cuarenta kilos de estadounidenses cabreados de piel negra y morena. La madera se hizo astillas con el impacto.

¡Crac! La puerta principal se vino abajo. Sonaba como si la casa estuviera derrumbándose sobre ellas. Boo y Pajamae gritaron.

Abdul se detuvo ante la puerta abierta y refunfuñó. Debía de haber sido el repartidor de periódicos. Se agachó y recogió el periódico matinal que estaba en la entrada. Cerró la puerta y volvió a la habitación.

Louis y Carlos cayeron al suelo junto con la puerta rota, rodaron y se levantaron de un salto como unos comandos. Carlos sacó la navaja.

—¡Venid a por mí, putos musulmanes locos! ¡Nunca habéis intentado decapitar a un mexicano!

Louis vio a las niñas.

—¡Pajamae! ¡Boo!

—¿Louis? ¿Carlos? —dijo Boo—. ¿Qué rayos hacéis todos aquí?

Se lanzó encima de ellas y esperó a que explotase la bomba.

Dedman saltó por encima de lo que quedaba de la puerta principal y echó a correr hacia el interior. Se encontraban en una

pequeña sala de estar con una cocina al fondo. Solo vio al enorme hombre negro y a dos niñas acurrucados en el suelo. Bueno, no había ninguna bomba.

—No hay sospechosos en la primera habitación —dijo al micrófono.

El hombre negro se incorporó. La rehén blanca levantó las manos como si fuera una ladrona de bancos a la que hubieran pillado *in fraganti*. Dedman se dio cuenta de que la estaba apuntando con el arma y la bajó. La rehén negra estaba tendida en el suelo, hecha una bola y sollozando.

Scott y Cat siguieron al equipo de rescate hacia el interior de la casa. Scott corrió hasta alcanzar a las niñas y se dejó caer de rodillas; Boo saltó hacia sus brazos. Cat desató a Pajamae y la abrazó. Luego Pajamae fue hacia su padre. Todos lloraban. Scott abrazó a sus niñas, su vida.

Beckeman entró en la casa. Los agentes corrían de un lado para otro; no oyó disparos ni explosiones. Los agentes volvieron a la sala de estar con las armas bajadas.

—La casa está despejada.

Beckeman se colocó junto al hombre mexicano del juez y dijo:

—Guarda esa navaja antes de que te hagas daño.

Karen veía las noticias en casa. Sonó el teléfono. Era Bobby.

—Las niñas están a salvo.

Dejó caer el teléfono y empezó a llorar en el suelo.

Consuelo rezó cuatro rosarios esa mañana. Había encendido tantas velas que la noche se había convertido en día, una hora antes, en su casa. Cuando dijeron en la televisión que las niñas estaban vivas y a salvo, cayó al suelo de rodillas y dio gracias a Dios.

Denny Macklin y Buddy lloraban delante del televisor de la celda. Buddy dio una palmadita a Denny en el hombro.

—Denny, has logrado que tu padre se sintiera orgulloso.

Beckeman estaba en medio de la habitación con las rehenes, el juez, el alguacil negro, el torero mexicano y la agente Peña. Sus hombres registraron la casa pero no encontraron nada. Beckeman levantó las manos.

—¿Dónde demonios están?

—Mira —dijo Abdul Jabbar Khalid.

Señaló el televisor. La escena que mostraba era la casa de los hermanos Siddiqui. El FBI había irrumpido en la casa y había encontrado a las niñas. Pero no a ellos.

—¿Ves? Ha funcionado —dijo Abdul—. El FBI es estúpido, arrogante y prejuicioso. Se creyeron nuestra pista anónima sobre Haddad y el imán y la trampa que le tendimos a los Siddiqui sin cuestionárselo. Son musulmanes, por lo tanto, tienen que ser terroristas.

—El imán es un terrorista.

—Mucho mejor para nuestro plan.

Al dar el chivatazo al FBI sobre la trama de la bomba, sobre Aabdar Haddad y sobre el imán, el FBI pensaba que había atrapado a los terroristas, así que, inconscientemente, se habían relajado, como los futbolistas cuando saben que han ganado el partido. Entonces secuestraron al juez y exigieron la puesta en libertad del imán; secuestraron a las niñas y exigieron la puesta en libertad del imán; colgaron el vídeo en YouTube y exigieron la puesta en libertad del imán. Eso reforzó la conclusión de que el imán debía ser el cerebro. El FBI había centrado toda su atención en el imán, lo cual había hecho que Abdul y Saadi Khalid pasaran desapercibidos. Tendieron la trampa a los hermanos Siddiqui para ese momento: el FBI estaba allí, y los hermanos Khalid estaban aquí. Y lo cierto era que disfrutaba tomarle el pelo al FBI; un lobo solitario que escapa de su vigilancia de alta tecnología. «¡Atrapadme si podéis!», se decía eufórico. No podían atrapar a Abdul Jabbar Khalid.

—Ven, hermano, vamos a llevar a cien mil cristianos y judíos a conocer a Alá.

Abdul y Saadi salieron de la casa que habían alquilado en el este de Dallas y se subieron a un Honda Civic. El destino aguardaba a los hermanos Khalid.

—Espero que las niñas estén bien —dijo Saadi.

—Estamos sangrando —dijo Boo.

—¿Sangrando? —Scott llamó a los agentes—. ¡Están sangrando! ¡Necesitamos ayuda por aquí!

Dos técnicos de emergencias médicas se acercaron con un botiquín. Se arrodillaron en el suelo, abrieron el maletín y, a continuación, se pusieron unos guantes de látex.

—Túmbate, cariño —le indicó uno de ellos a Boo.

La agarró por los hombros y la ayudó a recostarse con cuidado. El otro técnico hizo lo mismo con Pajamae. Examinaron a las niñas buscando la sangre, pero no encontraron nada.

—Dime por dónde estás sangrando —dijo el primer técnico a Boo.

—No —respondió ella.

—Boo, ¿por dónde estás sangrando? —preguntó Scott—. Tiene que saberlo.

—No.

—Boo…

—No se lo voy a decir a él. Se lo diré a Cat.

Cat se abrió paso y se arrodilló. Boo le hizo un gesto para que se acercara más. Acercó la cabeza a la oreja de Boo y luego puso su oreja cerca de la boca de la pequeña. Boo murmuró algo; Cat pareció aliviada. Se dirigió a los técnicos.

—¿Tenéis algún producto de higiene femenina en ese botiquín?

Ambos suspiraron.

—Eh, no, señora.

—Vamos al baño, niñas.

Ayudaron a las niñas a levantarse. Las tres se alejaron. Los tres hombres parecían sentirse inútiles, como suele ocurrirles a los hombres en ese tipo de situaciones.

—Padre soltero —dijo Scott.

—Un hombre no puede criar mujeres —dijo el técnico mayor.

El agente Beckeman se acercó y señaló a las niñas.

—¿Están bien?

Scott asintió.

—Cosas de mujeres.

—¡Ah!

Beckeman se volvió hacia la docena de agentes, con chalecos

antibalas y ropas de paisano, que se habían colocado en un círculo en medio de la habitación.

—¿Dónde demonios están los hermanos?

Respondieron a su pregunta encogiéndose de hombros y mostrándose confundidos. Se hizo el silencio hasta que lo rompió una voz nueva detrás de ellos.

—¡Oh, no, nos han robado!

Todos se giraron hacia la abertura donde antes estaba la puerta principal. Dos jóvenes árabes estaban allí con una maleta en la mano. Scott los señaló.

—¡Son ellos! ¡A ese lo vi en Whole Foods!

Los agentes apuntaron a los hombres con las armas. Ellos dejaron caer las maletas y levantaron las manos.

Un agente entró en la habitación con unas zapatillas amarillas, una bandera negra del Estado Islámico y una espada. Se despertó de nuevo la ira de Scott. Se acercó a los hombres y exigió:

—¿Cuál de vosotros es Abdul?

—Yo —dijo el alto.

Scott le dio un puñetazo en la cara, lo tiró al suelo y se abalanzó sobre él. Le dio un puñetazo detrás de otro hasta que los agentes del FBI lo despegaron de Abdul. Se sentó en el suelo respirando agitadamente. El agente Beckeman se acercó a él con una expresión perpleja.

—Juez, no puede pegar a los sospechosos. Es inconstitucional.

Beckeman se volvió hacia el agente Stryker.

—¿Efectuaste un registro y no encontraste la espada?

—A lo mejor no estaba aquí.

—A lo mejor metiste la pata. —Se giró hacia los hermanos Siddiqui—. Confesad ahora y tal vez os libréis de la pena de muerte.

—Esa espada no es nuestra —dijo el hermano más bajo.

—Ah, claro. Alguien os ha tendido una trampa.

—¡Estabas acechándome en Whole Foods! —dijo el juez.

—¡Estaba comprando!

Boo entró en la sala de estar con Cat y Pajamae. Había dos chicos más mayores sentados en el suelo y esposados. Uno le resultaba familiar. ¿Dónde lo había visto?

—¿Quiénes son? —preguntó Pajamae.

—Los hombres que os secuestraron —dijo Scott.

—¿Quién es Abdul? —preguntó Boo.

Beckeman señaló al chico más corpulento.

—Él.

Boo se acercó a Abdul y le dio un puñetazo en la cara; él se cayó hacia atrás. Lo señaló con el dedo.

—¡Eso por intentar tener sexo conmigo!

—¿Intentó tener sexo contigo? —inquirió A. Scott.

Antes de que pudiera responder, Scott se lanzó sobre Abdul. Boo solo veía el puño de su padre cayendo una y otra vez sobre él.

—¡Pégale! ¡Pégale! —gritó Boo—. ¿Quieres un palo de golf?

Los agentes del FBI agarraron a A. Scott y lo alejaron de Abdul. Su padre tenía la cara roja y respiraba con dificultad, como aquel día en el Village, cuando destrozó el coche del hombre grande y calvo con un hierro nueve. Ese fue el día en que su madre los dejó.

—No he intentado tener sexo con ella. —Los agentes ayudaron a Abdul a incorporarse. Tenía la cara roja, le sangraba la nariz y sollozaba como un bebé. Su tono mezquino había desaparecido—. Pongo a Alá por testigo de que no fui yo.

Boo abrazó a A. Scott. Adoraba a ese hombre.

—Juez —dijo Beckeman—, tiene que dejar de golpearlo o no quedará nada de él que procesar. —Se volvió hacia los agentes—. Limpiadlo antes de que salgan en los medios. La prensa pensará que hemos sido nosotros quienes hemos hecho esto. —Se giró hacia el hermano que se llamaba Sadam—. ¿Esperas que me crea que esta última semana habéis estado en Nueva York?

—Sí. Podemos demostrarlo.

—¿Por qué?

—Para que no nos arrestes por un crimen que no hemos cometido.

—No. ¿Por qué estabais en Nueva York?

—Nuestro hermano se casaba.

—¿Por qué habéis vuelto hoy?

—Vamos a la Super Bowl.

—¿A volar el estadio?

—A ver el partido. Tenemos entradas.

Apareció un gato y saltó al regazo de Sadam.

—Hola, gatito —dijo como si le estuviera hablando a un recién nacido—. ¿Has comido?

—¿Qué cojones es esto?

Una mujer de mediana edad entró en la casa como una tromba. Echó un vistazo a la puerta derribada y a los destrozos de la casa. No parecía contenta.

—¿Quién ha hecho este destrozo? —preguntó.

—¿Quién es usted? —preguntó Beckeman.

—Soy la propietaria. ¿Quién ha hecho esto?

—Nosotros.

Lo señaló con un dedo.

—Vas a pagar por esto.

—Señora, somos el FBI y esta es la escena de un crimen.

—¿La escena de un crimen? ¿Qué crimen?

Beckeman señaló a los hombres.

—Sus inquilinos estaban tramando hacer volar el estadio de los Cowboys.

La mujer se volvió hacia ellos y abrió mucho la boca.

—¡Ay… Dios… mío!

—Sí, señora —dijo Beckeman—. Han…

—¡Tienen un gato! ¡En casa!

Sadam hizo una mueca y dijo:

—¡Ah, mierda!

La mujer se acercó a él y lo señaló con el dedo:

—Tengo una regla muy estricta: no se aceptan animales de compañía. ¡Acabáis de perder el depósito!

—¡Sacadla de aquí! —dijo Beckeman.

Dos agentes sacaron a la mujer a rastras; seguía protestando a gritos por lo del gato. Menudo puto zoo. Beckeman hizo un gesto a otro agente y luego señaló a los hermanos.

—Llévalos a la oficina central. Los interrogaremos allí.

El agente condujo a los hermanos afuera. El agente Stryker le tendió un teléfono móvil a Beckeman.

—Es el presidente.

Beckeman se llevó el teléfono a la oreja.

—Señor presidente.

—Agente, ¿están a salvo las niñas?

—Sí, señor. Las rehenes están a salvo y no han sufrido daños; hemos atrapado a los culpables. La Super Bowl está a salvo.

—Estás a salvo —dijo Louis.

Boo se enjugó las lágrimas de la cara. Louis le dio a ella y a Pajamae un abrazo enorme de oso. Carlos se unió.

—Yo también quiero un poco —dijo.

Era un tipo duro, pero no demasiado duro para llorar.

—Joder, tirasteis la puerta a patadas —dijo Boo.

Beckeman finalizó la llamada con el presidente y luego se acercó a ellos.

—Juez, tengo que hacer unas preguntas a sus hijas. Podemos hacer un informe detallado dentro de unos días, pero ahora necesito algunas respuestas.

—Niñas —dijo Scott—, ¿os parece bien responder unas preguntas para el agente Beckeman?

—Mientras tú y Cat estéis con nosotras —dijo Boo.

Scott miró a Beckeman asintiendo y este se volvió hacia las niñas.

—¿Les oísteis hablar de hacer volar el estadio?

—Sí, señor —dijo Boo—. Abdul es el hermano malo; quiere matar a todo el mundo en el estadio porque nosotros matamos a su padre.

—¿Nosotros quiénes?

—Vosotros. El gobierno. En un lugar llamado Pakistán. Con un dron o como se llame.

—Ah. Es una cuestión de venganza.

Boo asintió.

—Eso fue lo que dijo Abdul. Iban a vengar la muerte de su padre. El hermano bueno no nos culpa. Dijo que había sido un accidente.

—¿Les oísteis hablar de las bombas, dónde las colocarían, cómo las meterían en el estadio?

—No, señor.

—¿Les habéis oído decir alguna cosa más que os parezca importante?

—Creo que deberíais jugar al poli bueno y poli malo con los hermanos. Abdul es malo, no se rendirá. Pero el del gato es un buen chico. Lo confesará todo.

—¿Poli bueno, poli malo?

—Lo oí en la tele.

Beckeman refunfuñó y se volvió hacia su hermana.

—Pajamae, ¿tienes algo que decir?

Miró al suelo y negó con la cabeza.

—No, señor. Yo no sé nada.

—Hay una cosa —dijo Boo.

—¿Qué?

—Sus voces no suenan como antes.

—Seguramente antes utilizaban un tono diferente para que no pudierais reconocer sus voces reales.

—Ahhh. Qué listos.

—Son listos, sí. Muy bien, gracias, niñas. Dentro de unos días, me gustaría hablar de todo esto con vosotras, cuando os apetezca.

—Vale —dijo Boo.

Pajamae asintió sin entusiasmo. Beckeman le tendió la mano a Scott.

—Juez, gracias por su ayuda. No sé si las habríamos encontrado sin su hacker.

—¿Cómo nos encontrasteis? —preguntó Boo.

—Un hacker rastreó mensajes enviados desde Siria a la facultad de Derecho —explicó Scott—. Son estudiantes de Derecho.

—Pues claro. ¿Por qué crees que te dije «considerando que» por teléfono aquel día?

—¿Eso era lo que estabas intentando decirme?

—Has tardado en descifrarlo. Podríamos haber muerto por culpa de ese falafel que nos daban de comer.

Los adultos se echaron a reír. Beckeman se volvió hacia Cat y le tendió la mano.

—Arma y placa, Peña.

Ella le lanzó una mirada asesina, dejó caer la placa en su mano y luego le ofreció el arma. Él la tomó.

Carlos se secó los ojos con la manga de su camisa y luego dio una palmada en la espalda de Louis.

—Le hemos dado una buena paliza, hombretón. O por lo menos hemos derribado una puerta.

Se giraron para mirar lo que quedaba de la puerta.

—Joder, la hemos destrozado —dijo Louis.

—¿Qué te parece, hombretón? Ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer aquí. Vamos a la Super Bowl.

Capítulo 26

9:00

Siete horas antes del partido

El agente especial del FBI, Gene Manning, contempló con admiración el estadio de los Cowboys. Había mucho que admirar. Nunca había visto nada igual en sus treinta y cuatro años de vida. Normalmente trabajaba en la división de Los Ángeles, pero lo habían asignado a la Super Bowl aquel año. Había visto el estadio en la tele, pero era como ver el Gran Cañón en la pantalla; una cámara no puede capturar la realidad de un lugar así. Al levantar la vista hacia el estadio recordó la primera vez que se había colocado frente a los escalones del Capitolio, en Washington; era un monumento al hombre. Lo que el hombre podía soñar. Lo que podía construir. Lo que podía conseguir si dedicaba su mente y mil doscientos millones de dólares a la tarea.

—¡Agente Manning!

Había llegado otro tráiler de dieciocho ruedas a la entrada donde se hacían las entregas, en el lado norte del aparcamiento. El FBI había establecido un perímetro alrededor del aparcamiento: ningún camión, furgoneta, coche, moto, hombre, mujer o niño entraría por el aparcamiento ese día sin que lo registrasen. Cien mil fans y diez mil integrantes del cuerpo de seguridad estarían allí ese día. Policías, patrullas caninas, equipos SWAT, helicópteros de la policía y del FBI sobrevolando la zona, un dron del Departamento de Defensa volando aún más alto… Tenían aquel lugar bien asegurado.

Aquel día, la tarea de Manning era registrar todos los camiones de reparto que entrasen en el recinto del estadio. Puede que se hubiese frustrado la trama de la bomba con el arresto de Mustafá y sus seguidores —y había oído que Beckeman y su cuerpo especial habían capturado a otros dos musulmanes esa misma mañana— pero el FBI no pensaba bajar la guardia. Nunca podrían bajar la guardia. Otros agentes llevaron perros, que detectaban explosivos, alrededor del perímetro del camión y metieron unos espejos debajo del camión. Manning se dirigió al

conductor.

—Señor, por favor, bájese del camión.

El conductor abrió la puerta y se bajó. Era joven, de complexión media, étnico, tal vez del este de Europa.

—¿Nombre?

—Hu. H-U.

O asiático. Manning buscó en su iPad el nombre «Hu». El FBI había buscado el historial de todos los ejecutivos, empleados, trabajadores, guardias de seguridad, animadores, entrenadores, jugadores, árbitros, recogepelotas y vendedores de perritos calientes. Nadie salvo los fans entraría en el estadio aquel día sin que hubieran analizado su historial. En el iPad vio el nombre del conductor y la foto: «Hu, Al A». Era un empleado del distribuidor de cerveza que abastecía al estadio. Hacía dos años que tenía el empleo. La foto de empleado que aparecía en la ficha de la compañía concordaba con su cara y su descripción. Pelo rubio, ojos verdes, expresión sombría.

—¿El camión es suyo? —preguntó Manning.

Era un Peterbilt grande y negro enganchado a un tráiler con el logotipo de la cerveza pintado a los lados.

—Sí. Como todos los conductores; nos hicieron trabajadores independientes para no tener que darnos beneficios. Y tuvimos que comprarnos nuestros propios camiones. Son unos cabrones agarrados.

—Eh, anímese, amigo. Parece que vaya a un funeral. Es la Super Bowl.

Agitó la mano para señalar el espacio que los rodeaba: el humo que ascendía al cielo desde las caravanas que se acercaban al final del aparcamiento; los fans felices que llegaban temprano para comprar de todo en la tienda; las enormes pantallas exteriores de las fachadas, que anticipaban el partido con una marquesina que mostraba a los dos equipos de fútbol más queridos y odiados de Estados Unidos; representantes de todos los medios del mundo. ¡Joder, era como Mardi Gras con contratos de adhesión! Pero Manning no obtuvo respuesta por parte del conductor. Algunas personas son así.

—Señor Hu, por favor, abra las puertas del tráiler.

Manning siguió al conductor a la parte trasera del camión, donde estaba esperando el agente Bryan. El conductor abrió la puerta doble de par en par. Dentro del tráiler había pilas de cajas de cerveza que casi llegaban al techo y hasta el frente. Bryan llevaba zapatillas, sudadera de nailon y guantes; el contenedor

estaba refrigerado. Manning era su superior, por lo tanto, a Bryan le tocaba el trabajo sucio aquel día. Se metió en el contenedor de doce metros de largo y se asomó por encima de las cajas de cerveza con una linterna. Desapareció en la oscuridad.

—Es un montón de cerveza —comentó Manning.

—Las venden por ocho pavos la botella —explicó Hu—. Si me dieran diez centavos por cada botella, podría retirarme.

El agente Bryan volvió a aparecer y saltó al suelo. Se frotó las manos.

—Joder, qué frío hace ahí dentro.

—¿Nada? —preguntó Manning.

—Cerveza.

Los agentes que llevaban perros y espejos levantaron el pulgar en dirección a Manning. Él se giró hacia el conductor.

—Puede continuar, señor Hu.

El conductor cerró las puertas, puso el seguro y volvió a entrar en la cabina; después, condujo hacia la entrada del túnel donde llegaban los repartos y los jugadores.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Gilberto.

—No —dijo José—. Mira el mapa.

Eran más de las diez. La Interestatal 35 había tenía tráfico lento; al parecer todo Texas iba a la Super Bowl. Cualquiera pensaría que el estado iba a volcarse en Dallas. Ahora conducían por los alrededores de Dallas como dos hombres ciegos. Necesitaban un GPS. Gilberto desplegó el mapa en su regazo. El mapa era muy grande.

—¿Dónde coño está este sitio?

—Eh, en alguna parte de Dallas.

—Deberíamos haber traído un GPS.

—Dios, qué emoción.

—¿Por matar a los putos árabes?

—No. Por ir a la Super Bowl. Quiero llegar pronto al partido. Quiero comprar una camiseta de los Cowboys. Y a lo mejor podemos conseguir un autógrafo de Tony Romo.

José suspiró. Gilberto solo era un chiquillo.

Louis aparcó el Dodge Charger negro delante de la casa de Carlos. Eran las 10:30. Hizo sonar la bocina. Carlos quería ir pronto al

partido para ver a algunas de las animadoras; quizá conseguiría una cita. El chico vivía en su mundo de fantasía, pero parecía feliz de estar en él. La madre de Carlos abrió la puerta delantera y le hizo un gesto a Louis para que entrase. Él apagó el motor, salió del coche y fue hasta la puerta.

—Louis, ven a desayunar. Estoy preparándole el desayuno a Carlos.

—Gracias, señora Hernández.

Louis Wright quería una madre mexicana.

—Gira a la derecha —dijo el chico.

El hombre hizo lo que el chico decía. Fue un error. José miró el nombre de la calle.

—¿Martin Luther King Boulevard?

Gilberto frunció el ceño.

—Creo que este no es el sitio. Solo hay negros.

El vehículo llegó a un bache y cayó en él; cuando salió del agujero, el neumático derecho delantero hizo un ruido sordo.

—Creo que hemos pinchado —dijo José.

Condujo el vehículo hacia el lateral de la carretera. Salieron y examinaron el neumático. Estaba pinchado.

—Arregla el neumático —dijo José—. Yo mientras averiguaré dónde estamos.

—Vale.

Gilberto nunca se quejaba. Había cambiado su vida de granjero por una vida en la frontera; se había criado en la pobreza, así que estaba encantado de trabajar para el cártel. Héctor pagaba buenos salarios a sus hombres, en particular a sus sicarios, que estaban dispuestos a asumir el riesgo de la cadena perpetua en una cárcel estadounidense. Gilberto sacó el neumático de repuesto de debajo del vehículo y levantó el frente con el gato. José observó el mapa de Dallas.

—¿Qué hacen estos sudacas en el barrio?

José levantó la vista del mapa. Dos mexicanos arreglando una rueda pinchada habían atraído una multitud. José supuso que no debía de haber mucho que hacer en el sur de Dallas. Había diez hombres negros frente a ellos. José decidió hacerse el tonto:

—*No habla inglés.* *

El líder de la panda se echó a reír.

—Dice que no habla inglés. Putos migueles idiotas.

Era grande, musculoso y no llevaba camiseta, lo cual resultaba extraño, porque hacía bastante frío a esas horas de la mañana. Tal vez se había calentado con el alcohol o las drogas o ambos. Dio un paso hacia José, lo cual era un error, aunque él aún no lo sabía. José se metió en el vehículo y sacó dos Uzis. Apuntó al hombre con ambas.

—Si quieres problemas, tío, has dado con los migueles apropiados, como dices tú. Si quieres morir, aquí y ahora, da un paso más al frente. Si quieres vivir, vete. Tú eliges. Cuando Gilberto cambie la rueda, nos iremos de vuestro barrio.

El hombre miró los dos cañones idénticos que apuntaban hacia él. Tomó la decisión correcta.

—Ya, bueno, más vale que os vayáis.

—Venga, Louis —dijo Carlos—. Vámonos. Las animadoras me están esperando.

Louis terminó el desayuno mientras la madre de Carlos le daba un repaso a su hijo: botas negras de cuero, pantalones negros de cuero, chaqueta negra de cuero, camiseta negra, pelo negro peinado hacia atrás. Carlos podía ir a la iglesia, al juzgado o al estadio de los Cowboys a ver la Super Bowl, el atuendo sería el mismo. Le alisó el pelo, le dio un beso en la mejilla y se despidió de él, como una madre que envía a su niñito al primer día de colegio. El niñito de la señora Hernández no duraría un día en el sur de Dallas.

La madre recogió su plato y entró en la cocina. Louis se había comido tres raciones de tacos, enchiladas, tortillas y frijoles fritos. Era un poco temprano para cenar por la mañana, pero estaba hambriento; no había comido desde… No podía recordar desde cuándo. Durante la última semana no había hecho más que buscar a las niñas.

—¿Llevas algún arma? —preguntó Carlos.

—¿Esperas problemas en el partido?

—No, tío. Nos van a cachear.

—Ah.

—¿Y bien?

Carlos se encogió de hombros.

—Llevo mi arma.

Sacó una Glock de nueve milímetros de la riñonera. Louis suspiró.

—Tienes que dejarla aquí.

—Joder. Me siento desnudo sin ella.

Dejó el arma en la mesa.

—¿Algo más?

Volvió a encogerse de hombros.

—Mi navaja.

—No puedes llevarla.

—¿No me dejan llevar una navaja automática al estadio? ¡Esto es Estados Unidos!

—Déjala.

Carlos se sacó la navaja de la bota y la dejó en la mesa, junto a la pistola.

—¿Ya está?

—Sí.

Louis miró a Carlos con desconfianza. Carlos lo miró con expresión inocente.

—¿Qué?

Louis no parpadeó. Carlos se rindió.

—Vale.

Sacó un par de puños americanos del bolsillo del abrigo y los dejó en la mesa. Sacudió la cabeza y suspiró.

—Está claro que nunca has ido a una corrida de toros en Juárez.

—Menos mal que no has tenido que disparar a todos esos negros —dijo Gilberto—. Llegaríamos muy tarde al partido.

José refunfuñó. Era la una. Por fin se dirigían al norte, en dirección al almacén donde matarían a los putos árabes.

—Volvemos a encontrarnos, señor Hu —dijo el agente Manning.

Faltaban tres horas para el inicio del partido. El mismo conductor había vuelto con otro cargamento de cerveza. Esos camioneros no paraban.

—Fútbol y cerveza, como la tarta de manzana y el helado —dijo Manning.

El señor Hu se limitó a esbozar una débil sonrisa y dijo:

—Sí.

Los perros y los espejos rodearon el camión.

—Vamos a echar un vistazo a la carga.

El conductor abrió las puertas del tráiler. El agente Bryan se

subió, pero esta vez no trepó por las cajas de cerveza hasta arriba. Se había subido a tantos contenedores refrigerados ese día que estaba a punto de congelarse. Así que solo se asomó por encima de unas pocas cajas y luego iluminó con la linterna la parte delantera del contenedor. Volvió para atrás y se bajó de un salto.

—Todo es cerveza —dijo.

—Puede irse, señor Hu.

El conductor cerró las puertas, volvió a la cabina y condujo hasta el túnel.

—Hemos tenido un buen día, hombretón.

—De verdad que sí.

—Y va a ir a mejor.

—Ya lo creo.

—Me gustan las palabras que usas últimamente.

—Deberías pedirle a la señora Herrin que te enseñe a ti también.

—¿Shakespeare? Me parece que no.

—Eso no es Shakespeare. Solo es inglés.

—Se le acerca.

Casi habían llegado al estadio. El tráfico en la interestatal había provocado un atasco detrás de otro. Llevaban casi dos horas conduciendo. Carlos conducía encorvado en el asiento.

—Sabes, antes *sulía* querer ser famoso como el juez —dijo Carlos—. Ya no.

—Solía.

—No empieces.

De pronto, Carlos se incorporó en el asiento y señaló la ventanilla delantera.

—Ahí está.

El estadio se alzaba ante ellos.

—Estamos cerca —dijo José.

—Bien —respondió Gilberto—. Porque tengo que mear.

—Gracias por ser tan gráfico.

—Y el partido empieza en hora y media. Tenemos que matar a los putos árabes rápido. Nada de hablar.

—¿Hablo yo alguna vez?

—Solo lo digo.

—Pues no lo digas.

Saadi Khalid cargó la bomba —cinco, para ser exactos— en la parte trasera del camión de cerveza con el montacargas. Había aparcado el camión y el contenedor en el almacén y había cerrado las puertas de arriba; luego había descargado el cargamento de cerveza que iba a la parte de adelante; los rodillos facilitaban la faena. Cerró los rodillos y aseguró las cajas en su sitio. Abdul había envuelto las bombas con plástico al vacío para evitar que los perros detectores de bombas lo olieran. Su hermano era muy inteligente.

Se bajó del tráiler de un salto y se acercó al paquete alto envuelto en papel marrón que estaba apoyado en la pared. Quitó el envoltorio y se alejó para admirar el panel con la foto. Era perfecto. Llevó el panel al tráiler y lo metió dentro; se subió y colocó el panel en su sitio. Estaba hecho a medida; 254 centímetros de ancho y 254 centímetros de alto. Aseguró el panel delante de la bomba. A metro y medio de distancia, podría jurar que estaba mirando unas cajas de cerveza. Tenía que reconocerle a Abdul que era un yihadista muy inteligente.

Bajó del contenedor y activó el montacargas. Cargó las cajas de cerveza hasta la puerta. Cuando terminó, se colocó donde se pondría el agente del FBI; iluminó el contenedor con una linterna. Solo se veían cajas de cerveza, desde atrás hasta delante. La bomba estaba completamente escondida detrás del panel. El Plan A de Abdul Khalid podía funcionar.

Y esa sería una muerte mucho mejor que la del plan B.

—Ahí está. Ese es el almacén.

José aparcó el vehículo. Comprobaron las armas. Salieron y se dirigieron a la puerta de la entrada. Estaba abierta. Entraron. Un tabique les bloqueaba el paso. Encima del tabique había un estante y encima, una campana. Bajaron las armas; Gilberto hizo sonar la campana. Una vez. Dos veces. Otra vez.

—¡Ya te oigo! —Oyeron una voz de la parte trasera—. Sí, sí, ya vengo. Menos prisas.

Un hombre mayor angloamericano apareció por la esquina.

—¿Sí?

—Eh —dijo José—. Estamos buscando a Abdul y Saadi.

—¿Quiénes?

—Los hermanos Khalid.

—Aquí no es.

—¿Pero no es este el uno, nueve, cero, cero?

—Sí. ¿De qué calle?

—La sexta.

—Ese es el problema. Esta es la quinta. La sexta es por ahí.

El angloamericano señaló la entrada:

—Ah, lo sentimos mucho.

—No pasa nada, socio.

—¿Puedo usar su baño? —preguntó Gilberto.

Saadi se sentó en el asiento del conductor. Ya había estado en un partido de los Cowboys. Sabía lo que estaría haciendo la gente en el estadio cuando detonase la bomba. La mayoría estaría viendo el espectáculo de la media parte. Algunos estarían comprando en la tienda, pagando 100 dólares por una sudadera, 50 por una camiseta y 25 por una gorra. Otros estarían bebiendo cervezas a 8 dólares la botella, o margaritas a 12 dólares el vaso. Estarían comiendo nachos, perritos calientes y hamburguesas. Estarían vivos.

Durante unos pocos minutos más.

Entonces detonaría la bomba. Oirían la enorme explosión; las paredes de cristal de ese extremo del estadio temblarían y las esquirlas volarían en el aire y ensartarían a decenas de miles. El estadio en sí temblaría y después el arco cedería. El peso de la pantalla de vídeo tiraría del techo hacia abajo. Verían cómo el techo se derrumbaría sobre ellos, cómo los enterraría cuando la estructura entera se desmoronase, como lo habían hecho los pisos de las Torres Gemelas. Todo caería dentro del enorme agujero del suelo. Cuando se disipase el polvo, el estadio sería una fosa común. Aquella idea le hizo a Saadi sentir náuseas. No quería eso. Quería ser abogado. Esperaba acabar la universidad y entrar en la Facultad de Derecho, tal vez en la Universidad Metodista del Sur, con la ayuda de los hermanos Siddiqui. Tenía planes, pero su hermano tenía otros planes. Deseaba desesperadamente alejarse de su hermano, alejarse de toda esa locura, pero había hecho una promesa para salvar a las niñas. Al menos ellas estarían lejos cuando detonase la bomba. Podía quedarse con eso.

E incluso si se alejaba, ¿importaría?

La locura ya estaba en marcha. Esas personas morirían, si no

por causa de la bomba con una muerte más horrible aún. No había forma de detener la locura.

José y Gilberto llegaron al almacén.

—Uno, nueve, cero, cero. Sexta calle.

—Vamos a matar a estos putos árabes y nos vamos al partido —dijo Gilberto.

José aparcó el vehículo junto al almacén. Los dos sicarios se bajaron. El chico se transformó en eficiencia pura. Tenía esa mirada que indicaba que el asesino despiadado había regresado. Comprobaron las armas y se dirigieron a la puerta delantera. José fue a colocar una pequeña cantidad de C-4 en la puerta para hacerla volar, pero Gilberto agarró el pomo y lo giró. La puerta se abrió de par en par.

—Podría ser una trampa —dijo José.

Desenfundaron las armas y entraron en el almacén. Volvieron a llevarse una sorpresa. El almacén estaba iluminado del mismo modo que un burdel un sábado por la noche. Y estaba vacío salvo por un montacargas, varias docenas de cajas de cerveza y dos barriles de acero en el centro.

—¿Dónde coño están los putos árabes? —preguntó Gilberto.

—Se han ido.

—¿Cómo vamos a matarlos si no están aquí?

Se acercaron a los barriles.

—¿Y dónde están Jorge y Manuel?

Gilberto echó un vistazo al almacén mientras José intentaba abrir la tapa de uno de los barriles. Estaba muy apretada. Se inclinó hacia el tobillo y se subió la pernera del pantalón. Empuñó el cuchillo estilo Rambo que llevaba sujeto a la pierna. Metió la hoja debajo de la tapa y le dio un golpe con la pistola. La tapa se abrió de golpe. La quitó.

—He encontrado a Jorge —dijo José.

Lo que quedaba de Jorge Romero miraba a José desde el interior del barril. Tenía los ojos abiertos de par en par, las pupilas solo eran unos puntos negros diminutos. Tenía el pelo apelmazado y la ropa húmeda, como si le hubieran echado un líquido encima.

—¿Qué demonios le ha pasado?

José sintió una opresión repentina en el pecho. Intentó inhalar profundamente, pero no podía. No podía respirar. Se agarró el pecho. Jadeó intentando tomar aire, pero no le llegaba a

los pulmones. Empezó a retorcerse de forma incontrolada.

—¿Qué coño haces? —preguntó Gilberto.

Se echó a reír, pero no tardó en darse cuenta de que José no estaba bromeando. Se acercó a él y lo agarró de los hombros, pero José tenía la mirada perdida. Se agarró el pecho. Gilberto lo soltó y cayó al suelo.

—¿Pero qué…?

Esta vez era Gilberto quien sentía cómo se le encogía el pecho, como si se tratase de un pinzamiento muscular. Él también se agarró el pecho y jadeó intentando respirar. También se desplomó en el suelo y se dio cuenta de que nunca vería la Super Bowl en directo.

Capítulo 27

15:00

Una hora antes del partido

—Hamburguesas y zarzaparrillas para la Super Bowl —dijo Scott.

—Perfecto —respondió Boo.

Pajamae no dijo nada. Las niñas no querían pasar la noche en observación en el hospital, así que Scott se las había llevado a casa. La comida de Consuelo les sentaría mejor que una noche en la fría planta del hospital. Había vuelto a casa para darles la bienvenida con un enorme desayuno. Luego se habían duchado y habían dormido durante varias horas. Ahora todo el mundo —Scott, las niñas, Bobby, Karen, el pequeño Scotty y Cat, que seguía suspendida—, estaba frente al televisor, viendo el programa previo al partido de la Super Bowl. El estadio estaba casi lleno. Cien mil personas, incluyendo a Louis y Carlos.

El programa se vio interrumpido por un noticiario. La periodista puso al día a los espectadores sobre el caso de la trama del estadio. Las cámaras enfocaron a los hermanos Siddiqui escoltados por los agentes recorrer la distancia que había entre la casa y los vehículos del FBI. Parecían conmocionados. El chico más joven miró a una cámara y dijo: «Somos inocentes. Nosotros no somos los yihadistas. Ellos siguen ahí fuera.»

Pajamae empezó a llorar. Scott le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí. Ella escondió la cara en su pecho.

—Dijeron que me cortarían la cabeza —dijo.

Scott miró a Cat y negó con la cabeza.

—Cariño, no van a volver a hacer daño a nadie.

—Y la cabeza de Boo, la tuya, la de Consuelo y la de María —seguía lamentando Pajamae.

La abrazó con fuerza. No sabía cómo consolarla, cómo convencerla de que estaba a salvo.

—Pajamae, esas malas personas ya están bajo custodia. Los viste esposados. Los tenemos.

—No, juez Fenney. No los tenemos. —Miró a Scott. En sus ojos se veía reflejado el miedo—. Pero ellos nos van a atrapar a nosotros.

—¿De qué estás hablando?

Pajamae señaló a los hermanos Siddiqui en la televisión.

—Esos no son ellos.

—¿Qué quieres decir? Esos eran los hombres que os secuestraron a ti y a Boo. A ese lo vi en Whole Foods, y vi a Abdul, que llevaba las mismas zapatillas amarillas en la Facultad de Derecho.

—¿Le viste la cara?

—No.

—Yo sí.

—¿Que qué?

—Le vi la cara. A Abdul. Y la de su hermano.

—Teníamos los ojos vendados —dijo Boo.

—Se me cayó la venda un día, cuando estabas en el baño. El hermano bueno me la volvió a poner, y me hizo prometerte que no te lo contaría, o si no Abdul nos cortaría la cabeza a todos. Los vi, juez Fenney. Vi a los malos.

Volvió a señalar el televisor.

—No son ellos.

Dos agentes del FBI condujeron a toda prisa a Scott, Cat y las niñas por un pasillo hacia una puerta que ponía «Sala de interrogatorios». Podían ver el interior a través de un espejo polarizado. Los hermanos Siddiqui estaban sentados detrás de una mesa, uno al lado del otro, de cara al espejo; tenían las manos esposadas sobre la mesa. A un lado, en una mesa, estaban la espada, la bandera negra del Dáesh y las zapatillas amarillas. El agente Beckeman estaba sentado al otro lado de los hermanos, dando la espalda al espejo. Uno de los agentes dio unos golpecitos en el espejo. Beckeman se levantó y salió.

—¿A qué viene esto?

—Díselo, Pajamae —dijo el juez.

—Esos chicos de ahí no son los que nos secuestraron.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi a los de verdad.

—Pero…

—Se me cayó la venda. Los vi. Esos no son ellos.

Beckeman la observó un instante.

—Vamos.

Abrió la puerta de la sala de interrogatorios e hizo un gesto señalando el interior. Las condujo hasta los hermanos Siddiqui.

—Mira bien a estos hombres —dijo a la hija del juez—. ¿Los habías visto antes?

Señaló a Sadam Siddiqui.

—A él lo vi.

—¡Ajá!

—En la sección de verduras de Whole Foods. Recogió nuestro brócoli.

—¿Brócoli?

—Brócoli.

—Es verdad —dijo Sadam.

—Dime, ¿estos son los hombres que os secuestraron?

—No, señor.

—¿Por qué no lo dijiste en la casa?

—Estaba asustada —dijo el juez—. Le dijeron que la decapitarían.

—Y que me cortarían la cabeza.

—Ya dijimos que la semana pasada estábamos en Nueva York —dijo Sadam.

—¿Entonces cómo es que Sadam Siddiqui ha estado conectándose a un ordenador de la Facultad de Derecho casi cada noche durante ese periodo de tiempo? ¿Cómo lo hiciste estando en Nueva York?

—Le di a Abdul mi contraseña. Él no puede permitirse un portátil. Habla con sus amigos de Pakistán.

Beckeman se volvió hacia Abdul Siddiqui.

—¿Entonces tú estuviste en Dallas todo el tiempo?

—Yo no. Abdul Jabbar.

—Ese eres tú. Abdul Jabbar Siddiqui.

—No. Yo soy Abdul Jabaar. J-a-b-a-a-r. Él es Abdul Jabbar. J-a-b-b-a-r.

—Joder, ¿de dónde sacáis esos nombres tan ridículos? —dijo el agente LeCharles D'Wandrick Jefferson.

Beckeman se volvió hacia el agente.

—¿En serio?

El agente Jefferson se encogió de hombros. Beckeman se giró hacia los Siddiqui.

—Abdul y Saadi Khalid son hermanos —explicó Abdul Siddiqui—. Los conocimos en la mezquita. Eran de nuestro pueblo, pero no los conocimos allí. Se mudaron aquí desde Pakistán con su madre en la misma época que nosotros. Su padre también murió por culpa del mismo misil que mató a nuestro padre. El gobierno de los Estados Unidos nos trasladó a Nueva York a nosotros, y a ellos a Minneapolis. Sufrí mucho con la muerte de mi padre. Me enfadé mucho, muchísimo. Pero no tanto como para hacer daño a nadie.

—¿No intentaste tener sexo conmigo? —preguntó la otra hija del juez.

—No. No fui yo.

—Perdona por pegarte.

—Pegas fuerte para ser una chica.

—Sigue hablando —apremió Beckeman.

—Abdul y Saadi se mudaron aquí hace unos años. Nos hicimos amigos jugando al fútbol. Abdul es un gran jugador. Saadi no tanto. Quiere estudiar Derecho.

—Creo que ya puede ir quitando eso de su lista —dijo Beckeman.

—¿Y las zapatillas amarillas? —intervino el juez—. Te vi en la Facultad de Derecho llevando esas zapatillas.

—¿Qué número son? —preguntó Abdul. Beckeman tomó una y lo comprobó.

—Cuarenta y seis.

Abdul levantó el pie.

—Yo calzo un cuarenta y tres. Mira mi zapato.

El agente Jefferson le quitó el zapato a Abdul.

—Es un cuarenta y tres —dijo.

—Espera —interrumpió Peña—. He buscado información sobre todos los hombres que aparecían en los archivos de la mezquita. No había ningún Abdul Jabbar Khalid ni Saadi Khalid.

—Alias —dijo Beckeman—. Claro, por eso no los localizábamos. Ni tarjetas de crédito, ni servicios a su nombre… ni siquiera internet. Carnet de identidad falso, números de la seguridad social falsos, carnet de conducir falso, teléfonos móviles de prepago… Son fantasmas. —Volvió a dirigirse a los hermanos —. ¿Qué estaban haciendo en vuestra casa?

—Nos dijeron que estaban pintando su casa y preguntaron si

podían quedarse unos días mientras estábamos en Nueva York. Dijimos que sí. Nos llevaron al aeropuerto.

—¿Cuándo?

—El domingo.

—El día antes de que secuestrasen a las niñas —comentó el juez.

El agente Carson entró con un documento.

—Jefe, estos chicos utilizaron un cajero en La Guardia el domingo. Y tenemos sus billetes de American Airlines.

—Mierda. Tenemos dos pares de hermanos y dos Abduls. —Se dirigió a los hermanos Siddiqui—. ¿Dónde viven Abdul y Saadi?

—No lo sabemos. No sabemos dónde están.

—Yo lo sé.

—¿Dónde?

—En el estadio.

Capítulo 28

15:45

Quince minutos antes del inicio del partido

—El Estadio de los Cowboys cuenta con 350 pantallas de televisión que están colocadas estratégicamente por todas partes, para que ningún fan se pierda un solo segundo del juego. Se puede ver el partido en la cola de los puestos de comida o en los servicios, en los pasillos mientras se contempla la colección de arte, en la tienda donde venden camisetas de los Cowboys e, incluso en el exterior, en unas pantallas enormes colocadas por fuera del estadio. Los 350 monitores más la gigantesca pantalla HDTV que cuelga sobre el campo están controlados por un único portátil. El técnico que manejaba el portátil llevaba una tarjeta de identificación que rezaba: Sam Taylor. Para su hermano era Abdul Jabbar Khalid.

—El helicóptero está esperando en el tejado —dijo Beckeman—. Vámonos.

—¿A dónde? —preguntó Scott.

—Al estadio.

Estaban fuera de la sala de interrogatorios.

—Ella no va a ir al estadio.

—La necesito allí.

—Y yo la necesito a salvo.

—Es la única persona que puede identificar a los hermanos Khalid.

—Que pueden haber metido una bomba en el estadio.

—De ser así, solo ella puede encontrarlos para que podamos detenerlos.

—¿Cómo va a poder ver a toda la gente que entra?

—Con un software de reconocimiento facial. Tenemos grabadas las caras de todo el mundo.

—Evacuad el estadio.

—Si lo evacuamos, ellos detonarán la bomba. Tenemos que encontrarlos antes de que la detonen.

—Jefe —dijo Cat—, tienes que llamar al presidente. Él tiene que tomar esa decisión.

Beckeman suspiró.

—Lo sé.

—Ella no va —insistió Scott.

El juez miró al agente especial del FBI largo rato, hasta que una voz dulce rompió el momento desde abajo.

—Juez Fenney, tengo que ir. —Scott cerró los ojos. Sabía que tenía razón—. Si no voy, toda esa gente morirá.

Scott se agachó delante de su hija.

—Pero podrías morir tú.

Ella se encogió de hombros.

—Estaré en el cielo con mamá.

—Si ella va, yo también —dijo Boo.

—Pero quiero que Cat venga conmigo —dijo Pajamae.

Cat sonrió a Beckeman.

—Está bien —aceptó Beckeman.

—Quiero mi arma y mi placa —dijo Cat.

—Vale.

—Están buenas —dijo Louis.

—Están buenísimas —replicó Carlos.

Se habían colocado en sus asientos en la línea de mediocampo.

—Super Bowl, autógrafos, citas con las animadoras… Seguramente tendré que comprarme un calendario para hacerles hueco a todas.

—Vives en un pequeño mundo de fantasía, ¿verdad?

—Sí, así es. Y soy muy feliz ahí.

Carlos observó a todas las chicas que estaban a la vista. Louis contempló el estadio. Era increíble.

—Esa es… —dijo Carlos— Increíble.

—Una obra de un genio de la ingeniería —añadió Louis.

—¿Crees que son falsas?

Abdul Jabbar Khalid era ingeniero de estructuras de profesión y

yihadista islámico por elección. Había conseguido los planos arquitectónicos del estadio de Aabdar Haddad y los había estudiado con diligencia. Todas las estructuras tenían un punto débil. Había llegado a la conclusión de que los arcos eran el punto de ataque.

Abdul había calculado que una bomba de fertilizantes detonada directamente debajo de un arco justo en el punto donde conectaba con los soportes de cemento podría ceder o incluso romper el acero del arco. Volverlo inestable. Incapaz de enviar la fuerza de la gravedad en al suelo. Tal vez el arco sucumbiría a la gravedad, como lo habían hecho las Torres Gemelas. Los arcos eran de acero de 65 grados, supuestamente indestructibles. Pero nadie había anticipado que unos aviones comerciales se estrellarían contra las torres; no habían anticipado el calor que podía generar el combustible de un avión. Tal vez nadie había anticipado que una bomba de veintitrés mil kilos podría detonar a pocos metros de un arco. Los secuestradores del 11-S tuvieron mucha suerte aquel día. Quizá Abdul Khalid tuviese la misma suerte ese día. Un arco inestable podía provocar que el techo se derrumbase sobre los espectadores; si tenía mucha suerte, se desmoronaría el estadio entero hasta convertirse en una fosa común de infieles. Y Abdul Jabbar Khalid sería un héroe para siempre.

Ese era el Plan A.

El director del FBI había informado al presidente. Era posible —aunque solo fuera una pequeña posibilidad— que hubieran colocado una bomba en el estadio o en los alrededores.

—Estoy de acuerdo con Beckeman —dijo el director—. Si lo evacuamos, la detonarán.

—Al primer signo de que haya problemas, parad la retransmisión televisiva —dijo el presidente—. No quiero que el mundo vea a cien mil personas asesinadas en vivo en la televisión.

—¿Algo más?

—¿Podemos omitir el anuncio?

—No, señor. Es demasiado tarde.

Abdul Khalid estaba sentado entre las pantallas HDTV que colgaban a veintisiete metros por encima del campo de fútbol. Era un cubo de acero conectado a la red eléctrica con pantallas en los

cuatro lados; en el espacio entre ellos había pasarelas, una cabina de control y un ascensor retráctil para que los técnicos pudieran acceder. Había subido en el ascensor y se quedaría ahí durante todo el partido. La única forma de bajar durante el encuentro era saltar. Tenía el portátil a mano y su destino en sus manos. Desde su sitio privilegiado podía ver el estadio al completo bajo sus pies, pero nadie podía verlo a él, dispararle o detenerlo.

Abajo, una centena de infieles desplegaron una bandera estadounidense enorme y la sostuvieron por encima del campo. Una guardia de honor militar marchaba sobre el campo, y Abdul pensó: «Ah, bien, hoy también mataremos algunos soldados enemigos. Este día cada vez se pone mejor». Tres chicas llamadas las Dixie Chicks se colocaron delante de un micrófono y empezaron a cantar.

—*Oh, say, can you see, by the dawn's early light, what so proudly we hailed, at the twilight's last gleaming, whose broad stripes and bright stars, through the perilous fight, o'er the ramparts we watched, were so gallantly streaming, and the rockets' red glare, the bombs bursting in air, gave proof through the night that our flag was still there. Oh say, does that star-spangled banner yet wave. O'er the land of the free and the home of the brave?*[*]

Abdul Jabbar Khalid pensó: «Yo os mostraré la tierra de los libres».

Louis Wright se enjugó una lágrima que le caía por el rostro. Le encantaban las Dixie Chicks, le encantaba el himno nacional, pero lo más importante de todo…

—Me encanta este país —dijo Carlos.

—A mí también.

—¿Morirías por este país?

—Eso espero.

Saadi Khalid colocó el camión junto a la acera y frenó. Miró el reloj. Era fundamental coordinar el tiempo. Casi había llegado la hora de la patada inicial. El primer tiempo duraría poco más de una hora. Luego empezaría el intermedio. La detonación tenía que ocurrir durante el espectáculo del intermedio, cuando todo el mundo estuviera en sus asientos en el estadio y delante del televisor en las casas. Cuando todo el mundo estuviera mirando.

El momento en que cien mil estadounidenses morirían.

Le temblaban las manos. Volvió a pensar en la gravedad de lo

que estaba haciendo. Sabía que una vez llegase al estadio, no habría vuelta atrás. Al Qaeda había matado a tres mil personas el 11-S. Los hermanos Khalid matarían treinta veces más ese día. Sus nombres aparecerían en la misma frase junto a Hitler, Stalin y Bin Laden. Se enjugó una lágrima. Sonó el teléfono. Era Abdul.

—Saadi, ¿estás en posición?

—Sí, hermano.

—Quédate ahí hasta que te llame. Te diré cuándo es el momento. No me falles, Saadi.

—Cumpliré mi promesa, hermano.

—*Allahu Akbar*.

No podía detener la locura.

La cara del presidente apareció en la pantalla que colgaba encima del campo. La multitud guardó silencio.

—Compatriotas. Me dirijo a vosotros desde el despacho presidencial en Washington D. C. Como ya habréis oído, el Estado Islámico ha intentado destruir nuestro partido de fútbol, del mismo modo que han intentado destruir nuestro modo de vida. Ambos intentos han sido fallidos. Hoy les hemos vencido, y les venceremos todos los días. ¡Les hemos hecho huir!

La multitud vitoreó. Abdul Khalid se echó a reír y dijo:

—Ah, sí, señor presidente, estamos huyendo.

En la pantalla, seguía hablando el presidente:

—Así que, disfrutad del partido sabiendo que estáis a salvo. Que Estados Unidos está a salvo. ¡Dios salve a América!

Antiguamente, habrían jugado el partido fuera, en un estadio al aire libre, bajo las heladas temperaturas que envolvían Dallas ese día. Como el Ice Bowl, el partido de la liga de campeonato entre los Cowboys y los Packers que jugaron, en 1967 en Green Bay, a -26 ˚C y con un viento frío de menos -44 ˚C. El campo era una pista de hielo. Hacía tanto frío que los árbitros no podían llevarse el silbato a la boca, así que se jugó el partido sin ellos. El fútbol estaba hecho para jugarse fuera. No era tenis. Se jugaba aunque helara, nevara, lloviera o hiciese calor. Era duro y desagradable, pero así era el fútbol. Sin embargo, a la televisión no le parecía bien. Nadie quería ver un partido en el que los jugadores resbalaban y se caían, en lugar de correr y atrapar la pelota. La televisión controla la liga nacional de fútbol, de modo que la

Super Bowl se juega ahora en estadios donde se controla la temperatura. Veintidós grados de comodidad climatizada.

Beckeman miró abajo hacia el estadio cuando el helicóptero se acercó al helipuerto. Los paneles translúcidos del tejado estaban cerrados a cal y canto. El cristal brillaba bajo el sol. El aparcamiento estaba abarrotado. La gente conducía pegada al de delante, bebía cerveza y veía el partido en las pantallas gigantes del exterior del estadio. El domingo de la Super Bowl era un día claro y radiante, frío pero soleado. Perfecto para el partido de Estados Unidos. O un ataque terrorista. El helicóptero bajó para aterrizar rápidamente.

Carlos y Louis se levantaron para vitorear. Los Cowboys acababan de dar la patada inicial y estaban avanzando por el campo cuando el móvil de Louis vibró en el bolsillo. Lo sacó y leyó el mensaje.

—Pero ¿qué…?

—¿Qué? —preguntó Carlos.

—El juez está aquí. Dice que nos reunamos con ellos en la sala de control del vestíbulo.

—¿El juez está aquí?

—Y las niñas.

—Eso no suena bueno.

—No suena bien.

—No empieces.

En la pared de la sala de control había dos docenas de pantallas tras los terminales de ordenadores. Parecía el centro de control de la NASA de *Apolo 13*. Beckeman había llamado con antelación a sus agentes para celebrar una reunión de emergencia.

—Nuestros sospechosos son Abdul Jabbar Khalid y Saadi Khalid. Están en el estadio. No llevaban una bomba de veintitrés mil kilos en una mochila.

—A lo mejor está en un autobús —dijo Stryker. Beckeman lo pensó un instante.

—No. Colocaron la bomba hace semanas.

—¿Cómo?

—Trabajan aquí. Registrad todos los almacenes y todos los espacios que sean lo suficientemente grandes como para alojar una bomba.

—Hemos registrado cada centímetro de este lugar.

—Registradlo otra vez. Nos están observando. Conocen nuestros procedimientos de búsqueda. Nos observan y luego mueven la bomba.

El agente Stryker comprobó su iPad.

—Capitán, no hay ningún empleado, vendedor ni nadie llamado Abdul o Saadi Khalid que esté trabajando hoy en el estadio.

—Trabajan utilizando un carnet falso.

—Varios miles de personas trabajan aquí. ¿Cómo vamos a encontrarlos?

Beckeman señaló a la hija negra del juez.

—Ella lo hará. Ella los encontrará en estos monitores. —Se dirigió a los técnicos—. Poned las fotos de los empleados en un monitor y las cámaras interiores y exteriores en los otros.

El técnico señaló una pantalla.

—Las fotos de los empleados aparecerán en ese monitor. Están en orden alfabético.

—Cuando identifique a los hermanos, tenemos que movernos rápido y sin detenernos. Así que, dispersaos y preparaos. Estad atentos a todos los hombres con aspecto árabe, pero esperad a que os avise.

Los agentes salieron de la sala de control. Beckeman se acercó a Scott y Cat.

—Peña, tú quédate aquí con la niña. —Se dirigió al juez—: Necesito que su hija se quede aquí mirando las caras de los empleados y los monitores del estadio. Están aquí, en el estadio. Estas cámaras pueden detectar una cara a cien metros. Y el sistema detectará a cualquiera que tenga rasgos árabes.

—¿Vuestro sistema distingue entre razas? —preguntó Scott.

—Sí, y no hay ningún Papá Noel.

—¿Qué? —preguntó atónita Pajamae.

Carlos y Louis entraron a toda prisa por la entrada para ir a la sala de control. Dos agentes del FBI les bloquearon el paso.

—Trabajamos para el juez.

Se abrió la puerta y salieron otros agentes. El agente llamado Beckeman los vio.

—Dejadlos entrar —dijo.

Entraron en la sala y se acercaron al juez.

—¿Qué está pasando, juez?

Pajamae fijó la vista en el monitor que mostraba las caras de los empleados. Los demás se centraron en el resto de los monitores. Cada vez que veían a alguien sospechoso, la avisaban y ella analizaba los rostros.

—¿Y este? —preguntó Louis.

—No —respondió Pajamae.

—¿Este? —dijo Louis.

—No.

—¿Este? —preguntó Carlos.

—Es una mujer.

Para cuando llegó el intermedio, había mirado cientos de caras. Había llegado a los empleados cuyos nombres empezaban por S.

Empezó a sonar el teléfono de Saadi. Contestó.

—Es la hora, hermano. Estaremos juntos hasta el final.

Saadi conectó el cable en el teléfono y se puso el auricular. Abdul estaba dentro de su oído. En su cabeza. En su corazón.

Saadi puso en marcha el camión.

Beckeman estaba de pie junto a la barandilla, fuera de la sala de control. La detonación tendría lugar durante el espectáculo del intermedio. Estaba seguro de ello.

Dentro de la sala de control, Louis seguía preguntando:

—¿Este?

—No —respondió Pajamae.

—¿Este?

—No.

—¿Este?

—No.

—Bienvenido otra vez, señor Hu —dijo el agente Manning.

El camión Peterbilt negro, que tan familiar le resultaba ya, se había detenido con otro cargamento de cerveza en la entrada

donde se realizaban las entregas. El conductor le habló a Manning a través de la ventanilla abierta de la cabina.

—Sí, es mi última entrega. Dejan de vender cerveza al final del tercer cuarto. Si para entonces no estás borracho, tienes que ir a emborracharte a otro sitio.

Manning se echó a reír.

—Y todos esos borrachos volverán a casa en coche después del partido. Vale, vamos a echar un vistazo a la parte trasera.

El señor Hu se quitó el auricular de la oreja y bajó del camión. Los agentes condujeron a los perros alrededor del vehículo y examinaron la parte inferior con unos espejos.

Pajamae había mirado las caras de cientos de empleados, pero ninguna se parecía a las de los hermanos, ni al bueno ni al malo. Se frotó los ojos y miró las otras pantallas. La mayoría mostraban puntos en el interior del estadio, pero algunas mostraban el exterior. Una pantalla llamó su atención. Se levantó y la señaló.

—¡Acerca la imagen!

—¿Cuál? —preguntó Cat.

—Esa. El camión grande.

El técnico movió el ratón y la imagen en la pantalla se centró primero en un hombre con un traje.

—A él no. Al otro hombre, el que lleva uniforme.

La cámara mostró un primer plano de la cara del hombre. Pajamae tomó aliento.

—¡Es él! ¡Ese es el hermano bueno!

—¿Estás segura? —preguntó Cat.

—Sí. Son verdes.

—¿El qué?

—Sus ojos.

El agente Manning siguió al conductor hasta la parte trasera del camión. El conductor volvió a abrir las puertas traseras. El agente Bryan empezó a subirse, pero Manning le hizo un gesto para que no lo continuara. Habían registrado el camión de aquel conductor dos veces, estaba limpio. Iluminó rápidamente el interior con la linterna, solo había cerveza por todas partes. Manning acompañó al conductor a la cabina. Los agentes que llevaban los perros y los espejos le indicaron que no había nada.

—Puede irse, señor Hu.

El conductor se subió a la cabina y puso en marcha el gigantesco motor de diesel. Manning recibió una llamada por la radio.

—¡Manning, responde!

—Aquí Manning.

—Soy la agente Peña. ¡Detén a ese conductor!

—¿A Hu?

—¿Cómo que *ajú?*

—No, Hu. Ese es el nombre del conductor.

—¡Retenlo ahí!

Manning golpeó la puerta del camión. El conductor la abrió.

—Señor Hu, espere un minuto. Hay un atasco en el túnel.

—Claro.

«¡Mierda!», se lamentó Saadi y se puso el auricular para hablar con Abdul.

—¿Qué hago?

—Mantente tranquilo, hermano. Alá está contigo.

Saadi luchó por controlar sus emociones. Tomó aire profundamente.

Beckeman entró corriendo en la sala de control.

—¿Qué tenemos?

Peña señaló la pantalla en la que se veía el camión de cerveza en la entrada de las entregas.

—Dice que el conductor es uno de los hermanos.

Beckeman se volvió hacia Pajamae.

—¿Estás segura?

—Sí, señor. Es él.

Beckeman se volvió hacia Peña.

—Pásame a ese agente en la radio.

Peña habló por la radio.

—Manning, adelante.

—Aquí Manning.

—Aquí está el jefe.

Peña le pasó la radio a Beckeman.

—Manning, ¿quién es ese conductor?

—El señor Hu.

—Su nombre completo.

Beckeman vio en el monitor cómo Manning comprobaba su iPad.

—Al A. Hu.

—¿Al A. Hu?

Beckeman encontró un bolígrafo y apuntó el nombre en una libreta.

—Al A. Hu. Alahu. *Allahu*. Como en *Allahu Akbar*. Se están burlando de nosotros. Es él.

—¿Por qué está entregando cerveza? —preguntó Pajamae.

—No está entregando cerveza. Está entregando una bomba. —Habló por la radio—. Manning, saca a ese hombre del camión y espósalo. Pero ten cuidado, creemos que va armado y es peligroso. Es uno de los hermanos Khalid. Hay una bomba en el camión. Voy a enviar a la Unidad Especial de Desactivadores de Explosivos y al equipo SWAT.

Beckeman accionó su radio.

—A todos los agentes, aquí Beckeman. La bomba no está en el estadio. Está fuera, en un camión de cerveza. El agente Manning está deteniendo al sospechoso. A todos los agentes que estén en la parte norte del estadio, dirigíos a la entrada donde se realizan las entregas. Evacuad la zona. Acordonadla.

El agente Manning volvió a golpear la puerta. Esta vez se subió de un salto al estribo y apuntó con el arma al interior del camión. El conductor vio el cañón y retrocedió.

—¡Sal del camión! —gritó Manning.

—Hala, espere. No dispare. Voy a salir.

—¡No salgas! —dijo Abdul al oído de Saadi—. ¡Tíralo del camión con la puerta!

Saadi Khalid inhaló hondo. Cuando el agente apartó el arma, abrió la puerta de golpe y tiró al agente del estribo. Cayó al suelo. Saadi puso primera y pisó el acelerador.

—¡Avanza! —le gritó Abdul al oído—. ¡Avanza hasta el arco! *¡Allahu Akbar!*

—¡Mierda! —gritó Beckeman en la sala de control.

Vio cómo Manning caía al suelo y desde allí disparaba con el

arma al camión que se alejaba. Gritó por la radio.

—¡Detened ese camión! ¡Disparad al conductor!

En la pantalla, todos los apostados en la sala de control vieron como el camión esquivó docenas de policías y agentes del FBI que disparaban. Conducía rápido por el lado norte del estadio, hacia los…

—¡Se dirige a los arcos del lado oeste!

Beckeman salió corriendo por la puerta y bajó por el vestíbulo principal del estadio. Reunió más agentes por el camino.

—¡Más rápido! —gritó Abdul—. ¡Más rápido! ¡No pueden pararte!

Saadi conducía hecho un mar de lágrimas hacia los arcos, hacia la locura. Ya era demasiado tarde. Todos iban a morir. Él moriría. Debía morir. Vio a la policía disparándole, pero sus balas no podían matarlo, no podían penetrar las placas de acero que había instalado Abdul en las puertas. Las balas alcanzaron la ventanilla lateral, pero pasaron zumbando por encima de su cabeza. Aun así, se agazapó.

Cat miró en el monitor cómo el camión atravesaba el aparcamiento a toda velocidad, a su paso se deshacía de los coches de un solo golpe, la gente se apartaba de un salto, la policía disparaba. Pero no se producía resultado alguno. El vehículo estaba blindado. La policía tenía que levantar el arma y disparar a la cabina; las balas alcanzaban la puerta del conductor, pero no la atravesaban. Los impactos rompieron la ventanilla lateral, pero el ángulo desde el que disparaban a un camión tan alto impedía alcanzar al conductor. Solo había una manera de matar al conductor. Se volvió hacia Scott.

—Quédate aquí con las niñas.

Salió por la puerta como alma que lleva el diablo. La sala de control estaba en el lado este del estadio. El camión se dirigía al oeste. Tenía que correr cien metros más rápido de lo que se movía el camión. Debía llegar a los arcos antes que él. Corrió.

—*¡Allahu Akbar!* —gritaba Abdul al oído de su hermano—. ¡Llega hasta el arco y detónala! ¡No pueden hacerte daño! ¡Alá protege a los fieles! ¡A los creyentes!

Las balas golpeaban la puerta. Saadi estaba muerto de miedo. Abdul lo animaba:

—¡No tengas miedo, hermano! ¡Estoy contigo! ¡Pronto nos reuniremos con Alá!

Cat alcanzó a Beckeman y al resto de los agentes en la línea de mediocampo. Los adelantó. Eran mayores y más lentos; ella era joven y aún rápida. Había nacido para correr. Todos los metros que había corrido la había preparado para ese momento de su vida. Aquel era su momento. Para hacer lo que tenía que hacer. Por Estados Unidos.

—¡Gira! —gritó Abdul.

Saadi dio un volantazo y dirigió el camión hacia los arcos.

Cat salió por la salida oeste, justo cuando el camión doblaba la esquina en dirección a los arcos. Sacó el arma y corrió hasta el punto que estaba a medio camino entre ella y el camión. Fue directa a un coche de policía aparcado frente a los arcos. Saltó sobre el capó y de ahí al techo. A esa altura, tenía el ángulo necesario para disparar. El camión iba disparado directamente hacia ella. Vio al conductor, y él la vio a ella. Apuntó con el arma.

Saadi vio a la agente del FBI llamada Peña justo delante de él, encima de un coche de policía, entre él y los arcos, lo estaba apuntando con el arma. De pronto, el parabrisas se llenó de agujeros… uno, dos, tres… «¡Joder, sí que sabe disparar!», pensó asustado. La cuarta bala le alcanzó en el hombro izquierdo y lo empujó sobre el respaldo del asiento. El dolor era atroz; se sentía como si le hubiera arrancado el brazo. Cayó de lado en el asiento, soltó el volante y levantó el pie del acelerador.

Cat se bajó de un salto del coche de policía justo antes de que el camión lo arrollara. Aterrizó y rodó por el suelo, después se levantó de un salto. El impacto hizo que el coche virase a la derecha, lo justo como para no alcanzar a golpear los arcos. El camión se abrió paso entre los coches aparcados hasta que se detuvo. Cat corrió hasta él, se subió al estribo y abrió la puerta del conductor. Apuntó al conductor con el arma. Él levantó una mano. La otra estaba cubierta de sangre.

—Gracias —dijo.

—Te he disparado.

—Ahora mi hermano no puede culparme por fallarle.

Llegaron Beckeman y los demás agentes.

—¡Está vivo!

Beckeman se subió a la cabina y se encaró con el árabe:

—¿Has empezado la secuencia de detonación?

El árabe negó con la cabeza.

—No.

—¿Dónde está el detonador?

—Debajo del asiento.

Beckeman encontró la caja detonadora debajo del asiento y la sacó. Había unos cables conectados con la parte trasera del camión. Las luces de la caja estaban apagadas. Suspiró.

—¡Joder!

Abdul lo escuchó todo a través del teléfono y vio la escena en su portátil. Una cámara de seguridad externa había capturado el momento. Su hermano le había fallado, no había detonado la bomba. Estaba muy decepcionado.

Saadi Khalid sabía que su hermano mayor estaba mirando y escuchando. Sabía lo que estaba pensando Abdul. Levantó el teléfono del suelo con la mano derecha y gritó:

—¡Cumplí mi promesa, Abdul!

—¿Abdul está al teléfono? —dijo el agente.

—Sí.

—¿Saadi?

Oyó la voz de su hermano a través del teléfono. Activó el manos libres.

—¿Sí, Abdul?

—Sabía que tendría que llevarte a rastras conmigo para que te reunieras con Alá, pero acabarás reuniéndote con él, hermano.

—Abdul Khalid, tu trama ha fracasado. Ríndete.

—¿Es usted, agente Beckeman? ¿Cuándo aprenderá? Nunca nos rendiremos. Y la trama no ha fracasado. Acaba de empezar.

Abdul había previsto la posibilidad de que su hermano menor se

acobardase en el momento de la verdad. Sacó el otro teléfono de su bolsillo y marcó un número.

Se encendieron las luces de la caja.

—¡Ay, mierda! —exclamó Beckeman.

Había empezado la cuenta atrás. Diez minutos.

—Abdul —gritó el árabe al teléfono—, ¿la has activado por control remoto?

—Sí, hermano.

—¡Para! ¡Moriré!

—Te veré en el cielo, hermano.

—¿Podemos cortar los cables?

—Si cortan los cables, se detonará inmediatamente. La preparé para que estallase en diez minutos para poder acabar mi trabajo aquí. Yo gano, Beckeman. Usted pierde.

Beckeman reflexionó un instante, luego silenció el teléfono y habló por la radio:

—Cortad la transmisión a todas las cámaras exteriores. —Luego le gritó a un agente local—: ¿Dónde está el lago más cercano con un puente?

—El lago Mountain Creek.

—¿Cómo de lejos está?

—A unos cuantos kilómetros.

—Tenemos una bomba en la parte trasera de este camión. Despejad el camino hasta el lago y llevadme allí en nueve minutos. Necesito un conductor.

El árabe se incorporó.

—Conduciré yo.

—¿Por qué?

—Para detener esta locura.

El portátil de Abdul perdió la imagen. Intentó acceder a las demás cámaras exteriores, pero no pudo. El FBI lo había cegado. Buen intento, pero no alteraría el destino.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Cat a Beckeman.

—Vamos a llevar la bomba hasta el lago.

—Pero… morirás.

—Hice una promesa, Peña. Y tú también. —Se volvió hacia el árabe—. ¿Dónde está Abdul?

—En la cabina de la pantalla grande. Tiene un plan B.

—¿Cuál es?

—Gas sarín.

Beckeman se giró hacia la agente.

—Peña, evacúa el estadio.

—¿A cien mil personas? No hay tiempo suficiente.

—Entonces mata a Abdul antes de que suelte el gas sarín.

Beckeman le lanzó el teléfono. Ella volvió a activar el sonido.

—¿Sigues ahí, Abdul?

—Sí.

—Voy para allá.

—Aquí te espero, Catalina.

Colgó a Abdul, saltó del camión y corrió hacia el estadio.

Beckeman cerró la puerta.

—Conduce.

El árabe hizo retroceder el camión para alejarlo de los coches destrozados y siguió a la escolta de policía que lo sacaría del aparcamiento del estadio. Quedaban ocho minutos para la detonación.

Cat corrió por el estadio hacia la sala de control.

—Scott, saca a las niñas del estadio. Rápido.

—¿Por qué? ¿Hay otra bomba en el estadio?

—No. —Bajó la voz—. Abdul tiene gas sarín en el estadio.

Scott se acercó a sus hijas. Les dio un beso a las dos. Louis y Carlos se mantuvieron cerca.

—Boo, súbete a la espalda de Carlos.

Obedeció.

—Pajamae, a la espalda de Louis.

Ella también obedeció, pero dijo:

—Juez Fenney.

—Sí, cariño.

Señaló un monitor.

—Ese es Abdul.

En el monitor había un hombre con el pelo teñido de rubio y piel oscura.

—Louis, Carlos, sacadlas del estadio.

—¿Y luego qué? —preguntó Louis.

—Corred.

—Supongo que ahora somos Thelma y Louise —dijo Beckeman al árabe.

—¿Quiénes son Thelma y Louise?

—Tú conduce y ya está. ¡Más rápido!

Siguieron a los coches de policía hacia el sur por la Autopista 360. El velocímetro llegó a noventa. Faltaban cinco minutos para la detonación.

Cat y Scott se dirigieron a toda velocidad a las escaleras que bajaban al campo. Los jugadores habían abandonado el terreno de juego. Era el intermedio de la Super Bowl. Los trabajadores estaban preparando el campo para el gran espectáculo del medio tiempo. Iba a aparecer Beyoncé.

—¡Llama al ascensor! —gritó Cat por la radio.

—Abdul es mío —dijo Scott.

Abdul estaba sentado en la cabina de vídeo, por encima de ellos. Vio en el monitor a la agente del FBI llamada Catalina que esperaba a que bajase el ascensor. El juez estaba a su lado. ¿Por qué estaba él allí? Pero daba igual. Iban a por él. Tenía que darse prisa e iniciar el espectáculo del intermedio.

Salieron por la autopista y giraron al este por Pioneer Parkway. Los coches de policía habían bloqueado todo el tráfico. La carretera era suya. Tres minutos para la detonación.

—¡Más rápido!

Cat y Scott entraron el ascensor. El ascensor era más un montacargas para construcción, más parecido a una cesta grande que a un ascensor de oficina. Un guardia de seguridad subió con

ellos y los llevó arriba.

Beckeman veía el lago justo delante. La escolta de policía se apartó y se detuvo. Condujeron por un puente bajo que estaba sobre el lago. Tenía dos carriles y contrafuertes de cemento a ambos lados. No era el Golden Gate ni el lago Michigan, pero serviría. Al otro lado del lago, unos coches de policía con las luces encendidas habían detenido el tráfico que se acercaba. El puente estaba vacío. Dos minutos para la detonación.

—Dirígete al centro y luego gira —dijo Beckeman.

Había luchado por la libertad durante toda su vida adulta. Siempre había pensado que daría la vida por su país, pero todos los soldados dicen eso. Ahora sabía que lo decía en serio. Había cosas por las que valía la pena morir, como Estados Unidos. Se abrazó a sí mismo, pero el árabe frenó el camión.

—¿Qué coño estás haciendo? —dijo Beckeman.

Un minuto.

El árabe se volvió hacia él y dijo:

—Sal.

—No. Tengo que asegurarme de que el camión se hunde en ese lago.

—Yo he provocado esto. Ahora tengo que pararlo. Sal.

Cuarenta y cinco segundos para la detonación. Beckeman abrió la puerta y saltó al suelo. El árabe puso en marcha el camión y pisó el acelerador con fuerza.

Saadi Khalid hizo avanzar el camión tan rápido como pudo. Cuando el detonador indicaba que quedaban quince segundos para la detonación, viró y se abrió paso por el contrafuerte. El camión salió volando del puente. Sintió como si estuviera suspendido en el tiempo por un instante. Deseaba que fuera así.

—Perdóname, padre.

Beckeman contempló cómo el camión desaparecía en el agua. Entonces el puente tembló bajo sus pies, y oyó una explosión ahogada. El centro del puente cedió y cayó en el lago en el mismo instante en que el enorme vehículo negro emergió del lago, se suspendió en el aire por unos segundos, y luego volvió a caer en el lago, donde desapareció.

Abdul metió un DVD en el reproductor. Los fans esperaban a Beyoncé. En su lugar, tendrían muerte.

Cat y Scott ascendían hacia la pantalla. A medio camino, el ascensor se detuvo.

Abdul sonrió al juez y a la agente del FBI, que se balanceaban en el aire. ¿Pensaban que no había previsto que ocurriese algo así? El FBI siempre iba un paso por detrás de Abdul Khalid.

—Vamos a trepar —dijo Cat.

Abrió la puerta corredera y empezó a trepar por el lateral. Scott la siguió. El guardia de seguridad exclamó:

—¡Ni de coña!

Las luces principales del estadio se apagaron por un segundo, y entonces la pantalla se iluminó. Cien mil fans estaban esperando ver a Beyoncé. No fue así.

Ethan Jamal emigró a Estados Unidos desde Afganistán hacía cinco años. Había traído consigo a su esposa e hijo. Tenían una buena vida en Estados Unidos. Una vida a salvo. No como en Afganistán. No había atentados suicidas diarios, ni tiroteos o asesinatos. En Estados Unidos había paz. Pero nunca podría olvidar lo que había dejado atrás. Por lo tanto, cuando vio la bandera negra del Dáesh en la enorme pantalla por encima del campo, no gritó ni entró en pánico ni corrió hacia la salida como sí hicieron los demás fans a su alrededor. Sabía que era inútil. De modo que se limitó a agarrar la mano de su esposa y de su hijo y esperó la muerte. Todos iban a morir.

En la pantalla grande, y en las otras 35 000 pantallas del estadio, la voz de Abdul Khalid retumbó:

—No temáis, estadounidenses. Hoy vais a morir. En el nombre de Alá. El fin de los días se cierne sobre nosotros. Sobre

vosotros. Sois los infieles, los paganos, los *kuffars*. No os molestéis en correr. No podéis huir de vuestro destino. Estados Unidos ha librado la batalla contra el islam desde hace trece años. Ahora contraataca el islam. *¡Allahu Akbar!*

—¡Corta la retransmisión! —gritó el director del FBI al teléfono. El presidente enterró la cara entre las manos.

Hubo un momento de silencio mientras los espectadores asimilaban el vídeo. Luego entraron en pánico. Los padres agarraban a sus hijos y corrían a las salidas. Abdul sonrío al ver cómo los estadounidenses corrían por sus vidas. Contemplaba cómo se peleaban por salir, seguir con vida, huir de la muerte. Ah, amaban tanto la vida, tanto como los terroristas amaban la muerte. Abdul les había llevado a la muerte. Había sembrado el terror en los corazones de los infieles. Ahora iba a reunirse con ellos en la muerte. Se quitó la camiseta, empuñó el arma y salió de la sala de la pantalla. Un puño lo golpeó directamente en la nariz. Se tambaleó hacia atrás y dejó caer el arma. El puño lo golpeaba una y otra vez.

—¡Intentaste violar a mi hija!

¿Cómo había subido el juez?

Scott golpeó a Abdul sobre la plataforma. A cada puñetazo, su ira iba en aumento.

—¡Has ido a joder al padre equivocado!

Scott golpeó a aquel hombre que odiaba tanto como le era posible. Cayó sobre la baranda, pero se agarró con una mano. Scott retrocedió para golpearle otra vez, para enviarlo a su muerte a casi treinta metros de altura…

—¡Scott, no!

La voz de Cat lo detuvo. Retrocedió. Abdul balanceó una pierna por encima de la baranda y sonrió.

—No tienes a donde ir, Abdul —dijo Cat.

—Sí. Al cielo.

—Se acabó —añadió Scott. Abdul sonrió.

—¿No lo entiende, juez? Nunca se acabará.

—Se acabó por hoy.

—No, no es así. Juez, ¿se cree que no tengo un plan B?

—Sabemos lo del gas sarín. Es difícil ejecutar un plan alternativo colgado de esta plataforma.

—Ya se ha ejecutado. Y usted llega demasiado tarde. Lo veré pronto en el cielo, juez. A menos que pueda aguantar la respiración durante mucho tiempo. *¡Allahu Akbar!*

Soltó la baranda y cayó de espaldas al campo del estadio. Yació tumbado sobre la estrella blanca de la línea de mediocampo.

Los agentes del FBI se reunieron en el campo, junto al cuerpo de Abdul. Estaban metidos en un agujero, literalmente. El campo de juego estaba a quince metros bajo el nivel del suelo. Los fans habían entrado en pánico absoluto, corrían hacia las salidas que había por encima. Pero cien mil personas no pueden salir tan rápido.

—Este es el sitio perfecto para un ataque con gas sarín —dijo Cat—. El techo está cerrado y el gas sarín es más pesado que el aire, así que se hundirá en ese agujero y hasta donde están los fans.

Levantó la vista hacia el techo cerrado y luego tomó la radio de mano.

—A todos los agentes del FBI. Los terroristas han colocado el gas sarín en el sistema de ventilación. Quien esté cerca del sistema de ventilación central, que vaya hasta allí y lo encuentre antes de que detone.

Respondió una voz.

—Aquí Ace. Estoy en ello, Cat.

—¡Date prisa! Pero ten cuidado.

—No nos queda tiempo para tener cuidado.

El agente especial del FBI, Ace Smith, corrió por las escaleras que conducían al puesto de control del sistema de ventilación. Un guardia de seguridad estaba haciendo guardia junto a la puerta. Ace le enseñó la placa.

—Abre.

El guardia abrió la puerta. Entraron.

—¿Qué pasa? —preguntó el guardia.

—Estamos buscando gas sarín.

—¿Qué aspecto tiene?

—Líquido. Hasta que entra en contacto con el ambiente.

Entonces se convierte en gas.

—¿Dónde tenemos que mirar?

—Cerca de la toma de aire.

—Por aquí.

Registraron el área que rodeaba la toma de aire, pero no encontraron nada. Se volvieron para marcharse…

—¿Qué es esto? —preguntó el guardia.

Señaló una caja negra del tamaño de una taquilla para equipamientos deportivos.

—¿No debería estar aquí? —preguntó Ace.

—No. Nunca lo había visto.

Ace se llevó la radio a la boca.

—Cat, lo hemos encontrado.

—¿El qué? —preguntó el guardia.

Cat respondió.

—Ace, tienes que desarmarlo antes de que detone.

—¿Detonar? —dijo el guardia.

—Lo sé —contestó Ace a la radio.

Ace se arrodilló delante de la caja. Intentó abrirla por arriba, pero estaba cerrada.

—Tráeme unas herramientas —dijo.

El guardia volvió a los pocos minutos con un kit de herramientas. Ace tomó un destornillador y lo metió en el ojo de la cerradura. Alcanzó un martillo y lo usó para golpear con tiento la parte superior del destornillador. La cerradura cedió y se abrió la parte superior de la caja.

—¡Joder! —dijo el guardia.

Dentro de la caja había diez recipientes de al menos siete litros cada uno, y un detonador. Ace hurgó en la caja de herramientas tratando de localizar un cortaalambres. Encontró un par. Inhaló profundamente y se inclinó sobre la caja.

Esa fue la última bocanada de aire que tomaría Ace Smith en su vida.

El detonador estalló y los recipientes explotaron. El líquido se derramó y se evaporó. La toma de aire absorbió el gas sarín a través del sistema de ventilación. El guardia cayó al suelo. Empezó a convulsionar y abrió mucho los ojos, sus pupilas se hicieron diminutas. Ace tenía que avisar a Cat. Se llevó la radio a la boca, pero se cayó al suelo. Ace Smith asumió que no se pasaría el resto de su vida pescando lubinas. El resto de su vida era ahora.

—Cat, el gas sarín está fuera.

—¡Ace!

La radio de Ace dejó de funcionar. Cat y Scott estaban bajando en el ascensor hacia el campo; el guardia de seguridad había activado el modo manual. Cat levantó la vista hacia los conductos metálicos de ventilación que envolvían la parte superior del estadio. Veía los conductos, pero no el gas sarín. Sin embargo, estaba saliendo por allí. El gas sarín era más pesado que el aire, de modo que descendería los noventa metros que separaban los conductos de las gradas. Mataría a todo el mundo que se encontraba en el estadio.

—A menos que…

Reflexionó. Estaba pensando de forma limitada. Debía apelar al pensamiento lateral, salir de su mente cuadriculada, fuera del estadio. Dentro, el aire estaba saturado de gas sarín. Fuera, el gas sarín se dispersaría rápidamente en el aire fresco. Cuando llegaron al suelo, agarró al guardia de seguridad.

—Llévame al centro de control que maneja el techo. ¡Rápido!

Salieron del campo y subieron corriendo las escaleras en dirección a la sala de control. Había un técnico sentado detrás de un escritorio.

—¡Abre el techo! —exclamó Cat.

—No puedo abrir el techo sin más.

—¿Por qué no?

—Primero de todo, tiene que abrirse muy despacio, porque si no, el cambio en la presión del estadio rompería los paneles de cristal de los extremos.

—Muy bien.

—¿Por qué muy bien?

—El gas sarín es más pesado que el aire. Ahora mismo está bajando desde los conductos de ventilación del techo, directo a la gente que está en las gradas. El cambio en la presión del aire debería absorber el gas sarín y sacarlo del estadio.

—¿Estás segura? —dijo Scott.

—No. Pero es nuestra única esperanza.

—¿Cómo lo sabremos?

—Lo sabremos si no morimos.

—¿Has dicho gas sarín? —dijo el técnico.

—Abre el techo.

—Necesito una autorización.

Cat sacó el arma y le apuntó a la cabeza.

—Estás autorizado. Abre el puto techo. ¡Rápido!

Empujó una palanca de forma suave. El monitor mostró cómo las dos puertas del techo se abrían lentamente. Cat empujó la palanca hasta el fondo.

—¿Qué estás haciendo?

—Salvarte la vida.

Salieron y contemplaron cómo se abría el techo. Las dos puertas del techo se replegaron rápidamente, una al este, la otra al oeste. Sintió cómo cambiaba la presión del aire. Miró los paneles colocados sobre cada una de las zonas de anotación. De pronto, se hicieron añicos. El cristal explotó y cayó sobre el campo. A través del techo salieron volando globos, basura, papeles y carteles de los Cowboy junto con el gas sarín.

Una hora después, Scott, Cat, Louis, Carlos y las niñas se habían puesto un chándal y se estaban secando el pelo con una toalla. Las niñas temblaban de frío. Los servicios de emergencia, metidos en trajes NBQ, habían instalado puntos de descontaminación para curarse en salud. Nadie había mostrado síntomas de envenenamiento por gas sarín. Les habían obligado a quitarse la ropa y lavarse, detrás de unos cubículos de plástico.

—Tenías razón, Peña. —El agente Beckeman había vuelto—. Era una distracción.

—No estás muerto.

—Hoy no.

—Ace sí. Está muerto.

—Lo he oído. Era un soldado. Ha honrado su promesa. Murió defendiendo su país.

Capítulo 29

Lunes, 8 de febrero

El día después de la Super Bowl

—Un juez federal no busca estos casos; vienen a él. No busca la controversia; ella lo encuentra. Esa es la naturaleza de este trabajo. Los dos casos que voy a sentenciar hoy vinieron a mí; ambos fallos serán polémicos. Cuando acepté este trabajo, nadie dijo que me haría popular. Era verdad. Como juez federal, aprendes a vivir con la dura realidad de la vida: siempre habrá alguien que se enfade contigo. En cada caso debe haber un perdedor. Te pasas la vida decepcionando a alguien. Hoy voy a hacer eso mismo.

El juez del distrito de los Estados Unidos A. Scott Fenney estaba sentado detrás del estrado en su sala de justicia, en el quinto piso del Edificio Federal Earle Cabell, en el centro de Dallas. Todos los asientos y espacios disponibles a lo largo de las paredes estaban ocupados por las partes interesadas, espectadores y miembros de la prensa. La agente especial del FBI, Catalina Peña, ocupaba uno de esos asientos.

—En el caso del estado de Texas, *et al.* contra el presidente de los Estados Unidos de América, *et al.,* a algunos les parecerá que mi fallo es injusto. Pero mi trabajo no es determinar lo que es justo, sino tan solo lo que es legal. La justicia es un asunto político; la legalidad es un asunto judicial. Mi fallo no trata sobre el presidente, la política, las elecciones, la inmigración ni la justicia. Trata sobre la ley. Vivimos bajo el imperio la ley. Un juez ejecuta la ley. Contra asesinos, traficantes de drogas, terroristas islámicos y presidentes. Nadie está por encima de ella, exento de cumplirla ni es mejor que la ley. Nadie. Este caso trata de una sola cosa: la autoridad del presidente según la Constitución. Este tribunal no pretende saber si una política social es buena o mala en lo referente al tema de la inmigración. Afortunadamente, ese no es mi trabajo. Ese trabajo pertenece al Congreso y al presidente. El presidente emitió un decreto ejecutivo que, según los estados, cambia la ley de forma unilateral. Los estados

demandaron al presidente en el tribunal federal. Pidieron al poder judicial que decidiera si el presidente había excedido su autoridad constitucional. Ese es mi trabajo. El fallo del tribunal enfurecerá a algunos y alentará a otros. Unos lo aplaudirán y otros lo abuchearán. Unos lo adorarán, otros lo odiarán. Y la gente que adore este fallo, odiará el siguiente y viceversa. Pero la opinión pública no tiene relevancia en la resolución de un asunto judicial. La Constitución no sigue la corriente. Permanece inalterable. Es el ancla en medio de una tormenta. Es la base sólida de una nación sólida. Hay un motivo por el cual Estados Unidos es la tierra de los libres y el hogar de los valientes; un motivo por el que Estados Unidos lidera el mundo libre y es la nación más poderosa, rica y libre en la tierra de Dios. Ese motivo es nuestra Constitución. Mi deber es para con la Constitución. Mi trabajo es defender la Constitución ante el Congreso y el presidente, porque la política siempre llevará al límite a la Constitución. Nuestros Padres Fundadores eran unos hombres inteligentes que sabían que designar a los jueces federales de por vida mantendría la política alejada de la magistratura. Sabían que este era el mejor seguro para mantener a la gente libre de su gobierno. Algunas personas están de acuerdo con el decreto de inmigración del presidente, mientras que otras están en desacuerdo. Pero todos debemos, y remarco *debemos,* estar de acuerdo con la Constitución. La Constitución creó este país, y la Constitución lo preserva. Sin nuestro acuerdo, nuestra fe, nuestra obediencia, nuestro respecto y nuestro honor hacia la Constitución, Estados Unidos no sería la nación que es hoy. El decreto ejecutivo del presidente no concuerda con la Constitución. Viola la doctrina de la separación de poderes y excede su autoridad según el artículo dos. Al presidente no le gusta la ley y no puede convencer al Congreso para que la cambie, de modo que la cambió él mismo. Tal vez los deseos del presidente se basaban en una política social correcta, pero no son la ley; contradicen la ley. El decreto ejecutivo del presidente no es un ejercicio de discreción procesal; es un ejercicio de poder legislativo. El presidente no puede pretender ejercer su capacidad discrecional para reescribir las leyes de acuerdo con sus opiniones políticas. El mismo presidente dijo que su decreto ejecutivo cambia la ley. Él no puede hacer eso. Si el presidente poseyera el poder de hacer las leyes, además de ejecutarlas, ese poder lo convertiría en rey. Nuestros Padres Fundadores decidieron que Estados Unidos no tendría un rey. El presidente es la persona más poderosa del planeta, pero no es un rey. Está sujeto a la ley. A la Constitución. Por lo tanto, el tribunal establece que el decreto ejecutivo del presidente excede la

autoridad concedida a la función del presidente en el artículo dos de la Constitución. El decreto es, por tanto, declarado nulo e inválido. Por lo tanto, se prohíbe a todas las agencias y oficiales del Poder Ejecutivo que implementen el decreto ejecutivo del presidente.

La mitad de los espectadores se levantó y aplaudió; la otra mitad abucheó y salió de la sala hecha una furia. La mitad habían ganado, y la otra mitad había perdido. O eso parecían pensar. Scott se quitó las gafas y buscó a Cat; solo la vio de espaldas mientras salía de la sala.

—Juez, ¿estás preparado para los acusados? —susurró Louis.

Scott asintió. Louis fue a la puerta que llevaba a las celdas y volvió con el imán y sus colaboradores. Iban esposados, pero no llevaban grilletes. Ya no llevaban el mono de la prisión, sino su atuendo musulmán. Ropa de calle. Donde irían pronto. Scott dejó que se colocaran en sus asientos y que los espectadores volvieran a situarse. Se puso las gafas.

—En el caso de los Estados de Unidos de América contra Omar al Mustafá *et al.,* me dirijo a Omar al Mustafá, también conocido como Omar Mansour, nacido en Estados Unidos y afortunado de vivir en ella. Señor Mustafá, debería arrodillarse y dar gracias a Dios todos los días de su vida por haber nacido en Estados Unidos. Por ser un ciudadano estadounidense, por disfrutar de las libertades que la Constitución nos garantiza y que protege para nosotros, por vivir sano y salvo, algo de lo que carecen muchas personas en este mundo. Pero no lo hace. Se arrodilla y reza por la destrucción de Estados Unidos. Y en Estados Unidos es libre de hacer eso. Es libre de hablar contra Estados Unidos. Como juez federal, debo protegerle de ser procesado por ejercer su derecho a la libertad de expresión y a la libertad religiosa. De modo que hoy debo ponerlo en libertad.

—*¡Allahu Akbar!* —exclamó el imán.

—Señor Mustafá, no es culpable, pero tampoco inocente. La definición legal de la inocencia es la ausencia de culpa. Es inocente de los crímenes de los que se le ha acusado, por tanto, este tribunal desestima los cargos presentados contra usted. Pero es culpable de cometer crímenes contra la humanidad. No se siente culpable, pero no está exento de culpa. Hoy saldrá libre, pero la vida no desestimará esos cargos presentados contra usted. La vida tiene su propio sistema de justicia. Un día, señor Mustafá, la vida lo condenará y lo castigará por sus crímenes. Y el castigo será severo. Odia este país. Me gustaría que se marchase sin más. Pero no va a hacerlo. Me gustaría poder echarlo de Estados

Unidos. Pero no puedo. Sin embargo, puedo echarlo de esta sala. Omar al Mustafá, lárguese de mi juzgado.

Omar al Mustafá se levantó y alzó las manos esposadas hacia el jefe de policía federal. No pudo contener la sonrisa. El jefe de policía abrió las esposas y lo liberó; otros oficiales liberaron a los demás. Se volvió a sus discípulos y les dijo:

—Venid.

Omar los condujo hacia el pasillo central de la sala como el profeta condujo a la gente a La Meca. Abrió las puertas dobles, bajó en el ascensor y desfiló a través del vestíbulo del juzgado en dirección a las puertas delanteras. En los escalones, los medios se habían reunido en masa. Se colocó triunfante delante de las cámaras y los micrófonos.

—*¡Allahu Akbar!* ¡Alabado sea Alá! ¡He vencido a Estados Unidos! ¡He ganado! ¡Ahora enseñaré mi poder a Estados Unidos! ¡Ahora haré que Estados Unidos se arrodille! ¡Ahora…!

—Omar al Mustafá, queda arrestado.

Bajó la vista y vio cómo le colocaban unas esposas alrededor de la muñeca izquierda. Al mirar hacia arriba se encontró con la cara del agente Beckeman. El agente tiró de su brazo izquierdo para colocarlo detrás de la espalda y le esposó la muñeca derecha.

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga puede y será utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado y a tener uno presente cuando sea interrogado. Si no puede contratar a un abogado, le será designado uno para que le represente durante el interrogatorio.

—¿Terrorismo? —preguntó Mustafá.

—Impuestos —respondió Beckeman—. Puede que tu corazón esté en Siria, con tus hermanos musulmanes, pero vives en Estados Unidos. Tienes que pagar tus impuestos, Omar.

Al Capone no pagó los impuestos correspondientes a sus actividades de contrabando. El FBI nunca pudo atraparlo cuando hacía contrabando, pero murió de sífilis en prisión por evadir impuestos. El agente especial del FBI Eric Beckeman solo podía esperar que ese mismo destino fuera el de Omar al Mustafá.

—*Allahu Akbar,* hijo de puta.

Farooq Zaman, veinticuatro años, alias Abdul Jabbar Khalid, alias Sam Taylor, y Farique Zaman, veintidós años, alias Saadi Khalid, alias Al A. Hu, nacieron en Pakistán, hijos de Ghamid Zaman, médico, y Dara Zaman, enfermera. Según todos los testigos, eran unos chicos musulmanes felices y no radicalizados. Ghamid murió a causa de un misil errante que cayó en su pueblo. El gobierno de los Estados Unidos trasladó a la familia Zaman a Minneapolis, donde había una comunidad musulmana establecida. Se convirtieron en ciudadanos naturales. Farooq y Farique se inscribieron en la Universidad de Minnesota. Farooq obtuvo una licenciatura en ingeniería estructural; Farique había terminado el segundo año en la universidad cuando los hermanos se mudaron a Dallas para hacer volar el estadio de los Cowboys. Asumieron identidades falsas y consiguieron un empleo: Farooq como técnico de vídeo en el estadio, y Farique como conductor con los distribuidores de cerveza. Se infiltraron en la mezquita, el lugar perfecto para conocer a las cabezas de turco de su trama: los hermanos Siddiqui. Compraron nitrato de amonio en el cinturón agrícola con dinero del Dáesh, disponible a un clic en internet. Gracias a la experiencia de Zaheed, el experto fabricante de bombas del Estadio Islámico, Abdul construyó una bomba e ideó un plan brillante. Estuvo a punto de funcionar. El cuerpo de Farooq le fue devuelto a su madre en Minnesota. No quedó nada de Farique que se pudiese devolver. Su madre estaba desolada. No sabía nada de la trama. Amaba Estados Unidos.

Los lobos solitarios son los terroristas más difíciles de detener. Por la gracia de Dios, los detuvimos esta vez. Pero, quizás, no la próxima. Y el agente especial Eric Beckeman conocía la cruda realidad.

Siempre habrá una próxima vez.

Epílogo

Viernes, 12 de febrero

Cinco días después de la Super Bowl

—El juez Fenney es un juez extremista que, sin duda, tiene motivaciones judiciales antiinmigración y, más concretamente, antilatinos. Los mexicanos están enfadados. El presidente está enfadado. Pretende llevar su detestable resolución al tribunal de apelaciones y, de ser necesario, a la Corte Suprema.

El periódico de Dallas estaba abierto por la página en la que aparecía la cita del representante presidencial. Esta vez había salido en la portada. El lunes era un héroe; para cuando llegó el viernes, era un extremista. Scott tenía el teléfono pegado a la oreja.

—Has dictado sentencia en contra de mis padres —dijo Cat.

—He dictado sentencia en contra del presidente.

—Los has sentenciado a vivir con miedo. A vivir en las sombras. Te dejé entrar en mí, ¿y tú me haces esto?

—No te lo he hecho a ti.

—Se lo has hecho a ellos. No han dejado de llorar desde que dictaste sentencia.

—Lo siento.

—¿De veras? ¿Sabes qué dijo mi madre? «¿Por qué nos ha hecho esto? Pensaba que le caíamos bien.»

—Y me caen bien. Pero nada de esto es por ellos. Es la ley. La ley no tiene que ver con la política. La ley trata del proceso, de seguir la Constitución, de…

—Me importa una mierda la política y el proceso. Lo único que me importan son mis padres.

—No he hecho más que emitir sentencia sobre la autoridad del presidente.

—No has hecho más que firmar la orden de deportación de mis padres.

—Cat, tienes que separar lo que quieren tus padres de lo que permite la ley.

—No puedo. No cuando se trata de mis padres. Aman Estados Unidos. Mustafá y sus hombres odian Estados Unidos. Mis padres quieren ser estadounidenses. Ellos quieren matar estadounidenses. Pero ellos pueden quedarse, y mis padres tienen que irse. No es justo.

—No lo es. Pero es la ley.

—A la mierda la ley.

A las diez, el oficial jefe de policía llamó por teléfono.

—Me alegro de que no estés muerto, Scott.

—Gracias, Mac.

—Tu hija es una heroína.

—Sí que lo es.

—Te debo una, Scott. No lo olvidaré.

—Mac, no deportes a los padres de la agente Peña.

—¿Qué? Ah, no me preocupa ese caso. Ganaremos en las apelaciones o en la Corte Suprema. Roberts es un pelele, le preocupa lo que dirá de él la historia. No dirá nada. No dirá nada de ninguno de nosotros. Estos días pasarán a la historia como la época del terror y el mal. —Exhaló contra el auricular—. ¡Qué coño, a lo mejor es el fin de los días!

Al mediodía, Scott se dirigió a un criminal convicto en audiencia pública.

—Dennis Macklin, por la presente, tu sentencia es legitimada por buena conducta y buenas acciones. Eres un buen hombre, Dennis. Y has hecho el bien. Gracias.

—Gracias, juez. Lamento mucho lo que hice. Pagaré a esos diez mil empleados todo el dinero que perdieron por mi culpa. Les compensaré por mi padre, por mí y por usted.

A las cuatro, Bobby dijo:

—¿Adivina qué?

—El imán se decapitó a sí mismo.

—No tenemos tanta suerte. La Liga Nacional de Fútbol ha decidido que la segunda mitad de la Super Bowl se jugará dentro de dos semanas en un estadio aún sin determinar, sin espectadores y sin medios de comunicación, salvo por las cámaras de televisión.

—El mundo en el que vivimos.

—Sid Greenburg redactó el documento irrecusable. Llegaron a un acuerdo.

—Bien.

—Y estoy embarazado… estamos embarazados… Karen está embarazada.

—Vaya, felicidades.

Todos abrazaron a Bobby y Karen.

—¿Trabajarás desde casa? —preguntó Scott.

—Por supuesto.

Se habían reunido para celebrar una junta del personal. Una vez volvieron a sus sitios correspondientes, Scott dijo:

—Bueno, ¿qué tenemos en la lista de casos para la semana que viene?

—Espero que sea un caso de patentes —dijo Carlos—. Me encantan los casos de patentes.

—Algo muy aburrido —dijo Karen.

—Amén —añadió Louis.

—Ah, bueno… —dijo Bobby.

A las cuatro y treinta, Cat Peña estaba sentada en su cubículo en la sede central del FBI. Sonó el teléfono. Sabía quién era sin necesidad de mirarlo, pero lo miró de todas formas: Scott. Fue a contestar, pero se quedó inmóvil. El dedo pulgar planeó sobre el teléfono durante tres tonos más, y luego dejó el móvil. Se había acabado.

Scott iba a dejar un mensaje, pero cambió de opinión. Colgó el teléfono y se quitó las gafas. Sabía que se había acabado. Viviría solo el resto de su vida. Nunca volvería a tener una esposa. Era juez federal, un cargo vitalicio, y se pasaría esa vida solo. Se pasaría la vida decepcionando a la gente.

A las cinco, Scott se sentó en las gradas del gimnasio de la Escuela Secundaria de Highland Park con una de sus hijas, mientras la otra esperaba a que la presentaran en la alineación titular. Tomó a Boo de la mano. Quizá nunca la soltaría. La megafonía cobró vida. La anunciante introdujo al equipo con mucho entusiasmo.

—Y ahora, os presentamos a vuestras saqueadoras de la

Escuela Secundaria de Highland Park. Con metro setenta, como pívot, número dos, ¡Madison Richley!

El público aplaudió educadamente.

—Con metro sesenta, como ala pívot, número ocho, ¡Emily Hunt!

Más aplausos por educación.

—Con metro sesenta y dos, como alero, número treinta y tres, ¡Abigail Jacobson!

Los aplausos eran cada vez menos educados.

—Con metro cincuenta y siete, como escolta, número dieciséis, ¡Claire Wexler!

Apenas se oyeron aplausos.

—Y ahora, con uno sesenta y cinco, como base, número veintitrés, nuestra propia heroína estadounidense, ¡Pajamae Jones-Fenney!

La multitud explotó de júbilo en las gradas. Un estruendoso aplauso inundó el gimnasio. Scott y Boo miraron a su alrededor y luego se levantaron entre los demás blancos que se habían puesto en pie para aplaudir a una niña negra. Su niña. Su hermana. Pajamae lloraba en la pista. Sus compañeras de equipo la abrazaban y lloraban. La directora la abrazó mientras lloraba. Scott lloraba. Un hombre alto, negro y calvo, vestido con un traje elegante, entró en la pista con una pelota de baloncesto en la mano. Les resultaba familiar. Se dirigió a Pajamae y le ofreció la pelota y un bolígrafo. Pajamae miró al hombre y pareció que fuera a desmayarse. Firmó la pelota y se la devolvió. Él la levantó por encima de los hombros. El aplauso se hizo más ensordecedor, y Scott reconoció al hombre: Michael Jordan.

A Pajamae Jones-Fenney no volverían a ignorarla fuera de la cancha.

—Estamos muy tristes —dijo Boo.

Pajamae asintió. Estaban acurrucadas en la cama. Scott les había hablado de la sentencia sobre la inmigración, de cómo afectaría a los padres de Cat, y de su reacción.

—Lo entendemos —dijo Boo—. Has hecho tu trabajo como juez. Pero, aun así, duele.

—Sí.

Pero tenía a sus hijas en casa. Ya no eran inocentes. Se habían llevado su inocencia cuando se las arrebataron. Nunca volverían a ser las mismas. Tampoco él.

—Nosotras nunca te dejaremos, A. Scott.

—Sí que lo haréis. Y debéis hacerlo. Un día os iréis a la universidad, viviréis vuestra vida con un hombre al que améis, os casaréis y tendréis hijos. Quiero que sea así. Quiero que seáis felices. Porque os quiero.

—Pero tú estarás solo.

—Esa es mi vida, Boo. El día que me casé con tu madre, me comprometí a vivir mi vida solo. Nunca me libraré de ella, aunque no esté conmigo. Hice una promesa. Hasta que la muerte nos separe.

Héctor Calderón no había tenido noticias de José y Gilberto. Sabía lo que les había ocurrido. Los árabes los habían matado y los estadounidenses habían matado a los árabes. Había tanta muerte en la vida.

Y habría más muerte.

Estaba tumbado en la cama, abrazado a su mujer. Acababan de tener sexo. Nunca había disfrutado tanto del sexo, de una mujer. No había tenido una mujer tan hermosa en su vida, ni la había matado en su cama.

—Lo siento mucho, Rebecca.

—¿Por qué, Héctor?

—Por esto.

Hundió la daga en su piel, por debajo de la caja torácica, hasta el corazón. El cuerpo se tensó y luego se relajó. Aceptó su destino. Todos debemos aceptar nuestro destino. Le rompía el corazón matarla, pero sabía demasiado.

—Abrázame, Héctor.

—Claro.

Rebecca Fenney sintió cómo la vida la abandonaba. Tenía treinta y siete años y seguía siendo increíblemente hermosa. Había vendido su belleza por una mansión en Highland Park, después por una casa en la playa en Galveston y, finalmente, por aquella villa en Cancún. Había vendido su belleza a los hombres, a unos hombres que le habían dado la vida que quería. Ahora este hombre iba a quitarle la vida.

Sabía que llegaría ese día.

Había arruinado la vida de un hombre y le había arrebatado la vida a otro. Tarde o temprano, la vida iba a volverse contra ella. La vida se vengaría. La vida haría lo que quisiera con Rebecca Fenney. Hoy era ese día.

De modo que no se resistió a la muerte. La aceptó tal y como había vivido la vida, sin culpa. Había dejado a Scott por Trey; y había matado a Trey cuando la amenazó con dejarla. Había sido declarada inocente, pero recibiría un castigo igualmente. La vida tenía su propio sistema de justicia. La vida le había dado una sentencia de muerte. Era su destino, desde el día en que ganó su primer concurso de belleza. Cuando descubrió lo que harían los hombres por tener su belleza entre los brazos. Siempre había sabido que su vida acabaría de esta manera. En los brazos y a manos de un hombre.

Nota del autor

A finales de los años ochenta, cuando era un asociado novato en un enorme bufete de abogados de Dallas, conocí a un terrorista. Aunque en aquel entonces no sabía que lo era. A petición de un superior, me había reunido con un cliente potencial que quería invertir cien millones de dólares en el mercado estadounidense de bienes raíces. Era un caballero árabe mayor que yo. Cuando le pedí sus datos de contacto, me dio varias direcciones en Londres y Europa, y advirtió: «Pero a veces no me localizará en esos lugares, porque estaré en el desierto de Libia con Muamar el Gadafi». Le pregunté qué hacía para Gadafi. «Consultoría». ¿De qué? «Construcción». ¿De qué? «Proyectos». Se negó a especificar más. Después de acompañarlo a los ascensores, fui a ver a mi superior y le convencí de que el bufete no necesitaba ese cliente. Nos negamos a representarlo. Final de la historia.

O eso creí.

Más o menos un año después de nuestro encuentro, leí un artículo en una revista nacional de noticias que hablaba de su muerte. Era el hombre que había construido la planta de armas químicas de Gadafi. En esa planta se producía gas sarín. Veinticinco años después, el Estado Islámico tomó la provisión de sarín de Libia.

Yo conocí al hombre que lo hizo posible.

Notas de la traductora

1. En el original, *«briefing attorney»,* abogado de Estados Unidos especializado en preparar escritos, concretamente en el caso de apelaciones.

2. En español, «El soltero».

3. Cadena de restaurantes enfocada a clientes masculinos cuyo personal femenino lleva poca ropa.

4. En español en el original.

5. Letra del himno estadounidense. En español: Oh, dime, ¿puedes ver, con la primera luz de la aurora, lo que tan orgullosamente saludamos en el último destello del crepúsculo, cuyas amplias franjas y brillantes estrellas, a través de tenebrosa lucha, sobre las murallas observábamos ondear tan gallardamente? Y el rojo fulgor de los cohetes, las bombas estallando en el aire, dieron prueba en la noche de que nuestra bandera aún estaba ahí. Oh dime, ¿sigue ondeando la bandera tachonada de estrellas sobre la tierra de los libres y el hogar de los valientes?

Sobre el autor

Mark Gimenez nació en Texas y es escritor y abogado. Durante diez años formó parte de un gran bufete jurídico de Dallas, pero dejó su puesto para establecerse por cuenta propia y para tener más tiempo para escribir. Vive cerca de Dallas con su mujer y sus hijos.

Tras *El color de la ley, Acusada* y *El caso contra William,* todas publicadas por Principal de los Libros, Mark Gimenez llega de nuevo a librerías con *Ausencia de culpa,* una novela protagonizada por A. Scott Fenney con la que se ha asentado como uno de los autores más importantes del *thriller* jurídico actual.

Gimenez reconoce que, pese a que las novelas han sido un gran éxito y aunque escribir es un trabajo que le gusta, no dejará (al menos por ahora) de ejercer la abogacía porque tiene clientes muy antiguos a los que no puede abandonar.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.

BRITTAINY C. CHERRY
EL AIRE QUE RESPIRA
SERIE DE LOS ELEMENTOS I
CHIC

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.
9788416223503
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.
Elizabeth ha perdido a su marido.
Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.
Necesitan recordar lo que se siente al querer.
Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

"No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar."
New adult addiction

"Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros."
Totally Booked Blog

Cómpralo y empieza a leer

Anna **Premoli**

Por favor, déjame odiarte

Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.
Ian es economista.
Y se odian.
Un cliente los obliga a trabajar juntos.
¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los libreros italianos

Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

"Una historia de amor con mucha ironía ambientada en la City de Londres."
La Repubblica

"La historia de rechazo y amor entre Jennifer e Ian desprende buen humor, sentimientos y optimismo. ¡Funciona!"
Il Messaggero

"El primer caso real de autopublicación que cosecha un gran éxito en librerías."
La Stampa

"La novela se mueve sin incertidumbre ni jadeos predecibles a lo largo de las pistas de la historia (…) El best seller de Anna Premoli confirma una certeza: nunca subestimes el odio profesional."
Corriere della Sera

"Es un fenómeno. El género se llama luxury romance, y se ambienta entre el mundo de las finanzas y castillos de familia."
Panorama

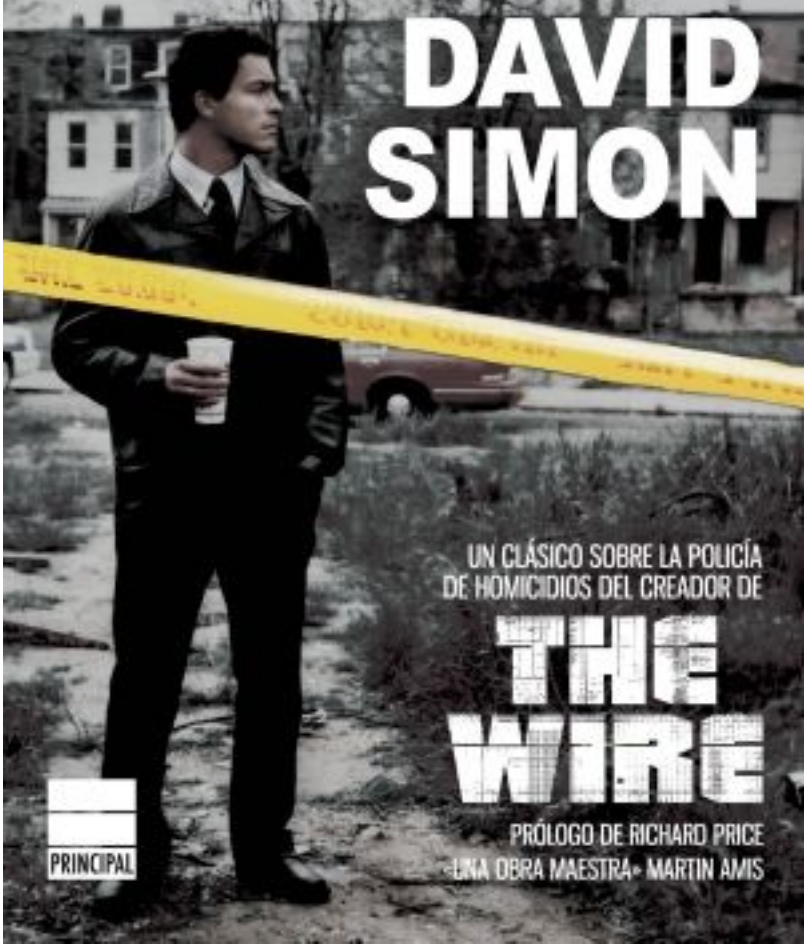
"Primer caso en que la autoedición digital designa a una autora como nueva voz de la narrativa italiana."
Panorama.it

"Una novela despreocupada sobre amores (im)posibles y desafíos profesionales."
Tu Style

Cómpralo y empieza a leer

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE



DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
«UNA OBRA MAESTRA» MARTIN AMIS

PRINCIPAL

Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

Cómpralo y empieza a leer

REAL

KATY EVANS

PRINCIPAL de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un boxeador inestable.

Una joven con los sueños rotos.

Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

Cómpralo y empieza a leer

MARK

GIMENEZ

ACUSADA

«El nuevo Grisham» *The Times*

PRINCIPAL

Acusada

Gimenez, Mark
9788416223350
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A. Scott es un abogado cuya vida se vino abajo hace dos años, cuando su mujer lo abandonó por un deportista más joven y lo despidieron de uno de los bufetes más importantes del país. Ahora, dos años después de su divorcio, su ex mujer necesita lo único que él le puede ofrecer: que la defienda de la acusación del asesinato de su novio. Scott deberá defender a su ex mujer Rebecca, de la que aún está enamorado, del cargo de asesinato. Aunque todas las pruebas apuntan a que es la culpable, Scott se sumergirá en el mundo del deporte profesional para buscar al verdadero responsable de la muerte del golfista Trey Rawlins.

Cómpralo y empieza a leer

Table of Contents

AUSENCIA DE CULPA
- Contenido
- Créditos
- AUSENCIA DE CULPA
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Epílogo

Nota del autor
Notas de la traductora
Sobre el autor